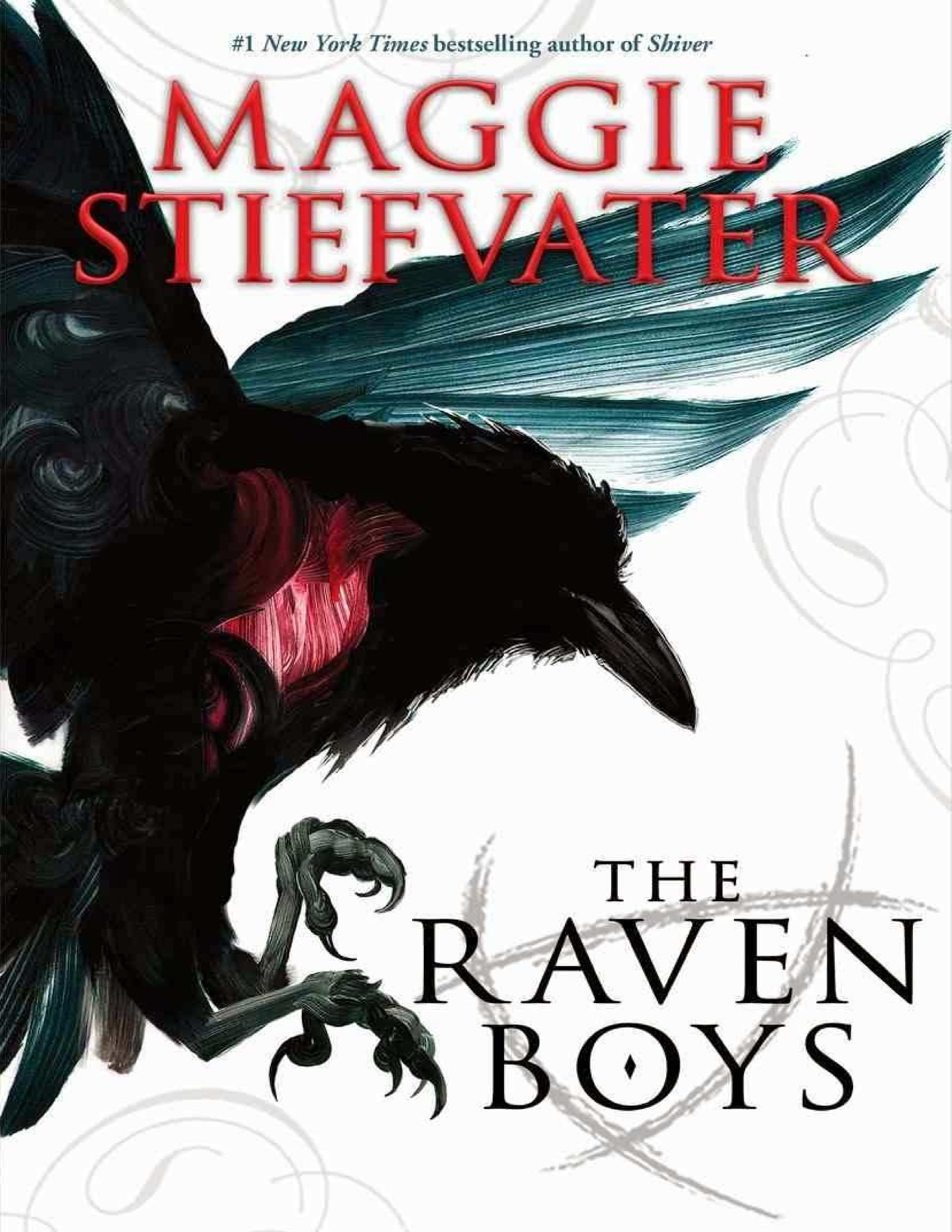

#1 New York Times bestselling author of Shiver
MAGGIE
STIEFVATER
THE
RAVEN
BOYS

Cada año, la noche de San Marcos, Blue Sargent acompaña a su madre al camino de los espíritus para ver a los que morirán en los siguientes doce meses. Sin embargo, este año es distinto: Blue, la única de su familia que no tiene facultades adivinatorias, ha visto a uno de estos espíritus, y eso solo puede significar que es su amor verdadero o que lo va a matar. Él se llama Gansey y es el estudiante más rico del colegio privado más elitista de la zona, la Academia Aglionby, cuyo emblema es un cuervo que todos los estudiantes llevan bordado en el jersey. Junto a Adam, un estudiante brillante, celoso del poder económico de sus compañeros; Ronan, un chico con problemas emocionales desde la muerte de su padre, y Noah, el observador taciturno que apenas habla, forman los chicos del cuervo, y están empeñados en descubrir la ubicación de la tumba del último rey galés, Glendower, el Rey Cuervo. Blue sabe que debe mantenerse alejada de ellos, porque los chicos del cuervo siempre traen problemas. Aunque nunca podría imaginarse el siniestro y oscuro mundo que los rodea, donde la magia dejará de ser un juego para convertirse en una amenaza mortal.



Maggie Stiefvater

La profecía del cuervo

The Raven Boys - 1

ePUB v1.0

theonika 21.12.13

Gratis para todos

Título original: *The Raven Boys*
Maggie Stiefvater, 2012.
Traducción: Alexandre Casal Vázquez, 2013

Editor original: theonika (v1.0)
ePub base v2.1

Para Brenna,
porque se le da bien buscar cosas.

Escrutando hondo en aquella negrura
permanecí largo rato, atónito, temeroso,
dudando, soñando sueños que ningún mortal
se haya atrevido jamás a soñar…
EDGAR ALLAN POE, *El cuervo*
(traducción de Julio Cortázar)

Un soñador es aquel que solo puede hallar su camino a la luz de la luna,
y su castigo
es que ve el amanecer antes que el resto del mundo.
OSCAR WILDE

Prólogo

Blue Sargent ya no recordaba cuántas veces le habían dicho que mataría a su amor verdadero.

Su familia se dedicaba a las predicciones. Pero las predicciones tendían a ser bastante poco específicas. Cosas como: «Hoy te pasará algo horrible. Quizá tenga que ver con el número seis». O: «Se te acerca dinero. Atrápalo». O: «Debes tomar una decisión importante que no se tomará por sí sola».

A la gente que se pasaba por la pequeña casa color azul claro del 300 de Fox Way no le importaba la naturaleza imprecisa de su destino. Adivinar cuándo se materializarían las predicciones se volvía un juego, un desafío. Si, dos horas después de haberse hecho leer el futuro, veía llegar a su casa una furgoneta con seis pasajeros, el cliente reaccionaba con alivio y satisfacción. Cuando un vecino quería comprarle una vieja cortacésped a cambio de un poco de calderilla, la clienta recordaba la promesa de dinero y accedía a venderla con la impresión de que aquello era cosa del destino. O si oía a su mujer decir: «Esta es una decisión que debemos tomar», un tercer cliente recordaba que Maura Sargent, extendiendo las cartas del tarot, había pronunciado aquellas mismas palabras, y se ponía en acción sin dudarlo.

Sin embargo, la naturaleza imprecisa de las adivinaciones les restaba algo de poder.

Podían tomarse por coincidencias, por corazonadas. Se reducían a una risita en el aparcamiento de Wal-Mart cuando, como habían prometido, te encontrabas a una vieja amistad. Un estremecimiento cuando el número diecisiete aparecía en la factura de la electricidad. Una súbita confianza en que, pese a que conocieses tu futuro, eso no iba a cambiar tu manera de vivir en el presente. Eran verdad, pero no eran toda la verdad.

—Tengo que decirte —le avisaba siempre Maura a sus clientes nuevos— que esta predicción será precisa, pero no específica.

Así era más fácil.

Pero eso no era lo que le decían a Blue. Una y otra vez se veía con los dedos extendidos al máximo, con la palma de la mano siendo examinada, con

las cartas de la baraja que le tocaban volando y aterrizando diseminadas sobre la pelusa de la alfombra.

Los dedos presionaban aquel tercer ojo místico e invisible que, según se decía, se alojaba entre las cejas. Se leían las runas y se interpretaban los sueños, se escrutaban hojas de té y se celebraban sesiones de espiritismo.

Todas las mujeres llegaban a la misma conclusión, tan brutal como vaga. Aquello en lo que coincidían, expresado en gran variedad de idiomas clarividentes, era esto:

Si Blue lo besaba, su amor verdadero moriría.

Aquello fastidió a Blue durante mucho tiempo. Era, desde luego, un aviso concreto, pero tenía un algo de cuento de hadas. No decía nada sobre cómo moriría su amor verdadero. No decía cuánto tardaría en morir después del beso. Y en cuanto al beso, ¿sería en los labios? ¿O bastaría con rozarle el dorso de la mano con labios castos para provocar el fatal desenlace?

Hasta los once años, Blue creyó que contraería una enfermedad infecciosa. Un solo contacto con los labios, y su hipotético compañero del alma moriría también, consumido por una dolencia que la medicina moderna no sería capaz de tratar. A los trece, Blue decidió que serían los celos los que lo matarían: un antiguo novio se presentaría en el momento de aquel primer beso, con un arma en la mano y un corazón herido en el pecho.

Sin embargo, cuando cumplió quince, Blue concluyó que las cartas del tarot de su madre no eran más que unas cartas, y que los sueños de su madre y de todas aquellas mujeres clarividentes estaban más motivados por la mezcla de bebidas que por unas dotes adivinatorias sobrehumanas, de modo que el augurio dejó de importarle.

Con todo, no se engañaba. Las profecías que salían del 300 de Fox Way eran imprecisas, pero en cualquier caso ciertas. Su madre había soñado que Blue se rompería la muñeca el primer día de clase. Su tía Jimi había predicho el resultado de la declaración de la renta de Maura, unos pocos dólares arriba o abajo. Orla, su prima mayor, siempre empezaba a tararear su canción favorita un poco antes de que la pusieran por la radio.

Nadie en la casa dudaba de que Blue estaba destinada a matar a su amor verdadero con un beso. Aun así, aquella amenaza llevaba presente tanto

tiempo que ya nadie pensaba en ella. Figurarse a una Blue de seis años enamorándose estaba tan fuera de lugar como cualquier otra fantasía.

Además, a los dieciséis, Blue decidió que nunca se enamoraría, con lo que daba igual.

Pero la cosa cambió cuando Neeve, la hermanastra de su madre, llegó al pequeño pueblo de Henrietta. Neeve se había hecho famosa proclamando a los cuatro vientos aquello que la madre de Blue hacía discretamente. Maura trabajaba en el cuarto delantero de la casa y, sobre todo, atendía a los vecinos de Henrietta y del valle de alrededor. Neeve, en cambio, efectuaba sus premoniciones en televisión, a las cinco de la mañana. Tenía una página web con viejas fotos desenfocadas en las que aparecía retratada con la mirada fija y certera. Y nada menos que cuatro libros sobre lo sobrenatural llevaban su nombre en la cubierta.

Blue no conocía a Neeve, de modo que sabía más de ella por la consabida búsqueda en internet que por experiencia de primera mano. No estaba muy segura de la razón de la visita de Neeve, pero advertía que la inminencia de su llegada había provocado una retahíla de conversaciones a media voz entre Maura y sus dos mejores amigas, Persephone y Cala; conversaciones que se perdían en sorbos de café y golpecitos en la mesa con el bolígrafo cuando Blue entraba en la habitación. De todos modos, Blue no le concedía demasiada importancia a la llegada de Neeve: ¿qué era una mujer más en una casa repleta de mujeres?

Por fin llegó Neeve un atardecer de primavera, cuando las esbeltas sombras de las montañas del oeste parecían haberse alargado más de lo normal. Al abrir la puerta, Blue pensó por un momento que Neeve era una desconocida, una señora mayor cualquiera, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la luz mortecina y encarnada que se filtraba entre los árboles, vio que Neeve era tan solo un poco más vieja que su madre, que no era nada vieja.

Afuera, en la distancia, aullaban unos perros. Blue reconocía aquel sonido; en otoño, los del Club de Caza de Aglionby salían a caballo con sus sabuesos casi todos los fines de semana. Enseguida, Blue supo lo que significaban aquellos aullidos frenéticos: había comenzado la persecución.

—Eres hija de Maura —dijo Neeve, y antes de que Blue respondiese, añadió—: Este es el año en el que te enamorarás.

Capítulo 1

En el camposanto hacía mucho frío, antes incluso de que llegasen los muertos.

Cada año, Blue y su madre, Maura, iban al mismo lugar, y no había año en que la temperatura no fuese gélida. Sin embargo, aquel año, sin Maura a su lado, a Blue le pareció que el frío era aún más crudo.

Era 25 de abril, la víspera de San Marcos. Para la mayor parte de la gente, el día de San Marcos pasaba sin pena ni gloria. No era festivo en el colegio. No se intercambiaban regalos. No había disfraces ni festivales. No había rebajas del día de San Marcos, ni tarjetas de San Marcos en las estanterías de las tiendas, ni especiales televisivos emitidos para la ocasión. Nadie marcaba el 26 de abril en el calendario. De hecho, la mayoría de los vivos ni siquiera sabían que San Marcos tenía un día propio.

Pero los muertos, sí.

Temblando mientras se sentaba en el muro de piedra, Blue concedió que, al menos, aquel año no llovía.

Cada víspera de San Marcos, aquel era el lugar al que iban Blue y Maura: una iglesia apartada, tan vieja que hasta su nombre había caído en el olvido. La ruina se cobijaba en las tupidas colinas boscosas de las afueras de Henrietta, a unos cuantos kilómetros todavía de las montañas propiamente dichas. Solo permanecían en pie los muros; el tejado y los suelos hacía mucho que se habían hundido. Lo que no se había podrido del todo estaba oculto bajo enredaderas famélicas y arbustos de olor rancio.

Circundando la iglesia había un muro de piedra interrumpido en un punto por una entrada lo bastante ancha para permitir el paso de un ataúd y sus portadores. Impertérrito ante los hierbajos, un sendero conducía hasta la puerta de la vieja iglesia.

—Ah —susurró Neeve, rechoncha aunque extrañamente elegante, sentándose junto a Blue.

Una vez más, como cuando vio a Neeve por primera vez, a Blue le llamaron la atención sus manos, de una rara belleza. Las rollizas muñecas

desembocaban en unas palmas blandas e infantiles y unos dedos esbeltos, rematados en uñas ovaladas.

—Ah —susurró de nuevo Neeve—. Qué noche, esta noche.

Lo había dicho así: «Qué noche, esta noche». Y al hacerlo, Blue sintió que la piel se le erizaba. Llevaba montando guardia con su madre en víspera de San Marcos diez años, pero aquella noche era diferente.

Qué noche, aquella noche.

Aquel año, por primera vez y por razones que Blue no comprendía, Maura había enviado a Neeve a hacer guardia en la iglesia en su lugar. Le había pedido a su hija que fuese también, como siempre, pero en realidad no había sido una petición. Blue siempre iba, y aquella vez no sería distinto. No había hecho planes para la víspera de San Marcos.

Aun así, habían tenido que pedírselo. Cierto tiempo antes de que Blue naciese, Maura había decidido que dar órdenes a los niños era una barbaridad, de modo que Blue se había criado entre signos de interrogación marcadamente imperativos.

Blue abrió y cerró las manos, congeladas. Los bordes de los guantes, allí donde dejaban asomar los dedos, estaban deshilachándose; los confeccionó el año anterior y no le habían quedado muy bien, pero tenían un aire desarrapado bastante chic. De no ser tan presumida, podría haber usado los guantes que le habían regalado por Navidad, sosos pero prácticos. Sin embargo, era presumida, de modo que se había decantado por aquellos guantes recortados, mucho más interesantes y mucho menos abrigados, aunque nadie excepto Neeve y los muertos fuesen a vérselos.

Abril en Henrietta solía ser un mes de buen tiempo, ternuras varias, árboles desperezándose y floreciendo, y mariquitas locas de amor estampándose contra los cristales de las ventanas. Pero aquella noche, no. Parecía invierno.

Blue miró el reloj. Faltaban unos minutos para las once. Las viejas leyendas recomendaban que la guardia de la iglesia se hiciese a medianoche, pero los muertos no hacían mucho caso de horarios, especialmente cuando no había luna.

A diferencia de Blue, que no era dada a la paciencia, Neeve aguardaba

como una estatua regia en el muro de la vieja iglesia, con las manos entrelazadas y los tobillos cruzados bajo la larga falda de lana. Acurrucada y más baja y delgada, Blue era más bien una gárgola inquieta y miope. Sus ojos no estaban para noches como aquella. Hacía una noche de videntes, espiritistas, brujas y médiums.

En otras palabras, el resto de su familia.

Neeve rompió el silencio.

—¿Oyes algo? —los ojos le centellearon en la oscuridad.

—No —contestó Blue, porque así era. Pero enseguida sospechó que Neeve le había preguntado porque ella sí veía algo.

Neeve oteaba el panorama con la misma mirada fija que lucía en las fotos de su página web: una mirada deliberadamente inquietante y ultramundana que duraba unos segundos más de lo razonable. Unos días después de la llegada de Neeve, Blue se había encontrado lo bastante angustiada para comentárselo a Maura. Estaban en el único cuarto de baño de la casa, Blue preparándose para el colegio y Maura haciendo lo propio para el trabajo.

Tratando de someter todos los mechones de su oscuro cabello a la disciplina de una rudimentaria coleta, Blue había preguntado:

—¿Por qué tiene que mirar con esos ojos?

En la ducha, su madre dibujaba garabatos en el vaho del cristal de la mampara. Se había echado a reír, y las líneas recién trazadas habían dejado ver una franja de su piel.

—En Neeve, eso es marca de la casa.

Blue pensaba que seguramente había cosas mejores que mostrar como marca de la casa.

Junto a la iglesia, Neeve dijo enigmática:

—Hay mucho que oír.

Lo cierto era que no, que no había nada que oír. En verano, el paraje era un hervidero de insectos zumbando, cenzontles silbando y cuervos graznando a los coches.

Pero la noche era demasiado gélida para que ningún ser se atreviese a despertar.

—Yo eso nunca lo oigo —afirmó Blue, un poco asombrada de que Neeve

no estuviese al tanto. En su familia, donde la clarividencia era norma, Blue no era otra cosa que la excepción, y nunca participaba de los vibrantes charloteos que su madre, tías y primas mantenían con un mundo que escapaba a la mayoría de la gente. Lo único que tenía de especial consistía en algo que no podía experimentar en carne propia—. Para estas cosas, soy como una tapia. Pero hago que los demás oigan mejor.

Neeve no desviaba la mirada.

—Entonces, es por eso por lo que Maura estaba tan empeñada en que vinieses. ¿Hace que la acompañes tú también cuando lee el futuro?

Solo de pensarlo, Blue se estremeció. Un buen número de los clientes que entraban en el 300 de Fox Way eran mujeres desdichadas que tenían la esperanza de que Maura viese en su destino inmediato amor y dinero. La idea de verse atrapada en casa todo el día resultaba insufrible. Blue sabía que su madre querría tenerla a su lado para fortalecer sus poderes místicos. Cuando era más pequeña, nunca se había parado a pensar en las pocas veces que su madre la llamaba para las sesiones de adivinación, pero ahora que comprendía lo mucho que contribuía a refinar los dones de otras personas, se quedaba pasmada ante su contención.

—Solo en las ocasiones importantes —respondió.

La mirada de Neeve se asomó a la fina línea entre lo turbador y lo escalofriante.

Dijo:

—Pues deberías enorgullecerte. Ser capaz de intensificar las habilidades parapsicológicas de otras personas es algo tan infrecuente como valioso.

—Sí, ya —repuso Blue, con más ganas de ser graciosa que cortante. A sus espaldas, cargaba con dieciséis años para hacerse a la idea de no ser una íntima de lo sobrenatural. Y no quería que Neeve pensase que estaba pasando por una crisis de identidad por eso. Se tiró de uno de los hilos de los guantes.

—Además, tienes tiempo de sobra para cultivar tus propios poderes intuitivos — agregó Neeve. Sus ojos parecían hambrientos.

Blue no contestó. No le interesaba adivinar el futuro de otras personas. Lo que quería era salir al mundo y encontrar el suyo.

Al fin, Neeve dejó caer la mirada. Mientras acariciaba con un dedo

perezoso la tierra que se acumulaba entre las piedras, dijo:

—Al entrar en el pueblo, pasé junto a una escuela. Academia Aglionby. ¿Es ahí adonde vas?

En la expresión de Blue brilló un destello de ironía. Pero, claro, Neeve era de fuera y no tenía por qué saberlo. Aun así, podría haberse figurado, viendo el inmenso vestíbulo de piedra y el aparcamiento plagado de coches importados de Alemania, que aquel no era un sitio al que pudiera permitirse ir.

—Es solo para chicos. Van hijos de políticos, herederos de imperios petroleros y… — Blue tuvo que detenerse a pensar quién más tenía dinero suficiente para enviar a sus hijos a Aglionby—, e hijos de amantes que los adúlteros mantienen para tener la conciencia tranquila y el silencio comprado.

Neeve alzó una ceja sin levantar la mirada.

—No, en serio. Aquello es horrible —recalcó Blue. Abril era un mes malo para Aglionby: al subir las temperaturas, empezaban a proliferar los descapotables con chavales que llevaban unos pantalones cortos tan horteras que solo los muy ricos se atreverían a ponérselos. Mientras había clase, todos iban con el uniforme de Aglionby: pantalones color caqui y un jersey con cuello de pico y el emblema del cuervo. Era una manera sencilla de identificarlos. Los chicos del cuervo.

Blue continuó.

—Se creen por encima de los demás y piensan que todas nos morimos por sus huesos. Beben hasta desmayarse todos los fines de semana y hacen pintadas en el cartel que hay al salir de Henrietta.

La Academia Aglionby era la razón principal por la que Blue había fijado sus dos reglas: primera, mantenerse lejos de los chicos, porque eran peligrosos, y segunda, mantenerse lejos de los chicos de Aglionby, porque eran una calamidad.

—Eres una jovencita muy sensata —juzgó Neeve.

Blue se molestó un poco, pues ya sabía que era muy sensata. Cuando tenías tan poco dinero como la familia Sargent, la sensatez respecto a cualquier tema se te desarrollaba muy pronto.

A la luz de la luna, que estaba casi llena, Blue distinguió lo que Neeve había dibujado en la tierra.

—¿Qué es? —preguntó—. Mamá hizo el mismo dibujo.

—¿De verdad? —replicó Neeve. Ambas miraron los trazos. Eran tres líneas curvas que se cruzaban para formar una especie de triángulo alargado —. ¿Te dijo lo que es?

—Lo dibujó en la mampara de la ducha. No le pregunté.

—Lo vi en un sueño —explicó Neeve, con un tono de voz inexpresivo que hizo que a Blue se le estremeciese el cuello—. Pero quería comprobar qué aspecto tiene visto en vivo.

Neeve acarició los trazos con una mano y luego, con brusquedad, la levantó y la mostró en toda su hermosura.

—Creo que ya están aquí —anunció.

Blue y Neeve estaban allí por eso. Todos los años, Maura se quedaba sentada en aquel muro con la barbilla apoyada en las rodillas y la mirada perdida, y empezaba a pronunciar palabras. Para Blue, el lugar estaba vacío, pero para Maura estaba poblado por los muertos; no por los que ya estaban muertos, sino por aquellos que morirían en los siguientes doce meses. Para Blue, aquello era como oír tan solo la mitad de una conversación. A veces, su madre reconocía a algún espíritu, pero a menudo debía acercárseles un poco y preguntarles cómo se llamaban. En una ocasión, Maura le había explicado a Blue que, si no estuviese allí con ella, no sería capaz de convencerlos de decir su nombre: los muertos no veían a Maura si Blue no estaba presente.

A Blue le agradaba que la necesitaran para algo concreto, pero, a veces, que la necesitasen no bastaba para que se sintiese útil.

La guardia de la iglesia era imprescindible para uno de los más curiosos servicios que ofrecía Maura. Si los clientes eran de la zona, les aseguraba estar en condiciones de decirles si ellos mismos o algún ser querido estaban destinados a morir en los siguientes doce meses. ¿Quién no pagaría por saberlo? La respuesta más acertada era: la mayor parte de la gente, pues casi nadie creía en lo paranormal.

—¿Ves algo? —preguntó Blue. Tras frotarse las manos para

desentumecerlas, se hizo con una libreta y un bolígrafo que estaban en el muro.

Neeve se quedó muy quieta.

—Algo acaba de tocarme el pelo.

Una vez más, Blue tuvo escalofríos.

—¿Uno de ellos?

—Los futuros muertos deben seguir el camino de los ataúdes a través de la entrada — dijo Neeve con voz ronca—. Supongo que este habrá sido otro… espíritu convocado por tu energía. Es increíble el efecto que tiene tu presencia.

Maura nunca había mencionado aquello de que Blue atrajese a otros muertos. Tal vez, por no asustarla. O quizá no los veía; quizá estaba tan ciega a ellos como la propia Blue.

Con cierta desazón, Blue percibió una brisa levísima que le rozó la piel y agitó los rizados cabellos de Neeve. Una cosa eran los invisibles y disciplinados espíritus de quienes estaban por morir, y otra muy distinta los fantasmas que se apartaban del camino.

—¿Son…? —Blue tuvo que interrumpirse.

—¿Quién eres? Robert Neuhmann —exclamó Neeve—. ¿Cómo te llamas? Ruth Vert.

¿Cómo te llamas? Frances Powell.

Apurándose con el bolígrafo para no quedarse atrás, Blue fue apuntando lo que oía a medida que Neeve obtenía nombres. De vez en cuando, echaba un vistazo al camino con la esperanza de divisar… algo. Pero, como siempre, allí solo había hierba crecida y robles insinuándose entre las tinieblas. Y la iglesia, que, como una boca oscura, iba recibiendo espíritus invisibles.

Nada que oír, nada que ver. Ninguna prueba de la presencia de los muertos excepto por los nombres que iba anotando en la libreta.

Quizá Neeve tenía razón. Tal vez estuviese pasando por una crisis de identidad.

Algunos días, le parecía un poco injusto que todos los poderes y maravillas de su familia se redujesen en ella poco menos que a tomar notas.

«Al menos, formo parte de alguna manera», pensó Blue con desaliento,

aunque se sentía tan incluida como un perro guía. Se situó la libreta frente a la cara y se la acercó mucho, mucho, mucho, para poder leer en la oscuridad. Aquello parecía una colección de nombres populares de hacía setenta u ochenta años: Dorothy, Ralph, Clarence, Esther, Herbert, Melvin. Y con los apellidos ocurría más o menos lo mismo. El valle estaba dominado por varias familias que venían de antiguo, extensas pero no poderosas.

Sumida en sus pensamientos, Blue advirtió que el tono de voz de Neeve se volvía más enfático.

—¿Cómo te llamas? —preguntaba Neeve—. Oye, tú. ¿Cómo te llamas?

El desconcierto de su expresión resultaba extraño. Por pura costumbre, Blue siguió la dirección de la mirada de Neeve hasta el centro del camposanto.

Y allí vio a alguien.

El corazón le dio un puñetazo en las costillas. El latido pasó, pero la figura continuaba allí. Donde no debería haber nadie, resultaba que había alguien.

—Lo veo —dijo Blue—. Neeve, lo estoy viendo.

Blue siempre se había figurado que la procesión de espíritus sería una cosa organizada, pero aquel espíritu en particular vagaba sin rumbo, titubeante. Era un hombre joven, de pelo revuelto, vestido con pantalones y jersey. No llegaba a ser transparente, pero tampoco acababa de hacerse corpóreo. Su figura era turbia, como agua sucia, y su cara, un borrón indistinto. A excepción de su juventud, no había en él ninguna característica que se pudiese identificar.

Y era tan joven que costaba digerir su espectral condición.

Mientras Blue lo observaba, se detuvo y se tocó el costado de la nariz y la sien.

Había una vitalidad tal en sus gestos, que Blue estuvo a punto de perder los nervios.

Luego le vio dar un traspié hacia delante como si alguien le hubiese empujado por la espalda.

—Que te diga cómo se llama —murmuró Neeve—. A mí no me contesta, ¡y tengo que encargarme también de los demás!

—¿Yo? —exclamó Blue, pero obedeció y se apartó del muro. El corazón seguía retumbándole contra el pecho. Sintiéndose un poco tonta, preguntó—: ¿Cómo te llamas?

El aparecido no la oía. Sin inmutarse lo más mínimo, se puso de nuevo en movimiento, con parsimonia y perplejidad, hacia la puerta de la iglesia.

«¿Es así como nos dirigimos hacia la muerte?», pensó Blue. «¿No hay más que un torpe fundido a negro? ¿Nada de grandes finales en los que al fin nos comprendemos a nosotros mismos?».

Mientras Neeve volvía a concentrarse en los demás, Blue se encaminó hacia el errante.

—¿Quién eres? —le preguntó desde una distancia prudencial, mientras él dejaba caer la cabeza sobre las manos. Su silueta carecía de un perfil definido, y en su rostro no había facciones. En realidad, no había nada en él que se reconociese como humano, pero, aun así, Blue adivinaba que era un chico. Se lo decía la mente, a pesar de que los ojos estuviesen indicándole otra cosa.

Aquella visión no provocó en Blue las emociones que esperaba. Tan solo podía decirse: «Estará muerto en un año». ¿Cómo haría Maura para soportarlo?

Blue se aproximó un poco más. Estaba tan cerca que podía tocarlo, pero él volvió a echarse a andar sin dar signos de verla.

Estando tan pegada a él, Blue notó que se le helaban las manos, que se le helaba el corazón. Los espíritus no tenían calor propio y le arrebataban su energía; se le había puesto piel de gallina en los brazos.

El chico se detuvo en el vano de la puerta de la iglesia, y Blue supo, sin saber muy bien cómo, que si dejaba que entrase, perdería la oportunidad de saber cómo se llamaba.

—Por favor —dijo Blue, con un tono más cálido que antes. Extendió una mano y le tocó apenas el borde del jersey. De inmediato, la invadió un brusco frío, como un terror.

Intentó recomponerse repitiéndose lo que siempre le decían: los espíritus se alimentaban de la energía que encontraban alrededor. Lo único que ocurría era que el chico estaba utilizándola para mantenerse visible.

Aun así, la sensación se parecía mucho al pánico.

—Dime cómo te llamas, por favor —insistió.

Él la miró y Blue se dio cuenta, pasmada, de que llevaba un jersey de Aglionby.

—Gansey —dijo él. Hablaba en voz muy baja, pero no llegaba a ser un susurro. Era una voz real que parecía proceder de muy lejos.

Blue no podía dejar de fijarse en el revoltijo de sus cabellos, en la expresión de sus ojos y en el cuervo de su jersey. Advirtió que tenía los hombros empapados y la ropa mojada de lluvia, como de un chaparrón que aún no había tenido lugar. Llegaba incluso a captar un aroma a menta que no sabía si venía de él en particular o si era característico de todos los espíritus.

Era muy real. Ahora que al fin había sucedido y que estaba viendo un espíritu, no notaba la magia que habría esperado. Aquello era como mirar en una tumba y toparse con unos ojos que devolvían la mirada.

—¿Eso es todo? —susurró Blue.

Gansey cerró los ojos.

—Sí, es todo.

Gansey cayó de rodillas: un gesto sin ruido de un cuerpo que no era de carne y hueso. Extendió una mano en la tierra y hundió en ella los dedos. Blue veía la mole oscura de la iglesia con mucha mayor claridad que la curva silueta de los hombros de Gansey.

—Neeve —dijo Blue—. Neeve, está… muriéndose.

Neeve se encontraba justo detrás de ella.

—Todavía no —respondió.

Gansey casi había desaparecido del todo. Se había difuminado en la iglesia, o puede que la iglesia se hubiese difuminado en él.

Blue habló con una voz que, a su pesar, no fue más que un murmullo.

—¿Por qué… por qué ya no puedo verlo?

Neeve desvió los ojos hacia un costado, y Blue no supo si era porque venían más espíritus o porque se habían marchado todos. Cuando volvió a mirar hacia delante, Gansey se había evaporado del todo. Entonces, Blue notó que el calor le volvía a la piel, si bien algo tras los pulmones permanecía gélido. Una tristeza peligrosa y absorbente parecía estar

abriéndose paso entre sus entrañas: aflicción o arrepentimiento.

—Hay dos motivos que explican por qué una persona no vidente podría ver un espíritu la víspera de San Marcos, Blue. O bien eres su amor verdadero —dijo Neeve—, o bien lo has matado.

Capítulo 2

—Soy yo —dijo Gansey.

Se dio la vuelta para ver su coche. El capó del Camaro, de un color naranja chillón, estaba levantado, más para indicar la derrota que por motivos prácticos. Podría ser que Adam, gran devoto de los coches, fuese capaz de determinar qué le pasaba, pero Gansey, desde luego, no. Había alcanzado a detenerse a un lado de la interestatal, y las gruesas ruedas de su coche descansaban sobre terreno desigual, entre penachos de hierba. Un furgón pasó rugiendo, sin detenerse, e hizo que el Camaro se agitase.

Del otro lado de la línea telefónica, Ronan Lynch, su compañero de piso, contestó:

—Te has perdido Historia Universal. Pensaba que estarías muerto en una zanja.

Gansey volvió la muñeca para consultar el reloj. Se había perdido mucho más que Historia Universal. Eran las once, y el frío de la noche anterior se le antojaba más una imaginación. Tenía un mosquito adherido a una gota de sudor, junto a la correa del reloj, y se lo quitó de encima de una sacudida. Cuando era pequeño, Gansey había ido una vez de acampada: tiendas, sacos de dormir y un Range Rover aparcado en las cercanías para cuando su padre y él se hubiesen aburrido. Como experiencia, no había tenido nada que ver con la noche anterior.

—¿Has tomado apuntes para pasármelos? —preguntó.

—No —contestó Ronan—. Pensé que estarías muerto en una zanja.

Gansey sopló para librarse del polvo que tenía en los labios y se acomodó el teléfono junto a la mejilla. Él sí habría tomado apuntes para Ronan.

—Pig me ha dejado tirado. Ven a buscarme.

Un sedán moderó la velocidad al pasarlo, y sus ocupantes miraron por las ventanillas. Gansey estaba de buen ver —y el Camaro tampoco desagradaba a la vista—, pero la curiosidad que despertaba no se debía a sus encantos, sino a la novedad que suponía encontrar a un chico de Aglionby tirado en la

carretera junto a un coche descaradamente naranja. Gansey era consciente de que no había otra cosa de la que disfrutase más la gente de Henrietta, Virginia, que de ver a un chico de Aglionby en una situación humillante; a excepción, claro, de ver a sus propios familiares en condiciones igualmente embarazosas.

—No me jodas, tío.

—Mira, a clase no vas a ir. Y además, ya es hora de comer —replicó Gansey, y añadió con cierto desinterés—: Por favor.

Ronan estuvo un rato largo en silencio. Se le daba bien el silencio; sabía que incomodaba al personal.

Pero Gansey, por mucho que durase el silencio, era inmune. Mientras esperaba a que hablase Ronan, introdujo medio cuerpo en el coche para ver si tenía algo de comida en la guantera. Al lado de un autoinyector de adrenalina, halló un poco de cecina, pero vio que había caducado hacía dos años. Seguro que ya estaba allí antes de que él comprara el coche.

—¿Dónde estás? —preguntó Ronan al fin.

—Junto al cartel de Henrietta, en la 64. Tráeme una hamburguesa. Y un poco de gasolina.

El coche no se había quedado sin combustible, pero unos litros más no le vendrían mal.

—Gansey —murmuró Ronan con tono ácido.

—Tráete también a Adam.

Ronan colgó. Gansey se quitó el jersey y lo arrojó a la parte trasera del Camaro. Se trataba de un espacio exiguo que estaba abarrotado de cosas de uso diario: un libro de Química, una libreta con manchas de capuchino, un estuche para cedés medio abierto, con la mitad de los discos desperdigados por el asiento… Y los suministros que había adquirido durante sus dieciocho meses de estancia en Henrietta: mapas arrugados, hojas impresas, el omnipresente diario, una linterna y una vara de sauce. Cuando Gansey rescató la grabadora del montón, un tique de la pizzería (grande, masa gruesa, mitad de salchicha y mitad de aguacate) revoloteó hasta el asiento, en donde se reunió con media docena de tiques, idénticos excepto en la fecha.

Se había pasado la noche sentado junto a la monstruosamente moderna

iglesia del Santo Redentor, con la grabadora encendida y el oído aguzado, a la espera de que… pasase algo. El ambiente del lugar no era muy mágico. A buen seguro, no se trataba del mejor sitio para entrar en contacto con los futuros muertos, pero Gansey se había confiado al poder de la víspera de San Marcos. No esperaba ver muertos. Todas sus fuentes le decían que quienes iban a la iglesia con ese propósito poseían una «segunda vista», y él, mientras no se pusiese las lentillas, ni siquiera tenía la primera. Aun así, esperaba…

Algo. Y eso mismo había conseguido. Lo que pasaba era que aún no estaba muy seguro en cuanto a qué era aquel algo.

Grabadora en mano, Gansey afrontó la espera sentándose con la espalda apoyada en la rueda trasera, aprovechando la carrocería del coche para resguardarse del tráfico. Del otro lado del quitamiedos, un campo verde descendía hasta unos árboles. Más allá se elevaba la misteriosa cresta azul de las montañas.

Sobre el polvo de la puntera del zapato, trazó el arco de la sobrenatural línea de energía cuya promesa le había llevado hasta allí. La brisa de montaña soplaba en sus oídos como un grito ahogado; no un susurro, sino un alarido proferido a mucha distancia.

Por alguna razón, Henrietta tenía aspecto de ser un lugar apto para lo mágico. El valle entero parecía murmurar secretos. Que esos secretos no le fuesen revelados a Gansey no quería decir que no existieran.

«Por favor, dime dónde estás».

Le estallaba la cabeza de pura ansiedad, y el hecho de no tener explicación para aquel dolor no contribuía en nada a aliviarlo.

Con su morro de escualo y el gris carbón de la pintura teñido de polen, el BMW de Ronan Lynch se detuvo tras el Camaro. Gansey notó en los pies el estruendo del bajo de la música de su amigo un momento antes de reconocer la canción. Cuando se levantó, Ronan estaba abriendo la puerta. En el lado del copiloto se encontraba Adam Parrish, el tercer miembro del cuarteto que formaban los mejores amigos de Gansey. Llevaba la corbata pulcramente anudada, asomándole por el pico del jersey. Con una mano grácil sostenía junto al oído el teléfono móvil de Ronan, apenas una lámina.

Sin abandonar el asiento, Adam intercambió con Gansey una mirada fugaz.

Fruncido su ceño, parecía preguntar: «¿Sabes qué se ha roto?». Por toda respuesta, Gansey miró hacia arriba, como diciendo: «Como no lo sepas tú…».

Con gesto grave, Adam bajó el volumen de la radio y murmuró algo por el auricular del móvil.

Ronan, por su parte, cerró la puerta de un empujón, como siempre hacía con todo, y se encaminó al maletero. Dijo:

—El imbécil de mi hermano pretende que quedemos con él esta noche, en el Nino.

Con Ashley.

—¿Estáis hablando con él? —preguntó Gansey señalando el móvil—. ¿Qué es eso de Ashley?

Ronan sacó del maletero una lata de gasolina sin preocuparse mucho de no mancharse la ropa. Vestía, como Gansey, el uniforme de Aglionby, pero, como era habitual en él, conseguía darle un aspecto de lo más deshonroso. Se había anudado la corbata siguiendo un método que solo podría calificarse como desdeñoso, y los faldones de la camisa le sobresalían, andrajosos, por debajo de la cintura del jersey. Su sonrisa era prieta y afilada. Si su BMW parecía un tiburón, era porque lo había aprendido de él.

—El último ligue de Declan. Se supone que tenemos que causar buena impresión.

Gansey lamentaba tener que seguirle el juego al hermano mayor de Ronan, uno de los veteranos de Aglionby, pero comprendía el porqué. En la familia Lynch, la libertad era una cuestión compleja, y quien tenía las llaves para conquistarla no era otro que Declan.

Ronan intercambió la lata de gasolina por la grabadora.

—Quiere que sea esta tarde porque sabe que tengo clase.

El tapón del combustible del Camaro se encontraba bajo la matrícula, y Ronan observó en silencio mientras Gansey se las apañaba con el resorte de la matrícula, el tapón y la lata.

—Ya podrías estar haciéndolo tú —rezongó Gansey—. A ti no te importa

pringarte la camisa.

Indolente, Ronan se rascó una costra reseca que tenía bajo las pulseras de cuero. La semana anterior, Adam y él se habían turnado a lomos de un carrito que arrastraba el BMW, y ambos conservaban cicatrices para demostrarlo.

—Pregúntame si encontré algo —dijo Gansey.

Suspirando, Ronan sacudió la grabadora.

—¿Encontraste algo?

No parecía estar muy interesado, pero así era Ronan Lynch. Resultaba imposible medir la profundidad a la que llegaba su desinterés.

El combustible goteaba lentamente en los caros pantalones de Gansey, quien ya había echado a perder otro par aquel mismo mes. No pretendía ser descuidado —como Adam le repetía una y otra vez: «Las cosas cuestan dinero, Gansey»—, pero, por lo visto, no conseguía prever las consecuencias de sus actos hasta que era demasiado tarde.

—Algo —dijo—. Grabé unas cuatro horas, y hay… algo. No sé qué significa —hizo un gesto hacia la grabadora—. Mira tú.

Ronan devolvió la vista a la interestatal y presionó el botón de PLAY. Durante unos instantes, solo oyó silencio y, si acaso, un rumor de grillos desabrido. Luego, la voz de Gansey:

«Gansey».

Y después, de nuevo, nada.

Gansey recorrió con un dedo los cromados del parachoques del Camaro. Seguía resultándole raro oírse a sí mismo en la grabación, pues no lo recordaba.

Pasados unos instantes, se oía una voz lejana, de mujer, que pronunciaba unas palabras apenas comprensibles: «¿Eso es todo?».

Los ojos de Ronan se clavaron en Gansey, recelosos.

Gansey levantó un dedo: «Espera». Nuevos murmullos, más débiles que antes, brotando desde la grabadora; nada claro en ellos excepto la cadencia: preguntas y respuestas. Y luego, otra vez, su voz:

«Sí, es todo».

Ronan le echó una mirada a Gansey acompañándola con lo que este denominaba un resoplido de fumador: una larga y furiosa inhalación por la

nariz y un lento exhalar entre labios entreabiertos.

Ronan no fumaba. Como hábito, prefería la resaca.

Apagó la grabadora y dijo:

—Te estás manchando de gasolina los pantalones, fenómeno.

—¿No vas a preguntarme qué estaba pasando cuando lo grabé?

Ronan guardó silencio. Por única respuesta, se limitó a observar a Gansey.

—No pasaba nada. Ahí está la cosa. Yo estaba mirando el aparcamiento, lleno de insectos que no deberían andar por ahí en una noche tan fría, y no había nada más.

A pesar de encontrarse en el lugar indicado, Gansey no había sido consciente de haber captado algo en el aparcamiento. Según los especialistas en líneas ley con los que había hablado, a veces, aquellos alineamientos traían consigo voces que viajaban en el tiempo hasta miles de años. Era una especie de aparición sonora, una transmisión radiofónica impredecible para la que cualquier cosa en la línea ley podía actuar como receptor: una grabadora, un reproductor musical o un par de oídos humanos lo bastante sensibles. Dado que carecía de habilidades paranormales, Gansey se había llevado la grabadora, pues a menudo aquellos sonidos solo se oían al reproducirlos. Lo extraño del caso no eran las otras voces de la grabación. Lo extraño era la voz de Gansey: Gansey estaba bastante seguro de no ser un espíritu.

—No dije nada, Ronan. En toda la noche, ni una palabra. Por tanto, ¿qué hace mi voz en la grabación?

—¿Cómo sabías que la habías grabado?

—Estuve escuchando la grabación mientras volvía en el coche. Nada, nada, nada, y de pronto, mi voz. Y entonces Pig coge y se para.

—¿Una coincidencia? —inquirió Ronan—. Supongo que no.

El comentario pretendía ser sarcástico. Gansey había dicho tantas veces que no creía en las coincidencias que ya no le hacía falta repetirlo.

—Bueno, ¿y qué piensas? —preguntó Gansey.

—El Santo Grial, por fin —repuso Ronan, con demasiado sarcasmo para tomarlo en serio.

Pero el hecho era el siguiente: Gansey se había pasado los cuatro años anteriores trabajando con los indicios más mínimos, y aquella voz apenas audible constituía todo el estímulo que necesitaba. Durante sus dieciocho meses en Henrietta, se había valido de los rastros más vagos para encontrar una línea ley —una vía de energía perfectamente recta, sobrenatural, uniendo lugares de particular carga espiritual— y la esquiva tumba que esperaba hallar en el curso de su búsqueda. Aquello de pretender dar con una línea ley tenía su miga; al fin y al cabo, era… invisible.

Y probablemente hipotética. Pero Gansey rehusaba aceptar semejante idea. A lo largo de sus diecisiete años de vida, había tropezado con decenas de cosas que la gente no sabía que podían encontrarse, y estaba decidido a añadir a su colección la línea ley y el regio ocupante de la tumba.

Un director de museo de Nuevo México le había dicho una vez: «Muchacho, tienes una capacidad inaudita para encontrar singularidades». Un pasmado profesor de Historia de Roma le había comentado: «Levantas las piedras que nadie diría que ocultan algo, fiera». Y un profesor inglés muy anciano le había dicho: «Se diría que el mundo se da la vuelta a los bolsillos y los vuelca en tus manos».

En opinión de Gansey, la clave estaba en creer que todo aquello existía; que aquellas cosas formaban parte de algo mayor. Algunos secretos solo se mostraban ante quienes demostraban merecerlo.

Gansey lo veía así: si se te daba bien encontrar cosas, lo justo para el mundo era que buscaras.

—Eh, ¿ese es Whelk? —preguntó Ronan.

Un coche bajó la velocidad lo bastante para que atisbaran al conductor. Gansey tuvo que admitir que quien iba al volante se parecía mucho a su amargado profesor de latín, un antiguo alumno de Aglionby que respondía al desafortunado nombre de Barrington Whelk.

Acostumbrado a llamarse, en versión extendida y oficial, Richard Dick Campbell Gansey III, Gansey era bastante inmune a los nombres pomposos, pero reconocía que Barrington Whelk no tenía perdón.

—Eh, no te molestes en parar a echar una mano —le espetó Ronan al coche, que ya se alejaba—. Oye, enano, ¿qué pasa con Declan?

Las últimas palabras iban dirigidas a Adam, que se apeaba del BMW todavía con el teléfono de Ronan en la mano. Hizo ademán de devolvérselo, pero Ronan sacudió la cabeza con desprecio. Ronan aborrecía todos los teléfonos, incluido el suyo.

—Vendrá a las cinco —dijo Adam.

A diferencia del de Ronan, el jersey de Aglionby de Adam era de segunda mano, pero estaba impecable. Adam era delgado y alto, con el cabello de color castaño claro enmarcándole una cara de rasgos finos y piel tostada por el sol. Era como una fotografía en sepia.

—Genial —respondió Gansey—. Te apuntas, ¿no?

—¿Estoy invitado? —Adam, a veces, era en extremo educado. Cuando no estaba seguro de algo, sacaba a relucir su acento sureño, igual que en aquel momento.

Adam nunca necesitaba invitación. Debía de haberse peleado con Ronan. Nada nuevo bajo el sol. Ronan sería capaz de pelearse hasta con un número de la seguridad social.

—No seas tonto —replicó Gansey, y aceptó teatralmente el paquete de papel grasiento procedente de la hamburguesería que Adam le ofreció—. Gracias.

—Dáselas a Ronan —contestó Adam. Cuando había dinero de por medio, Adam era rápido en señalar quién era acreedor y quién prestamista.

Gansey miró a Ronan, quien se apoyó en el Camaro mientras, con aire ausente, se mordía una de las pulseras de la muñeca.

—Dime que la hamburguesa no tiene salsa —le dijo Gansey.

Soltando la pulsera de entre los dientes, Ronan gruñó:

—Estás de coña.

—Y tampoco pepinillo —terció Adam, agachándose tras el coche.

No solo había traído dos botes de aditivo para combustible, sino también un paño para protegerse los pantalones de la lata de gasolina; hacía que la maniobra pareciese pan comido. Se empleaba a fondo en ocultar sus raíces, pero estas se ponían de manifiesto hasta en los gestos más nimios.

Gansey sonrió, animado por el calor del descubrimiento.

—Bien, señor Parrish. Un, dos, tres, responda otra vez: ¿tres cosas que

aparecen en las proximidades de las líneas ley?

—Perros negros —afirmó Adam con indulgencia—. Presencias demoníacas.

—Camaros —ironizó Ronan.

Gansey hizo como si no le hubiese oído.

—Y fantasmas. Ronan, si no te importa, examina las pruebas.

Bajo el sol de una mañana ya tardía, Adam enroscó el tapón del depósito y Ronan rebobinó la grabadora. A muchos metros, sobre las montañas, un gavilán colirrojo pio débilmente. Ronan puso en marcha la grabación de nuevo, y los tres escucharon la voz de Gansey pronunciando su propio nombre. Fruncido el ceño de un modo vago, Adam prestaba atención mientras el calor del día iba enrojeciéndole las mejillas.

Podría haber sido cualquier día del año y medio anterior. Ronan y Adam acabarían reconciliándose, los profesores perdonarían a Gansey por haber faltado a clase, y después los tres, junto a Noah, se irían a tomar una pizza: cuatro contra Declan.

—Prueba a encender el coche, Gansey.

Con la puerta abierta, Gansey se instaló en el asiento del conductor. A unos pasos, Ronan volvió a poner la grabación. Por algún motivo, el sonido de las voces hizo que a Gansey se le pusiesen de punta los pelos de los brazos. Algo en su interior le decía que aquellas palabras que no recordaba haber pronunciado implicaban el comienzo de algo, pero todavía no sabía de qué se trataba.

—¡Vamos, Pig! —exclamó Ronan.

Lanzado por la carretera, un conductor hizo sonar la bocina. Gansey accionó la llave del contacto. El motor se encendió, se ahogó durante una fracción de segundo y, al fin, cobró vida con un rugido ensordecedor. El Camaro seguía en la brecha, por lo menos, un día más. Incluso la radio funcionaba. Estaba sonando una canción de Stevie Nicks cuya letra hablaba de una paloma de alas blancas. Gansey probó las patatas fritas que le habían traído. Estaban frías.

Adam se acercó al coche.

—Te seguiremos hasta el colegio. Supongo que llegarás sin problemas,

pero aún no está arreglado —explicó—. Hay algo que no funciona bien.

—Genial —respondió Gansey, elevando la voz para hacerse oír sobre el ruido del motor. De fondo, del BMW empezó a brotar un suave repiqueteo debajo, mientras Ronan disolvía lo que le quedaba de corazón en música electrónica—. Por lo demás, ¿alguna sugerencia?

Adam se metió una mano en el bolsillo, sacó un trozo de papel y se lo dio.

—¿Qué es esto? —Gansey estudió la errática caligrafía de Adam. Su letra siempre parecía estar escapándose de algo—. ¿El número de un vidente?

—Si anoche no hubieses encontrado nada, este sería el siguiente paso. Ahora, por lo menos, tendrás algo que plantearles.

Gansey reflexionó. Los profesionales del ocultismo solían decirle que el futuro le tenía preparado dinero a espuertas y grandes logros. El primero que visitó había acertado, y esperaba que el segundo estuviese equivocado. Sin embargo, con aquella nueva prueba y un nuevo vidente, quizá apareciesen cosas distintas.

—Vale —dijo—. ¿Y qué digo?

Adam le pasó la grabadora a través de la ventanilla. Pensativo, dio dos golpes en el techo del Camaro.

—Es obvio —juzgó—. Quieres saber a quién le hablabas.

Capítulo 3

Las mañanas en el 300 de Fox Way eran un completo desbarajuste. Brazos en jarras, colas para el cuarto de baño y gente impacientándose por bolsitas de té metidas en tazas en las que ya había bolsita de té. Blue tenía clase, y algunas de sus tías más productivas (o menos intuitivas) tenían trabajo. Las tostadas se quemaban, los cereales se reblandecían y la puerta de la nevera se quedaba abierta, a la expectativa, durante minutos y minutos. Las llaves tintineaban mientras se decidía quién iría en cada coche.

En mitad del desayuno, el teléfono podía sonar, y entonces Maura decía: «Orla, el universo te llama por la línea dos», o algo por el estilo, y Jimi, Orla o cualquiera de las tías o amigas se ponían a discutir sobre quién debía contestar la llamada. Hacía dos años que Orla, la prima de Blue, había decidido poner un servicio de videncia por teléfono para conseguir algún ingreso extra y, tras algunas diferencias con Maura en cuanto a imagen pública, había acabado saliéndose con la suya.

Salirse con la suya había consistido en que Orla aprovechase que Maura estaba en una conferencia durante un fin de semana para instalar la línea a escondidas. Pasado el tiempo, el asunto provocaba más el recuerdo de un resentimiento que resentimiento de verdad. Las llamadas comenzaban a las siete de la mañana, y algunos días la tarifa de un dólar por minuto resultaba más rentable que otros.

Las mañanas eran una competición. Blue quería creer que las controlaba cada vez mejor.

Pero el día posterior a la guardia de la iglesia, Blue no tuvo que preocuparse en batallar por usar el baño para prepararse la comida mientras a Orla se le caían las tostadas con mantequilla al suelo. Al levantarse, su habitación, por lo general inundada por la claridad matutina, se hallaba en la expectante penumbra del mediodía. En el cuarto contiguo, Orla hablaba o bien con su novio, o bien con alguno de los clientes de la línea telefónica. Con Orla era difícil distinguir la naturaleza de las llamadas. Siempre tan solícita.

Blue alcanzó el baño con facilidad y, una vez allí, se dispuso a arreglarse el pelo. Lo llevaba por encima de los hombros, lo bastante largo para poder recogérselo, eso sí, previo uso de una batería de horquillas. El resultado consistía en una coleta tiesa y desigual, con algún mechón rebelde y horquillas a discreción. Le daba un aire de excéntrica y descuidada, y ella se esforzaba para que así fuese.

—Mamá —dijo mientras bajaba la escalera. Maura estaba en la cocina, experimentando con algún tipo de infusión. El olor era atroz.

Maura no se dio la vuelta. A su lado, en la encimera, había un montón de hojas verdes.

—No hace falta que vayas corriendo a todas partes.

—Tú sí —replicó Blue—. ¿Por qué no me despertaste para ir a clase?

—Lo hice —afirmó Maura—. Dos veces —y luego, para sí, añadió—: Rayos.

Desde la mesa, Neeve dijo con voz melosa:

—¿Necesitas que te ayude con eso, Maura? —Sentada frente a una taza de té, estaba tan rechoncha y angelical como siempre, sin huellas de haber dormido poco. Miró a Blue, que esquivó la mirada.

—Gracias, pero soy perfectamente capaz de prepararme un condenado té de meditación —dijo Maura, y dirigiéndose a su hija añadió—: He llamado al instituto diciendo que tenías gripe. Y que estabas vomitando, para mayor abundamiento. Mañana acuérdate de parecer enferma.

Blue se presionó los ojos con las palmas de las manos. Nunca había faltado a clase después de una guardia en la iglesia. Podía costarle levantarse, pero quedarse dormida, jamás.

—¿Sería por verlo? —le preguntó a Neeve bajando las manos. Habría preferido no recordar al chico con tanta claridad. O, más bien, la idea del chico, su mano extendida en el suelo. Deseaba quitarse de la cabeza aquella imagen—. ¿Por eso he dormido tanto?

—Es porque dejaste que quince espíritus te atravesasen el cuerpo mientras charlabas con un chico muerto —contestó Maura lacónicamente, adelantándose a Neeve—. Tengo entendido, vamos. Señor, ¿será normal que estas hojas huelan así?

Blue se volvió hacia Neeve, que continuaba bebiendo el té con aire lozano.

—¿De verdad? ¿Me atravesaron los espíritus?

—Permitiste que se alimentaran de tu energía —explicó Neeve—. Tienes mucha, pero no tanta.

De inmediato, Blue pensó dos cosas. La primera: «¿Tengo mucha energía?». Y la segunda: «Me parece que estoy de mal humor». Desde luego, no se había planteado que los espíritus le chupasen la energía.

—Deberías enseñarle a protegerse —le recomendó Neeve a Maura.

—Yo le enseño. No soy una madre tan irresponsable —se defendió Maura, tendiéndole a Blue una taza de té.

Blue dijo:

—Paso. Apesta. —Fue a la nevera por un yogur. Luego, para solidarizarse con su madre, le comentó a Neeve—: Nunca había tenido que protegerme en la iglesia.

—Pues me sorprende —reflexionó Neeve—. Con lo que amplificas los campos de energía, me sorprende que no te encuentren, incluso aquí.

—Ah, déjalo —pidió Maura con cierta irritación—. No hay por qué asustarse de los muertos.

Blue continuaba entreviendo el fantasma de Gansey, vencido y desconcertado.

—Mamá —dijo—, los espíritus de la guardia de la iglesia… ¿Tú puedes evitar que mueran? ¿Podrías avisarlos?

Sonó el teléfono. Solo dos toques, lo que indicaba que Orla continuaba en línea.

—¡Ay, Orla! —protestó Maura, pese a que la aludida no estuviese presente.

—Ya voy yo —sugirió Neeve.

—No, es que… —Maura no terminó la frase. Blue supuso que debía de estar pensando que el trabajo de Neeve valía mucho más que un dólar el minuto.

—Sé lo que estás pensando —dijo Maura en cuanto Neeve abandonó la cocina—. La mayoría muere de un infarto, de cáncer y otras cosas que no

pueden evitarse. Ese chico va a morir.

Blue empezó a sentir lo mismo que la noche anterior: aquel extraño dolor.

—No creo que un chico de Aglionby vaya a morir de un infarto. Y además, ¿por qué se lo dices, entonces, a los clientes?

—Para que tengan oportunidad de dejarlo todo arreglado y hacer lo que siempre habían querido hacer antes de morir —Maura se dio la vuelta y clavó en su hija una mirada cargada de intención. Su estampa impresionaba todo lo que puede impresionar ver a alguien descalzo, en vaqueros, con una taza de té que huele a podrido—. No voy a impedirte que intentes avisarle, Blue. Pero debes saber que, aunque lo encuentres, no va a tomarte en serio. Además, no creo que saberlo fuera a servirle de mucho. Con suerte, conseguirás que no cometa una estupidez. Pero también podrías estropearle los últimos meses de su vida.

—Eres el colmo del optimismo —le espetó Blue. Pero sabía que tenía razón; al menos, en lo primero. La mayoría de la gente pensaba que su madre vivía de la charlatanería y los trucos de magia. Además, ¿qué iba a hacer ella…? ¿Espiar a un alumno de Aglionby, golpear la ventanilla de su Land Rover o su Lexus y aconsejarle que comprobase los frenos y pusiera al día su seguro de vida?

—Supongo que, para bien o para mal, no puedo impedirte que te encuentres con él — concedió Maura—. Siempre que la explicación de Neeve sea cierta, estás destinada a cruzarte con él.

—Destinada —repitió Blue—. Me parece una palabra un poco fuerte para la hora del desayuno.

—Hace rato que pasó la hora del desayuno —objetó Maura.

Las escaleras crujieron bajo los pies de Neeve, que regresaba.

—Equivocado —anunció con aquel tono suyo inconmovible—. ¿Pasa mucho?

—El número es prácticamente igual al de una empresa de «caballeros de compañía»

—explicó Maura.

—Ah —dijo Neeve—. Ya entiendo. Blue —añadió, volviéndose y acomodándose a la mesa—, si quieres, podría enterarme de la razón de su

muerte.

Aquellas palabras pusieron en guardia al instante a Maura y Blue.

—Sí —dijo Blue.

Maura hizo ademán de hablar, pero volvió a cerrar los labios.

—¿Hay zumo de uva? —preguntó Neeve.

Sorprendida, Blue fue a la nevera, sacó una jarra y la levantó con gesto dubitativo.

—¿Uva y arándanos?

—Me vale.

Todavía turbada, Maura se acercó a una alacena y tomó un cuenco de color azul oscuro. Lo colocó frente a Neeve, no sin brusquedad.

—No pienso responsabilizarme de lo que veas —previno Maura.

—¿Cómo? —exclamó Blue—. ¿Qué quieres decir?

No hubo respuesta.

Con una sonrisa perezosa en la cara, Neeve vertió zumo en el cuenco y lo llenó hasta el borde. Maura apagó la luz. De pronto, la claridad del exterior parecía haberse intensificado en comparación con la penumbra de la cocina. Los árboles, reverdecidos por la primavera, estaban pegados a las ventanas —hoja sobre hoja sobre hoja tras el cristal— y Blue tuvo la súbita impresión de estar rodeada de frondosidad, de encontrarse en medio de un bosque detenido.

—Mirad, pero guardad silencio —pidió Neeve, sin dirigirse a nadie en particular.

Blue separó una silla y se sentó. Maura se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos. Era curioso verla así, contrariada y sin hacer nada para remediarlo.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Neeve.

—Gansey. Eso fue lo único que dijo —Blue se cohibió un poco. De algún modo, le pesaba la responsabilidad de convocar en la cocina el nombre de alguien cuya vida y muerte dependían de ella.

—Con eso basta.

Moviendo los labios, Neeve se inclinó sobre el cuenco, que devolvió el reflejo de su silueta. Blue no dejaba de pensar en lo que acababa de decir su

madre: «No pienso responsabilizarme de lo que veas».

Aquello daba a la situación una dimensión extraordinaria. Parecía más un acto religioso que una incursión por los límites de lo natural.

Al fin, Neeve se puso a murmurar. Blue no comprendió el significado de la letanía, pero Maura adoptó de pronto una actitud de triunfo.

—Vaya —dijo Neeve—. No lo esperaba.

Por el tono, Blue adivinó que el resultado no era bueno.

—¿Qué has visto? —preguntó—. ¿Cómo muere?

Neeve no apartaba la vista de Maura. Al hablar, fue como si plantease una pregunta y la respondiera al mismo tiempo.

—Lo he visto a él. Y luego desapareció. En la nada más absoluta.

Maura volteó las manos. Blue conocía bien el gesto. Su madre lo empleaba al final de una discusión, después de haber lanzado el argumento definitivo. Sin embargo, en aquella ocasión el argumento definitivo procedía de un cuenco lleno de zumo, y Blue no entendía qué significaba aquello.

—Primero estaba allí, y de un momento a otro, dejó de existir.

—Suele pasar —convino Maura—. Aquí, en Henrietta. Hay ciertos lugares que no puedo ver. Otras veces, veo… —Blue advirtió que estaba haciendo esfuerzos para no mirarla— cosas que no esperaba.

En aquel momento, Blue se acordó de las muchas veces que su madre había insistido en que se quedasen en Henrietta, a pesar de que la vida allí estuviese encareciéndose y de que fueran surgiendo oportunidades para mudarse a otros lugares. Una vez, había interceptado una serie de correos electrónicos en el ordenador de su madre. Uno de los clientes hombres le rogaba encarecidamente que se fuera a vivir con él al adosado en que vivía en Baltimore, donde acogería también a su hija y «todo aquello sin lo que no puedas vivir». Como adusta respuesta, Maura le había informado de que aquello era imposible por muchas razones; entre ellas, que no estaba dispuesta a dejar Henrietta y que no sabía si él era un asesino en serie. El pobre había contestado tan solo con un emoticono triste. Blue solía preguntarse qué habría sido de él.

—Me gustaría saber qué has visto —afirmó Blue—. ¿A qué te refieres con que no lo esperabas?

—Estaba siguiendo al chico de ayer a su muerte, que parecía inminente. Pero entonces lo perdí, dejé de verlo. No sé explicarlo. A lo mejor es culpa mía —explicó Neeve.

—No lo es —indicó Maura. Al ver que la curiosidad de Blue no cesaba, añadió—: Se parece a cuando la televisión se queda sin imagen pero continúa encendida. Algo así. Claro que yo nunca he visto a alguien desaparecer de ese modo.

—Pues desapareció —Neeve apartó el cuenco—. Pero eso no es todo, ¿verdad? ¿Qué más voy a sacar en limpio con esto?

—Canales que no están incluidos en el paquete básico de la televisión por cable.

Neeve golpeteó la mesa con sus hermosos dedos y dijo:

—Nunca me habías hablado de eso.

—No me parecía relevante —contestó Maura.

—Un lugar en el que desaparece un chico joven es bastante relevante. Y los poderes de tu hija también lo son —Neeve alzó su pétrea mirada hasta Maura, quien se alejó de la encimera y se dio la vuelta.

—Esta tarde tengo trabajo —anunció Blue al darse cuenta de que la conversación había terminado. El reflejo de las hojas se mecía en la superficie del cuenco: un bosque oscuro.

—¿De verdad piensas ir a trabajar así? —preguntó Maura.

Blue se miró la ropa. Llevaba varias camisetas superpuestas, incluyendo una que había diseñado con un método que ella misma denominaba «hacer tiras».

—¿Qué tiene de malo? —repuso.

Maura se encogió de hombros.

—Nada. Siempre aspiré a tener una hija excéntrica. Lo que pasa es que no sabía que mis malvados planes estuviesen dando resultado. ¿A qué hora empiezas?

—A las siete. Bueno, quizá más tarde. Se supone que Cialina estará ocupada hasta las siete y media, pero lleva toda la semana diciendo que su hermano le ha comprado entradas para Atardecer, y que si alguien la reemplazase la última media hora…

—Podrías negarte. ¿Qué es Atardecer? ¿No será esa película en que todas las chicas mueren a golpe de hacha?

—La misma. —Mientras saboreaba el yogur, Blue miró de soslayo a Neeve, que, ceñuda, continuaba observando el cuenco, ya fuera de su alcance —. Bueno, me voy.

Empujó la silla hacia atrás. Maura guardaba uno de esos silencios que se hacen notar más que las palabras. Con calma, Blue tiró a la basura el envase del yogur, dejó la cucharilla en el fregadero, junto a su madre, y se volvió para encaminarse al piso de arriba y calzarse.

—Blue —concluyó Maura—. No hace falta que te diga que no debes besar a nadie, ¿verdad?

Capítulo 4

Tras dieciocho meses de tratar con Gansey, Adam Parrish sabía que su amistad conllevaba ciertas cosas. Entre ellas, creer en lo sobrenatural, tolerar la tormentosa relación que tenía con el dinero y coexistir con el resto de sus amigos. Las dos primeras solo daban problemas cuando pasaban tiempo alejados de Aglionby, y la tercera solo daba problemas cuando se trataba de Ronan Lynch.

Una vez, Gansey le había dicho que le daba miedo que la gente no supiese cómo manejar a Ronan. Se refería, en realidad, a que le preocupaba que alguien confiase en Ronan y saliera escaldado.

A veces, Adam se preguntaba si Ronan sería el mismo antes de la muerte de su padre, pero solo Gansey lo conocía desde entonces. Bueno, Gansey y Declan, su hermano, pero Declan parecía incapaz de controlarlo, motivo por el cual había tenido la prudencia de quedar a la hora en que Ronan tenía clase.

Adam se encontraba en el rellano del segundo piso del 1136 de Monmouth, esperando junto a Declan y la novia de este. Vestida con sedas vaporosas, la novia en cuestión se parecía mucho a Brianna, o a Kayleigh, o a quienquiera que hubiese sido el ligue anterior. Todas tenían largas melenas rubias y cejas a juego con los zapatos de cuero oscuro de Declan. Con su traje de becario de Políticas, Declan, por su parte, parecía un treintañero. Adam pensó que si él llevase aquel traje, no sabía si el efecto sería el mismo o si su infancia lo traicionaría y lo dejaría en ridículo.

—Gracias por haber venido —le dijo Declan.

—No hay problema —contestó Adam.

En realidad, el motivo de haber acompañado andando a Declan y su novia desde Aglionby no tenía que ver con la amabilidad y sí con una molesta impresión. Llevaba tiempo notando que alguien estaba… husmeando en su investigación sobre la línea ley. No sabía muy bien cómo precisar aquella sensación: una mirada inquisitiva captada con el rabillo del ojo, unas huellas de zapato gastado en las escaleras que no parecían pertenecer a nadie

del grupo, un bibliotecario diciéndole que alguien había consultado el libro de esoterismo que acababa de devolver… Con todo, prefería asegurarse antes de preocupar a Gansey, quien ya tenía bastante con lo suyo.

No era que Adam sospechase de Declan. Sabía perfectamente que Declan los espiaba, pero si lo hacía, era por Ronan y no por la línea ley. Aun así, no estaba de más observarlo un poco y salir de dudas.

Las miradas con que la novia de Declan estaba escudriñando el panorama pretendían ser furtivas, pero resultaba al contrario. El 1136 de Monmouth era una fábrica de ladrillo medio destruida y algo sombría, aneja a un aparcamiento abandonado que casi ocupaba una manzana entera. El único indicio de su actividad original se hallaba en la fachada oriental: MANUFACTURAS MONMOUTH. Pese a las pesquisas realizadas, ni Gansey ni Adam habían sido capaces de concretar qué se había fabricado allí. En todo caso, habían necesitado techos de más de siete metros de altura y amplios espacios diáfanos, y había dejado a su paso manchas de humedad en el suelo y grietas en las paredes de ladrillo.

Fuera lo que fuese, el mundo ya no lo necesitaba.

Declan iba contándole a su novia estas y otras cosas al oído, y ella respondía con risitas nerviosas, como si todo fuese un gran secreto. Adam vio que Declan, mientras hablaba, rozaba con el labio el lóbulo de la oreja de su novia. Desvió la mirada justo antes de que Declan alzase los ojos.

Adam era muy capaz de ver sin ser visto. El único capaz de sorprenderlo era Gansey.

La novia de Declan sacó una mano por la ventana, que estaba rota, y señaló el aparcamiento. Adam siguió la dirección de su mirada hasta las marcas negras y rabiosas que Gansey y Ronan habían dejado con sus trompos y derrapes. A Declan se le endureció la expresión; aunque fuesen cosa de Gansey, su hermano era, para él, el responsable.

Adam ya había llamado a la puerta una vez y volvió a intentarlo con tres golpes: uno lento y dos rápidos, la señal convenida.

—La casa estará hecha un desastre —avisó.

El comentario iba dirigido más a la novia de Declan que a Declan, quien sabía de sobra en qué estado se encontraría el lugar. Adam sospechaba que,

para él, aquel desorden era un encanto más con que engatusar a sus amigas. Su objetivo era Ashley, y había planificado todos y cada uno de los pasos de la noche, incluida aquella breve visita a Manufacturas Monmouth.

La puerta seguía sin abrirse.

—¿Y si llamo por teléfono? —sugirió Declan.

Adam probó el pomo, que estaba cerrado. Lo empujó con la rodilla para tirar hacia arriba de la puerta, que terminó por ceder y abrirse. La novia de Declan lo celebró con un gritito, pero el éxito de la maniobra se debía a la precariedad de la cerradura y no a la pericia de Adam.

Al entrar, la novia de Declan tuvo que echar la cabeza hacia atrás cuanto pudo para ver el techo. Suspendidas en las alturas sobre todo lo demás, unas vigas de hierro sostenían el tejado. La morada que Gansey se había sacado de la manga era un laboratorio de ensueño: se extendían ante los recién llegados cientos y cientos de metros cuadrados, todo el segundo piso de la fábrica. Dos de las paredes estaban compuestas por viejos ventanales —decenas y decenas de pequeños cuadrados de cristal ondulado, excepto unos pocos, lisos, que Gansey había colocado para reemplazar los rotos—, y las otras dos estaban cubiertas de mapas: de las montañas de Virginia, de Gales, de Europa… con líneas trazadas a rotulador atravesándolos; en medio, un telescopio orientado hacia el cielo del oeste, y a sus pies, toda clase de aparatos viejos para efectuar mediciones magnéticas.

Pero, más que nada, libros. No en limpias y ordenadas hileras de intelectual presuntuoso, sino en montones erráticos de estudioso obsesionado. Algunos estaban en otros idiomas. Otros eran diccionarios que compendiaban esas lenguas. Y otros eran nada más y nada menos que catálogos de bañadores de Sports Illustrated.

Adam notó la punzada que ya conocía. No de celos, sino de deseo. Algún día, él también dispondría del dinero suficiente para mantener un lugar como aquel. Un lugar que reprodujese en el exterior lo que él llevaba en el interior.

Una voz en su mente le preguntaba si alguna vez llegaría a alcanzar una grandiosidad así, o si era cosa de nacimiento. Gansey vivía como vivía porque había tenido dinero desde siempre, como un virtuoso al que hubieran sentado al piano nada más tener capacidad de sentarse. Adam, un

advenedizo, un usurpador, todavía luchaba por librarse del torpe acento de quienes habían crecido en Henrietta. Aún guardaba sus ahorros bajo la cama, en un paquete de cereales.

La novia de Declan se cubrió el pecho con las manos como si estuviese reaccionando ante la desnudez masculina. Sin embargo, la desnudez no correspondía a una persona, sino a un objeto: la cama de Gansey, que, medio deshecha y plantada en el centro de la estancia, no era más que un par de colchones sobre un bastidor de metal. El hecho de que estuviese tan a la vista la volvía incluso más íntima.

Gansey se encontraba sentado frente a una vieja mesa, dándoles la espalda, oteando por una de las ventanas que daban al este y jugueteando con un bolígrafo. Tenía ante sí su grueso diario, cuyas páginas rebosaban de recortes de libros y caligrafía apretada. Como ocurría con frecuencia, Adam comprobó con asombro la condición anacrónica de Gansey: un hombre mayor en un cuerpo joven, o un hombre joven en la vida de un viejo.

—Estamos aquí —anunció Adam.

Como Gansey no contestaba, Adam se encaminó hacia él. Tras él, la novia de Declan profirió varias exclamaciones, la totalidad de las cuales empezaban por la letra o.

Sirviéndose de una heterogénea colección de paquetes de cereales, cajas y pintura de exteriores, en el centro de la sala, Gansey había construido una maqueta de Henrietta de un par de palmos de altura, de modo que los tres visitantes tuvieron que recorrer la calle principal para llegar a la mesa. Adam conocía la verdad: aquellas réplicas de edificios eran síntoma del insomnio de Gansey. Una pared nueva por cada noche en vela.

Adam se detuvo junto a Gansey. El ambiente allí desprendía un olor fresco y punzante, por la hoja de menta que Gansey mascaba con aire ausente.

Adam tocó la oreja derecha de su amigo, y este se sobresaltó y se puso de pie de un salto.

—¡Vaya! Hola —dijo.

Como siempre, tenía aspecto de héroe de guerra con su maraña de pelo castaño, los ojos de color almendra, siempre entornados, y aquella nariz recta que los antiguos anglosajones habían tenido a bien legarle. Todo en él

sugería valor, fuerza y firmes apretones de manos.

La novia de Declan se le quedó mirando.

Adam recordó haberse sentido intimidado al conocerlo. Gansey tenía dos personalidades: la que atesoraba bajo la piel y la que se enfundaba todas las mañanas, cuando se deslizaba la cartera en el bolsillo trasero de los pantalones. El primero era complejo y apasionado, con un acento indefinido, y el segundo exudaba energía cuando saludaba a la gente con aquel bello acento de las clases adineradas de Virginia. Para Adam, era un misterio que las dos versiones nunca se mostraran a un tiempo.

—No me di cuenta de que habíais llegado —pretextó Gansey innecesariamente.

Entrechocó los puños con Adam. Viniendo de él, aquel gesto era a la vez encantador y pudoroso, una frase tomada de un idioma ajeno.

—Ashley, este es Gansey —dijo Declan con su característico tono de voz, agradable y neutro. Era una voz que valdría para anunciar tornados y borrascas. Para describir efectos secundarios de píldoras azules. Para explicar los procedimientos de seguridad de un 747.

Agregó—: Dick Gansey.

Si Gansey estaba pensando que la novia de Declan era tan prescindible como renovable, no lo demostró. Se limitó a decir, con gesto un tanto frío:

—Como sabe Declan, Dick es mi padre. Yo me llamo Gansey.

A Ashley no parecía haberle hecho gracia. Más bien parecía sorprendida.

—¿Dick?

—Viene de familia —concedió Gansey, con aire de tolerar una broma ya gastada—.

Hago lo que puedo por olvidarlo.

—Estás en Aglionby, ¿verdad? Este sitio es una locura. ¿Por qué no vives en el colegio? —preguntó Ashley.

—Porque este edificio es mío —respondió Gansey—. Prefiero gastarme el dinero en él que en un dormitorio de internado. No puedes vender un cuarto de internado después de acabar los estudios. Es dinero perdido.

Dick Gansey III odiaba hablar como Dick Gansey II, pero acababa de hacerlo.

Tanto el uno como el otro, cuando se lo proponían, podían enfundarse una chaqueta a cuadros y sacar a la lógica de paseo.

—Vaya —dijo Ashley cruzando la mirada con Adam. Sus ojos no se detuvieron en él, pero, aun así, Adam recordó que tenía el jersey descosido en un hombro.

«Olvídalo. No lo ha visto. Nadie se da cuenta».

Con un esfuerzo, Adam se enderezó y trató de acomodarse al uniforme con la misma facilidad que Gansey o Ronan.

—Ash, seguro que no sabes por qué Gansey vino a vivir aquí —dijo Declan—.

Cuéntaselo, Gansey.

Gansey no pudo resistirse a hablar de Glendower. Nunca podía.

—¿Sabes algo de reyes galeses? —preguntó.

Ashley apretó los labios y se pellizcó la base del cuello.

—Mmm. ¿Llewellyn? ¿Glendower? ¿Los señores de la Marca Galesa?

La sonrisa en la cara de Gansey podría haber iluminado una mina de carbón.

Cuando se habían conocido, Adam no sabía nada de Llewellyn y Glendower. Gansey había tenido que explicarle que Owain Glyndŵr —u Owen Glendower para los ingleses—, un noble galés, había luchado por la libertad de Gales contra los ingleses y luego, cuando parecía inevitable que lo capturaran, había desaparecido de la isla y de la historia, para siempre.

Pero Gansey siempre accedía a volver a contar aquellos eventos. Los relataba como si acabasen de ocurrir y, una vez más, se emocionaba con los signos mágicos que habían acompañado el nacimiento de Glendower, los rumores de su capacidad de volverse invisible, las victorias imposibles contra ejércitos más numerosos y, finalmente, su misteriosa huida. Cuando Gansey se dejaba llevar por el relato, Adam vislumbraba las verdes ondulaciones de las colinas galesas, la amplia y centelleante superficie del río Dee, o las inclementes montañas septentrionales en las que se había perdido el rastro de Glendower. En la voz de Gansey, Owain Glyndŵr aún vivía.

Mientras volvía a escuchar la historia con Ashley y Declan, Adam

comprendió que Glendower era más que un personaje histórico para Gansey. Era todo aquello a lo que Gansey aspiraba: sabio y valeroso, seguro de su destino, tocado por lo sobrenatural, respetado por todos y poseedor de un legado que duraría toda la eternidad.

Encandilado por el relato y ebrio de misterio, Gansey le preguntó a Ashley:

—¿Conoces las leyendas de los reyes durmientes? ¿Sabías que se dice que héroes como Llewellyn, Glendower o Arturo no están muertos de verdad, sino que duermen en sus tumbas a la espera de despertar?

Ashley reaccionó con un pestañeo insulso.

—Son metáforas, ¿no? —aventuró.

Quizá no fuese tan tonta como pensaban.

—Tal vez —admitió Gansey. Con gesto teatral, señaló los mapas de la pared, surcados por las líneas ley por las que, según creía, había viajado Glendower. Tomó el diario entre las manos y mostró, a modo de ejemplo, varias imágenes y anotaciones—. Yo pienso que el cuerpo de Glendower fue traído al Nuevo Mundo. En concreto, hasta aquí, Virginia. Quiero descubrir dónde está enterrado.

Para alivio de Adam, Gansey calló que creía en las leyendas que decían que, pese a los siglos transcurridos, Glendower seguía con vida. Calló que creía que Glendower le concedería un deseo a quien lo despertase de su eterno sueño. Calló que la aspiración de encontrar al rey perdido era, para él, una obsesión. Calló las llamadas a medianoche a Adam, provocadas por el insomnio y el ansia de la búsqueda. Calló su pasión por el microfilm y los museos, los artículos periodísticos y los detectores de metales, los viajes constantes y los manoseados diccionarios fraseológicos en lenguas extranjeras.

Y calló todo lo relacionado con la magia y las líneas ley.

—Qué locura —dijo Ashley examinando el diario—. ¿Por qué te parece que está aquí?

La pregunta tenía dos posibles respuestas. Una de ellas se basaba meramente en pruebas históricas y era apta para todos los públicos. La otra añadía a la ecuación magia y varas de radiestesia. A veces, en días malos,

Adam creía en la primera, y a duras penas.

Pero ser amigo de Gansey conllevaba con frecuencia confiar en la segunda. En ese punto era en donde sobresalía Ronan, para desgracia de Adam: su fe en la explicación sobrenatural era inquebrantable. La de Adam, en cambio, hacía aguas.

Ya por ser alguien que estaba de paso o por ser tachada de escéptica, Ashley recibió la versión histórica. Con su mejor pose profesoral, Gansey enumeró varios topónimos de origen galés de la zona, habló de diversos artefactos del siglo quince encontrados bajo tierra en Virginia y mencionó pruebas que documentaban la llegada de galeses a América en época precolombina.

En medio de la disertación, Noah —el huraño tercer habitante de Manufacturas Monmouth— salió del pulcro cuarto que se encontraba junto a la oficina que Ronan había tomado como dormitorio. La cama de Noah compartía el angosto espacio con una curiosa máquina que, por lo que Adam creía, era una especie de imprenta.

Adentrándose en la estancia, Noah saludó a Ashley con una mirada penetrante y muy poco risueña. Lo suyo no eran las habilidades sociales.

—Este es Noah —dijo Declan. Su gesto confirmó lo que Adam suponía: Manufacturas Monmouth y sus pobladores eran, para Declan y Ashley, una atracción turística, un tema de conversación para la cena posterior.

Noah alargó una mano.

—¡Ay! Tienes las manos muy frías —Ashley se frotó las manos con la blusa para calentárselas.

—Llevo siete años muerto —le espetó Noah—. Es normal que las tenga frías.

En contraste con la armonía de su habitación, Noah tenía un aspecto algo descuidado. Había algo que no cuadraba en su indumentaria y en su cabello, rubio y peinado hacia atrás. Su uniforme, desaliñado, hacía que Adam se sintiese un poco menos ajeno a Aglionby. No era fácil mezclarse con la gente del colegio cuando uno se encontraba junto a Gansey, cuya blanca camisa, perfecta e inmaculada, costaba más que la bicicleta de Adam (y cualquiera que no distinguiese entre una camisa comprada en el centro comercial y otra

confeccionada por un sastre italiano, estaba miope), o incluso junto a Ronan, quien se había gastado novecientos dólares en un tatuaje tan solo por cabrear a su hermano.

Las consabidas risitas de Ashley cesaron de pronto al abrirse la puerta del cuarto de Ronan. La expresión de Declan quedó nublada.

Saltaba a la vista que Ronan y Declan Lynch eran hermanos. Ambos tenían el mismo pelo castaño y la misma nariz afilada, pero Declan transmitía solidez, y Ronan, fragilidad. La amplitud de la mandíbula y la sonrisa de Declan parecían decir: «Vótame».

Por el contrario, la cabeza rapada y la sonrisa mordaz de Ronan avisaban de que el individuo en cuestión era venenoso.

—Ronan —dijo Declan. Al hablar por teléfono con Adam, había preguntado: «¿A qué hora va a estar ocupado Ronan?»—. Pensaba que tenías tenis.

—Y así es —respondió Ronan.

Se produjo un silencio que Declan aprovechó para pensar qué contarle a Ashley.

Ronan, por su parte, disfrutó de la incomodidad del momento. Los dos hermanos Lynch de más edad —había un total de tres en Aglionby— se llevaban mal desde siempre, que Adam supiese. A diferencia del resto de la gente, Gansey prefería a Ronan y se alineaba con él frente a su hermano. Adam sospechaba que Gansey, quien valoraba la honestidad por encima de todo, se quedaba con Ronan porque este, pese a su horrible carácter, se tomaba las cosas en serio.

Declan aguardó un instante más antes de hablar, y Ronan se cruzó de brazos.

—Menudo hombretón que te has buscado, Ashley —dijo Ronan—. Aprovecha esta noche todo lo que puedas, porque mañana se irá con la primera que se le presente.

Una mosca chocó varias veces contra los cristales de una ventana. La puerta de Ronan, atiborrada de fotocopias de multas por exceso de velocidad, se cerró empujada por la corriente.

La boca de Ashley tembló y acabó dibujando una mueca ladeada. Gansey

tardó demasiado en reaccionar y darle un codazo a Ronan.

—Lo siente mucho —dijo Gansey.

Ashley fue cerrando la boca poco a poco. Parpadeando, miró el mapa de Gales y luego volvió a centrar los ojos en Ronan. Este había escogido bien sus armas: la verdad sin concesiones.

—Mi hermano es… —masculló Declan, pero dejó la frase en el aire. Ronan ya se había encargado de mostrarse tal cual era y no había nada más que explicar—. Mejor nos vamos.

Ronan, creo que tienes que reconsiderar tu… —una vez más, se quedó sin palabras. Estaba todo dicho.

Tomó de la mano a Ashley para conducirla a la puerta.

—Declan —dijo Gansey.

—No trates de arreglarlo —le recomendó Declan. Salió con Ashley a la escalera, y ambos comenzaron a descender.

Adam le oyó decir las primeras frases del discurso con el que salvar los muebles:

«Como te dije, tiene problemas. Pensaba que no estaría aquí. Fue él quien encontró a nuestro padre, y eso lo dejó muy tocado. ¿Qué te parece si vamos a cenar marisco? ¿No crees que nos vendría bien algo de langosta? Yo opino que sí».

En cuanto se cerró la puerta, Gansey dijo:

—Ya te vale, Ronan.

Ronan continuaba crispado. En su código de honor no había espacio para infidelidades ni relaciones casuales. No era que no las aprobase, sino que no las comprendía.

—Es un mujeriego, sí. Pero no es problema tuyo —afirmó Gansey.

En opinión de Adam, Ronan tampoco era problema de Gansey, pero aquella no era la primera vez que hablaban del tema.

Ronan alzó una ceja, afilada como una cuchilla.

Gansey cerró su diario.

—No me gusta, Ronan —dijo—. Ella no tiene nada que ver con lo tuyo con Declan. — Pronunció «lo tuyo con Declan» como si se tratase de un objeto físico, de algo que pudieses levantar para mirar debajo—. La has

tratado mal. Y nos has dejado al resto a la altura del betún.

Ronan parecía escarmentado, pero Adam no se dejó engañar. Ronan no lamentaba su comportamiento; lo único que sentía era que Gansey lo hubiese presenciado. Lo que había entre los hermanos Lynch era lo bastante oscuro para ocultar las emociones de los demás.

Aun así, Gansey conocía el paño tanto como Adam. Se acarició el labio inferior con el pulgar, en un gesto inconsciente que hacía a veces. Al ver que Adam lo observaba, dijo:

—No sé por qué me tengo que sentir tan sucio. Venga. Vamos al Nino. Tomaremos pizza y llamaré a esa médium. Y todo este rollo puede irse a freír espárragos.

Ese era el motivo por el que Adam disculpaba la versión superficial y empalagosa de Gansey. Por su dinero y el abolengo de su apellido, por su atractiva sonrisa y su humor siempre dispuesto a la risa, porque le gustaba la gente y (pese a sus temores) gustaba a la gente, Gansey podría haber tenido por amigo a quien quisiese. Sin embargo, había elegido a tres individuos que, por distintas razones, quizá no merecían su amistad.

—Yo paso —manifestó Noah.

—¿No has tenido soledad suficiente, macho? —replicó Ronan.

—Ronan —exclamó Gansey—. Se acabó la guerra, ¿vale? Noah, no te obligaremos a comer. Adam, ¿tú qué?

Distraído, Adam levantó la mirada. Tras reflexionar sobre el comportamiento de Ronan y el interés de Ashley en el diario, se estaba preguntando si había en todo aquello algo más que la típica curiosidad que Gansey y sus obsesiones despertaban en la gente.

Sabía que Gansey tacharía sus temores de susceptibles y posesivos, ya que él, por su parte, no tenía por lo general nada que ocultar al respecto.

Gansey y Adam querían hallar a Glendower por motivos diferentes. Gansey era como Arturo en busca del grial, empujado por un ansia desesperada y, a la vez, imprecisa de ser útil para el mundo y asegurarse de que su existencia significaba algo más que champán, fiestas y cuellos de camisa almidonados. Necesitaba satisfacer el oscuro deseo de solventar el misterio que llevaba alojado en lo más profundo de su ser.

En cambio, lo que perseguía Adam era el favor del rey.

Y eso significaba que debían ser ellos los que despertasen a Glendower. Tenían que adelantarse y encontrarlo ellos primero.

—Parrish —insistió Gansey—. Espabila.

Adam hizo una carantoña. Presentía que haría falta algo más que pizza para endulzar el carácter de Ronan.

Pero Gansey, con las llaves del Camaro en la mano, se dirigía ya hacia la puerta a través de la maqueta de Henrietta. Pese a que Ronan resoplase, Noah suspirara y Adam continuase con sus titubeos, no se dio la vuelta para cerciorarse de que lo seguían. Estaba seguro. Tras días, semanas y meses con los tres, se los había ganado, y ellos irían tras él a cualquier parte.

—Excelsior —murmuró Gansey al cerrar la puerta después de que salieran todos.

Capítulo 5

No eran ánimos, precisamente, lo que le sobraba a Barrington Whelk mientras atravesaba el vestíbulo de Whitman House, donde se encontraban las oficinas de Aglionby.

Habían dado las cinco de la tarde, y las clases habían terminado hacía rato; si estaba allí, era para recoger unos ejercicios que debía corregir para el día siguiente. A su izquierda, un ventanal vertía a chorro la luz vespertina, y a su derecha silbaban los murmullos del personal administrativo. A aquella hora, el viejo edificio parecía más bien un museo.

—Barrington, pensé que hoy tenías el día libre. Qué mala cara. ¿Estás enfermo?

Whelk no formuló su respuesta de inmediato. A todos los efectos, tenía el día libre.

Quien le había hablado era Jonah Milo, el profesor de Lengua de bachillerato. Pese a su gusto por el tartán y los pantalones de pana estrechos, Milo no era del todo insoportable, pero Whelk no estaba por la labor de darle explicaciones. La víspera de San Marcos estaba empezando a convertirse en una tradición que consistía en pasarse toda la noche bebiendo hasta caer dormido en el suelo de la cocina, a eso del amanecer. Aquel año había decidido pedirse libre el día de San Marcos. Enseñar latín a los alumnos de Aglionby era, de por sí, castigo suficiente. Hacerlo con resaca resultaba inconcebible.

Pasados unos instantes, Whelk se limitó a responder alzando el taco de ejercicios que llevaba en la mano. Milo enarcó las cejas al ver el nombre escrito en la primera hoja.

—¡Ronan Lynch! ¿Es ese su ejercicio?

Whelk leyó el nombre y confirmó que lo era. En ese momento, un grupo de chicos que iban de camino a remo lo empujaron al pasar y le hicieron chocar contra Milo. No pretendían faltarle al respeto: Whelk era apenas mayor que ellos, y sus facciones, curiosamente grandes, lo hacían parecer más joven. Era fácil tomarlo por un alumno más.

Milo se separó de Whelk.

—¿Cómo logras que asista a tus clases?

La mera mención del nombre de Ronan Lynch había tocado un punto sensible de Whelk. Porque nunca se trataba tan solo de Ronan, sino del trío del que formaba parte:

Ronan Lynch, Richard Gansey y Adam Parrish. Todos los alumnos eran ricos, seguros de sí mismos y arrogantes, pero aquellos tres eran los únicos que le recordaban lo que había perdido.

Whelk trató de recordar si Ronan había faltado alguna vez a su asignatura. Las numerosas jornadas del curso se desdibujaban y se fundían en una acumulación de rutinas:

Whelk aparcaba su cutre cochecito junto a los lujosos automóviles que eran norma en Aglionby, se abría paso a través de nubes de chicos que reían y bromeaban, y se situaba frente a los alumnos de su clase, amodorrados en el mejor de los casos y burlones en el peor. Y al final del día, en la soledad de su casa, jamás olvidaba que, una vez, había sido como ellos.

«¿Desde cuándo mi vida es así?».

Whelk se encogió de hombros.

—No recuerdo que faltase.

—Se sienta con Gansey, ¿no? —preguntó Milo—. Ahí está la clave. Esos dos son uña y carne.

Aquella era una expresión anticuada y un tanto extraña que Whelk no oía desde sus días como alumno en Aglionby, cuando también él había sido «uña y carne» con su compañero de habitación, Czerny. Notó un vacío interior, una especie de hambre, y consideró que debía haberse quedado en casa, bebiendo un poco más para conmemorar aquel día miserable.

Devolviendo la atención a lo que tenía delante, examinó el parte de asistencia que le había dejado el profesor sustituto.

—Ronan vino a clase hoy, pero Gansey no. No a la mía, al menos.

—Supongo que será por esa chorrada del día de San Marcos de la que no para de hablar —contestó Milo.

Whelk aguzó el oído. Nadie sabía qué era el día de San Marcos. Nadie lo celebraba ni le daba importancia. Nadie excepto Whelk y Czerny, buscadores

de tesoros y audaces gamberros.

—¿Cómo dices? —inquirió Whelk.

—Lo cierto es que no tengo muy claro el asunto —admitió Milo. Un profesor que salía de uno de los despachos se paró a saludarlo, y Milo volvió la cabeza para responderle.

Whelk se imaginó agarrando a Milo del brazo y obligándolo a prestarle atención. Tuvo que esforzarse para no hacer nada y esperar. Cuando volvió a mirarlo, Milo percibió el interés de Whelk y agregó—: ¿Aún no te ha comentado nada? Ayer no dejó de dar la lata. Es esa cosa de la línea ley.

«Línea ley».

Si nadie sabía del día de San Marcos, mucho menos de las líneas ley. Desde luego, no en Henrietta, Virginia. Desde luego, no entre el acaudalado alumnado de Aglionby. No, al menos, en conjunción con el día de San Marcos. Era la meta de Whelk, su tesoro, su adolescencia. ¿Qué pintaba Richard Gansey III hablando de aquello?

Oír la expresión «línea ley» hizo que le viniera a la cabeza un recuerdo: se vio a sí mismo empapado en sudor, en un bosque espeso. Tenía diecisiete años y estaba temblando.

Cada vez que le latía el corazón, veía líneas rojas formándose en los márgenes de su campo visual. Parecía que las hojas estuviesen moviéndose, pero no había viento. Czerny se hallaba en el suelo, junto al coche rojo. Estaba muriéndose. Aún movía las piernas, barriendo con ellas la hojarasca. Tenía la cara… deshecha.

Whelk volvió a oír en su cabeza unas voces de ultratumba sisear y susurrar palabras difusas y lentas.

—Una especie de fuente de energía o algo así —explicó Milo.

De repente, Whelk tuvo miedo de que Milo adivinase lo que guardaba en la memoria, de que oyese aquellas voces inexplicables y herméticas cuyo eco persistía en su mente desde aquel día funesto.

Borró toda expresión de la cara, pero pensó: «Si hay alguien más dedicado al asunto, tengo razón. Debo continuar».

—¿Dijo si estaba haciendo algo con esa línea ley? —le preguntó a Milo con estudiada tranquilidad.

—No lo sé. Pregúntaselo a él. Le encantará que alguien le aguante la cháchara —Milo desvió los ojos hacia la secretaria, que, con el bolso colgado del hombro y la chaqueta doblada en el brazo, atravesaba el vestíbulo en su dirección. El lápiz de ojos se le había corrido tras la larga jornada en la oficina.

—¿Habláis de Gansey Tercero y su obsesión New Age? —preguntó. Llevaba el cabello sujeto con un lápiz, y Whelk observó los rubios mechones que le sobresalían del moño. Para él, estaba claro que se sentía atraída por Milo, a pesar del tartán, la pana y la barba—. ¿Sabéis cuánto dinero tiene Gansey padre? Me gustaría saber si le consta a qué dedica el tiempo su hijo. A mí, hay veces que esos niñatos engreídos hacen que me entren ganas de cortarme las venas. Oye, Jonah, ¿me acompañas a fumar o no?

—Lo he dejado —respondió Milo. Incómodo, lanzó una mirada fugaz a la secretaria, y después contempló a Whelk. Este supo que su compañero estaba pensando en lo rico que había sido su padre y en lo poco que había quedado de su riqueza tras los procesos judiciales que, tiempo atrás, habían ocupado las primeras planas de los diarios. Los profesores más jóvenes y el personal administrativo aborrecían a los chicos de Aglionby: los odiaban por lo que tenían y por lo que representaban, y Whelk era consciente de que disfrutaban en secreto de que él hubiese perdido el rango hasta caer a su nivel.

—¿Qué dices tú, Barry? —inquirió la secretaria. Acabó por responderse a sí misma—.

No, tú no fumas. Eres demasiado elegante para eso. Pues nada, iré yo sola.

Milo también se dispuso a irse.

—Mejórate —dijo con amabilidad, a pesar de que Whelk no hubiese dicho que se encontrase mal.

En su cabeza, las voces seguían rugiendo, pero, por una vez, Whelk logró que lo que estaba pensando las acallara.

—Ya estoy mejor —afirmó.

Era posible que, después de todo, la muerte de Czerny no hubiese sido en vano.

Capítulo 6

Blue no se habría descrito como camarera. Después de todo, también daba clases a niños de primaria, hacía guirnaldas para la Sociedad de Amigas del Perpetuo Socorro, paseaba a los perros de los habitantes de los apartamentos más lujosos de Henrietta y cuidaba las plantas de las señoras de más edad del vecindario. En resumen, trabajar de camarera en el Nino era lo de menos. Sin embargo, tenía flexibilidad de horarios, era el ejemplo de experiencia laboral más decente de su currículum y el sueldo estaba bien.

El único problema del Nino era que, a efectos prácticos, pertenecía a Aglionby. Se encontraba a seis manzanas de la verja del complejo de antiguos edificios, justo al borde del casco histórico. No era el lugar más recomendable de Henrietta. Había otros sitios con televisores más grandes y mejor música, pero, por alguna razón desconocida, si no ibas al Nino no eras nadie en el mundo estudiantil. Ir al Nino era señal de que pertenecías a los círculos más selectos. Si te dejabas seducir por el Morton's Sports Bar de la Tercera, te quedabas fuera.

Así, los chicos de Aglionby que iban al Nino no solo eran alumnos de Aglionby, sino también lo más granado que el augusto colegio tenía que ofrecer: ruidosos, avasalladores, creídos.

Aquella noche, la música estaba lo bastante alta para paralizar los aspectos más sensibles de su personalidad. Blue se colocó el delantal, olvidó lo mejor que pudo a los Beastie Boys y puso en marcha su sonrisa de recaudar propinas.

Al poco rato, entraron por la puerta cuatro chicos y, con ellos, un soplo de aire frío, que chocó con el olor a orégano y cerveza que flotaba en el ambiente. El neón que había a la entrada con el lema Desde 1976 iluminó las caras de los recién llegados con un resplandor de color verde pistacho. El que lideraba el grupo estaba hablando por el móvil y, mientras lo hacía, le mostró cuatro dedos a Cialina indicándole para cuántos era la mesa.

Los chicos del cuervo eran multitarea, sí, pero solo si las tareas redundaban en beneficio propio.

Mientras Cialina se afanaba de un lado a otro con el bolsillo del delantal rebosando de pedidos, Blue fue tras ella y le dio cuatro menús grasientos. Alborotado, el pelo de Cialina estaba cargado de electricidad estática y estrés.

—¿Quieres que atienda yo esa mesa? —le ofreció Blue con desgana.

—¿Estás de broma? —replicó Cialina mirando a los cuatro chicos.

Tras colgar el teléfono, el primero que había entrado se acomodó en uno de los bancos tapizados de escay naranja. El más alto se golpeó la cabeza contra la lámpara de cristal verde que colgaba sobre la mesa.

—¡Mierda! —masculló.

Los otros rieron a gusto. Al ver al alto darse la vuelta para sentarse, Blue distinguió una serpiente tatuada en el cuello. Había un algo de frenesí en aquella gente.

Blue prefería no saber nada.

Lo que quería era un trabajo que no le absorbiese la actividad mental y se la reemplazase por el chillido perverso de un sintetizador. A veces salía para darse un respiro y, apoyada en la pared de ladrillo que había en el callejón, tras el restaurante, se perdía en perezosas fantasías como, por ejemplo, un futuro dedicado a estudiar los anillos de los árboles. O nadar con mantarrayas. O explorar Costa Rica para saber más acerca del pigmeo-tirano de cresta escamosa.

Bueno, en realidad no estaba segura de que el pigmeo-tirano de cresta escamosa le interesase tanto. Le gustaba el nombre, ya que, para una chica de uno cincuenta, resultaba sugerente la idea de una pigmea tirana.

En todo caso, todas aquellas vidas imaginarias quedaban muy lejos del Nino.

Al cabo de unos minutos, el encargado le hizo un gesto desde la cocina. Aquella noche era Donny. El Nino tenía como quince encargados, todos ellos emparentados con el dueño y ninguno con el graduado escolar.

Donny logró repantigarse y ofrecerle el teléfono en un solo gesto.

—Tus padres. Quiero decir, tu madre.

Pero no había necesidad de especificar, puesto que Blue no tenía más que madre. En realidad, había intentado sonsacarle a Maura quién era su padre,

pero su madre había conseguido siempre eludir la respuesta.

Tras tomar el teléfono de la mano de Donny, Blue se escondió en la esquina de la cocina, al lado de la nevera, embadurnada de grasa, y del fregadero. Pese a sus precauciones, no se libraría de empellones.

—Mamá, estoy trabajando.

—Ante todo, calma. ¿Estás sentada? Quizá no sea necesario que te sientes. O a lo mejor sí. Al menos, apóyate en algo. Ha llamado. Para pedir hora.

—¿Quién, mamá? Habla más alto. Aquí hay mucho ruido.

—Gansey.

Durante unos momentos, Blue no lo entendió. Luego fue dándose cuenta poco a poco, como quien despierta. Habló con voz un tanto débil.

—¿Y qué… qué hora le has dado?

—Vendrá mañana por la tarde. No puedo hacerle venir antes. Lo intenté, pero dijo que tenía clase. ¿Tú trabajas mañana?

—Pediré que me cambien el turno —respondió Blue con súbita seguridad. Pero era como si alguien estuviese hablando por ella. La verdadera Blue se encontraba junto a la iglesia, oyendo al chico decir su nombre: «Gansey».

—Más vale. Hala, a trabajar.

Al colgar, Blue notó un aleteo cardiaco. Era de verdad. Aquel chico existía de verdad.

Era de carne y hueso, concreto, real. Espantoso.

Le pareció absurdo encontrarse allí atendiendo mesas, preparando bebidas y sonriendo a extraños. Quería estar en casa, tumbada bajo el haya del jardín, y reflexionar sobre el punto al que había llegado su vida. Neeve le había dicho que se enamoraría aquel año. Maura le había dicho que mataría a su amor verdadero si lo besaba. Se suponía que Gansey iba a morir también aquel año. ¿Una coincidencia? Gansey debía de ser su amor verdadero. A la fuerza. Pero Blue tenía claro que no iba a causar la muerte de nadie.

«¿Se supone que la vida es así? Tal vez sea mejor no saber nada».

Alguien le tocó el hombro.

El contacto físico iba contra las normas del Nino. Nadie debía tocarla

mientras estaba allí, y mucho menos en aquel momento, cuando estaba pasando por una crisis. Se dio la vuelta.

—¿En qué puedo ayudarte?

Ante ella estaba el chico multitarea de Aglionby, pulcro y presidencial. Llevaba un reloj que podía costar más que el coche de Maura, y allí donde la piel quedaba al descubierto, lucía un moreno perfecto. Blue no entendía cómo hacían los chicos de Aglionby para broncearse antes que la gente de Henrietta. Imaginaba que tendría que ver con cosas como las vacaciones de primavera y lugares como Costa Rica o las playas españolas. Aquel tío estaba más cerca del estatus de pigmeo tirano de lo que ella lo estaría nunca.

—Espero que puedas ayudarme —dijo él, con un aplomo que sugería más certeza que esperanza. Debía hablar alto para hacerse oír, e inclinaba la cabeza hacia abajo para mirarla a los ojos. Había en él algo que impresionaba, que daba sensación de mucha estatura a pesar de que no fuese más alto que la mayoría de la gente—. Mi amigo Adam, bastante pudoroso para las ocasiones sociales, cree que eres guapa, pero no se atreve a acercarse.

Está allí. Entre el zarrapastroso y el malhumorado.

Con bastante reticencia, Blue dirigió la mirada hacia donde se le pedía. La mesa estaba ocupada por tres chicos: el zarrapastroso tenía un aire arrugado y desvaído, como si hubiera dejado de lavarse demasiadas veces. El que se había golpeado con la lámpara era atractivo y llevaba la cabeza rapada: un soldado en guerra con el mundo. Y el tercero era… elegante. O tal vez no, pero estaba cerca de serlo. De complexión delgada y ojos azules, transmitía fragilidad y era lo bastante guapo para gustarle a cualquier chica.

Pese a sus instintos, que la empujaban a lo contrario, Blue cedió un poco.

—¿Y…? —preguntó.

—¿Y me harías el favor de venir y hablar con él?

Blue empleó una fracción de segundo en imaginar cómo sería eso de mezclarse con chicos de Aglionby y vérselas con una conversación un tanto forzada y, probablemente, sexista. A pesar del encanto del tal Adam, no fue una fracción de segundo agradable.

—¿Y de qué piensas que voy a hablar con él?

—Ya se nos ocurrirá algo —replicó el chico, despreocupado—. Somos gente interesante.

Blue lo dudaba. Pero Adam era muy elegante. Y de verdad parecía horrorizado ante la tesitura de que su amigo estuviese hablando con ella, lo cual no dejaba de resultar halagador. Por un brevísimo momento, del que más tarde se arrepentiría y que no entendería, Blue valoró la posibilidad de comunicar a qué hora terminaba el turno. Pero Donny la llamó desde la cocina, y Blue recordó las normas número uno y número dos.

—¿Te das cuenta de que llevo un delantal? —le espetó al chico—. Eso significa que estoy trabajando. Ganándome la vida y esas cosas.

Él continuó sin inmutarse.

—Ya me ocuparé yo de eso —dijo.

—¿Que te ocuparás de eso?

—Claro. ¿Cuánto ganas por hora? Ya me encargo yo. Y además, hablaré con el encargado.

Blue tardó unos segundos en encontrar respuesta. Nunca había creído en la gente que decía quedarse sin palabras, pero ella, en aquel momento, no las tenía. Abrió la boca y, en un principio, tan solo le salió aire; luego, lo que parecía ser el inicio de una carcajada.

Finalmente, consiguió decir:

—No soy una prostituta.

El chico de Aglionby se quedó boquiabierto, pero después comprendió.

—Ah, no me refería a eso. No es eso lo que he dicho.

—Sí, ¡sí que es lo que has dicho! ¿Crees que puedes pagarme para que hable con tu amigo? Me imagino que estarás acostumbrado a pagar por horas la compañía femenina y que no tendrás ni idea sobre cómo son las cosas en el mundo real, pero… pero… —Blue se detuvo a pensar que pretendía decir algo con todo aquello, pero no logró concretar el qué.

La indignación había enterrado sus funciones mentales, y lo único que le quedaba era el impulso de darle un sopapo a aquel impertinente. El chico quiso protestar, pero Blue fue más rápida—. Mira, las chicas, cuando nos interesa alguien, nos acercamos a él gratis.

El chico de Aglionby no contestó de inmediato. Se tomó un momento y

entonces, sin alterarse, dijo:

—Has dicho que estabas trabajando. Me pareció inapropiado no tenerlo en cuenta.

Siento que te hayas sentido insultada. Te entiendo, pero me parece un poco injusto que no hagas tú lo mismo por mí.

—Lo que a mí me parece es que te sobra superioridad —replicó Blue.

Se fijó en el soldadito, que hacía el avión con la mano. La estrellaba contra la mesa y la sacudía, y el zarrapastroso hacía lo que podía para tragarse las carcajadas. Teatral, el elegante se cubría la cara con la mano, aunque tenía los dedos lo bastante separados para que Blue le viese la mueca de vergüenza.

—Bueno, vale —repuso el chico—. Ya no sé qué más decir.

—Que lo sientes —le recomendó Blue.

—Eso ya lo he dicho.

Blue reflexionó.

—Pues: «Adiós».

El chico efectuó un gesto con la mano sobre el pecho que, tal y como lo entendió Blue, debía de ser una especie de cortesía, reverencia o cualquier otro sarcasmo caballeresco. Cala lo habría mandado a la porra, pero Blue se limitó a meterse las manos en los bolsillos del delantal.

Mientras el chico regresaba a su mesa y cogía un grueso diario de piel que, de algún modo, parecía impropio en comparación con su aspecto general, el soldadito soltó una carcajada desdeñosa y murmuró algo sobre que Blue no fuese una prostituta. A su lado, el elegante hundió la cabeza. Las orejas se le habían puesto rojas.

«Ni por cien dólares», pensó Blue. «Ni por doscientos».

Sin embargo, tenía que admitir que el detalle de las orejas coloradas la desarmaba.

Aquello no era muy… de Aglionby. ¿Sería que los chicos del cuervo habían aprendido a avergonzarse?

Miró un segundo más de lo prudente. El elegante levantó la cabeza y la vio. Sus cejas se unieron como con remordimiento y la hicieron titubear.

Pero entonces, azorándose, recordó lo que había dicho el chico que

acababa de abordarla: «Ya me ocuparé yo de eso». Le endosó una mirada fea, muy al estilo Cala, y se dio la vuelta para ir a la cocina.

Neeve debía de equivocarse. Nunca se enamoraría de gente así.

Capítulo 7

—Repítelo —le pidió Gansey a Adam—. ¿Por qué crees que una médium sería buena idea?

Las pizzas habían pasado a la historia (sin ayuda de Noah), lo cual hizo que Gansey se sintiese mejor, y Ronan, peor. Terminada la comida, Ronan se había puesto a arrancarse las costras y, si le hubiesen dejado, habría hecho lo mismo con las de Adam. Gansey lo envió a la calle, a airearse, e hizo que Noah saliese también, para cuidar de él.

De modo que Gansey y Adam se encontraban haciendo cola mientras una mujer discutía con la cajera por unos champiñones.

—Esa gente sabe de energías —dijo Adam, tratando de hacerse oír pese al estruendo de la música. Se miró la marca que le había quedado en el brazo tras quitarse, también él, una postilla. Al alzar la vista, volvió la cabeza con el propósito, quizá, de ver a la perversa camarera. Gansey, por su parte, se sentía un poco culpable por haber estropeado las posibilidades de Adam con ella, pero también pensaba que, al menos, había evitado que su amigo fuese despedazado y devorado.

Gansey suponía que, una vez más, no había prestado la atención debida al tema del dinero. No pretendía ofender, pero, por lo visto, había ofendido. Aquello no se le iría de la cabeza en toda la noche. Por centésima vez, se prometió tener más cuidado con lo que decía.

—Las líneas son energía —continuó diciendo Adam—. Energía y nada más que energía.

—Sí, todo cuadra —repuso Gansey—. Siempre que la médium no nos tome el pelo.

—A caballo regalado, ya se sabe —zanjó Adam.

Gansey estudió lo que estaba escrito en el tique que tenía en la mano. Por lo que entendía, la camarera se llamaba Cialina. Había apuntado también su número de teléfono, pero no quedaba claro a quién de ellos iba dirigido. Desde luego, se arriesgaba a juntarse con malas compañías. Eso sí, era obvio que ella no los consideraba tan insoportables como la otra.

Lo cual, seguramente, era porque no le había oído hablar.

Toda la noche. Iba a pasarse toda la noche dándole vueltas. Dijo:

—Me gustaría saber qué anchura tienen las líneas. A pesar del tiempo que llevamos en esto, no sé si buscamos un hilo o una autopista. Podríamos estar a metros y no enterarnos.

Si continuaba mirando a un lado y a otro, Adam terminaría por partirse el cuello. De la camarera, aún no se sabía nada. Adam parecía cansado: demasiadas noches seguidas de trabajo y estudio. A Gansey no le gustaba verlo así, pero no sabía qué decirle. Adam no toleraba que se compadecieran de él.

—Sabemos que se pueden encontrar mediante radiestesia, de modo que no pueden ser muy estrechas —reflexionó Adam frotándose la sien con el dorso de la mano.

Aquella era la razón por la que Gansey había ido a Henrietta: para practicar la radiestesia e investigar. Meses más tarde, había contado con la ayuda de Adam para encontrar la línea. Se habían dedicado a patrullar el pueblo con una vara de zahorí, de madera de sauce, y un medidor de campos electromagnéticos, instrumentos que se iban intercambiando cada tanto. El aparato había indicado unos picos extraños un par de veces, y Gansey había creído notar que la vara, al mismo tiempo, le vibraba en las manos. Pero aquello podía no ser más que un azar provocado por la ilusión de encontrar algo.

«Podría decirle que va a sacar unas notas pésimas si sigue desperdiciando tanto tiempo», pensó Gansey, observando las sombras bajo los ojos de Adam. Sin embargo, si el comentario iba dirigido a su persona, se lo tomaría como un gesto de caridad y lo rechazaría. Intentó expresarlo de tal modo que sonase egoísta: «No me servirás de nada si te pillas una mononucleosis o algo así». Pero no, Adam le leería el pensamiento al instante.

—Necesitamos tener claro cuál es el punto A antes de preocuparnos por el B —dijo Gansey al fin.

Sin embargo, ya había un punto A. Y también un punto B. El problema consistía en que los puntos eran demasiado grandes. Gansey tenía un mapa de

Virginia en el que figuraba, marcada en negro, la línea ley. Como todos los aficionados a las líneas ley británicos, los buscadores de líneas ley estadounidenses establecían lugares especiales desde el punto de vista espiritual y trazaban líneas entre ellos hasta lograr deducir el arco de la línea ley. En realidad, aquel trabajo ya estaba hecho.

Pero quienes hacían los mapas no los concebían como mapas de carreteras. No precisaban tanto. Uno de los mapas tenía por posibles puntos de referencia Nueva York, Washington D.C., Pilot Mountain y Carolina del Norte. Cada uno de aquellos lugares ocupaba una extensión de kilómetros, e incluso la más fina de las líneas trazadas a lápiz se traducía, sobre el terreno, en una anchura de una decena de metros, de modo que, al final, la zona en la que debían hallar la línea ley era de miles de hectáreas. Miles de hectáreas en las que había que localizar a Glendower, si es que estaba en la línea ley.

—Se me ocurre que podríamos electrificar la vara o la misma línea —aventuró Adam—. Usar una batería de coche o así.

«Si tuvieses una beca, podrías olvidarte de trabajar hasta después de la universidad». No, aquello daría lugar a una discusión. Gansey meneó la cabeza ligeramente, más por lo que estaba pensando que por el comentario de Adam.

—Eso me suena raro, como a sesión de tortura o a vídeo musical.

El gesto de Adam, hasta entonces concentrado en avistar a la camarera, se volvió luminoso, como de quien acaba de pergeñar una idea genial. De la fatiga, ni rastro.

—Amplificar. A eso me refiero —explicó—. Algo que nos facilite seguir la línea.

La idea no estaba mal. El año anterior, en Montana, Gansey había entrevistado a una víctima de un rayo. El individuo en cuestión, un chico, estaba montado en su quad junto a una cuadra cuando le cayó encima. Le habían quedado como secuelas un miedo inexplicable a los espacios cerrados y una habilidad extraordinaria para percibir una de las líneas ley del oeste usando tan solo una antena de radio doblada. Juntos, habían caminado a través de valles glaciares, por campos jalonados por enormes balas de heno, y habían encontrado manantiales ocultos, pequeñas cuevas,

troncos quemados por relámpagos y piedras con curiosas marcas. Gansey había pretendido que lo acompañase a la Costa Este para repetir el milagro con la línea ley de allí, pero resultaba imposible: los patológicos miedos del chico le impedían subirse a un avión o a un coche. Y el viaje era demasiado largo para hacerlo caminando.

Con todo, la experiencia había dado sus frutos. Era una prueba más de la difusa teoría que Adam acababa de insinuar: había una conexión entre las líneas ley y la electricidad. La energía llamaba a la energía.

Sí, todo cuadraba. O casi.

Al acercarse a la barra, Gansey se dio cuenta de que Noah lo estaba acechando por la espalda. Parecía nervioso e impaciente, pero como aquello era la norma en él, Gansey no hizo caso y le dio a la cajera un fajo de billetes doblados por la mitad. Sin embargo, Noah seguía allí, insistiendo.

—¿Qué, Noah?

Noah hizo ademán de meterse las manos en los bolsillos, pero no lo hizo. Sus manos se encontraban cómodas en menos lugares que las del resto de la gente. Al final las dejó como muertas, a los costados, y miró a Gansey.

—Declan —dijo.

Tras escanear el interior del restaurante en vano, Gansey inquirió:

—¿Dónde?

—En el aparcamiento —respondió Noah—. Ronan y él…

Sin molestarse en terminar de oír la frase, Gansey salió a toda prisa. Rodeó el edificio y llegó al aparcamiento a tiempo de ver a Ronan lanzar un puñetazo.

Un gancho amplio, infinito.

Por lo que parecía, era el inicio. Iluminado por la enfermiza luz verde de una farola, el rostro de Ronan, endurecido como la piedra, transmitía una voluntad inquebrantable. No había rastro de dudas en su gesto: había aceptado las consecuencias del golpe que iba a dar, fueran cuales fuesen.

De su padre, Gansey había heredado el gusto por la lógica, la afición a investigar y una cuenta bancaria del tamaño de los premios de la mayoría de las loterías estatales.

De su padre, los hermanos Lynch habían heredado un ego insaciable, una

década de clases de misteriosos instrumentos musicales irlandeses, y la capacidad de boxear como si les fuera la vida en ello. Niall Lynch no había durado mucho como padre, pero sus enseñanzas sí.

—¡Ronan! —gritó Gansey, demasiado tarde.

Declan se derrumbó, pero antes de que Gansey tuviese tiempo de poner en marcha un plan de contingencia, volvió a levantarse y contraatacó. Ronan soltó una retahíla de insultos tan variopintos e hirientes que Gansey se sorprendió de que Declan no cayese fulminado allí mismo. Confusión de brazos segando el aire. Rodillazos en el pecho.

Codazos en la cara. Y Ronan agarrando a Declan de la corbata y arrojándolo contra el inmaculado capó de su propio coche, un Volvo.

—¡Joder, el coche no! —rugió Declan sangrando por el labio.

La historia de los Lynch era así: érase una vez un hombre llamado Niall Lynch que tenía tres hijos, uno de los cuales quería a su padre más que el resto. Niall Lynch era guapo, carismático, rico e intrigante, y un día, unos desconocidos lo sacaron a rastras de su BMW color gris oscuro y lo mataron a golpes con una barra de hierro. Era miércoles. El jueves, su hijo Ronan encontró el cadáver tirado frente a su casa. El viernes, la madre de sus hijos se quedó sin habla y ya jamás la recuperaría.

El sábado, los hermanos Lynch descubrieron que la muerte de su padre implicaba que eran ricos, pero también que ya no tenían hogar. El testamento estipulaba que no podían acercarse a nada, ni siquiera a los muebles o la ropa. Tampoco a su enmudecida madre. El testamento requería que se instalasen en Aglionby. Declan, el mayor, se responsabilizaría del dinero y todo lo demás mientras sus hermanos no hubiesen cumplido los dieciocho.

El domingo, Ronan robó el coche de su padre.

El lunes, los hermanos Lynch dejaron de ser amigos. Fin.

Declan apartó a Ronan del Volvo y le propinó un mamporro tan fuerte que hasta Gansey se estremeció. Ashley, de quien apenas se distinguía más que el rubio del cabello, le guiñó un ojo desde el habitáculo del coche.

Gansey dio unos pasos por el aparcamiento.

—¡Ronan!

Ronan ni se molestó en volverse. Enfrascado en la lucha, tenía instalada

en la boca una sonrisa lúgubre, como de esqueleto. Aquella era una pelea de verdad, sin concesiones, y parecía estar desarrollándose a cámara rápida. Gansey intuía que si no intervenía deprisa, alguien terminaría inconsciente, y no tenía tiempo aquella noche para llevar un herido a urgencias.

Resuelto a hacer algo, Gansey detuvo en el aire el brazo de Ronan, que volvía a abatirse sobre su hermano. Ronan había enganchado a Declan agarrándolo por la boca, y este se defendía con un puño que ya buscaba objetivo contra el que estamparse. Pero quien recibió el golpe no fue otro que Gansey, quien, acto seguido, notó que algo le goteaba en el brazo. Saliva, quizá, aunque también podía ser sangre. Gritó una palabra que había aprendido de Helen, su hermana.

Ronan asió a Declan por el nudo de la corbata, y Declan respondió atenazando el cráneo de su hermano con una mano en la que los nudillos se habían vuelto blancos.

Gansey pintaba más bien poco en medio de aquellos dos. Con una rápida y eficaz sacudida de la mano, Ronan hizo que la cabeza de Declan fuera a darse contra la puerta del Volvo.

Se oyó un ruido repugnante y seco. La mano de Declan se quedó inmóvil en el suelo.

Gansey aprovechó la oportunidad para alejar a Ronan unos metros. Pero Ronan se revolvía y tiraba hacia el otro lado. Poseía una fuerza descomunal.

—Para —exclamó Gansey entre jadeos—. Te vas a hacer daño.

Ronan continuó resistiéndose, todo músculo y adrenalina. Declan, cuyo traje había quedado hecho unos zorros, los miraba desde el coche. Tenía una magulladura muy fea en la sien, pero parecía listo para volver a la carga. No había modo de saber cuál era el motivo de la refriega: una nueva residencia para su madre, un suspenso o un cargo injustificado en la tarjeta de crédito. O, tal vez, Ashley.

En el otro lado del aparcamiento, el encargado del Nino contemplaba la escena.

Gansey dedujo que la llamada a la policía era inminente. ¿Dónde estaba Adam?

—Declan —masculló Gansey con voz amenazadora—, como te acerques,

te juro que…

Declan resopló y escupió sangre. Se había partido el labio, pero al menos conservaba la dentadura intacta.

—Al carajo. Es cosa tuya, Gansey. Tenlo atado en corto. Y evita que lo echen de Aglionby. Yo me lavo las manos.

—Ojalá —bramó Ronan. Su cuerpo era una tabla entre los brazos de Gansey. Exudaba odio y crueldad.

—Eres un mierda, Ronan —dijo Declan—. Si papá viese…

Ronan volvió a embestir. Gansey lo asió por los hombros y tiró de él.

—¿Qué haces aquí? —le recriminó Gansey a Declan.

—Ashley quería ir al baño —contestó Declan, cortante—. Puedo ir adonde me dé la gana, ¿o me vas a decir que no?

La última vez que Gansey lo había visitado, el cuarto de baño del Nino, que era mixto, olía a vómito y a cerveza. En una de las paredes, alguien había garabateado la palabra BELCEBÚ con rotulador rojo y, debajo, el número de teléfono de Ronan. Costaba creerse que Declan eligiese exponer a su novia a las instalaciones del Nino.

—Me parece que deberías largarte —le espetó a Declan—. Esto, ahora, no tiene solución.

Declan respondió con una única carcajada. Una risotada estentórea, desabrida y larga. Quedaba claro que no le hacía gracia nada que tuviese que ver con Ronan.

—Pregúntale si este curso piensa aprobar algo —le dijo a Gansey—. Ronan, ¿has llegado a pisar la clase?

Detrás de Declan, Ashley bajó la ventanilla del conductor y asomó la cabeza para oír mejor. Cuando creía que nadie le prestaba atención, no parecía tan tonta. A lo mejor Declan al fin había topado con alguien que podía con él.

—No digo que no tengas razón, Declan —admitió Gansey. Le dolía la oreja como si se la hubieran aplastado. Por el contacto con su brazo, que continuaba asiendo, notaba que a Ronan se le había acelerado el pulso aún más. Le vino a la cabeza la promesa de elegir con cuidado las palabras, de modo que, antes de hablar, repasó mentalmente lo que quería decir—. Pero tú

no eres Niall Lynch. Te iría mucho mejor si no pretendieras serlo. No es tu papel y nunca lo será.

Gansey soltó a Ronan.

Ronan, pese a todo, no se movió, y tampoco Declan; por lo visto, al citar el nombre de Lynch padre, Gansey había obrado un sortilegio. La expresión de ambos hermanos era de crudeza. Heridas diferentes infligidas por la misma arma.

—Solo intento ayudar —afirmó Declan al fin, con aire de derrota. Meses atrás, Gansey se lo habría creído.

Gansey advirtió que Ronan relajaba los brazos y abría las manos. A veces, cuando sufría un revés, Adam se quedaba con la mirada perdida, ausente, como si su cuerpo perteneciese a otra persona. Ronan era todo lo contrario: se volvía tan presente que era como si acabase de despertarse.

—No voy a perdonártelo nunca —le dijo Ronan a su hermano.

La ventanilla del Volvo se cerró con un zumbido. Ashley adivinaba que no estaba invitada a oír aquella parte de la conversación.

Lamiéndose la sangre del labio, Declan se quedó un momento mirando el suelo.

Después, se enderezó y se ajustó la corbata.

—A estas alturas, me da un poco igual —musitó abriendo la puerta del coche. En cuanto se hubo instalado en el asiento del conductor, añadió dirigiéndose a Ashley—: No quiero hablar del tema.

Y cerró la puerta. Las ruedas del Volvo chirriaron al morder el asfalto y empezar a rodar, y Gansey y Ronan se quedaron, el uno junto al otro, a solas en el aparcamiento, bajo la mortecina luz verdosa.

Una calle más allá, un perro ladró lastimeramente, tres veces. Ronan se palpó las cejas para ver si sangraba, pero lo único que encontró fue una inflamación.

—Resuélvelo —dijo Gansey. No estaba seguro de lo que Ronan había hecho o dejado de hacer, ni de si podía corregirlo con facilidad, pero de lo que sí estaba seguro era de que había que corregirlo. La única razón por la que Ronan tenía permiso para vivir en Manufacturas Monmouth era sacar notas aceptables—. Sea lo que sea, Ronan. No acabes dándole la razón.

Ronan bajó la voz hasta volverla un murmullo.

—Quiero dejarlo.

—Un año más.

—No quiero seguir así un año más. —Le dio una patada a una piedra, que fue a perderse debajo del Camaro. Su voz ganó ferocidad, pero continuó siendo apenas un susurro—. Un año más, ¿y que me ahogue con la corbata, como Declan? Mira, yo no voy a ser un puñetero político. Ni un banquero.

Tampoco Gansey, pero aquello, para él, no implicaba que quisiese abandonar los estudios. La tristeza en la voz de Ronan le hizo adoptar un tono neutro.

—Acaba primero, y luego haz lo que quieras.

El dinero que habían heredado de sus respectivos padres les permitía no tener que trabajar para ganarse la vida, ni en aquel momento ni nunca si así lo preferían. Eran engranajes disfuncionales de la máquina social, y aquello no tenía el mismo efecto para Ronan que para Gansey.

Ronan estaba enfadado, y daba la impresión de que no había palabras que pudieran remediarlo.

—No sé lo que quiero —confesó—. No sé quién coño soy.

Se subió al Camaro.

—Me lo prometiste —le recordó Gansey junto a la puerta del coche.

Ronan evitó mirarlo.

—Ya sé, Gansey.

—No lo olvides.

Ronan cerró la puerta, y el eco del sonido violentó el silencio del aparcamiento.

Gansey fue a reunirse con Adam, que se encontraba a una distancia prudencial. En comparación con Ronan, Adam era ordenado, dueño de sí mismo y contenido. Había sacado de alguna parte una pelota de goma con el dibujo de Bob Esponja y la hacía botar con expresión meditabunda.

—Los he convencido de no llamar a la poli —anunció. Se le daba bien mantener las situaciones bajo control.

Gansey respiró. Aquella noche no estaba para dar la cara ante la policía por Ronan.

«Dime que lo estoy haciendo bien con Ronan. Dime que esta es la manera de rescatar al Ronan de siempre. Dime que no lo estoy echando todo a perder manteniéndolo apartado de Declan».

Pero Adam ya le había dicho que creía que Ronan debía aprender a sacarse las castañas del fuego por sí mismo. Gansey era el único que temía que Ronan siguiese sin levantar cabeza.

—¿Dónde está Noah? —se limitó a preguntar.

—Viene enseguida. Creo que estaba dándoles la propina. —Adam dejó caer la pelota y volvió a atraparla. Cada vez que la tenía a tiro, cerraba los dedos alrededor de ella de modo mecánico, como un resorte; luego, los abría y la mano le quedaba de nuevo vacía.

«Abrir. Cerrar. Vacía. Llena».

—Y además, Ashley —comentó Gansey.

—Sí —respondió Adam con tono cómplice, como si hubiese estado esperando aquel giro de la conversación.

—No le faltan ojos ni oídos. —Era una expresión que utilizaba su padre con frecuencia, un latiguillo familiar para referirse a una persona con exceso de curiosidad.

—¿Crees que lo único que quiere es Declan?

—¿Qué otra cosa iba a querer?

—Glendower —dijo Adam sin dudarlo.

Gansey se rio; Adam, no.

—En serio, Adam.

En lugar de contestar, Adam tiró la pelota. Había elegido la trayectoria con cuidado: la bola botó una vez en el asfalto, rebotó en una de las ruedas del Camaro, se elevó en el aire y desapareció en la oscuridad. Adam se adelantó y la capturó con la palma de la mano.

Gansey hizo un gesto de aprobación.

—Creo que no deberías andar por ahí contándoselo a cualquiera —recomendó.

—No es un secreto.

—Igual debería serlo.

Las preocupaciones de Adam resultaban contagiosas, pero, en buena

lógica, no había nada que justificase la sospecha. Gansey había pasado cuatro años buscando a Glendower. Lo había hablado con todo el mundo y nunca había visto a nadie que demostrase el mínimo interés. Aun así, tenía que admitir que se sentía un tanto incómodo después de que Adam mencionase la posibilidad.

—Está todo descubierto, Adam —indicó—. Casi todo lo que he hecho es de dominio público. Hace mucho tiempo que no tiene nada de secreto. Años.

—Venga, Gansey —insistió Adam, caldeándose un poco—. ¿No te das cuenta? ¿No te sientes…?

—¿Cómo me tengo que sentir? —Gansey odiaba discutir con Adam, y aquello empezaba a parecer una discusión.

Adam se esforzó en poner en palabras sus pensamientos, pero no lo logró. Al final se contentó con decir:

—Observado.

Noah salió en aquel momento del Nino y caminó hacia ellos con los hombros caídos. En el interior del Camaro, la silueta de Ronan se veía recostada en el asiento, con la cabeza ladeada como si estuviese durmiendo. Gansey percibió, por primera vez aquel año, un aroma a rosas y a hierba recién cortada y, de fondo, un olor a tierra húmeda que parecía proceder de debajo de la hojarasca, y a agua corriendo entre las peñas, en torrentes de montaña por los que nunca iba nadie. Era posible que Adam tuviese razón. La noche ocultaba algo, un par de ojos vigilantes que observaban sin ser vistos.

Adam volvió a lanzar la pelota, pero esta vez fue Gansey quien la recuperó.

—¿Qué otra razón podría tener alguien para espiarnos que no sea que vamos por el buen camino? —preguntó Gansey.

Capítulo 8

En cuanto estuvo en el exterior, Blue descubrió que no le quedaban fuerzas ni para estar preocupada. Inspiró una bocanada del fresco aire nocturno. No parecía el mismo que se filtraba por los conductos de ventilación del Nino.

Inclinó la cabeza hacia arriba para contemplar las estrellas. Allí, a las afueras del pueblo, no había suficientes farolas para empañar el cielo. Vio la Osa Mayor, Leo, Cefeo.

Su respiración iba tornándose más pausada a medida que identificaba las constelaciones.

El candado de la bicicleta estaba muy frío cuando fue a abrirlo. Desde el lado opuesto del aparcamiento llegaba un rumor apagado e intermitente de voces que conversaban. Sonaron unas pisadas aproximándose por el asfalto. La gente era ruidosa incluso cuando se proponía lo contrario.

Algún día viviría en un lugar en el que podría salir de su casa y ver tan solo estrellas, un sitio sin iluminación en el que al fin podría hacerse una idea de lo que era tener los dones de su madre. Al observar el cielo nocturno, había algo que tiraba de ella, algo que la empujaba a ver más que estrellas, a encontrar un sentido en el caos del firmamento, a extraer de él una imagen precisa. Pero nunca lo lograba. Tan solo distinguía Leo, Cefeo, Escorpio o Dragón. Quizá necesitase más horizonte y menos ciudad. Sin embargo, no tenía ninguna gana de ver el futuro. Lo que quería era ver algo que nadie más pudiera ver. Quizá estuviese pidiendo más magia de la que había en realidad.

—Discúlpame un momento… Hola.

Era una voz comedida, masculina, autóctona, sin ninguna aspereza en las vocales.

Blue se volvió sin demasiadas expectativas.

Para su sorpresa, se trataba del chico elegante, un tanto demacrado y envejecido a la luz de las farolas. Estaba solo. No había ni rastro del chico que había pretendido darle dinero, y tampoco del zarrapastroso o del soldadito. Con una mano sujetaba una bicicleta.

La otra la tenía en el bolsillo. Su actitud, algo dubitativa, desentonaba con el cuervo del jersey, y Blue distinguió que tenía una costura rota en el hombro, algo que él quiso ocultar frotándose las orejas como si tuviese frío.

—Hola —dijo Blue, un tanto conmovida por aquel jersey descosido. No imaginaba qué clase de chico de Aglionby podría vestir una ropa tan gastada —. Eres Adam, ¿no?

Él asintió con un gesto torpe y pudoroso. Blue observó su bicicleta. Tampoco imaginaba qué clase de chico de Aglionby iría en bicicleta en lugar de en coche.

—Iba de camino a casa —explicó Adam— y te he reconocido. Quería pedirte disculpas.

Por lo que pasó antes. Yo no le dije que hiciera lo que hizo, y me gustaría que lo supieras.

A Blue no se le escapó que su leve acento era tan agradable como su aspecto. La llevaba a pensar en los atardeceres de Henrietta: columpios en los porches delanteros, té helado y cigarras desgañitándose. Adam volvió la cabeza tras oír el ruido de un coche que pasaba por una calle lateral. Cuando la miró de nuevo, Blue vio que la expresión de su cara —una arruga entre las cejas, la boca tensa— era la normal en él. Le sentaba a la perfección en las facciones y se le amoldaba a las líneas de la boca y los ojos. «A pesar de ser de Aglionby, no le sobran las alegrías», pensó Blue.

—Bueno, pues te lo agradezco —dijo—. Pero no eres tú quien debe disculparse.

—No toda la culpa es de él —repuso Adam—. En parte, también es mía. Era yo el que quería hablar contigo. Pero, claro, no pretendía… incomodarte.

Llegados a aquel momento, Blue debía poner punto y final. Pero se lo impedía el haberle visto azorarse en la mesa, su ademán honesto y aquella sonrisa flamante e insegura.

Su cara le resultaba lo bastante interesante para desear observarla un poco más.

La verdad, nunca había querido seducirla alguien que le despertara ganas de dejarse seducir.

«¡No lo hagas!», oyó que le decía una voz en su interior.

Pero no hizo caso.

—¿Y qué era lo que pretendías? —preguntó.

—Hablar —afirmó él. Tal como lo había pronunciado, con aquel acento que alargaba las palabras, no parecía referirse tanto a decir algo como a confesar. Blue no pudo evitar fijarse en el perfil de su boca, fino y estilizado. Adam agregó—: Supongo que nos habríamos ahorrado malentendidos si hubiese ido yo a hablar contigo. Las ideas de los demás, sobre todo cuando hablan en mi nombre, suelen traerme problemas.

Blue iba a decirle que las ideas de Orla también les traían bastantes problemas en casa, pero se dio cuenta de que, si lo hacía, él diría algo más, ella respondería y seguirían así toda la noche. Le daba en la nariz que Adam era un chico con el que se podía mantener una conversación de verdad. De pronto, recordó lo que le había dicho su madre: «No hace falta que te diga que no debes besar a nadie, ¿verdad?».

Y así, sin más, Blue dio el asunto por zanjado. Como había dicho Neeve, era una chica sensata. Incluso en el mejor de los casos, aquel encuentro era susceptible de terminar en tragedia. Dejó escapar un poco de aire.

—De todos modos, no se trata de lo que dijese de ti, sino de que me ofreció dinero — afirmó, colocando un pie en el pedal de su bicicleta. El truco estaba en no pensar cómo sería el quedarse y hablar. Cuando no tenía dinero para algo, lo peor que podía hacer era imaginarse qué se sentiría teniendo o haciendo ese algo.

Adam suspiró como si adivinase que iba a marcharse.

—No sabe lo que dice. Con el tema del dinero, no controla.

—¿Y tú sí?

Adam reaccionó con una mirada directa y fija, a los ojos. Se notaba por su gesto que no se permitía ni un solo capricho.

Blue levantó la barbilla y centró la mirada en las estrellas. Era extraño imaginar lo rápido que rotaban en el cielo: un portentoso movimiento demasiado distante para percibirlo. Leo, Leo Menor, el cinturón de Orión. ¿Sabrían qué decirle a Adam sus tías, su madre o su prima, si estuviesen en su lugar?

—¿Volverás al Nino? —preguntó.

—¿Me invitas?

Blue sonrió. Le pareció algo peligroso aquella sonrisa, algo que Maura desaprobaría.

Blue tenía dos normas: mantenerse lejos de los chicos, porque eran peligrosos, y mantenerse lejos de los chicos de Aglionby, porque eran una calamidad.

Sin embargo, creía que aquellas normas no servían para Adam. Rebuscó en un bolsillo, sacó un pañuelo de papel y apuntó en él el número de teléfono del 300 de Fox Way. Con el corazón en la boca, dobló el pañuelo y se lo dio.

Adam se limitó a decir:

—Me alegro —se dio la vuelta y, empujando la bicicleta, que gemía tristemente, se fue por donde había venido.

Blue se llevó las manos a la cara.

«Le he dado mi número a un chico».

«Le he dado ni número a un chico del cuervo».

Rodeándose el torso con los brazos, se imaginó la discusión con su madre a la que aquello podría dar lugar. «Darle el número a alguien no quiere decir lo mismo que darle un beso».

La puerta trasera del restaurante se abrió de pronto, y Blue dio un respingo. Pero no era más que Donny, quien sonrió al verla. Llevaba en la mano un diario de cuero muy grueso que Blue reconoció al instante. Lo había visto en las manos del chico que había querido pagarle.

—¿Sabes quién se ha dejado esto? ¿Es tuyo?

Blue fue hasta el centro del aparcamiento, donde la aguardaba Donny, tomó el diario y lo hojeó. No había una página en la que detenerse; todas estaban repletas de cosas, todas llamaban la atención. Finalmente, el diario quedó abierto por la mitad, no tanto por decisión de Blue como por efecto de la gravedad.

La hoja que Blue tenía delante era un batiburrillo de recortes amarillentos, procedentes de libros y periódicos. Había algunas frases subrayadas en rojo, comentarios en los márgenes («¿Las cavernas de Luray cuentan como punto espiritual? ¿Cuervos?») y un recuadro con una lista titulada Topónimos de influencia galesa de la zona de Henrietta.

Blue conocía la mayor parte de aquellos nombres: Welsh Hills, Glen Bower, Harlech, Machinleth.

—No he llegado a leerlo —informó Donny—. Solo buscaba el nombre del dueño. Pero entonces me di cuenta de que habla de… esas cosas tuyas.

Se refería a lo que se esperaba de la hija de una médium.

—Me parece que sé de quién es —respondió Blue. La única idea que le rondaba por la cabeza era tener más tiempo para revisar el diario—. Me lo llevo.

En cuanto Donny entró de nuevo en el restaurante, Blue volvió a abrir el diario. Con la tranquilidad de saberse sola, le sorprendió su grosor. Por sí mismo, el peso prometía, aunque no supiera mucho aún del contenido. Estaba tan atiborrado de recortes que había que atarlo con el cordel de cuero para poder cerrarlo. Había páginas y páginas repletas de fragmentos cortados a mano o con tijera, y no se podía negar que era todo un deleite tocar con los dedos las distintas superficies. Blue palpó las páginas. Había papeles carnosos, de dibujo, con tipografías esbeltas y elegantes; los había marrones, con letras enmarañadas y barrocas, o también blancos y corrientes, con fuentes funcionales y simples, y asimismo, trozos de periódicos que empezaban a amarillear por los bordes.

Luego estaban las notas, hechas con distintos bolígrafos y rotuladores, pero siempre por la misma mano, formal y metódica. Rodeaban, indicaban y señalaban, con mucho énfasis en todos los casos. Se contradecían entre sí y se referían las unas a las otras, citándose en tercera persona. Las líneas que formaban daban lugar a cruces que daban lugar a montañas de garabatos que daban lugar a rodadas de coches que se daban a la fuga.

A Blue le hizo falta un rato para entender qué era todo aquello. El diario estaba organizado en secciones, pero su autor se había quedado sin espacio en algunas de ellas y había continuado páginas más allá. Había una parte dedicada a las líneas ley, líneas de energía invisibles que conectaban lugares de importancia espiritual. Otro de los bloques hablaba de Owain Glyndŵr, el Rey Cuervo. Un tercero versaba sobre leyendas de reyes durmientes que, enterrados bajo montañas, aguardaban a quien los descubriese y los despertara a una nueva vida. Un cuarto se ocupaba de extrañas historias de

reyes sacrificados, diosas del agua antiguas y cuervos de épocas lejanas.

Por encima de todo, aquel diario ansiaba. Ansiaba más de lo que podía abarcar, más de lo que las palabras podían descubrir, más de lo que los gráficos podían ilustrar. Sus páginas eran una explosión de anhelo; en el frenesí de cada línea y cada bosquejo, y en la negra tinta de cada definición. Había en él algo dolorido y melancólico.

Entre los dibujos destacaba una forma que Blue reconoció. Tres líneas entrecruzándose: un triángulo alargado y picudo. Era la misma forma que Neeve había dibujado en la tierra, junto a la iglesia. La misma que su madre había trazado en el vaho de la mampara de la ducha.

Blue alisó la página para verla mejor. Era de la sección de las líneas ley: «vías de energía mística que enlazan lugares cargados de espiritualidad». A través del diario, quien escribía había repetido aquel triángulo una y otra vez, junto a una lúgubre representación de Stonehenge, siluetas estiradas de caballos y un boceto de un túmulo funerario. Pero no incluía una explicación del símbolo.

No podía tratarse de una coincidencia.

Era imposible que el diario perteneciese al impertinente que había querido pagar por su compañía. Debía de habérselo dado alguien.

«A lo mejor», pensó, «Adam».

Adam le inspiraba lo mismo que el diario: una sensación de magia, de expectación, de peligro y urgencia. La misma sensación que había tenido cuando, según Neeve, la había tocado un espíritu.

«Ojalá Gansey fueras tú», pensó Blue. Pero sabía muy bien que no era así. Fuera quien fuese, Gansey tenía los días contados.

Capítulo 9

Gansey se despertó en mitad de la noche, sobresaltado por la luna llena y el sonido del teléfono.

Revolvió las mantas hasta dar con el aparato. Incapaz de ver nada sin las gafas o las lentillas, tuvo que colocarse la pantalla a unos pocos centímetros de los ojos para descifrar de quién era la llamada: MALORY, R. Aquello explicaba lo intempestivo de la hora. El doctor Roger Malory vivía en Sussex, en donde había cinco horas de diferencia respecto a Henrietta. Si en Virginia era medianoche, para el madrugador Malory acababan de dar las cinco de la madrugada.

Malory era una de las principales autoridades en líneas ley que había en Gran Bretaña. Tenía ochenta años, o quizá doscientos, y había escrito tres libros sobre el tema, todos ellos considerados clásicos entre los (escasos) entendidos. Se habían conocido el verano en que Gansey había estado en las islas, repartiendo su tiempo entre Gales y Londres. Malory era el primero que se había tomado en serio a Gansey, que en aquel momento no tenía más que quince años. Gansey jamás dejaría de agradecérselo.

—Gansey —dijo Malory con voz cálida, sabedor de que era mejor llamarlo por su nombre de pila.

Sin otro preámbulo, se zambulló en una perorata sobre la meteorología, las anteriores cuatro reuniones de la sociedad de historia y lo frustrante que era el perro de su vecino. Gansey logró entender tres cuartas partes del monólogo. Tras vivir en Reino Unido durante casi un año, conocía bien los acentos de allí, pero el de Malory, a veces, se le hacía difícil, pues se daba en él una peculiar combinación de sílabas atropelladas, palabras mutiladas, vejez avanzada y una conexión telefónica bastante pobre.

Tras salir de la cama y acuclillarse junto a la maqueta de Henrietta, Gansey tuvo la cortesía de pasarse más de diez minutos a la escucha, sin intervenir.

—Me alegro de que hayas llamado —dijo a la primera oportunidad que se le presentó.

—He encontrado un texto muy interesante —le contó Malory, que sonaba como si estuviese masticando o envolviendo algo en celofán. Gansey conocía su piso, y era bastante probable que estuviese haciendo las dos cosas al mismo tiempo—. En él se sugiere que las líneas ley se encuentran en estado latente. Es decir, durmiendo. ¿Te suena?

—¡Como Glendower! ¿Pero qué significa?

—Quizá explique por qué cuesta tanto encontrarlas mediante radiestesia. Si no están activas, la energía debe de manifestarse de modo débil e irregular. Estuve con un compañero en Surrey, siguiendo una línea: veintidós kilómetros de caminata, un tiempo horroroso, lloviendo a cántaros. Bien, pues resulta que la línea desapareció de pronto, sin más ni más.

Mientras Malory se extendía en su descripción de la lluvia, Gansey se pertrechó con un tubo de pegamento y unas láminas de cartón para trabajar en uno de los tejados.

—¿Decía ese texto tuyo algo sobre si se pueden reactivar las líneas? Si es posible despertar a Glendower, también se podrá hacer lo mismo con las líneas ley, ¿no?

—Eso pienso yo.

—Pero lo único que hace falta para despertar a Glendower es encontrarlo. Figúrate la cantidad de personas que habrán caminado por las líneas ley.

—No, Gansey; en eso no aciertas. Los caminos espirituales se hallan bajo tierra. Con el paso de los siglos, fueron quedando enterrados, incluso a metros de profundidad —explicó Malory—. Hace cientos de años que nadie los toca. Todos los caminos están ya trillados, como bien dices, pero no los que nosotros buscamos. De los nuestros tan solo se percibe el eco.

Gansey recordó que, yendo con Adam y la vara de zahorí en busca de líneas ley, la senda se perdía y volvía a aparecer sin motivo aparente. La teoría de Malory le sonaba plausible y, la verdad, eso era lo único que necesitaba. Con eso tenía más que suficiente para ponerse a registrar los libros e identificar cualquier dato que demostrase la novedad, mal que les pesase a sus profesores del colegio. Extrañado, comprobó que estaba molesto por ser aún tan joven y verse atado a Aglionby. Tal vez eso era lo

que sentía Ronan a diario.

—Bien. Entonces, bajo tierra. ¿En cuevas, por ejemplo?

—Oh, las cuevas son terribles —contestó Malory—. ¿Sabes cuánta gente muere en cuevas al año?

Gansey admitió que lo desconocía.

—Miles —le aseguró Malory—. Las cuevas son como cementerios de elefantes.

Quedémonos, mejor, sobre la superficie. La espeleología es más peligrosa que las carreras de motos. No, de lo que yo quería hablarte es de un ritual para despertar a los espíritus de las líneas y hacerles saber de tu presencia. Tendrías que hacer una imposición de manos simbólica con la energía que tenéis por ahí, en Marianna.

—Henrietta.

—Texas, ¿verdad?

Cuando hablaba con ellos sobre Estados Unidos, los británicos tendían a situarlo todo en Texas.

—Virginia —aclaró.

—Eso —dijo Malory, animado—. Piensa en lo fácil que sería seguir la línea hasta Glendower si pudieras percibirla como un estruendo en lugar de como un murmullo. Tú la encuentras, haces el ritual y vas derechito hasta tu rey.

Tal como lo describía Malory, parecía pan comido.

«Vas derechito hasta tu rey».

Gansey cerró los ojos para rebajar la excitación. Vislumbró la imagen tenue y grisácea de un rey en reposo, con las manos cruzadas sobre el pecho, una espada a un costado y una copa en el otro. Aquella figura durmiente era crucial para Gansey hasta extremos que ni él mismo alcanzaba a imaginar. Pues suponía algo más, algo mayor, algo que importaba. Algo que no tenía precio. Algo que había que ganarse.

—Ahora bien, el texto no aclara cómo efectuar el ritual —observó Malory.

El anciano se perdió en divagaciones sobre los caprichos de los documentos históricos, y Gansey no prestó atención hasta las frases finales.

—Voy a probarlo en Lockyer Road. Ya te contaré qué tal.

—Genial —exclamó Gansey—. No sé cómo agradecértelo.

—Dale saludos a tu madre de mi parte.

—Se los…

—Eres afortunado por tener aún a tu madre. Cuando yo andaba por tu edad, mi madre murió por culpa del sistema sanitario británico. Un día fue al hospital por una tos, y al siguiente…

Gansey escuchó a medias aquella historia que Malory contaba a menudo, sobre el cáncer de garganta que había terminado con la vida de su madre. Acabado el relato, Malory se despidió de buen humor, pese a todo.

Gansey se sentía invadido por el afán de la búsqueda. Necesitaba hablar con alguien a toda prisa, antes de que las emociones se lo comieran vivo. Adam era la mejor opción, pero tenía más posibilidades de que estuviese despierto Ronan, quien pasaba las noches debatiéndose con el insomnio.

Mientras se dirigía al cuarto de Ronan, intuyó que su amigo no estaba. Desde el vano de la puerta, susurró su nombre y, al no oír respuesta, elevó el tono de voz y probó de nuevo.

A Ronan no le gustaba que nadie metiera las narices en su habitación, pero Gansey optó por hacerlo. Posó una mano en su cama, que además de deshecha y convertida en un guirigay de mantas, resultó estar fría. Corrió a llamar a la puerta de Noah y, mientras la aporreaba con una mano, marcó el número de Ronan con la otra. Tras los tonos, oyó la voz del contestador: «Ronan Lynch».

Colgó de inmediato, con el pulso hecho un redoble de tambor. Debatió consigo mismo durante unos instantes y después marcó otro número. Esta vez oyó la voz de Adam, atenuada por el sueño y la desconfianza.

—¿Gansey?

—Ronan no está.

Adam se quedó callado. No era solo que Ronan hubiese desaparecido, sino que había desaparecido después de pelearse con Declan. Sin embargo, no era fácil escabullirse del domicilio de los Parrish en mitad de la noche. Las consecuencias de que descubrieran al fugado supondrían secuelas físicas, y hacía demasiado calor para ponerse manga larga.

Gansey se arrepintió de haberle pedido ayuda a su amigo.

En el exterior, un pájaro soltó un graznido agudo y estridente. El pequeño pueblo de Henrietta resultaba un tanto inquietante en la penumbra, y los coches estacionados en sus calles tenían aspecto de ponerse en marcha en cualquier momento. Gansey siempre pensaba que, tras el anochecer, todo era posible. Por la noche, Henrietta se volvía un lugar mágico, pero la magia nocturna muy bien podía tornarse terrible.

—Iré al parque a ver —susurró Adam—. Bueno, y también al puente, supongo.

Adam colgó con suavidad. De hecho, Gansey tardó unos segundos en advertir que la llamada había terminado. Se presionó los ojos con los dedos y se quedó inmóvil hasta oír la voz de Noah.

—¿Vas a salir a buscarlo? —le preguntó Noah. Gansey vio que, bajo la luz amarillenta y descarnada que se vertía desde la puerta de su cuarto, Noah estaba más pálido, etéreo y ojeroso que de costumbre. Más que una persona de carne y hueso, parecía una idea viviente o una proyección—. Mira en la iglesia.

Noah no se ofreció a acompañarlo, y Gansey no se lo pidió. Un día fatídico que nadie olvidaba, hacía seis meses, Noah había encontrado a Ronan ensimismado, en un charco de su propia sangre, de modo que estaba exento de arriesgarse a presenciar escenas parecidas. Más tarde, ni siquiera había ido al hospital, y otro tanto había ocurrido con Adam, a quien habían sorprendido escapándose de casa. Gansey era el único que había visto cómo cosían a Ronan, y no acababa de saber si había pasado mucho tiempo desde aquello o si el tiempo se había detenido entonces.

De vez en cuando, tenía la sensación de que su existencia se resumía en diez horas que jamás se le borrarían de la memoria.

Poniéndose la chaqueta, se encaminó hacia el resplandor del helado aparcamiento.

El capó del BMW de Ronan estaba frío, señal de que hacía ya rato que nadie lo arrancaba.

Ronan tenía que haberse ido a pie. La iglesia, cuyo pináculo amarillento se recortaba sobre la oscuridad de la noche, no se encontraba muy lejos.

Tampoco el Nino. Y tampoco el viejo puente bajo cuyo arco corría velozmente el río.

Gansey echó a andar. Su mente se guiaba por la lógica, pero el corazón le jugaba malas pasadas, atragantándosele entre latido y latido. No era un ingenuo: no se hacía ilusiones de recuperar al Ronan Lynch de antes de la muerte de Niall. Sin embargo, no quería perder al Ronan Lynch con el que había aprendido a convivir.

A pesar de la luna, la entrada a la iglesia de Saint Agnes se encontraba sumida en tinieblas. Un tanto estremecido y sin esperanza de encontrar abierta la puerta, Gansey situó una mano en la aldaba. Solo había estado en el interior de Saint Agnes una vez, en Semana Santa, después de que Matthew, el hermano menor de Ronan, los invitara a ir a todos. No habría creído posible que a Ronan le diese por acercarse a un lugar así por la noche, aunque, por otro lado, tampoco lo habría considerado un habitual de la iglesia. Sin embargo, los hermanos Lynch iban a Saint Agnes todos los domingos. Durante una hora, conseguían sentarse el uno al lado del otro, en el banco, a pesar de que no pudiesen ni mirarse a los ojos al compartir mesa en un restaurante.

Tras cruzar el oscuro arco de la entrada, Gansey pensó: «Noah es bueno encontrando cosas». Esperaba que Noah tuviese razón sobre el paradero de Ronan.

La iglesia envolvió a Gansey en vapores de incienso, cuyo particular olor le evocó al instante el recuerdo de las bodas, funerales y bautizos de la familia, que siempre caían en verano. Era extraño que toda una estación pudiera desplegarse a partir de aquel ambiente viciado.

—¿Ronan?

La voz de Gansey se perdió en la sala. Viajó hasta el techo, inescrutable en las alturas, y volvió de nuevo en el eco, transformada en respuesta de sí misma.

La tenue luz de los pasillos arrancaba sombras picudas de los arcos. La oscuridad y la incertidumbre aplastaron las costillas de Gansey, arrebatándole el aire de los pulmones.

Pululaba por su memoria el recuerdo de una tarde de verano de hacía no

tanto, cuando había aprendido que en el mundo existía la magia.

Como una silueta aún más oscura que la oscuridad, Ronan estaba allí, tendido en uno de los bancos sombríos, con un brazo colgando y otro doblado sobre la cabeza. No se movía.

«Hoy, no. Por favor, que esto no pase hoy», pensó Gansey.

Tras caminar hasta el banco, puso una mano en el hombro de su amigo, como si con ese gesto pudiese despertarlo. El cuerpo de Ronan estaba caliente y olía a alcohol.

—Levanta —dijo Gansey con una brusquedad no premeditada.

Ronan alzó un hombro y volvió la cara. Durante un instante, Gansey creyó que era demasiado tarde y que su amigo estaba muerto, que su cuerpo respondía solo por efecto de un espasmo. Pero entonces Ronan abrió los ojos, de un azul brillante, y la angustia se evaporó.

Gansey suspiró.

—Cabrón.

—No podía dormir —explicó Ronan con sencillez. Luego, viendo la expresión afligida de Gansey, añadió—: Te prometí que no volvería a intentarlo.

Gansey trató de que no se le quebrara la voz, pero fue en vano.

—Ya, pero eres un mentiroso.

—Me parece —repuso Ronan— que me confundes con mi hermano.

Alrededor, la iglesia era un mar de silencio. Parecía más luminosa después de que Ronan hubiese abierto los ojos, como si hasta el propio edificio hubiera estado también dormido.

—Cuando te dije que no quería que te emborracharas en Monmouth, no te estaba invitando a emborracharte en otro lado.

—Le dijo la sartén al cazo —replicó Ronan, arrastrando un poco las palabras.

—Yo bebo —admitió Gansey con aire digno—. Pero beber no es lo mismo que estar bebido.

Ronan dirigió la mirada hacia algo que tenía en el pecho.

—¿Qué es eso? —preguntó Gansey.

Los dedos de Ronan se cerraron para proteger un bulto oscuro. Gansey

quiso abrírselos y tocó algo caliente y vivo, con pulso propio. Apartó la mano con rapidez.

—Dios —exclamó, intentando comprender de qué se trataba—. ¿Es un pájaro?

Ronan se incorporó con lentitud, ocultando entre las manos lo que tenía. Una nueva vaharada alcohólica flotó hasta Gansey.

—Un cuervo —Ronan hizo una larga pausa mientras se observaba las manos—. O puede que una corneja. Pero lo dudo. Sí, lo dudo mucho. Es un Corvus corax.

Pese a estar borracho, Ronan todavía era capaz de citar el nombre científico del cuervo común.

Pero, por lo que veía Gansey, no era un cuervo normal. Era una cría, una criatura diminuta, desasistida, sin apenas plumas, cuyas alas se encontraban aún a muchos días de tener la fuerza suficiente para volar. Gansey pensó que prefería no tocar un ser tan frágil.

El cuervo era el símbolo de Glendower. Por algo se le conocía como el Rey Cuervo, descendiente de un antiguo linaje de monarcas asociados con aquel pájaro. Según las leyendas, Glendower tenía la capacidad de comunicarse con los cuervos. Era uno de los motivos por los que Gansey había ido a Henrietta, que era una localidad famosa por sus cuervos. Gansey notó hormigueos en la piel.

—¿De dónde lo has sacado?

Los dedos de Ronan formaban una blanda jaula alrededor del pájaro, que no parecía real visto de aquel modo.

—Lo encontré.

—La gente encuentra monedas —respondió Gansey—. O llaves. O tréboles de cuatro hojas.

—Y cuervos —insistió Ronan—. Lo que pasa es que estás celoso porque… — entorpecido por la borrachera, tuvo que detenerse a poner orden en sus pensamientos—, porque tú no has encontrado ninguno.

En ese momento, un reguero de inmundicia procedente del cuervo se coló entre los dedos de Ronan y fue a parar a la madera del banco. Sosteniendo al pájaro con una mano, Ronan empleó un folleto parroquial para limpiarlo.

Luego, le ofreció a Gansey el folleto manchado. Los rezos semanales habían quedado salpicados de blanco.

Gansey lo aceptó porque no confiaba en que Ronan se molestase en encontrar un lugar en el que tirarlo. Algo asqueado, preguntó:

—¿Qué te parece si instauramos en casa la prohibición de tener mascotas?

—Venga ya, tío —contestó Ronan con una sonrisa desafiante—. Por esa regla de tres, Noah también se quedaría fuera.

Gansey necesitó unos momentos para entender que Ronan había hecho una broma, y perdió la ocasión de reírse. En todo caso, sabía que tendría que aceptar al pájaro en Manufacturas Monmouth, pues Ronan no tenía ninguna pinta de acceder a deshacerse de su nuevo amigo. El propio cuervo lo miraba embobado con el pico entreabierto, como si supiese que dependía de él.

Gansey cedió.

—Venga. Nos vamos. Arriba.

Cuando Ronan, bamboleándose, se levantó, el cuervo se hizo un ovillo del que solo se distinguía el pico.

—Más te vale acostumbrarte a las turbulencias, cabroncete —le espetó Ronan.

—No me digas que piensas llamarlo así.

—Se llama Sierra —respondió Ronan. Luego, al mirar alrededor, añadió —: ¡Noah! Ahí parado, das bastante miedo.

Noah aguardaba en silencio junto a la entrada de la iglesia, cavernosa y lúgubre. De él tan solo se advertía la palidez de la cara y los centelleos de los ojos, perdidos en el infinito. El resto era negrura. Noah avanzó unos pasos y la débil luz le devolvió el aspecto acostumbrado.

—Creía que no ibas a venir —le dijo Gansey.

Impertérrito, Noah contempló el altar y luego las bóvedas del techo, difusas en la altura. Con su valentía habitual, dijo:

—Me quedé solo y tuve miedo.

—Estás como una regadera —se mofó Ronan, pero Noah no hizo caso.

Gansey abrió la puerta de la iglesia y salió a la calle. No vio a Adam. Empezó a sentirse culpable de haberlo llamado por una falsa alarma.

Aunque… no estaba seguro de que fuese una falsa alarma. Había ocurrido algo, pero todavía no sabía el qué.

—¿Dónde has encontrado ese pájaro?

—En mi cabeza —la risotada de Ronan sonó a alarido de chacal.

—Ese sí que es un lugar peligroso —terció Noah.

Incapaz de mantener el equilibrio en su estado, Ronan dio un traspié, y el cuervo se quejó con un débil graznido.

—No para una sierra —dictaminó Ronan.

De vuelta en la noche primaveral, Gansey se detuvo un momento a observar.

Después de convencerse de que Ronan estaba bien, podía permitirse el lujo de admitir que, de noche, Henrietta era un lugar hermoso, un mosaico de edificios enmarcado por ramas negras entrelazadas.

De entre todos los pájaros posibles, Ronan había tenido que encontrar un cuervo.

Gansey no creía en las coincidencias.

Capítulo 10

Whelk no lograba dormir.

En sus días de estudiante en Aglionby, conciliaba el sueño con facilidad… ¿Por qué iba a ser de otro modo? Como Czerny y el resto de sus compañeros, dormía entre dos y seis horas diarias durante la semana, se acostaba tarde, se levantaba temprano, y luego, el fin de semana, se entregaba a sesiones maratonianas de cama y descanso, para recuperarse.

Además, al acostarse, dormía plácidamente durante horas y horas, y nunca soñaba. Bueno, aquello no era cierto. Soñaba, pero al despertar no recordaba lo soñado.

Pasados los años, no lograba mantener los ojos cerrados más que unas pocas horas.

Se revolvía en la cama. Se incorporaba de golpe, creyendo haber oído murmullos.

Cabeceaba sentado en el sofá de cuero, que era el único mueble que el estado no le había expropiado. Irregulares como una marea dislocada, sus patrones de sueño y sus fuerzas parecían depender de algo que escapaba a su control. Había intentado analizarlos, pero nunca había sacado nada en limpio, excepto, quizá, que solía estar más despejado en luna llena o después de las tormentas. Más allá de eso, le resultaba difícil hacer predicciones. En cierto modo, intuía que todo era consecuencia del pulso magnético de la línea ley, la cual, por razones que no comprendía, había entrado en conexión con su cuerpo tras la muerte de Czerny.

El insomnio hacía que su vida fuese una sucesión de actos difusos y casi imaginarios, y que los días transcurriesen sin rumbo, como manchas de aceite a la deriva.

La luna estaba casi llena y hacía tiempo que no llovía, de modo que Whelk estaba despierto.

Sentado frente al ordenador en camiseta y calzoncillos, manejaba el ratón con la arbitrariedad y la desgana de la fatiga. Como una tromba, las voces innumerables le inundaban la cabeza con sus murmullos y siseos. Sonaban

como la electricidad estática que zumbaba en los teléfonos de las proximidades de la línea ley. Como el viento antes de una borrasca. Como árboles conspirando entre sí. Whelk, como siempre, no llegaba a distinguir ninguna palabra en concreto y tampoco entendía el sentido general de lo que decían. Sin embargo, sí captaba una idea: en Henrietta acababa de suceder algo extraordinario, y las voces no podían dejar de hablar de ello.

Por primera vez en años, Whelk rescató del pequeño aparador del vestíbulo sus mapas del condado. Como no tenía mesa y la encimera de la cocina estaba ocupada por paquetes vacíos de lasaña precocinada y platos llenos de migas de pan rancio, fue con ellos al cuarto de baño. Los extendió en la bañera, habitada en aquel momento por una araña que tuvo que huir para evitar ser aplastada.

Se incorporó, se cruzó de brazos y estudió las decenas de marcas y anotaciones que había ido realizando en los mapas a lo largo de la búsqueda. Apuntados en la hermética caligrafía de Czerny, que siempre empleaba tinta roja, los niveles de energía se distribuían por el hipotético cauce de la línea ley. En su momento, aquello había sido un juego, una aventura en cuyo término aguardaba el tesoro. Un intento de alcanzar la gloria. ¿Era real?

No importaba. Era un costoso juego de estrategia con la Costa Este como tablero. Pendiente de posibles patrones, Whelk había invertido horas en dibujar circunferencias alrededor de las áreas de interés en uno de los mapas topográficos. Una circunferencia alrededor de un bosquecillo de fresnos en donde los niveles de energía eran siempre altos. Otra alrededor de una iglesia en ruinas que hasta los animales salvajes preferían evitar. Y otra alrededor del lugar en el que había muerto Czerny.

Desde luego, aquella circunferencia era anterior a la muerte de Czerny. El sitio en cuestión, un siniestro macizo de robles, destacaba por las antiguas palabras grabadas en uno de los troncos. En latín. La frase estaba incompleta y era difícil de traducir. Whelk suponía que quería decir «el segundo camino». Los niveles de energía eran allí prometedores, aunque algo irregulares. La línea ley debía de pasar por allí.

Czerny y Whelk habían visitado el lugar varias veces para hacer mediciones (junto a la circunferencia, Czerny había anotado seis cifras

diferentes), buscar artefactos enterrados y detectar, durante la noche, cualquier signo de actividad paranormal. Para la ocasión, Whelk había hecho la vara de zahorí más complicada y sensible de que había sido capaz, consistente en dos alambres doblados en un ángulo de noventa grados e insertados en un largo mango de metal de modo que pudieran vibrar libremente. La habían empleado para peinar la zona con el propósito de localizar la ruta exacta de la línea ley.

Sin embargo, los resultados no habían sido concluyentes, y la línea enviaba señales intermitentes y débiles, como una emisora de radio distante. Para encontrar una línea era necesario activarla, determinar su frecuencia exacta y, por último, subir el volumen al máximo. Czerny y Whelk tenían planeado llevar a cabo el ritual en el bosque de robles. Sin embargo, no conocían los pasos del proceso. Todo lo que Whelk había podido averiguar se resumía en que la línea necesitaba reciprocidad y sacrificios, pero aquello era demasiado vago. Aun así, aunque no dispusieran de más información, siguieron intentándolo. En las vacaciones de invierno. Y en las de primavera. Y después de que terminara el curso.

Luego, Whelk había recibido la llamada de su madre. Por lo visto, su padre había sido detenido por malas prácticas empresariales y evasión de impuestos. Resultaba que su empresa había mantenido relaciones de negocios con criminales de guerra, cosa que Whelk y su madre habían sospechado y que el FBI, por su parte, llevaba observando desde hacía años. De la noche a la mañana, los Whelk lo habían perdido todo.

El asunto había salido al día siguiente en todos los periódicos: la familia Whelk había caído en la ruina. Whelk se había quedado sin sus dos novias. Bueno, en realidad la segunda era más bien de Czerny, así que no contaba. En todo caso, su historia despertaba mucho interés. El rico heredero de los Whelk, una de las familias más acaudaladas de Virginia, era expulsado de Aglionby, privado de vida social, apartado de su futuro en alguna de las mejores universidades del país y forzado a ver cómo se llevaban su coche y le vaciaban la habitación de muebles y enseres.

La última vez que había visto aquel mapa, Whelk se encontraba en su habitación de Aglionby, en proceso de digerir que lo único que conservaba

era un billete de diez dólares en el bolsillo. Las tarjetas de crédito ya no le servirían de nada.

Al poco de aquello, había visto llegar el Mustang rojo de Czerny. Su amigo no parecía dispuesto a bajarse del coche.

—Ahora eres lumpen, ¿no? —le había espetado Czerny. Hablando con propiedad, no podía afirmarse que tuviese sentido del humor, pero a veces era capaz de decir cosas graciosas. Sin embargo, Whelk no tenía ganas de reírse.

Su vida estaba hecha pedazos, y lo de la línea ley había dejado de ser un juego.

—Déjame subir —le había pedido a Czerny—. Vamos a hacer el ritual.

Capítulo 11

Una hora y veintitrés minutos antes de que sonase la alarma que debía levantarla para ir a clase, Blue se despertó tras oír cerrarse la puerta principal de la casa. Una luz mortecina se filtraba por la ventana y proyectaba en el cristal las sombras de las hojas. Blue intentó no pensar en que acababa de perder una hora y veintitrés minutos de sueño.

Oyó pasos subiendo por la escalera. Oyó la voz de su madre.

—… estaba esperándote en su cuarto.

—Ciertas cosas es mejor hacerlas por la noche. —Se trataba de Neeve. Aunque hablase con un tono más suave que el de Maura, había firmeza y decisión en su voz—.

Menudo sitio, Henrietta, ¿eh?

—No te he pedido tu opinión sobre Henrietta —replicó Maura, claramente a la defensiva.

—Es difícil no fijarse. Salta a la vista —afirmó Neeve. Lo siguiente que dijo quedó silenciado por el crujido de los escalones.

Blue tampoco pudo entender la respuesta de Maura, que también subía por las escaleras. Aun así, advirtió que su madre quería mantenerla al margen del asunto del que estaban hablando.

Se quedó muy quieta, a la expectativa.

—Lo único que quiero es que sepas lo que voy descubriendo. Si él desapareció al mismo tiempo que…, es posible que exista una relación. ¿No quieres que tu hija sepa quién es?

Un nuevo crujido de la escalera. «¡Podrían no hacer tanto ruido!», pensó Blue.

—No veo en qué medida iba eso a facilitarle las cosas a nadie —rezongó Maura.

Neeve murmuró algo.

—Esto se nos escapa de las manos —dijo Maura—. Lo único que hicimos fue buscar su nombre en internet, y ahora…

Blue aguzó el oído cuanto pudo. Estaban hablando de un hombre, y

aquello, en su madre, constituía toda una novedad.

Después de reflexionar unos instantes, Blue supuso que se trataba de su padre.

Ninguna de las forzadas conversaciones que había intentado mantener con su madre había dado como resultado algún dato sobre él, a excepción de contestaciones absurdas que iban variando según el día: «Es Papá Noel». «Se dedicaba a robar bancos». «Ahora está en órbita». Blue quería pensar que su padre era una figura heroica que había desaparecido a causa de un pasado trágico. Quizá, en un programa de protección de testigos. Le gustaba figurárselo espiándola desde la valla del jardín, orgulloso de ver a su extraña hija fantaseando a la sombra del haya.

Teniendo en cuenta que no lo conocía, Blue sentía por su padre un cariño considerable.

Una puerta se cerró en algún rincón de la casa, y luego se hizo un silencio total.

Tras un rato, Blue extendió una mano hacia la caja de plástico que utilizaba como mesilla de noche y cogió el diario. Posó una mano sobre el cuero de la cubierta. Su tacto le recordó al de la corteza del haya que crecía en el jardín, de superficie lisa y tersa. Tocar el haya le daba, a la vez, consuelo y ansia: la reafirmaba y la empujaba a pasar a la acción.

«Menudo sitio, Henrietta». Eso había dicho Neeve. El diario confirmaba el carácter especial de Henrietta. Pero Blue no sabía a qué se debía aquella particularidad.

Aunque pretendía continuar despierta, Blue se durmió y no volvió a abrir los ojos hasta una hora y doce minutos más tarde. Sin embargo, no fue el despertador lo que la despertó, sino una idea fija que tomó posesión de su mente.

Aquel era el día en que tenía hora Gansey.

Inmersa en el hábito diario de prepararse para empezar la jornada, la conversación entre Maura y Neeve transcurría por los cauces acostumbrados. Sin embargo, el diario preservaba su magia. Sentándose en el borde de la cama, Blue releyó una de las notas.

El rey duerme todavía, bajo una montaña, y alrededor se disponen sus

guerreros y sus rebaños y sus riquezas. A su derecha está la copa, colmada de futuro. Sobre su pecho descansa la espada, a la espera también de volver a erguirse. Bienaventurado aquel que encuentre al rey y tenga el arrojo de llamarlo de nuevo al mundo de la vigilia, pues el rey le concederá su favor, así sea tan magnífico que escape a la imaginación de los mortales.

Blue cerró el diario. Tuvo la impresión de que llevaba en su interior una Blue fuerte y terrible que estaba a punto de explotar y salirse de la Blue pequeña y razonable que la retenía. Estuvo largo rato con el diario en el regazo, palpando la agradable superficie de la cubierta.

El favor del rey.

Si le concedieran a ella un deseo, ¿qué pediría? ¿No volver a preocuparse más por el dinero? ¿Conocer a su padre? ¿Viajar por el mundo? ¿Ver lo que veía su madre?

La idea que la había despertado seguía dándole vueltas por la cabeza.

«Gansey viene hoy».

«¿Qué aspecto tendrá?».

Quizá, si se hallase junto al rey durmiente, le pediría que le salvase la vida a Gansey.

—¡Blue, espero que estés despierta! —gritó Orla desde el piso de abajo. Blue tenía que apurarse si pretendía ir en bicicleta a clase y llegar puntual. Haría calor en unas pocas semanas, y aquello de pedalear se convertiría en un suplicio.

A lo mejor, también le podía pedir un coche al rey durmiente.

«Cuánto me gustaría no tener que ir a clase justo hoy».

Pero Blue no aborrecía el instituto; se lo tomaba, más bien, como una costumbre que debía tolerar. Y tampoco había en él nadie que se metiese con ella. Enseguida había comprendido que, cuanto más estrafalaria se volviese —cuanto más se esforzara en que sus compañeros captasen, ya desde un principio, que no era como ellos—, menos probabilidades tenía de que abusaran de ella o la marginasen. Con su recién ganado prestigio, Blue podría haber hecho todas las amistades que hubiese querido, y de hecho lo había intentado. Pero el problema de ser rara radicaba en que los demás eran normales.

Así, sus mejores amigas estaban en la familia, e ir a clase suponía una tarea diaria como otra cualquiera. Con todo, albergaba en secreto el deseo de encontrar, en alguna parte, personas que fuesen extrañas como ella. Probablemente, no en Henrietta.

Y también deseaba que Adam perteneciese a aquella categoría.

—¡BLUE! —chilló Orla—. ¡A CLASE!

Abrazada al diario, Blue se dirigió a la puerta de color rojo situada en el fondo del pasillo. Para llegar hasta allí, tuvo que sortear el frenesí de actividad que tenía lugar en el cuarto de costura —que, por lo demás, servía también para el teléfono y los gatos— y la furiosa batalla por la conquista del baño. La habitación tras la puerta roja pertenecía a Persephone, una de las dos mejores amigas de Maura. Pese a que la puerta estuviese entreabierta, Blue prefirió llamar con unos golpecitos suaves. Persephone dormía mal y, además, se peleaba con el sueño: sus gritos y pataleos en mitad de la noche le permitían evadirse de la obligación de compartir su cuarto. También hacían que intentase dormir a cualquier hora para recuperarse, y Blue no quería despertarla.

—Estoy libre. Quiero decir, pasa —dijo Persephone con una vocecita leve y ronca.

Al abrir la puerta, Blue encontró a Persephone sentada frente a la mesa de echar las cartas, junto a la ventana. Lo primero que la gente recordaba de Persephone era el cabello: una melena de color platino que le llegaba hasta los muslos. Había personas que, más allá de eso, eran también capaces de fijarse en sus vestidos: creaciones recargadas y chillonas, con telas que parecían rompecabezas. Y quienes saltaban aquellos dos obstáculos llegaban a sus inquietantes ojos: dos espejos de azabache tan negros que no se distinguían las pupilas.

Tenía en la mano un lápiz que sostenía entre los dedos de un modo torpe e infantil.

Frunció el ceño al ver a Blue.

—Buenos días —dijo Blue.

—Buenos días —dijo Persephone—. Aún es demasiado temprano. Todavía no tengo la cabeza para expresarme con palabras, así que voy a ver

si puedo limitarme a copiar las que digas tú.

Hizo un vago gesto con la mano que Blue interpretó como una invitación a sentarse.

En su mayor parte, la cama estaba ocupada por un estrambótico muestrario de mallas bordadas y medias a cuadros, de modo que tuvo que contentarse con acomodarse en el borde del colchón. La estancia desprendía un aroma familiar, como a naranjas, o a polvos de talco, o a un libro de texto recién estrenado.

—¿Has dormido mal? —preguntó Blue.

—Mal —contestó Persephone—. Bueno, no, eso no es cierto. ¿Ves? Al final voy a tener que usar mis propias palabras.

—¿En qué estás trabajando?

Persephone solía dedicar buena parte de su tiempo a su interminable tesis doctoral, pero como para ello necesitaba música alta y tentempiés frecuentes, la hora punta de la mañana no era el mejor momento.

—Una cosita de nada —afirmó Persephone con tristeza, o quizá simplemente por cortesía. Con ella nunca se sabía, y Blue optó por silenciar sus dudas.

Persephone tenía un novio (o marido) que estaba fuera del país (o muerto). Era difícil precisar cuando se trataba de ella, pero el caso era que lo echaba de menos o que, como mínimo, acusaba su ausencia, lo cual, en todo caso, constituía toda una novedad.

Blue tampoco le haría preguntas sobre aquello. Había heredado de Maura cierta aversión a ver llorar a la gente, de manera que se inclinaba por conducir la conversación de tal modo que no acabase en lágrimas.

Persephone levantó una hoja de papel para mostrársela. Acababa de escribir la palabra «tres» tres veces y con tres caligrafías distintas, y unos milímetros más abajo había copiado una receta para hacer pastel de plátano.

—¿Lo que importante es viene siempre de tres en tres? —aventuró Blue. Era uno de los dichos favoritos de su madre.

Persephone subrayó en la receta la palabra «cucharada», que estaba al lado de «vainilla». Adoptó una actitud distante y ociosa.

—O de siete en siete. Me parece demasiada vainilla. Igual es una errata.

—Igual —concedió Blue.

—¡Blue! —gritó Maura—. ¿Todavía no has salido?

Blue no contestó por respeto a Persephone, quien no era amiga de los gritos y de los sonidos muy agudos.

—He encontrado algo —dijo—. Si te lo enseño, tendrás que prometerme que no se lo contarás a nadie.

Aquella era una petición absurda. Persephone nunca le contaba nada a nadie, aunque no fuese un secreto.

Blue le dio el diario.

—¿Puedo abrirlo? —preguntó Persephone.

Blue le hizo una señal con el dedo: «Sí, pero rápido». Mientras Persephone, con gesto impenetrable, iba pasando las hojas, Blue se dedicó a juguetear con las prendas que estaban sobre la cama. Al cabo de un rato le preguntó:

—¿Qué me dices?

—Está muy bien —dijo Persephone, amable.

—No es mío.

—Ya me he dado cuenta.

—Se lo dejó alguien en el Ni… Espera, ¿qué quieres decir?

Persephone volvió a examinar las páginas del diario. Su voz, delicada y aniñada, tenía un volumen tan bajo que Blue se veía en la obligación de contener el aliento para oírla.

—Es evidente que este diario pertenece a un chico. Y también que le está llevando mucho encontrar lo que busca. Tú, en cambio, ya lo has encontrado.

—¡BLUE! —rugió Maura—. ¡NO ME HAGAS GRITAR!

—¿Qué me recomiendas? —preguntó Blue.

Tal como había hecho Blue, Persephone acarició con un dedo las texturas de los distintos papeles. Blue pensó que tenía razón: si el diario fuese suyo, se habría limitado a copiar la información que necesitaba en lugar de liarse con todo aquel cortar y pegar. Había que reconocer que los recortes en cuestión tenían su intriga, pero también que eran innecesarios: el autor del diario debía de disfrutar con el proceso de investigación en sí. La estética del diario no era una casualidad: respondía a una sensibilidad artística.

—Bueno —musitó Persephone—. En primer lugar, deberías enterarte de quién es el dueño del diario.

Blue dejó caer los hombros. No esperaba una respuesta tan de manual, como la que podrían haberle dado Maura o Cala. Desde luego que sabía que tenía que devolver el diario a su propietario, pero ¿de verdad no había nada más?

—Luego, creo que deberías averiguar si lo que dice es cierto, ¿no te parece? —añadió Persephone.

Capítulo 12

Adam no estaba en el lugar habitual, junto a los buzones.

La primera vez que había ido a buscarlo, Gansey se había pasado el desvío que conducía a su barrio, desvío que, en realidad, solía tomar para dar la vuelta y regresar por la carretera. No era más que un par de surcos a través de un campo (ni siquiera merecía el calificativo de «camino») y, a primera vista, costaba creer que aquello llevase a una casa y, mucho menos, a un grupo de ellas.

Una vez localizada la casa, las cosas habían marchado aún peor. Al ver el distintivo de Aglionby en el jersey de Gansey, el padre de Adam había salido al exterior en tromba, hecho un basilisco. Después de aquello, Ronan se había pasado varias semanas refiriéndose a Gansey como el NRDM: ene por «niñato», erre por «rico», de por «de» y eme por cierto residuo desagradable.

Como resultado, Adam y Gansey habían decidido quedar en donde terminaba el asfalto.

Pero en los buzones no había nadie. Tan solo espacio vacío, mucho. Aquella zona del valle era muy llana en comparación con el otro lado de Henrietta y, por algún motivo, bastante más árida e infértil que el resto de la región, como si la lluvia, siguiendo el ejemplo de las principales carreteras, evitase pasar por allí. Incluso a las ocho de la mañana, no había ni una sola sombra.

Observando el panorama, Gansey llamó al número de la casa de Adam, pero nadie contestó. Vio en el reloj que faltaban dieciocho minutos para que empezaran las clases. Se tardaba un cuarto de hora en ir en coche hasta Aglionby.

Esperó. Al ralentí, el motor de Pig vibraba y se sacudía, e incluso la palanca de cambios estaba agitándose. Gansey notó que se le recocían los pies, próximos como los tenía al poderoso V-8. Por añadidura, la peste a gasolina iba extendiéndose por el habitáculo.

Decidió llamar a Manufacturas Monmouth. Respondió Noah con voz de

encontrarse recién levantado.

—Noah —exclamó Gansey, a quien el ruido del motor obligaba a levantar la voz.

Estaba inquieto por no tener el diario, y Noah no le había avisado de que lo había dejado en el Nino—. ¿Sabes si Adam dijo que tenía trabajo después de clase?

Los días que trabajaba, Adam prefería ir a Aglionby en bicicleta para luego poder desplazarse adonde tuviera que ir.

Noah respondió con un gruñido que quería decir que no.

Dieciséis minutos para llegar a clase.

—Si te llama, avísame —pidió Gansey.

—No creo —respondió Noah—. Me voy ahora.

Gansey colgó y volvió a intentarlo con el número de la casa. Sabía que la madre de Adam estaba, pero no tenía tiempo para ir hasta allí a investigar.

¿Saltarse las clases?

Gansey lanzó el teléfono al asiento del copiloto.

—Venga, Adam.

De entre todos los internados en los que había estado —y en cuatro años habían sido bastantes—, la Academia Aglionby era su favorito, pues quienes estudiaban allí tenían todas las papeletas para acabar en universidades de elite. O en el Senado. Sin embargo, era también la institución más exigente que Gansey había conocido. Antes de llegar a Henrietta, la búsqueda de Glendower era su actividad principal, y los estudios ocupaban el segundo lugar a una distancia considerable. Gansey era inteligente y tenía mucha facilidad para estudiar, de manera que no le había supuesto un problema faltar a clase o demorar el momento de hacer los deberes. En Aglionby, por el contrario, había que sacar buenas notas.

Si la media no era lo bastante alta, te echaban. Y Dick Gansey II había dejado claro que si no se las arreglaba en una escuela privada, se quedaría sin herencia.

Eso sí, se lo había dicho de buenos modos, con un plato de fetuccini de por medio.

Gansey no podía faltar a clase. No después de haberlo hecho el día

anterior. Y no había más vueltas que darle. Faltaban catorce minutos para la hora, y Adam no aparecía.

Notó aquel antiguo miedo asomándosele lentamente desde los pulmones.

«Que no te entre el pánico. Ayer te equivocaste respecto a Ronan. Tienes que parar esto. La muerte no está tan cerca como crees».

Desalentado, Gansey volvió a llamar a la casa de los Parrish. Nada. Tenía que marcharse. Adam debía de haberse ido en bicicleta. Tendría cosas que hacer y habría olvidado decírselo. El desvío hacia su casa continuaba vacío.

«Venga, Adam».

Gansey se secó el sudor de las manos en los pantalones, agarró el volante y arrancó hacia el colegio.

Gansey no tenía oportunidad de enterarse de si Adam había llegado a Aglionby hasta tercera hora, cuando ambos coincidían en clase de Latín. Inexplicablemente, aquella era la única asignatura a la que Ronan nunca faltaba. De hecho, era el primero de la clase.

Estudiaba con alegría pero de manera incansable, como si le fuera la vida en ello. Tras él estaba Adam, el alumno estrella de Aglionby, que, excepto en Latín, ocupaba el primer puesto en todas las asignaturas que cursaba. Como Ronan, Adam estudiaba incansablemente, pero a él sí le iba la vida en ello.

Por su parte, Gansey prefería Francés. Le había dicho a Helen que no le veía sentido a romperse la cabeza por un idioma que ya no hablaba nadie, pero, en realidad, lo que pasaba era que tenía facilidad para el francés; su madre lo hablaba un poco. En un principio, se había resignado a matricularse en Latín para saber traducir textos antiguos con los que ir avanzando en la búsqueda de Glendower, pero se lo tomaba con mucha calma, confiando en el dominio de aquella lengua del que gozaba Ronan.

La clase de Latín tenía lugar en Borden House, una pequeña casa de madera situada en el extremo opuesto a Welch Hall, el edificio principal del complejo. Mientras Gansey se apuraba a través del césped, Ronan lo abordó y lo agarró del brazo. Tenía aspecto de no haber dormido en días.

—¿Dónde está Parrish? —susurró Ronan.

—Hoy no ha venido conmigo —respondió Gansey con desánimo. Ronan

y Adam estaban juntos en la segunda hora—. ¿Tú tampoco sabes nada de él?

—No ha venido a clase.

Alguien pasó tras Gansey, le golpeó el omóplato y gritó:

—¡Ese Gansey!

Gansey respondió haciendo la señal del equipo de remo, que consistía en levantar tres dedos.

—Lo he llamado a su casa, pero no responden —dijo.

—Ya. Lo que le hace falta al pobre hombre es un móvil —repuso Ronan.

Hacía unos meses, Gansey le había ofrecido a Adam comprarle un teléfono móvil, lo cual había desembocado en el enfado más largo que habían tenido hasta entonces: una semana de mutismo que se había resuelto gracias a las barbaridades de Ronan, lo bastante graves para que Adam y Gansey olvidasen sus diferencias.

—¡Lynch!

Gansey volvió los ojos en la dirección de quien acababa de gritar; Ronan, no. Era alguien que andaba también por el césped, pero era difícil identificarlo en la marea de uniformes de Aglionby.

—¡Lynch! —insistió el desconocido—. Te voy a deshacer.

Ronan continuó sin darse la vuelta. Se ajustó la correa de la bolsa que llevaba colgada del hombro y siguió caminando por la hierba.

—¿A qué ha venido eso? —inquirió Gansey.

—Hay gente que tiene muy mal perder —respondió Ronan.

—¿Era Kavinsky? No me digas que habéis vuelto a hacer carreras.

—Si no quieres saberlo, no preguntes.

Gansey pensó en fijar un toque de queda para Ronan. O en dejar remo para pasar más tiempo con él los viernes, pues sabía que era entonces cuando Ronan y su BMW se metían en problemas. A lo mejor podía intentar convencer a Ronan de…

Ronan volvió a acomodarse la correa de la bolsa, y Gansey no pudo menos que fijarse en ella. Tenía un tamaño llamativo y Ronan la manejaba con sumo cuidado, como si temiera que se le derramase lo que contenía.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Gansey—. Dios, el pájaro, ¿verdad?

—Tengo que darle de comer cada dos horas.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—¿Te suena de algo internet? —Ronan abrió la puerta de Borden House. Entrar en ella era como poner un pie en un mundo en el que todo estaba cubierto de moqueta azul marino.

—Como te pillen con esa cosa… —Gansey no alcanzó a concebir una amenaza suficientemente convincente. ¿Qué castigo estaría contemplado para quien colase en el aula un pájaro vivo? Seguro que no había precedentes—. Como se te muera en esa bolsa, espero que no lo dejes tirado por ahí debajo de una mesa.

—No es un macho —matizó Ronan—. Es una hembra.

—Me da igual. No le veo rasgos sexuales distintivos. Más te vale que no tenga gripe aviar o algo así. —Sin embargo, Gansey no estaba pensando en el cuervo de Ronan. Estaba pensando en la ausencia de Adam.

Ronan y Gansey se sentaron en sus sitios de siempre, en la última fila del aula.

Whelk apuntaba verbos en el encerado.

Al entrar los dos amigos, Whelk se había quedado parado en mitad de una palabra:

«internec…». Aunque no hubiese motivo para pensar que Whelk tenía interés en lo que estaban hablando, Gansey sospechaba que había levantado la tiza del encerado tan solo para escucharlos. Los temores de Adam estaban empezando a causar su efecto.

Ronan se puso a mirar a Whelk a los ojos, con cara de pocos amigos. Pese a su gusto por el latín, había declarado que el profesor de la asignatura era un mamarracho socialmente impedido que no le merecía ningún respeto. Dado que tendía a despreciar a casi todo el mundo, Ronan no era muy de fiar cuando se trataba de juzgar a las personas, pero Gansey coincidía con él en que había algo preocupante en Whelk. Unas cuantas veces, Gansey había querido hablar con él sobre la historia de Roma, contando con que a sus notas les sentaría muy bien una charla en la que demostrar su cultura y su entusiasmo. Sin embargo, Whelk era demasiado joven para ejercer como mentor, y demasiado mayor para ser su igual, de modo que no había sabido encontrar el ángulo desde el que hablarle.

Ronan continuó sosteniéndole la mirada a Whelk. Lo hacía muy bien. Era como si le estuviera arrebatando algo con los ojos.

Incomodado, el profesor de Latín fingió no verlos. Ronan lo había derrotado.

—¿Qué piensas hacer con lo de Parrish? —le preguntó Ronan a Gansey.

—Supongo que dejarme caer por su casa después de clase, ¿no?

—Se habrá puesto enfermo.

Intercambiaron un gesto de complicidad. «Ya le estamos buscando excusas», pensó Gansey.

Ronan escudriñó el interior de su bolsa, y Gansey distinguió fugazmente el pico del pájaro. Se dijo que debería estar analizando el hecho de que su amigo hubiese encontrado precisamente un cuervo. Pero, al no contar con Adam, la búsqueda en la que estaba embarcado perdía la gracia. Se le antojó que se había pasado años coleccionando coincidencias y anécdotas con las que había construido una curiosa tela de retazos, demasiado pesada para ser transportada y demasiado ligera para servir de algo.

—¿Gansey, Lynch?

Whelk se había deslizado hasta ellos sin que se diesen cuenta. Ambos levantaron la cabeza para dirigirle la mirada; Gansey, cortés, y Ronan, hostil.

—Hoy has traído una bolsa muy aparatosa, Lynch —observó el profesor.

—Ya sabes lo que se dice de la gente con bolsas grandes —contestó Ronan—: ostendes tuum et ostendam meus.

Gansey no sabía qué querían decir aquellas palabras, pero teniendo en cuenta la sonrisa malévola de Ronan, dedujo que nada bueno.

Además se lo confirmó la expresión de Whelk, quien golpeó la mesa de Ronan con los nudillos y se alejó.

—Hacerte el macarra en latín no te va a ayudar con las notas —le recordó Gansey a Ronan.

En la cara de Ronan se dibujó una sonrisa luminosa.

—El año pasado sí me ayudó.

De nuevo junto al encerado, Whelk empezó la clase.

Y Adam no se presentó.

Capítulo 13

—Mamá, ¿a qué ha venido Neeve? —preguntó Blue.

Estaba con su madre, de pie encima de la mesa de la cocina. Al llegar de las clases, Maura la había puesto a cambiar las bombillas del engendro de cristales tintados que colgaba del techo en aquella parte de la casa. El proceso, que era complejo y requería al menos tres manos, solía posponerse hasta que se hubiesen fundido la mayoría de las bombillas. A Blue no le importaba hacer aquello. Necesitaba olvidarse un poco de la inminente visita de Gansey. Y también de que Adam no la había llamado. Cada vez que se acordaba del momento en el que le había dado su número la noche anterior, sentía vértigo e incertidumbre.

—Es de la familia —respondió Maura con severidad. Agarró con fuerza la cadena de la que colgaba la lámpara mientras se debatía con una bombilla que se había atascado.

—¿Y eso implica que llegue a casa en mitad de la noche?

Maura le clavó una mirada lúgubre.

—Te traje al mundo con un oído muy fino, por lo que veo. Me está ayudando a buscar una cosa. Nada más.

Se abrió la puerta principal. Ninguna de ellas se preocupó, pues tanto Cala como Persephone estaban por allí. No debía de tratarse de Cala, que era una criatura irascible y sedentaria cuya vida se organizaba en torno a costumbres inamovibles, sino más bien de Persephone, cuyos nerviosismos y ocurrencias la empujaban a moverse a menudo.

Sujetando la lámpara lo mejor que podía, Blue preguntó:

—¿Qué clase de cosa?

—Es una persona —admitió Maura al fin.

—¿Y qué clase de persona?

Antes de que su madre tuviese oportunidad de contestar, oyeron una voz masculina.

—Qué modo tan particular de llevar un negocio.

Ambas se dieron la vuelta despacio. Blue llevaba tanto tiempo con los

brazos en alto que al bajarlos notó que se le habían quedado flojos y sin fuerza. El recién llegado se encontraba en el vestíbulo, con las manos en los bolsillos. Andaría por los veintitantos y tenía una llamativa mata de pelo negro. Era guapo, pero requería un segundo vistazo. Las facciones de su cara parecían demasiado grandes para el espacio del que disponían.

Con una ceja en alto, Maura se quedó mirando a Blue, y esta reaccionó alzando un hombro. El desconocido no tenía pinta de pretender asesinarlas o desvalijarles la casa.

—Y el tuyo —masculló Maura, soltando la lámpara— es un modo muy particular de entrar en domicilio ajeno.

—Lo siento —contestó el joven—. Al ver el cartel de fuera, creí que podía pasar.

En efecto, había un cartel en el exterior pintado a mano (Blue no sabía por quién) en el que se leía MÉDIUM, y más abajo: «Con cita previa».

—También habrás leído que hay que tener cita —le recordó Maura al desconocido, invitándolo con una mueca a meterse en la cocina.

Blue había dejado en la encimera, a la vista, una cesta con ropa limpia y, sobre ella, uno de los sujetadores de encaje de su madre, pero se negó a sentir vergüenza. Nadie la había informado de que iban a tener un hombre merodeando por la cocina.

—En ese caso, me gustaría que me dierais una cita —dijo el joven.

Una voz procedente de la escalera hizo que los tres se dieran la vuelta.

—Podríamos ofrecerte una triple videncia —dijo Persephone.

Se hallaba al pie de los escalones, menuda, pálida y casi envuelta por completo en su larga melena. El joven se quedó observándola unos instantes, y Blue no supo si estaba valorando la sugerencia de Persephone o si, simplemente, se había quedado pasmado.

—¿Qué es eso? —acabó preguntando el chico.

Blue tardó unos segundos en comprender que se refería a lo de la triple videncia y no a Persephone. Maura descendió de la mesa dando un salto y aterrizó con tanta violencia que hizo vibrar los vasos de la alacena. Blue bajó al suelo con más precaución; al fin y al cabo, llevaba en la mano una caja de bombillas.

—Tres de nosotras, Persephone, Cala y yo, te echaríamos las cartas al mismo tiempo y luego compararíamos los resultados. No se lo ofrecemos a todo el mundo, que conste.

—¿Es más caro?

—No si cambias esa bombilla encasquillada —repuso Maura limpiándose las manos en los vaqueros.

—Me parece bien —concluyó él, no sin algo de desconcierto.

Maura le hizo un gesto a Blue para que le diese al chico una bombilla, y después dijo:

—Persephone, ¿irías a buscar a Cala?

—Claro —murmuró Persephone con un hilo de voz, dándose la vuelta para ir escaleras arriba. Descalza, apenas hizo ruido.

Maura miró a Blue con gesto inquisitivo. Blue se encogió de hombros.

—Blue, mi hija, estará también con nosotros, si no te importa. Su presencia mejora nuestras capacidades.

Tras lanzar a Blue una mirada indiferente, el chico se subió a la mesa, que crujió bajo su peso. Entre gruñidos, trató de desenroscar la bombilla.

—Ahí, ahí está el problema —indicó Maura—. ¿Cómo te llamas?

—Ah —exclamó él sacudiendo la bombilla—, ¿os importaría si nos olvidamos de eso?

—Somos videntes, no bailarinas de striptease.

Blue soltó una carcajada, pero el joven no sonrió. Blue no comprendió su seriedad: aunque de mal gusto, el comentario tenía su gracia.

La cocina se iluminó de pronto en cuanto la bombilla nueva estuvo en su lugar. Sin hacer ningún comentario, el chico descendió a una silla y, de ahí, al suelo.

—Seremos discretas —le prometió Maura haciéndole un gesto para que la siguiese.

El chico observó con ojo clínico el interior del cuarto que se utilizaba para las sesiones de videncia. Estudió las velas, las macetas con plantas, los quemadores de incienso, el elaborado candelabro, la mesa rústica que dominaba la estancia y las cortinas bordadas, y finalmente se detuvo en una fotografía enmarcada de Steve Martin.

—Con su autógrafo —afirmó Maura con ademán orgulloso, y después añadió—: Ah, Cala.

Cala entró en la habitación con una mueca hosca en las cejas, molesta por haber sido convocada. Llevaba los labios pintados de un atrevido color ciruela, y su boca era un diamante pequeño y encogido bajo la nariz afilada. Miró al joven con ojos lacerantes e intensos, como si pretendiera penetrar allí mismo las profundidades de su alma. Acto seguido, cogió de un estante sus cartas y se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa.

Apoyada en el marco de la puerta, Persephone abría y cerraba las manos. Blue corrió a ocupar su lugar en el extremo de la mesa. La habitación parecía haber menguado, y la principal responsable de ello era Cala.

Maura adoptó un tono de voz cálido y amable.

—Siéntate —le dijo al chico.

—¿Qué es lo que quieres saber? —inquirió Cala, mucho más brusca.

El joven se acomodó en una silla. Maura se instaló frente a él, del otro lado de la mesa, entre Cala y Persephone (o, más bien, la melena de Persephone). Como siempre, Blue se había situado un tanto al margen.

—Prefiero no decirlo —repuso el chico—. A lo mejor lo adivináis.

La sonrisa color ciruela de Cala se cargó de perversidad.

—A lo mejor.

Maura le acercó su mazo de cartas al joven y le pidió que las barajase, cosa que hizo con eficacia y un punto de timidez. En cuanto terminó, Persephone y Cala lo invitaron a repetir la operación con sus respectivas barajas.

—No es la primera vez que haces esto —observó Maura.

El chico hizo un vago gesto de asentimiento. Blue se dio cuenta de que no les daba información a propósito, para asegurarse de que no hacían trampas. Aun así, no lo tomó por un escéptico. Su escepticismo parecía centrarse exclusivamente en ellas.

Maura recuperó sus cartas. Las tenía desde siempre, y los bordes se habían desgastado por el uso. Se trataba de una baraja de tarot corriente, pero muy hermosa, y la había hecho ella misma. Eligió diez cartas y las dispuso sobre la mesa formando una línea.

Cala hizo lo propio con su baraja, en mejor estado. Había reemplazado la anterior hacía unos años, tras perder la confianza en ella como resultado de un desafortunado incidente. El silencio era tal que se oía con nitidez el sonido de los naipes al rozar la superficie de la mesa, atravesada por imperfecciones y arañazos.

Con sus larguísimas manos, Persephone sostuvo las cartas durante unos momentos, mientras examinaba al joven con la mirada. Luego, dejó en la mesa tan solo dos, una al principio de la línea y otra al final. Blue disfrutaba viendo a Persephone manejar los naipes.

La soltura con que les daba la vuelta con un giro de la muñeca y los hacía chasquear contra la mesa recordaba a los trucos de prestidigitación o a los movimientos de danza. Y eran unos naipes muy especiales, adornados con líneas entrecruzadas y sombreados, que sugerían las figuras en lugar de ilustrarlas. Blue nunca había visto nada igual. En una ocasión, Maura le había dicho que a Persephone no convenía hacerle preguntas que no fueran estrictamente necesarias, de manera que Blue nunca se había enterado de la procedencia de la baraja.

Realizados aquellos preparativos, Maura, Cala y Persephone estudiaron las cartas.

Blue hizo lo que pudo por distinguir algo a través del apelotonamiento que formaban sus tres cabezas. Y se esforzó en olvidarse del fuerte olor a gel para hombre que despedía el chico. Seguro que se trataba de uno de esos geles envasados en un frasco negro y austero, con nombres comerciales como SHOCK, TURBO o SPORT.

Cala fue la primera en hablar. Le dio la vuelta al tres de espadas para enseñárselo al joven. En el naipe, las tres hojas se clavaban en un corazón oscuro y sanguinolento, del mismo tono ciruela que el pintalabios de Cala.

—Has perdido a alguien muy próximo —le dijo al chico.

Este se miró las manos.

—He perdido… —titubeó durante unos segundos—. Muchas cosas.

Maura arrugó los labios. Cala levantó tanto una ceja que se le perdió bajo el cabello.

Volaron las miradas entre ellas. Blue sabía muy bien cómo interpretar sus

gestos. Maura le preguntaba a Cala: «¿Qué opinas?». Y Cala le respondía: «Mal asunto». La expresión de Persephone, en cambio, permanecía impenetrable.

Maura tocó el borde del cinco de oros.

—Te preocupa el dinero —dictaminó. En la carta se veía una vidriera bajo la que pasaban, caminando sobre un manto de nieve, un hombre con muletas y una mujer envuelta en un chal—. Y hay una mujer implicada.

El joven ni siquiera pestañeó.

—Mis padres contaban con bastantes recursos. Mi padre se vio envuelto en un escándalo en su empresa. Mi madre se divorció de él y ahora no hay dinero. No para mí.

Era una manera extraña y desagradable de expresarlo: ceñida a los hechos y sin adornos.

Maura se frotó las manos con la tela del pantalón. Señaló otro de los naipes.

—Tienes un trabajo aburrido. Lo haces bien, pero te cansa.

El chico se quedó callado, apretando las mandíbulas y concediendo con ello la veracidad de la adivinación.

Persephone tocó la primera de las cartas que había sacado de la baraja. El caballo de oros. Moneda en mano, un jinete de gesto glacial observaba un campo desde su montura.

Blue se fijó en que la moneda contenía un dibujo: tres líneas curvas, un triángulo alargado y picudo. El símbolo del camposanto, de la mampara de la ducha, del diario.

Pero se equivocaba. Tras una mirada más detenida comprobó que, en realidad, no era más que una estrella de cinco puntas.

Persephone se decidió a hablar.

—Estás buscando algo —murmuró con su voz suave y precisa.

El joven asintió con la cabeza.

Cala también tenía un caballo de oros. Era extraño que dos barajas distintas diesen el mismo resultado. Y más extraño aún que también la carta de Maura fuese un caballo de oros. Los tres jinetes de mirada ruda escudriñaban el panorama desde los naipes.

Una vez más, el tres.

—Estás dispuesto a todo con tal de encontrarlo —apuntó Cala con amargura—. Y llevas años persiguiéndolo.

—Sí —exclamó el chico con ferocidad inusitada—. ¿Pero cuánto más tendré que buscarlo? ¿Llegaré a encontrarlo?

Las tres mujeres volvieron a examinar las cartas para hallar respuestas. Blue también trató de leerlas. No poseía el don de la videncia, pero conocía el significado de los distintos naipes. Se fijó, en primer término, en la torre, que indicaba que la vida del chico iba a experimentar un cambio profundo, y después, en la última carta de entre las que estaban expuestas, la sota de copas. Advirtió la expresión ceñuda de su madre. No era que la sota de copas fuese una carta negativa; de hecho, era la carta que representaba a Blue cuando Maura miraba en su propio destino.

«Eres la sota de copas», le había dicho Maura una vez. «Fíjate en el potencial que hay en la copa que sostiene. Y mira, hasta se te parece».

Además, no solo había una sota de copas. Como sucedía con el caballo de oros, la sota aparecía tres veces. Tres figuras con la cara de Blue alzando una copa llena de potencialidades. La expresión de Maura se ensombreció.

A Blue se le erizó el vello. De pronto, intuyó que el destino al que estaba atada no tenía fin. Gansey, Adam, la sorpresa de Neeve ante lo que había visto en el cuenco y aquel joven extraño sentado a su lado. El corazón se le salía por la boca.

Maura se levantó tan de repente que la silla que ocupaba se desequilibró y quedó apoyada contra la pared.

—Hemos terminado —anunció.

Persephone la miró sin comprender, y Cala, aunque confusa, saludó la interrupción con una sonrisa satisfecha. Blue tampoco comprendió qué le ocurría a su madre.

—¿Cómo? —exclamó el chico—. Las otras cartas todavía…

—Ya lo has oído —interrumpió Cala. Blue no supo si Cala también estaba incómoda o si se limitaba a apoyar a Maura—. Se acabó la sesión.

—Sal de mi casa —dijo Maura, y luego, intentando dulcificar un poco el tono, agregó—: Ahora. Gracias. Adiós.

Cala se hizo a un lado para permitir que Maura pasase junto a ella. Maura levantó un dedo y señaló la puerta principal.

—Esto es intolerable —dijo el chico poniéndose de pie.

Maura no contestó. En cuanto el joven estuvo en el exterior, cerró la puerta de un empujón. Los platos de las alacenas volvieron a sacudirse.

Cala se instaló en la ventana. Apartó las cortinas y pegó la frente al cristal para ver al joven marcharse.

Maura, junto a la mesa, daba cortos paseos hacia un lado y hacia el otro. Blue quiso hacerle una pregunta, pero tuvo dudas y, finalmente, desistió. Le pareció que, en aquel momento, las preguntas estaban fuera de lugar.

—Qué individuo tan desagradable —dijo Persephone.

Cala dejó que las cortinas volvieran a su posición original.

—Tengo el número de matrícula de su coche.

—Espero que jamás encuentre lo que busca —afirmó Maura.

—Pues hace todo lo que puede por lograrlo —comentó Persephone, contrariada, recogiendo de la mesa los dos naipes que pertenecían a su baraja—. Y yo diría que terminará por encontrar algo.

Maura se detuvo y se quedó mirando a Blue.

—Blue, si vuelves a encontrarte con ese chico, te das la vuelta y te vas.

—No. Primero dale una patada entre las piernas —matizó Cala—. Y luego te das la vuelta y te vas, pero corriendo.

Capítulo 14

Helen, la hermana mayor de Gansey, llamó justo cuando este iba a tomar el desvío que llevaba a la casa de los Parrish. Pig no era el mejor lugar para recibir llamadas. Para empezar, el Camaro no disponía de cambio automático, y para terminar, hacía tanto ruido que parecía un camión cuesta arriba. Y entre lo uno y lo otro, andaba mal de la dirección, el sistema eléctrico provocaba interferencias y la palanca de cambios estaba perdida de grasa.

El resultado fue que apenas se oía la voz de Helen y que Gansey estuvo a punto de meter las ruedas en una zanja.

—¿Cuándo es el cumpleaños de mamá? —preguntó Helen. Gansey se alegró de oír su voz y, al mismo tiempo, se irritó por lo trivial de la pregunta. En general, se llevaba bien con ella. Los hermanos Gansey eran de una especie peculiar y compleja, y no necesitaban demostrar ni aparentar nada cuando se encontraban en familia.

—La que prepara bodas eres tú —replicó Gansey. Un perro apareció de la nada y se puso a ladrarle al coche con furia—. ¿No crees que lo de acordarse de las fechas es más bien cosa tuya?

—En otras palabras, que no lo sabes —repuso Helen—. Y por cierto, ya no me dedico a las bodas. Bueno, sí, pero a tiempo parcial. Bueno, vale, a tiempo completo, pero no a diario.

Helen no necesitaba definirse a través de su trabajo. Más que tener una profesión concreta, tenía aficiones que involucraban las vidas de otras personas.

—Sí que lo sé —puntualizó Gansey, algo tenso—. Es el diez de mayo.

Un labrador mestizo, atado frente a la primera casa, soltó un aullido al ver pasar el Camaro. El otro perro continuaba con su estrategia de acoso, gruñendo y enseñando los dientes. En un descampado, tres niños vestidos con camisetas sin mangas jugaban a disparar a botellas de leche con pistolas de balines. Al ver que tenían visita, prorrumpieron en gritos y, con ánimo burlón, orientaron sus armas hacia las ruedas del coche. Imitando a Gansey,

uno de ellos fingió hablar por teléfono. Observando su camaradería y su naturalidad, y lo cómodos que parecían en aquel entorno, Gansey experimentó un punto de emoción. No sabía si por conmiseración o por envidia. Había polvo por todas partes.

—¿Dónde estás? —preguntó Helen—. ¿En el rodaje de Cerdos y diamantes?

—Voy a ver a un amigo.

—¿Al malo o al paleto?

—Helen.

—Perdona —contestó ella—. ¿A Mister Hostil o al Hombre de las Caravanas?

—Helen.

Técnicamente, Adam no vivía en un parque de caravanas, sino, más bien, de casas prefabricadas. Una vez, Adam le había contado a Gansey que la última caravana se había ido de allí hacía años, pero lo había dicho con ironía, como concediendo que, a fin de cuentas, que fuesen caravanas o casas prefabricadas no contribuía mucho a cambiar las cosas.

—Los motes que les pone papá son bastante peores —pretextó Helen—. Mamá dice que ayer llegó a casa uno de esos extraños libros New Age tuyos. ¿Vas a venir pronto?

—Puede —respondió Gansey. En cierto modo, visitar a sus padres le hacía ver lo poco que había logrado en la vida, lo mucho que se parecía a Helen, la cantidad de corbatas que tenía y lo fuerte que era la inercia que lo estaba convirtiendo, sin prisa pero sin pausa, en todo aquello que Ronan procuraba evitar. Detuvo el coche frente al módulo color azul claro en que habitaban los Parrish—. Quizá vaya para el cumpleaños de mamá. Ahora debo colgar. No tengo tiempo para esto.

La risa de Helen sonó distorsionada y estridente.

—Fijate en cómo hablas. Estás hecho un chulo. Me imagino que tendrás puesto un disco llamado Sonidos del crimen mientras miras a las chicas del Old Navy desde el Camaro.

—Adiós, Helen —zanjó Gansey. Pulsó el botón para colgar y bajó del coche.

Gruesos y brillantes, unos abejorros carpinteros interrumpieron su labor de demolición de los escalones de madera del porche y revolotearon alrededor de su cabeza.

Tras llamar a la puerta, Gansey se quedó contemplando el panorama, consistente en un campo de hierba rala y reseca. Hasta entonces no se le había ocurrido pensar que la belleza, en Henrietta, había que pagarla. Por mucho que Adam le recordase que era un inconsciente en todo lo que tuviese que ver con el dinero, no parecía muy capaz de reformarse.

«Aquí no ha llegado la primavera», pensó con súbita tristeza.

Salió a recibirlo la madre de Adam. Era la viva imagen de su hijo: las mismas facciones alargadas y los mismos ojos separados. Parecía mayor y peor tratada por los años que la madre de Gansey.

—Adam está fuera, en la parte de atrás —le informó, sin darle tiempo a saludarla ni a hacerle preguntas. Lo miró un momento y luego desvió los ojos. Gansey no dejaba de sorprenderse ante la reacción que los padres de Adam experimentaban al ver el jersey de Aglionby. No les hacía falta más infomación.

—Gracias —dijo Gansey, incapaz de decir otra cosa, antes de ver cerrarse la puerta.

Encontró a Adam en un sombrío y fresco cobertizo que se hallaba tras la casa, tumbado bajo un Bonneville antiguo. Había una lata de aceite vacía al lado de una de las ruedas del automóvil. Como no se oía ningún ruido, Gansey supuso que Adam, en lugar de trabajar, se dedicaba a pasar el rato y evitar así a su familia.

—Hola, monstruo —dijo Gansey.

Adam dobló las rodillas para salir de debajo del coche, pero cambió de opinión y se quedó como estaba.

—¿Qué hay? —respondió, lacónico.

Gansey entendió por qué su amigo no se levantaba para saludarlo, y notó en el pecho una punzada de enfado y culpabilidad. Lo más frustrante de la situación de Adam era que Gansey no podía controlarla, por mucho que lo intentase.

Gansey dejó sobre una mesa una libreta.

—Estos son los apuntes de hoy. No he podido excusarte diciendo que estabas enfermo. Este mes has faltado demasiado.

Se oyó un sonido metálico, como de una herramienta rozando el suelo.

—Venga, Parrish. Sal de ahí —perseveró Gansey—. Ya vale.

Gansey se sobresaltó al sentir el hocico de un perro olisqueándole una mano. Se trataba del mismo animal que le había ladrado al Camaro hacía un rato. Le acarició las orejas con desgana, pero retiró la mano de pronto cuando el perro, viendo moverse los pies de Adam, dio un brinco hacia el coche y se puso a ladrar. Lo primero en quedar a la vista fue el pantalón de trabajo de Adam; luego, la camiseta que llevaba, de propaganda de Coca-Cola, y finalmente, su cara.

Tenía un moratón en la mejilla bastante inflamado, y otro más oscuro en el puente de la nariz.

—Te vienes conmigo ya —le espetó Gansey.

—Si lo hago, cuando vuelva será peor —contestó Adam.

—Pero no vas a volver. Te vienes a vivir a Monmouth. Esto se acabó.

Adam se levantó. El perro lo recibió dando saltos de alegría, como si su dueño acabara de llegar de un viaje interplanetario.

—¿Y qué va a ocurrir cuando te vayas de Henrietta para buscar a Glendower en otra parte? —preguntó con cansancio.

Gansey sabía que aquello podía ocurrir.

—Vendrás conmigo.

—¿Así, sin más? Explícamelo mejor. Todas las energías que he invertido en Aglionby se quedarían en nada. Tendría que empezar desde cero en un sitio nuevo.

Gansey recordó que, hacía un tiempo, Adam le había dicho: «Mientras no alcances el éxito, a nadie le interesa saber cómo has salido de la miseria». Pero Adam no llegaría a buen puerto si continuaba faltando a clase. Sin aprobados, no habría final feliz.

—No tendrías que matricularte en un centro como Aglionby. No hace falta ir a una escuela tan elitista. Hay caminos alternativos para lograr que te vaya bien en la vida.

—Yo no te juzgo por lo que haces, Gansey —afirmó Adam con

brusquedad.

Gansey se encontró en una posición incómoda, pues sabía que a Adam le costaba aceptar sus razones para buscar a Glendower. Adam tenía motivos de sobra para desentenderse de sus imprecisos anhelos y sus constantes dudas respecto a por qué la fortuna había querido que naciese en una familia tan rica. Gansey creía que su vida debía responder a un propósito elevado, que tenía que hacer una contribución para el mundo que justificase los privilegios de que disfrutaba, o de lo contrario dejaría de encontrarle sentido a su existencia.

«Los pobres lamentan su pobreza», había filosofado Adam en una ocasión, «pero los ricos también lamentan su riqueza».

A lo cual Ronan había contestado: «Oye, yo soy rico y no me molesta para nada».

—Está bien —concluyó Gansey—. Encontraremos otro centro que tenga un buen nivel.

Apostaremos fuerte. Tendrás una vida nueva.

Adam se hizo con un trapo y empezó a limpiarse la grasa que se le había quedado pegada entre los dedos.

—También tendría que buscarme algún trabajo, y eso no se consigue de la noche a la mañana. ¿Sabes cuánto tardé en encontrar los que tengo ahora?

No se refería a reparar coches antiguos en el cobertizo de su padre. Aquello no era sino una más de las tareas domésticas. En realidad, tenía tres trabajos, el más importante de los cuales se desarrollaba en la fábrica de caravanas que estaba a las afueras de Henrietta.

—Yo podría echarte una mano mientras te sale algo.

Se produjo un largo silencio. Adam continuó limpiándose las manos sin dirigirle la mirada a Gansey. Ya habían mantenido aquella conversación otras veces, y ambos tenían presentes los argumentos propios y los del otro. Los habían repetido tantas veces que ya no necesitaban volver a explicarse.

El éxito no significaba nada para Adam si no se lo había ganado por sí mismo.

Gansey hizo cuanto pudo para mantener un tono de voz calmado, pero no logró evitar que se le notara cierta impaciencia.

—De modo que no te marchas de aquí por orgullo, ¿no? El orgullo acabará matándote.

—Has visto demasiadas películas de policías.

—Lo que veo es el telediario de la noche, Adam —replicó Gansey—. ¿Por qué no dejas que Ronan te enseñe a pelear? Ya te lo ha ofrecido dos veces. Y lo dice en serio.

Adam dobló el paño con cuidado y lo dejó sobre una caja de herramientas. El cobertizo estaba atestado de cosas. Paneles con colgadores para almacenar las herramientas, calendarios con fotografías de mujeres desnudas, compresores de aire y otros utensilios que el señor Parrish consideraba más necesarios que el uniforme del colegio de su hijo.

—Eso sí que acabaría matándome —juzgó Adam.

—No te entiendo.

—Ronan tiene un arma.

—Venga ya —protestó Gansey.

Acariciando el hocico del perro, que se volvió loco de contento, Adam se aproximó a la entrada del cobertizo y contempló el camino de tierra. No hacía falta que dijese nada para que Gansey supiera qué estaba buscando.

—Vamos, Adam —insistió Gansey—. Saldremos adelante.

Se formó una arruga entre las cejas de Adam, que siguió mirando. No se fijaba en las casas prefabricadas, sino, más allá, en el campo llano, interminable y salpicado por hierbajos requemados. Había allí muchas cosas que sobrevivían sin llegar a vivir.

—Eso implica que no me valdría por mí mismo —le explicó a Gansey—. Si permito que me ayudes con tu dinero, pasaré a depender de ti como ahora dependo de mi padre.

Aquellas palabras golpearon a Gansey con fuerza. Había días en que lo único que lo mantenía con los pies en la tierra era la confianza en que su amistad con Adam estaba más allá de cualquier influencia que el dinero pudiese ejercer. Que le llevasen la contraria en aquello le hacía más daño del que estaba dispuesto a admitir.

—¿Es eso lo que piensas de mí? —preguntó.

—Tú no lo entiendes, Gansey —respondió Adam—. No sabes nada

acerca del dinero, a pesar de que tengas mucho. No te fijas en cómo nos mira la gente. Lo captan al momento.

Soy tu mascota.

«Solo soy mi dinero. Todo el mundo se da cuenta, incluso Adam».

Gansey contraatacó.

—¿Te crees que vas por el buen camino faltando a clase y al trabajo porque dejas que tu padre te deshaga a palos? Eres como ese perro de ahí. Te crees que es lo que mereces.

Sin previo aviso, Adam derribó de un manotazo una caja de clavos que estaba en una repisa. El ruido sobresaltó a ambos.

Cruzándose de brazos, Adam le dio la espalda a Gansey.

—No finjas saber de lo que hablas —le recriminó—. No te presentes aquí y hagas como si estuvieras de vuelta de todo.

Gansey se dijo que lo mejor era irse. Irse y no empeorar la situación. Pero no supo dominarse.

—Pues tú no creas que hay algo de lo que puedas sentirte orgulloso.

No bien las hubo pronunciado, supo que aquellas palabras no eran justas o que, aun si lo fueran, iban en la dirección equivocada. Pero no se arrepintió.

Regresó al Camaro y llamó a Ronan, pero descubrió que, como solía pasar en Henrietta, tenía el móvil fuera de cobertura. En otras circunstancias, se lo habría tomado como un síntoma de que algún fenómeno paranormal estaba alterando el flujo de energías del pueblo.

En esta ocasión, lo único que pensó fue que no iba a poder hablar con nadie.

Tras cerrar los ojos, pensó en los cardenales que Adam tenía en la mejilla y en la nariz. Se imaginó que un día llegaría allí y encontraría que Adam estaba en el hospital, o peor aún, llegaría allí y sí encontraría a Adam, pero con un daño irreparable.

La mera idea bastaba para que le hirviese la sangre.

En ese momento, el coche se sacudió y Gansey abrió los ojos al oír abrirse la puerta del copiloto.

—Espera, Gansey —dijo Adam, sin aliento. Estaba encorvado, con la

cabeza metida en el habitáculo. Sus moratones tenían mal aspecto, y la piel que los cubría parecía transparente—. No quiero que…

Gansey soltó el volante, dejó las manos apoyadas en el regazo y alzó los ojos.

Supuso que Adam estaba por decirle que no se lo tomara tan a pecho. Pero el hecho era que sí se lo había tomado a pecho.

—Solo intento ayudar.

—Lo sé —admitió Adam—. Lo sé. Pero no puede ser. No sería capaz de vivir tranquilo.

Gansey no lo entendió, pero asintió con la cabeza. Quería que aquello terminara; quería volver al día anterior, cuando Ronan, Adam y él estaban escuchando la grabación y Adam no tenía aún marcas en la cara. Se fijó en que el padre de Adam estaba observándolos desde el porche.

Adam cerró los ojos durante unos momentos. Gansey vio que se le movían los párpados como si estuviese en la fase profunda del sueño.

Y entonces, de un solo movimiento grácil, Adam se instaló en el asiento del pasajero. Gansey se quedó con la boca abierta, con una pregunta atascada en la punta de la lengua.

—Vámonos —ordenó Adam, con los ojos fijos en el parabrisas para no ver a su madre, que había salido también al porche—. Según nuestro plan, ahora tocaba ir a la médium, ¿no? Pues adelante con el plan.

—Vale, pero…

—Tengo que estar de vuelta a las diez.

Al fin, Adam miró a Gansey, que vio en él una expresión encarnizada y cruel, un algo indefinido que temía, pues anunciaba una fuerza capaz de anular todo lo demás.

Gansey sabía que pisaba terreno minado y que corría un riesgo que no tenía por qué correr.

Tras unos instantes de titubeo, Gansey entrechocó la mano con la de Adam. Este bajó la ventanilla y se agarró al techo del coche.

Cuando el Camaro circulaba ya por el camino, les cortó el paso una furgoneta Toyota de color azul. Adam jadeó y contuvo la respiración. Gansey vio que quien estaba enfrente, escrutándolo con la mirada, era Robert

Parrish. El padre de Adam era un tipo corpulento, descolorido como el mes de agosto y como salido del mismo polvo que flotaba entre las casas prefabricadas. Tenía unos ojos oscuros y minúsculos tras los cuales apenas se advertían signos de vida.

Robert Parrish lanzó un escupitajo por la ventanilla. No parecía dispuesto a apartar la furgoneta y dejarlos marcharse. Adam tenía la cara vuelta hacia un lado, pero Gansey no desvió la mirada.

—No es necesario que vengas —le dijo a Adam.

Su amigo habló como desde la lejanía.

—Quiero ir.

Gansey pisó el acelerador y dio un volantazo. El Camaro se salió del camino y rebasó la zanja dejando tras de sí una estela de tierra pulverizada. La sensación de peligro y las expectativas que se les abrían por delante hicieron que a Gansey le latiese el corazón con fuerza. También influyó el deseo de decirle a Robert Parrish a la cara todo lo que pensaba de él.

Cuando volvieron al camino tras rodear el Toyota, Gansey notó en la nuca el peso de la mirada de Robert Parrish.

Aquella mirada era una promesa de futuro mucho más importante que cualquier cosa que la médium pudiera decirle.

Capítulo 15

Como era de esperar, Gansey no se presentó a tiempo a la cita. La hora señalada llegó y pasó, y ni rastro. Y lo que quizá resultaba aún más decepcionante: Adam no llamaba. Blue descorrió las cortinas para observar la calle, pero lo único que vio fue el deambular normal de la gente que regresaba de trabajar. Maura decidió enumerar posibles pretextos.

—Quizá se equivocó de hora —dijo.

Blue no creía que se hubiese equivocado de hora.

Transcurrieron otros diez minutos.

—Se le habrá estropeado el coche —sugirió Maura.

Blue tampoco creía que se le hubiera estropeado el coche.

Cala tomó la novela que estaba leyendo y se encaminó hacia la escalera.

—Hablando de coches estropeados —dijo dándose la vuelta—. Hay que llevar el Ford a que le miren la correa. Veo una avería en el futuro. Ocurrirá junto a esa tienda de muebles baratos. Aparecerá un hombre muy feo con un teléfono móvil. Será de mucha ayuda.

Entraba dentro de lo posible que Cala en verdad viese averías en el futuro de Maura, pero también cabía esperar que no fuese más que una metáfora. En cualquier caso, Maura lo apuntó en el calendario.

—Tal vez le dije que era mañana en lugar de hoy —siguió diciendo.

—Eso sí que me lo creo —murmuró Persephone, y luego, elevando el tono de voz, anunció—: Creo que voy a hacer tarta.

Blue la miró con ansiedad. La preparación de tartas era un proceso lento y laborioso, y a Persephone no le gustaba nada que la interrumpieran mientras estaba en ello.

No se le ocurriría la idea si creyera que la llegada de un cliente iba a obligarla a dejar la tarea a medias.

Maura también observó a Persephone, y luego fue a la nevera por una calabaza amarilla y un trozo de mantequilla. Blue sabía lo que iba a pasar a partir de aquel momento.

Persephone haría algo dulce. Maura haría algo con mantequilla. Y al

cabo de un rato, Cala volvería y haría algo con salchichas o panceta. Siempre ocurría lo mismo cuando la cena no estaba planificada de antemano.

Blue no creía que Maura le hubiese dicho a Gansey que la cita era para el día siguiente. Opinaba, más bien, que Gansey habría mirado la hora en el salpicadero de su Mercedes Benz o en el equipo de música de su Aston Martin y habría decidido que la cita con la médium podía esperar porque prefería irse a escalar o a jugar al tenis. En otras palabras, que pasaba del tema, igual que Adam pasaba de llamarla. No era de extrañar. Era lo que se esperaba de ellos: eran chicos del cuervo.

Cuando Blue, enfurruñada, estaba a punto de irse a su habitación para hacer los deberes, Orla, desde el cuarto del teléfono, soltó un alarido que fue convirtiéndose en una sucesión de palabras:

—¡Acaba de llegar un Camaro de 1973! ¡Me va a juego con las uñas y todo!

Que Blue supiera, las uñas de Orla estaban adornadas con unos complicados diseños en forma de arabesco. No imaginaba qué aspecto tendría un Camaro de 1973, pero si también estaba adornado con arabescos, debía de ser impresionante. Aparte, dedujo que Orla debía de andar muy atareada con el teléfono, pues aquella era la clase de situación que nunca se perdía.

—Bien, vamos allá —dijo Maura dejando la calabaza en el fregadero. Cala regresó a la cocina e intercambió con Persephone una mirada incisiva.

En Blue cundió el nerviosismo.

«Gansey. Eso es todo».

—¿Lista? —le preguntó Cala.

Gansey era el chico al que causaría la muerte o del que se enamoraría. O las dos cosas a un tiempo. Era imposible estar lista para algo así. Lo único que Blue pudo hacer fue observar cómo abría la puerta Maura.

Eran tres chicos, con el sol del atardecer perfilándoles la silueta. Tres pares de hombros: los primeros cuadrados, los segundos musculosos y los terceros escuálidos.

—Siento llegar tarde —dijo el de hombros cuadrados, que era el que estaba más adelantado. Desprendía el mismo olor a menta que Blue había

percibido durante la guardia de la iglesia—. ¿Supone un problema?

Blue le reconoció la voz.

Alargó una mano para apoyarse en uno de los peldaños de la escalera. El insolente que le había ofrecido dinero en la pizzería entró en el vestíbulo.

«Oh, no. No puede ser él». Ya sabía cómo iba a morir Gansey: iba a estrangularlo ella misma. La noche del Nino, la música alta había camuflado su voz, y el olor a orégano había tapado su perfume mentolado.

Pero no cabía ninguna duda.

Su aspecto era menos pulcro y presidencial, pues llevaba las mangas remangadas y la camisa entreabierta, y además se había quitado la corbata. Su pelo, de color castaño, estaba hecho un revoltijo de mechones apelmazados, que era lo que solía ocurrir con el cabello que se sometía al clima de Virginia. Pero conservaba el reloj, descomunal como un transatlántico, y también aquel aire que proclamaba a los cuatro vientos que no solo nunca había sido pobre, sino que tampoco lo había sido su padre, ni el padre de su padre, ni el padre del padre de su padre. Blue no sabía si se debía a que era increíblemente guapo o increíblemente rico, o las dos cosas a la vez.

Gansey. Aquello era Gansey.

Y eso significaba que el diario era suyo.

Y que Adam era su amigo.

—Bueno —dijo Maura, a quien, por lo visto, le podía más la curiosidad que las normas relativas a citas y horarios—. No es tan tarde. Pasad a aquel cuarto de allí. ¿Me decís cómo os llamáis?

A excepción del zarrapastroso, la compañía de Gansey era la misma que había visitado el Nino. La presencia de los tres resultaba arrolladora de tan ruidosa y masculina, y la confianza con que se trataban construía a su alrededor una muralla insalvable. Sus relojes, zapatos y uniformes destilaban exclusividad y sofisticación, y parecían, más bien, armas o escudos. Incluso el tatuaje que le reptaba por el cuello al soldadito lograba que Blue se sintiese amenazada.

—Me llamo Gansey. Este es Adam, y aquel, Ronan. ¿Dónde nos colocamos? ¿Allí?

Con gesto de guardia de tráfico, Gansey señaló la habitación en que tenían lugar las sesiones de videncia.

—Sí, allí —respondió Maura—. Por cierto, esta es mi hija. Si no os importa, también estará con nosotros.

Al reconocer a Blue, Gansey, hasta entonces sonriente y desenvuelto, se quedó como fulminado.

—Hola otra vez —dijo—. Qué despropósito.

—¿Ya os conocéis? —Maura le lanzó a su hija una mirada venenosa. Blue se enfadó: aquello no era justo.

—Sí —admitió Gansey, tratando de conservar la dignidad—. Tuvimos una conversación sobre profesiones femeninas. No sabía que era tu hija. ¿Adam?

Esta vez, la mirada venenosa nació en Gansey y se abatió sobre Adam, a quien se le habían puesto los ojos como platos. Adam era el único de los tres que no vestía el uniforme de Aglionby, e intentaba taparse con la mano el logotipo de Coca-Cola de su camiseta.

—¡Yo tampoco lo sabía! —exclamó.

De haber previsto que también iba a presentarse Adam, Blue no se habría puesto el top azul con plumas en el cuello. Adam no le quitaba los ojos de encima.

—De verdad que no lo sabía —aseguró Adam.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó Blue.

Adam se encogió de hombros, intranquilo. O él o Ronan olían un poco a taller mecánico.

—Parezco un tipo duro, ¿verdad? —respondió Adam con sarcasmo.

Más bien, el aspecto que tenía con aquellos moratones era de fragilidad y abandono, como el que tendría una taza de porcelana recién desenterrada. Blue optó por guardarse su opinión.

—Pareces un perdedor —le espetó Ronan.

—Ronan —dijo Gansey.

—¡Que todo el mundo se siente! —gritó Maura.

Impresionaba tanto oírla gritar que todos la obedecieron y se acomodaron como pudieron en las variopintas sillas disponibles. Adam se frotaba la

mejilla como si pretendiese borrarse el cardenal. Ocupando una butaca en la cabecera de la mesa, Gansey contempló el retrato de Steve Martin con una ceja enarcada.

Tan solo se quedaron de pie Cala y Ronan, que se miraban con gesto desconfiado.

En todo caso, daba la impresión de que nunca había estado tanta gente en la casa, lo cual, por lo demás, no era cierto. Sí era cierto, tal vez, que nunca habían estado allí tantos hombres juntos. O más concretamente, tantos chicos del cuervo.

Blue se sentía como si su mera presencia la estuviera despojando de algo íntimo.

Maura y las demás parecían desmejoradas al lado de aquellos tres mosqueteros.

—Aquí hay demasiado ruido —afirmó Maura levantando un dedo. Blue supo que no se refería a las voces, sino a lo que percibía con la mente. Persephone también torció el gesto.

—¿Quieres que me marche? —sugirió Blue, a pesar de desear justamente lo contrario.

Gansey no entendió y le preguntó:

—¿Por qué tendrías que marcharte?

—Amplifica lo que percibimos —explicó Maura ceñuda, tratando de comprender lo que le indicaban los sentidos—. Y vosotros tres… hacéis bastante escándalo.

Blue estaba colorada. Se imaginó calentándose como una resistencia eléctrica por la que circulasen las chispas de quienes la rodeaban. ¿Qué llevarían dentro aquellos chicos del cuervo capaz de embotar la percepción de su madre? ¿Sería la suma de los tres o se trataba tan solo de la energía de Gansey, agitada por la proximidad de la muerte?

—¿Cómo que hacemos mucho escándalo? —protestó Gansey. Por lo que veía Blue, estaba claro que era el líder de la manada. Sus amigos se fijaban en sus reacciones para interpretar la situación.

—Me refiero a que hay algo en vuestra energía que es muy… —perdiendo interés en su propia explicación, Maura no terminó la frase. Se

volvió hacia Persephone. Blue reconoció a qué respondía la mirada que intercambiaron entre ellas: ninguna sabía qué hacer—. ¿Cómo empezamos?

Su modo de preguntarlo, distraído y confuso, hizo que a Blue se le encogiera el estómago de nervios. Su madre estaba desarmada. Era la segunda vez en poco tiempo que una sesión de tarot la ponía en aprietos.

—¿Uno a uno? —murmuró Persephone a modo de sugerencia.

—A carta única. O eso o tendrán que separarse. Esto está demasiado embarullado.

Adam y Gansey se miraron de soslayo. Ronan se toqueteó las pulseras de la muñeca.

—¿Qué quiere decir eso de carta única? —inquirió Gansey—. ¿En qué se diferencia de una sesión de tarot normal?

Como si no hubiera oído aquellas preguntas, Cala le dijo a Maura:

—No importa lo que quieran. Las cosas son así. O lo toman o lo dejan.

Maura continuaba con el dedo alzado.

—A carta única quiere decir que cada uno de vosotros sacará una sola carta de la baraja, carta que luego nosotras interpretaremos.

Gansey y Adam mantuvieron una breve conversación con los ojos. Era algo que Blue había visto hacer a su madre, Persephone y Cala, pero hasta entonces no creía que otras personas pudiesen hacer lo mismo. Extrañada, descubrió que tenía celos: ella también quería participar de algo así, de un vínculo lo bastante fuerte para trascender las palabras.

Adam asintió con la cabeza para aceptar lo que fuera que le había transmitido Gansey.

—Nos parece bien si eso os hace sentir más a gusto —dictaminó este.

Tanto Persephone como Maura estuvieron titubeando unos instantes; al parecer, no había nada que pudiera hacerlas sentir a gusto tal como estaban.

—Espera —dijo Persephone al ver que Maura colocaba sus cartas sobre la mesa—. Que baraje Blue.

No era la primera vez que le pedían a Blue que barajase las cartas. En ocasiones, en sesiones difíciles o importantes, le pedían que tocase el mazo para que los augurios salidos de los naipes fuesen más claros. Consciente de la atención que despertaba, Blue levantó las cartas de la mesa y comenzó a

barajarlas con destreza, pasándoselas de una mano a la otra.

Se le daban bien los trucos de cartas. Mientras los chicos la observaban con expresión atónita, se dijo que, si quisiera, podría ser una médium falsa de lo más convincente.

Como ninguno de los chicos se ofreció a ir primero, decidió extenderle el mazo a Adam. Este estuvo mirándola a los ojos durante unos segundos. Su gesto era decidido, resuelto y más agresivo que la noche en que se habían conocido.

Adam eligió una carta y se la tendió a Maura.

—El dos de espadas —dijo Maura.

De pronto, Blue se paró a pensar en el acento de Henrietta que tenía su madre, y le sonó rústico y vulgar. ¿Cómo sonaría el suyo?

—Estás posponiendo una decisión difícil —explicó Maura—. Tu inactividad es una forma de acción. Tienes ambiciones, pero sientes que no quieres dar aquello que te pide una persona. Supondría faltar a tus principios. Se trata de alguien cercano, creo. ¿Tu padre?

—Su hermano, más bien —matizó Persephone.

—No tengo hermanos —indicó Adam. Blue lo descubrió mirando de reojo a Gansey.

—¿Quieres plantear alguna pregunta? —dijo Maura.

Adam se lo pensó.

—¿Cuál es la decisión acertada?

Maura y Persephone debatieron un instante en voz baja.

—No hay una decisión acertada —dijo Maura—. Depende de lo que estés dispuesto a aceptar. Quizá exista una tercera opción que te vendría mejor, pero, por el momento, no puedes verla, ya que estás centrado en las otras dos. Por lo que percibo, la vía alternativa implicaría que abandonases las dos opciones que tienes y que te embarcaras en una opción propia. Diría que eres una persona analítica y sesuda. Dedicas mucho tiempo a someter tus emociones, pero no creo que debas seguir haciéndolo ahora.

—Gracias —contestó Adam. No era la respuesta más apropiada, pero tampoco estaba de más. A Blue le gustó su modo de ser educado. Era distinto del de Gansey. Cuando Gansey era educado, se volvía poderoso. Cuando

Adam era educado, cedía poder.

Parecía prudente dejar a Gansey el último, de modo que Blue pasó a Ronan pese al temor que este le inspiraba. Aunque todavía no hubiese abierto la boca, se notaba que tenía una personalidad tóxica. En opinión de Blue, lo peor era que, de algún modo, su actitud antagónica empujaba a desear su complicidad, a ganarse su aprobación. La atraía el desafío de hacerse con el apoyo de alguien a quien, a todas luces, no le importaba nada ni nadie.

Blue tuvo que levantarse para darle la baraja a Ronan, que se encontraba junto a Cala, al lado de la puerta. Ronan y Cala tenían pinta de estar a punto de arrancarse la piel el uno al otro.

Blue formó un abanico con las cartas con la intención de que Ronan eligiese una, pero Ronan dio un paso atrás y dijo:

—No quiero carta. Primero, decidme algo que sea verdad.

—¿Cómo? —inquirió Cala, airada, adelantándose a Maura.

La voz de Ronan era puro cristal: fría y cortante.

—Todo lo que le habéis dicho a Adam valdría para cualquiera. Todo el mundo tiene dudas. Todo el mundo ha discutido con su hermano o con su padre. A mí decidme algo que tenga que ver con mi vida. No me enseñéis una carta y pretendáis engatusarme con psicoanálisis barato. Decidme algo concreto.

Blue entornó los ojos. Persephone se lamió los labios, según era su costumbre cuando la situación se volvía incierta. Molesta, Maura se revolvió en su asiento.

—Nosotras no concre…

—Tu padre murió por culpa de un secreto —interrumpió Cala—. Y tú conocías ese secreto.

Se hizo un silencio sepulcral. Persephone y Maura se quedaron mirando a Cala.

Gansey y Adam, por su parte, hicieron lo propio con Ronan. Y, finalmente, Blue se fijó en la mano de Cala.

Maura solía pedir a Cala que estuviese presente durante las sesiones de tarot, y Persephone, a veces, la necesitaba para que la ayudase a interpretar sus sueños, pero era muy raro que le pidieran usar uno de sus dones más

extraordinarios: la psicometría. Cala poseía la singular capacidad de tocar un objeto y percibir su origen, ver los lugares en los que había estado y adivinar los pensamientos de su dueño.

Cala apartó la mano, que había tenido en contacto con el tatuaje de Ronan. Este volvió unos grados la cabeza, como queriendo mirarse el cuello.

De súbito, fue como si en la estancia solo estuviesen Ronan y Cala. Él era bastante más alto que ella, pero también más joven, como un gato desgarbado, todavía por desarrollarse. Ella, en cambio, era una leona en su apogeo.

—¿Qué eres? —siseó Cala.

La sonrisa de Ronan le heló la sangre a Blue. Tras ella se abría el vacío.

—¿Ronan? —dijo Gansey con tono de preocupación.

—Os espero en el coche —sin otro comentario, Ronan salió de la casa dando tal portazo que hizo tambalear la loza de las alacenas.

Gansey clavó en Cala una mirada acusadora.

—Su padre está muerto.

—Lo sé —respondió Cala con los ojos entrecerrados.

El tono de Gansey, en principio afable y modoso, fue tornándose soez.

—No sé cómo lo has sabido, pero me parece terrible decirle una cosa así a alguien.

—Tu amigo es una víbora —gruñó Cala—. Además, ¿para qué habéis venido si no confiáis en los servicios que vais a pagar? Él pidió que concretáramos. Bueno, pues concretamos. Siento mucho que la vida no sea de color rosa.

—Cala —murmuró Maura.

—Gansey —dijo Adam al mismo tiempo. Luego, le murmuró algo al oído y volvió a enderezarse.

Gansey apretó las mandíbulas. Blue adivinó que había vuelto a recuperar la compostura. Desde luego, había en él una faceta tenebrosa que quedaba oculta bajo la sofisticación de la superficie. Blue deseó haberle prestado más atención para percibir de qué se trataba.

—Lo siento —dijo Gansey—. Ronan es brusco y, la verdad, no tenía muchas ganas de venir. No pretendíamos insinuar que no ofrecéis lo que

prometéis. ¿Podemos continuar?

Aquello le sonó muy ñoño A Blue. Demasiado formal en comparación con las maneras de sus amigos. En Gansey había algo turbador que la afectaba en las entrañas, como cuando había tenido el impulso de congraciarse con Ronan. Había en él algo que la hacía sentirse otra, hasta el punto de que la forzaba a ponerse a la defensiva. No debía caer en sus redes y ceder a lo que fuera que había velado las capacidades perceptivas de su madre y había colmado la casa hasta abrumarlas a todas.

—Está bien —dijo Maura mientras censuraba con el gesto la actitud vehemente de Cala.

Cuando fue hacia Gansey, Blue divisó su coche aparcado en la acera: una mancha de un inverosímil color naranja, de la misma tonalidad que Orla emplearía para pintarse las uñas. No era el tipo de automóvil que Blue relacionaba con un alumno de Aglionby —por allí se llevaba lo llamativo y lo nuevo, y el Camaro, aunque llamativo, era más bien viejo—, pero encajaba de algún modo con el estilo de los chicos del cuervo.

En ese momento, Blue se sintió mal, atacada por la impresión de que todo ocurría a tal velocidad que no tenía tiempo para digerirlo. Aquellos chicos eran extraños y complejos. Extraños y complejos como el diario. Sus vidas formaban una especie de telaraña en cuyo borde había caído presa Blue. Y era irrelevante que lo que la había llevado hasta allí perteneciese al pasado o al futuro. En aquella habitación, en compañía de Maura, Cala y Persephone, el tiempo parecía un círculo vicioso.

Blue se detuvo frente a Gansey. Estaba tan cerca que sintió de nuevo el olor a menta. El corazón le dio un vuelco.

Gansey observó el abanico de cartas. Visto así, atendiendo a la curva que formaban los hombros y la línea del cuello, Blue recordó bruscamente su espíritu, el del joven del que temía enamorarse. Pero el chico del cuervo que tenía delante preservaba sin esfuerzo la fe en sí mismo, ajeno a aquella sombría perspectiva.

«¿Qué va a pasarte, Gansey?», se preguntó Blue. «¿Cuándo te convertirás en esa persona?».

Gansey la miró con una arruga instalada entre las cejas.

—No sé cuál elegir. ¿Podrías hacerlo tú por mí? ¿Eso vale?

Con el rabillo del ojo, Blue distinguió que Adam fruncía el ceño.

—Si eso es lo que quieres… —dijo Persephone, situada detrás de Blue.

—Lo que cuenta es la intención que tengas —añadió Maura.

—Lo prefiero —insistió él—. Por favor.

Blue extendió las cartas sobre la mesa, y algunas de ellas resbalaron unos centímetros al posarse. Con las manos flotando sobre los naipes, se acordó de que una vez su madre le había dicho que algunas cartas se destacaban de las demás emitiendo calor o provocando hormigueos. Por supuesto, Blue no notaba nada. Aun así, se fijó en que una de ellas se había quedado un tanto separada y se decidió por aquella.

Tras darle la vuelta, se le escapó una risa nerviosa.

Se vio enfrentada a su propia cara en la sota de copas. Era como si alguien le estuviese gastando una broma, pero la única responsable de haber elegido aquel naipe era ella misma.

—Esa no sirve —afirmó Maura con una voz amortiguada y remota—. Tendrá que ser otra.

—Maura —murmuró Persephone.

Impasible, la madre de Blue hizo un gesto de énfasis con la mano.

—Otra —insistió.

—¿Qué pasa con esa? —inquirió Gansey.

—Está imbuida de la energía de Blue —explicó Maura—. No te pertenece. Lo mejor es que elijas una tú mismo.

Persephone movió los labios, pero no llegó a pronunciar palabra. Blue devolvió la carta a su lugar y volvió a barajar, esta vez sin adornarse.

Cuando le llegó el momento de escoger, Gansey prefirió desviar la mirada hacia un costado, casi como si estuviese eligiendo boletos en una tómbola. Meditabundo, rozó los bordes de los naipes con los dedos. Seleccionó una y la enseñó para que la vieran todos los presentes.

Era la sota de copas.

Gansey estudió la cara de la figura y luego miró a Blue, quien adivinó de inmediato que él también reconocía las semejanzas.

Maura se inclinó hacia delante y le quitó la carta de las manos.

—Esta tampoco sirve. Coge otra.

—¿Pero por qué? —exclamó Gansey—. ¿Qué tiene de malo esta? ¿Qué significa?

—No tiene nada de malo —respondió Maura—. Pero no es para ti.

Por primera vez en la sesión, Blue captó verdadera exasperación en la expresión de Gansey, y eso la hizo sentirse mejor. Por lo visto, sí que había algo más bajo el exterior de chico del cuervo. Sobrepasado por la situación y también algo cansado, Gansey alzó otra carta. Le dio la vuelta con gesto ampuloso y la estrelló contra la mesa.

Blue tragó saliva.

—Esa sí es tu carta —dictaminó Maura.

El naipe en cuestión contenía un jinete negro sobre un caballo blanco. Bajo la visera abierta del yelmo, se veían las cuencas oculares de una calavera. El sol se ponía por detrás, y frente a los cascos del animal yacía un cadáver.

En el exterior, un soplo de brisa silbó al colarse entre los árboles.

—«Muerte» —dijo Gansey leyendo el título de la carta. No parecía ni sorprendido ni alarmado. Había pronunciado aquella palabra como quien pronuncia «huevos» o «París».

—Fantástico, Maura —se mofó Cala cruzándose de brazos—. Ahora interpreta eso.

—Lo mejor es que no le cobremos —sugirió Persephone, hablando de Gansey como si no estuviera presente.

—Creía que en el tarot no se predecía la muerte —murmuró Adam—. Leí en alguna parte que la carta de la muerte tan solo es un símbolo.

Maura, Cala y Persephone compartieron impresiones en voz baja. Sabedora, a su pesar, de la verdad del destino de Gansey, Blue sintió náuseas. Fuera o no de Aglionby, Gansey no era más que un chico joven, con amigos que se preocupaban por él y un coche naranja. Era horrible pensar que estaría muerto al cabo de doce meses.

—En realidad —dijo Gansey—, me da igual lo que digan las cartas.

Apoyó la carta de canto sobre la mesa, para examinarla, y todas las miradas recayeron en él.

—Es decir, las cartas son muy interesantes —afirmó con frivolidad, como si estuviese hablando del sabor de un bocado apetitoso—. Y no quiero desmerecer lo que hacéis. Pero la verdad es que no he venido a conocer mi futuro. Prefiero descubrirlo por mí mismo.

Mientras hablaba, miró de reojo a Cala advirtiendo que, con ella, corría el riesgo de caer en lo que había caído Ronan.

—Para ser sincero, si he venido es porque quería haceros una pregunta sobre energías —admitió—. Sé que conocéis esas cosas. Estoy buscando una línea ley que, según creo, se encuentra en la zona de Henrietta. ¿Sabéis algo?

«¡El diario!».

—¿Una línea ley? —titubeó Maura—. Puede ser. No sé si la llamaría de ese modo.

¿Qué es?

Blue estaba pasmada. Siempre había confiado en la sinceridad y la honradez de su madre, que consideraba excepcionales.

—Son líneas de energía que atraviesan el globo —contó Gansey—. Se supone que unen lugares de especial relevancia espiritual. Adam pensó que las conoceríais porque os dedicáis a la energía.

Era evidente que se estaba refiriendo al camino de los muertos, en la iglesia, pero Maura optó por no darle ninguna información al respecto. Apretó los labios y miró a Persephone y Cala.

—¿Os suena eso de algo?

Persephone extendió un dedo y anunció:

—Me he olvidado de la tarta —y abandonó la habitación.

—Tengo que pensarlo —dijo Cala—. Me cuesta mucho concretar.

Desdibujada y sardónica, la sonrisa de Gansey indicaba que sabía que estaban mintiendo. Se trataba de un gesto extrañamente sabio. Una vez más, Blue tuvo la sensación de que parecía mucho mayor que sus compañeros.

—Me informaré —prometió Maura—. Si me dejas tu número, te llamaré en cuanto descubra algo.

—Ah, te lo agradecería mucho —repuso Gansey con cortesía gélida—. ¿Cuánto os debo?

—Solo veinte —respondió Maura levantándose.

A Blue, aquello le pareció un sinsentido. Los cordones de los zapatos de Gansey costaban más de veinte dólares.

Gansey abrió la cartera sin dejar de mirar a Maura. Tenía muchos billetes. Podían ser de un dólar, pero Blue lo dudaba. También quedó a la vista su permiso de conducir, alojado en un bolsillo transparente. Blue no llegó a distinguir ningún detalle, pero advirtió que el nombre impreso en él era más largo que «Gansey».

—¿Veinte? —inquirió Gansey.

Cala se tapó la boca con una mano y tosió.

Gansey relajó el gesto y le dio a Maura sesenta dólares. Evidentemente, aquella cifra se aproximaba más a lo que esperaba pagar: el mundo no había perdido el juicio.

Sin embargo, quien de verdad llamó la atención de Blue fue Adam. La estaba mirando con singular fijeza, haciendo que se sintiese interrogada y culpable. No solo por el exceso de dinero, sino también por la mentira de Maura. Blue había visto al espíritu de Gansey caminar por el sendero de los muertos y conocía su nombre desde antes de la sesión. Pero lo callaba, igual que su madre. Era cómplice.

—Os acompañaré a la puerta —dijo Maura. Estaba claro que no veía el momento de que se marchasen. Por un instante, pareció que Gansey compartía su impaciencia, pero luego se quedó parado. Con un cuidado excesivo, cerró la cartera y se la guardó en el bolsillo, tras lo cual se dirigió a Maura con gesto resuelto.

—Mira, ya somos mayorcitos —le espetó.

Cala hizo una carantoña, como burlándose.

Gansey echó los hombros hacia atrás y continuó.

—Creo que nos merecemos la verdad. Al menos dime que sabes algo pero que no estás dispuesta a ayudarme, si eso es lo que pasa, pero no me mientas.

Era una intervención valiente o arrogante, o quizá no había tanta diferencia entre lo uno y lo otro como para molestarse en señalarla. En todo caso, era Maura quien tenía el turno de réplica.

—Sí —admitió—, sé algo, pero no estoy dispuesta a ayudarte.

Por segunda vez en el día, Cala estaba encantada. Blue, por su lado, se descubrió con la boca abierta y la cerró.

Gansey se limitó a efectuar un gesto de asentimiento, ni más ni menos molesto que durante la desafortunada conversación con Blue en la pizzería.

—Está bien —dijo—. Pero no hace falta que nos acompañéis. Nos vamos.

Y así, sin más, se marcharon, si bien Adam se permitió lanzarle una última mirada a Blue que esta no supo interpretar. Momentos más tarde, el motor del Camaro se puso en marcha con un rugido, y las ruedas chirriaron dando a entender el verdadero estado de ánimo de Gansey. Luego, la casa se quedó en silencio. Era un silencio hueco, como si los chicos del cuervo se hubiesen llevado todos los sonidos del vecindario.

Blue se volvió hacia su madre.

—Mamá. —Quiso añadir algo más, pero tan solo logró repetir lo mismo en voz más alta—. ¡Mamá!

—Maura —dijo Cala—, cuánta brusquedad —y agregó—: Me gusta.

Maura hizo caso omiso del comentario de Cala y se dirigió a su hija.

—No quiero que tengas ninguna relación con esa gente.

Indignada, Blue gritó:

—¿No era que no querías darle órdenes a tu hija?

—Eso era antes de Gansey —Maura levantó de la mesa la carta de la muerte y la sostuvo de tal modo que Blue pudiese ver la calavera en el interior del yelmo—. No puedo permitirlo, del mismo modo que no puedo permitir que dejes que te atropelle un coche.

Blue se debatió mentalmente entre varias respuestas antes de dar con la adecuada.

—¿Por qué? No fue a mí a quien Neeve vio en el camino de los muertos. No soy yo la que se va a morir.

—Para empezar, lo que se ve en el camino de los muertos no es una certeza, sino una posibilidad —replicó Maura—. En segundo lugar, hay otros destinos espantosos además de la muerte. ¿Qué tal si hablamos de amputaciones? De parálisis. De traumas psicológicos profundos. Hay algo que me huele muy mal en esos chicos. Si tu madre te dice que mires antes de

cruzar la calle, es porque tiene buenos motivos.

Persephone les dio su opinión desde la cocina.

—Si tú te pasaras el día parándote a mirar antes de cruzar, Maura, Blue no estaría aquí.

Maura meneó la cabeza y pasó una mano por la mesa como si estuviera limpiándola de migas.

—En el mejor de los casos, te harás amiga de un chico que va a morir.

—Ya —rezongó Cala con tono irónico—. Veo por dónde vas.

—No me psicoanalices —repuso Maura.

—Ya lo he hecho. Y me río.

Maura contrajo el gesto en una mueca de desdén extraña en ella y le preguntó a Cala:

—¿Qué viste cuando tocaste al otro, al chico del cuervo?

—Todos son chicos del cuervo —aclaró Blue.

Su madre sacudió un dedo.

—No, ese es más del cuervo que el resto.

Cala se frotó las yemas de los dedos como si quisiera borrar la sensación que le había dejado el contacto con el tatuaje de Ronan.

—Fue como caer a un extraño abismo. Nunca había visto tanta actividad en una persona. ¿Te acuerdas de la visita de aquella mujer que estaba embarazada de cuatrillizos?

Era así, pero peor.

—¿Está embarazado? —farfulló Blue.

—Está incubando —dijo Cala—. También el propio abismo está incubando. No sé cómo explicarlo mejor. Están en fase de crear.

Blue no comprendió a qué se refería con la palabra «crear». Ella misma siempre estaba creando: se servía de cosas viejas para construir cosas mejores; aprovechaba las cosas que ya existían y las transformaba en algo diferente. Era aquello lo que entendía por crear y lo que, en su opinión, entendía la mayoría de la gente.

Pero sospechaba que Cala se refería a una idea distinta. Sospechaba que se refería al auténtico significado de crear: hacer algo de la nada.

A Maura no le pasó inadvertido el ensimismamiento de su hija.

—Nunca te he pedido nada, Blue —afirmó—. Pero ahora te lo pido: mantente apartada de esos chicos.

Capítulo 16

Al día siguiente, por la noche, un sonido despertó a Gansey. Sobresaltado, buscó a tientas sus gafas. A juzgar por lo que le decía el oído, uno de sus compañeros estaba siendo devorado por una comadreja, o bien había dos gatos arrancándose los ojos. No podía precisar, pero estaba seguro de que había muerte de por medio.

Noah entró en su habitación con una cara cargada de patetismo y sufrimiento.

—Por favor, haz que pare —imploró.

El cuarto de Ronan era territorio sagrado, pero, por segunda vez en una misma semana, Gansey tuvo que entrar sin llamar a la puerta. Vio la luz encendida y a Ronan ovillado en la cama, vestido tan solo con unos calzoncillos. Hacía seis meses, Ronan se había hecho un tatuaje que ocupaba buena parte de su espalda y le subía por el cuello. En aquel claustrofóbico ambiente, los trazos de tinta parecían haberse afilado y estar dotados de una presencia mucho más real. Era un tatuaje singular, bonito aunque espeluznante, y cada vez que lo observaba, Gansey descubría un detalle nuevo. De hecho, en aquel mismo instante acababa de ver que la guadaña que asomaba entre unas flores exuberantes era, en realidad, el pico de un ave.

Una vez más, resonó aquel ruido desgarrado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Gansey cordialmente. Como siempre, Ronan tenía los cascos puestos, de modo que Gansey alargó un brazo y se los quitó. La música que salía de ellos producía un leve soniquete.

Ronan levantó la cabeza. Al hacerlo, las flores que tenía en la espalda se ocultaron entre sus omóplatos. Tenía en el regazo al pequeño cuervo, que echó la cabeza hacia atrás y entreabrió el pico.

—Creía que estaba claro lo que quiere decir que la puerta de mi habitación esté cerrada —protestó Ronan. Tenía unas pinzas en la mano.

—Y yo creía que estaba claro que las noches son para dormir.

Ronan se encogió de hombros.

—Lo serán para ti.

—Esta noche no, por lo que se ve. Con ese pterodáctilo tuyo, aquí no hay quien pegue ojo. ¿Por qué hace tanto ruido?

Por toda respuesta, Ronan metió las pinzas en la bolsa de plástico que estaba sobre la manta. Gansey prefería no saber qué era la sustancia grisácea que se quedó prendida a las pinzas. En cuanto oyó la crepitación de la bolsa, el cuervo volvió a emitir el dichoso sonido: un chillido muy agudo que se convirtió en un borboteo cuando el animal tragó lo que fuera que Ronan le estaba dando. Gansey dudó entre abandonarse a la compasión o a las arcadas.

—Esto no puede ser —valoró—. Vas a tener que hacer que se calle.

—Debe comer —arguyó Ronan. El cuervo engulló un nuevo bocado; esta vez, el sonido resultante era similar a una aspiradora sorbiendo puré de patata—. Una vez cada dos horas durante las primeras seis semanas.

—¿Y no puedes tener al bicho abajo?

Ronan le puso el pájaro a la altura de los ojos.

—Tú míralo con atención.

Gansey no llevaba bien que abusaran de su generosidad, especialmente cuando esta entraba en conflicto con su necesidad de dormir. Por lo demás, estaba claro que no iba a obligar a Ronan a sacar al cuervo de allí. Era un pajarito desprotegido y débil, y tan feo que acababa por resultar gracioso.

Desde la puerta, Noah intervino con un tono de voz lastimero.

—No quiero que esa cosa esté aquí. Me recuerda a…

Dejó la frase en el aire, como era su costumbre, y Ronan lo señaló con las pinzas.

—Oye, colega. No entres en mi cuarto.

—Callaos —exclamó Gansey—. Y tú también, pájaro.

—Sierra.

Noah se retiró, pero Gansey decidió quedarse. Durante unos minutos, se quedó mirando al cuervo zampándose aquel mejunje grisáceo mientras Ronan se deshacía en arrullos y cuidados. Aquel no era el Ronan al que Gansey había terminado por acostumbrarse, pero tampoco se parecía al que era cuando se habían conocido.

Lo que sonaba por los cascos eran gaitas irlandesas. Gansey no se

acordaba de la última vez que Ronan había escuchado música celta. La música de Niall Lynch. De pronto, también él echó de menos a aquel carismático personaje. Pero a quien más añoraba era al Ronan con quien había compartido su tiempo cuando Niall Lynch aún estaba vivo. Se le antojó que quien tenía delante con aquella criaturita entre las manos no era más que una pálida imitación.

Después de un rato, Gansey preguntó:

—Ronan, ¿qué quiso decir la médium? Ya sabes, sobre lo de tu padre.

Aunque Ronan no levantó la cabeza, Gansey vio que se le tensaban los músculos del cuello como si hubiese recaído sobre ellos un gran peso.

—Declan haría la misma pregunta.

Gansey reflexionó.

—Pero soy yo quien te la hace.

—La médium esa es una impostora.

Gansey volvió a reflexionar.

—No, creo que no.

Ronan extendió una mano hacia el reproductor de música que tenía al lado y lo puso en pausa. Al hablar, empleó un tono de voz desafinado y tosco.

—La tía se te mete en la cabeza y se dedica a revolverlo todo. Dijo lo que dijo para fastidiar.

—¿Cómo para fastidiar?

—Como me fastidia que me hagas preguntas sobre Declan —respondió Ronan. Le ofreció al cuervo una nueva porción de engrudo, pero el ave no la aceptó—. O que me obligues a pensar en cosas en las que no me apetece pensar. Esa clase de fastidio. Podría darte más ejemplos. Por cierto, ¿qué te pasa en la cara?

Gansey se frotó la barbilla con aire de arrepentimiento. Notó un vello incipiente.

Sabía que Ronan pretendía desviar su atención, pero decidió seguirle el juego.

—¿Crece o no?

—Colega, no me digas que sigues con la manía esa de la barba. Pensaba que estabas de broma. Mira, eso se llevaba hace mil años, pero ya no —lo

miró con desdén estudiado. A él sí le salía la barba si dejaba de afeitarse—. Pasa. Pareces un tiñoso.

—Da igual. Haga lo que haga, no crece. Estoy destinado a ser un imberbe para siempre.

—Si sigues soltando rollos como «imberbe», lo llevamos claro —replicó Ronan—.

Tranquilo, tío. Que no te afecte. En cuanto apriete la testosterona, ya verás qué barba te sale. Como un puñetero felpudo. Se te quedarán pegados hasta los tropezones de la sopa.

Una barba como un mundo. Oye, ¿y qué me dices del resto del cuerpo? ¿Tienes pelos?

Gansey rehusó responder. Suspirando, se apartó de la pared y señaló al cuervo.

—Me vuelvo a la cama. Intenta que el pájaro esté en silencio, Lynch. Qué menos, después de todo.

—Sí, hombre.

Gansey se retiró a su cama, pero no con intención de dormir. Estuvo buscando el diario, sin acordarse de que se lo había dejado en el Nino la noche de la pelea. Pensó en llamar a Malory, aunque no supiese muy bien qué decirle. Llevaba algo dentro que le hacía sentirse como la misma noche, hambriento, anhelante y lúgubre. Recordó las cuencas sombrías del cadavérico caballero de la carta de la muerte.

Había un insecto zumbando junto a la ventana y estrellándose con fuerza contra el cristal. Gansey pensó en el inyector de adrenalina, que estaba en la guantera del coche, demasiado lejos si llegaba a necesitarlo. Quiso creer que sería una mosca, una chinche u otra de las muchas típulas, pero cuanto más lo pensaba, más se convencía de que podía ser una abeja o una avispa.

Difícilmente.

En todo caso, abrió los ojos. Se sentó en la cama y se agachó para recoger un zapato que estaba en el suelo. Acercándose con cautela a la ventana, trató de identificar de dónde procedía el zumbido. A su lado, la sombra del telescopio sobre el suelo parecía un dragón esbelto.

A pesar de que el insecto había dejado de hacer ruido, Gansey tardó poco

en localizarlo: era una avispa que patrullaba por el marco de la ventana. Se quedó petrificado.

Observó sus paseos, interrumpidos a cada tanto por momentos de pausa. El resplandor de las farolas le marcaba la silueta de las patas, el cuerpo curvo y la diminuta e insustancial protuberancia del aguijón.

En la cabeza de Gansey surgieron de inmediato dos escenas. La primera era la real, la de la avispa, ajena a su presencia, reptando por el marco de la ventana. La otra era falsa, una posibilidad: la avispa alzando el vuelo, encontrando la piel de Gansey y clavando en ella su aguijón, mortal para un alérgico como él.

Una vez, hacía tiempo, había tenido la piel cubierta por un batallón de avispas, por culpa de las cuales había estado a punto de detenérsele el corazón definitivamente.

Se le formó un nudo en la garganta.

—¿Gansey?

La voz de Ronan le llegó desde la puerta, envuelta en un timbre extraño que le costó reconocer. No se volvió. La avispa acababa de batir las alas como para echarse a volar.

—¡Mierda, tío! —exclamó Ronan.

Sonaron tres pasos rápidos que hicieron crujir el suelo, y unos dedos tomaron el zapato que Gansey tenía en la mano. Ronan apartó a su amigo de un empujón y estrelló el zapato contra la ventana con tanta violencia que casi rompe el cristal. El cuerpo aplastado de la avispa cayó al suelo, y allí, entre las sombras, Ronan lo buscó y lo pisoteó para asegurarse.

—Mierda —masculló Ronan—. ¿Qué te pasa? ¿Eres tonto?

Gansey no supo cómo describir la sensación de ver a la muerte acechando a escasos centímetros, la sensación de saber que, en cuestión de segundos, podría haber dejado de ser un «estudiante prometedor» para convertirse en un «caso irrecuperable». Se volvió hacia Ronan, que se había tomado la molestia de recoger del suelo el cuerpo del insecto para que no lo pisara.

—¿Qué querías? —le preguntó.

—¿Cómo? —replicó Ronan.

—Habrás venido por algo.

Ronan tiró el cadáver de la avispa a la papelera que se hallaba junto a la mesa. Las bolas de papel arrugado que se acumulaban en ella hicieron que el diminuto despojo rebotase y que Ronan tuviese que tirarlo otra vez.

—Ya no me acuerdo.

Gansey se limitó a aguardar a que Ronan dijese algo más. Su amigo estuvo unos instantes ocupado con la avispa y la papelera, y cuando al fin culminó la operación, habló poniendo cuidado en que sus miradas no se cruzasen.

—¿Qué es eso de que Parrish y tú os vais?

La pregunta tomó a Gansey por sorpresa. No sabía cómo enfocar el tema sin hacer daño a Ronan. Y no podía mentirle.

—Tú dime lo que sabes. Luego, yo te diré lo que hay de cierto.

—Noah me ha contado que si te fueras, Parrish iría contigo —afirmó Ronan.

Gansey se dio cuenta de que Ronan estaba un poco celoso, y moderó su reacción.

—¿Y qué más te ha dicho Noah, si se puede saber?

Con evidente dificultad, Ronan intentó conservar la calma. Los hermanos Lynch eran así, incluso cuando hacían barbaridades: les gustaba aparentar que todo respondía a sus planes, que tenían la situación bajo control.

Ronan respondió con una pregunta.

—¿Y yo? ¿No quieres que también vaya contigo?

A Gansey se le atrancó algo en el pecho.

—Me iría con cualquiera de vosotros al fin del mundo.

El fulgor de la luna cincelaba una extraña escultura en la cara de Ronan, un retrato tosco e incompleto modelado por un artista implacable. Como era su hábito, Ronan inhaló aire por la nariz, con fuerza, y lo expulsó filtrándolo entre los dientes.

Tras una pausa, dijo:

—La otra noche. Hay algo que…

Y se interrumpió sin aclarar a qué se refería, con un punto y aparte. Era de la clase de puntos y aparte que Gansey asociaba con los secretos y la

culpabilidad, el frenazo que se daba cuando te habías decidido a confesar y te arrepentías demasiado tarde.

—¿Hay algo que qué?

Ronan murmuró unas palabras incomprensibles y sacudió la papelera.

—¿Hay algo que qué, Ronan?

—Todo el asunto de Sierra, la médium y, bueno, también Noah y… Creo que está pasando algo raro.

Gansey no fue capaz de dominar la exasperación que sentía.

—«Raro» no me vale. No entiendo a qué te refieres con «raro».

—No sé, tío. Esto es una locura. No sé qué decirte. Raro como tu voz en la grabadora —farfulló Ronan—. Raro como la hija de la médium. Todo está salido de madre, y yo ya no sé ni lo que digo. Creía que tú me creerías.

—No acabo de ver en qué te tengo que creer.

—Está empezando, tío —murmuró Ronan.

Gansey se cruzó de brazos. Divisó el ala de la avispa en la papelera. Esperó en vano a que Ronan terminara de hablar, pues lo único que oyó fue:

—Como te vuelva a pillar haciéndote el suicida con una avispa, te mato, ¿te enteras?

Sin dar oportunidad para que Gansey le contestara, Ronan se dio la vuelta y regresó a su habitación.

Con movimientos lentos, Gansey recogió el zapato del suelo. Al enderezarse, descubrió que Noah estaba a su lado, con unos ojos que se debatían entre vigilarlo a él y observar la papelera. El cuerpo sin vida de la avispa se había hundido unos centímetros, pero aún era visible.

—¿Qué? —inquirió Gansey.

Algo en la expresión intranquila de Noah le hizo acordarse de aquellas caras asustadas rodeándolo, de los avispones contra su piel y de un cielo azul como la muerte por encima. Hacía tiempo, mucho tiempo, había tenido la suerte de contar con una segunda oportunidad, y últimamente, el deber de aprovecharla se le hacía una carga cada vez más pesada.

Dirigió la vista hacia los ventanales, más allá de Noah. Pese a la hora, notó la proximidad acuciante de las montañas, como si el espacio que lo separaba de ellas fuese algo tangible. Era una sensación difícil de soportar,

tal como la que le provocaba la imagen figurada del dormido semblante de Glendower.

Ronan tenía razón. Las cosas se estaban desmadrando. Aunque no hubiese encontrado la línea ley, estaba ocurriendo algo. Algo estaba empezando a moverse.

—No lo eches a perder —dijo Noah.

Capítulo 17

Días más tarde, Blue despertó antes del amanecer.

En la habitación se agolpaban las dentadas sombras nacidas de la luz del pasillo.

Como venía sucediendo desde la accidentada sesión de tarot, no bien se evaporaba la modorra del sueño, en la mente de Blue se sucedían las imágenes de las atractivas facciones de Adam, y de Gansey hundiendo la cabeza entre los hombros. A pesar de su deseo de evitarlo, Blue repasaba una y otra vez aquellos momentos caóticos. La reacción colérica de Cala ante Ronan, la complicidad entre Adam y Gansey y el hecho de que este último no fuese solo un espíritu en el camino de los muertos. Sin embargo, no era aquello lo único que la preocupaba, ni tampoco, por mucho que le pesara, las escasas posibilidades que había de que Adam la llamase. Lo que de verdad la desasosegaba era que su madre le hubiera prohibido hacer algo.

Decidida a levantarse, Blue se desembarazó de las mantas.

Podía decirse que le tenía cariño al 300 de Fox Way y su peculiar distribución, un afecto tibio originado, más que nada, en la nostalgia. Pero no había dudas en lo que sentía por el jardín de detrás de la casa. El haya, grande y ancha, lo cubría por completo. Su hermoso ramaje, formando una especie de toldo perfectamente simétrico, se extendía desde una valla a la otra, tan denso que ni el sol de verano podía con su verdor lustroso y fresco.

Tan solo los chaparrones más fuertes alcanzaban a atravesarlo, y Blue atesoraba un gran número de recuerdos en los que se veía a sí misma bajo la lluvia, junto al tronco inmenso y liso, oyendo el murmullo que producían las gotas al caer entre las frondas. Bajo el haya, se sentía como si ella misma fuese también árbol y la lluvia le resbalase por las hojas y la corteza, suave como el contacto con la piel de otro cuerpo.

Suspirando, Blue se encaminó a la cocina. Abrió la puerta trasera y la cerró con sigilo, empujándola con ambas manos. Después del anochecer, el jardín se cerraba en sí mismo, envuelto en sombras íntimas. La valla de madera, alta y tapizada de madreselva, tapaba la luz procedente de las casas

vecinas, y la techumbre de ramas del haya ocultaba la luna. En otras circunstancias, habría esperado unos minutos a que se le acostumbraran los ojos a la penumbra, pero aquella noche no.

Aquella noche, una luz fantasmal titilaba junto al tronco del árbol. Blue se quedó en la puerta, titubeando y tratando de entender a qué se debían aquellos parpadeos que descubrían rítmicamente la superficie grisácea y tersa de la corteza. Apoyó la cabeza en el muro de la casa, que todavía conservaba el calor del día, y decidió dar un paso hacia delante. Al hacerlo, distinguió una vela situada del otro lado del árbol, alojada entre las nudosas raíces. Trémula, la llama se apagaba y se encendía, y volvía a apagarse y a encenderse.

Blue abandonó la plataforma de ladrillos agrietados que avanzaba sobre el jardín y continuó un poco más, no sin antes cerciorarse de que no había nadie espiándola desde la casa. ¿Qué estaba pasando allí? A pocos metros de la vela, las raíces del haya formaban una depresión en la que se había formado un charco de aguas negras. La luz de la llama se reflejaba en ellas como si hubiese otra vela encendida bajo su superficie.

Blue contuvo el aliento y dio un paso más.

Vestida con un jersey holgado y una falda larga estampada, Neeve se encontraba arrodillada entre la vela y el pequeño charco. Con las bellas manos en el regazo, estaba tan inmóvil como el propio árbol y tan oscura como el cielo nocturno.

Blue resopló al verla y volvió a hacerlo al distinguirle la cara, apenas visible.

—Ah —susurró—. Perdona. No sabía que estabas aquí.

Pero Neeve no contestó. Según comprobó Blue al aproximarse, tenía la mirada perdida y como deshabitada. Pero lo extraño estaba en las cejas, que de algún modo habían perdido todo rastro de expresión. Como dos líneas neutras y desnudas, parecían estar a la espera de volver a la vida.

En principio, Blue creyó que a Neeve le pasaba algo físico, que habría sufrido algún tipo de ataque o de parálisis, pero luego se acordó de la escena del cuenco, en la cocina, de hacía unos días, y dedujo que estaría practicando algún tipo de meditación.

Sin embargo, no daba la impresión de que estuviese meditando. Más bien, aquello parecía un… ritual. La madre de Blue no hacía rituales. Una vez, enfadada, le había dicho a una clienta: «No soy una bruja». Y en otra ocasión, pero esta vez con tristeza, había admitido ante Persephone: «No soy una bruja». Pero quizá Neeve sí lo fuese. Dadas las circunstancias, Blue no sabía cómo actuar.

—¿Quién está ahí? —preguntó Neeve.

Pero su voz no era la de Neeve. Venía de las profundidades, de la lejanía.

Blue sintió escalofríos. En algún rincón de la copa del árbol sonó un ululato amortiguado. Blue quiso creer que se trataba de un pájaro.

—Ven a la luz —dijo Neeve.

El agua de entre las raíces se agitó, o tal vez fuese tan solo el reflejo de la vela. A medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad, Blue advirtió que había una estrella de cinco puntas trazada alrededor del árbol. La vela estaba en uno de los vértices, y el charco, en otro. Una vela sin encender marcaba el tercero, y en el cuarto se situaba un cuenco vacío. Por unos instantes, Blue tuvo dudas, pues creyó que el dibujo estaba incompleto.

Pero después lo comprendió: la quinta punta era Neeve.

—Sé que estás ahí —dijo Neeve, con aquella voz que sonaba a tiniebla y a desolación—. Te estoy oliendo.

Blue tuvo la sensación de que tenía algo reptándole bajo la piel y subiéndole muy despacio por el cuello. Le dio tanta grima que estuvo a punto de rascarse o de darse una palmada.

Quiso regresar al interior de la casa y fingir que no había ocurrido nada, pero no quería dejar sola a Neeve, por si acaso algo la estaba…

Blue prefería no pensarlo, pero lo pensó.

No quería dejarla sola porque temía que algo la estuviera poseyendo.

—Estoy aquí —dijo Blue.

La llama de la vela se estiró de modo anormal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Neeve.

Blue se dio cuenta de que Neeve no parecía mover los labios al hablar. Era difícil mirarla a la cara en aquel estado.

—Neeve —mintió Blue.

—Ponte donde pueda verte.

Estaba claro que había un movimiento raro en el charco. El agua reflejaba colores que no se correspondían con los de la vela. Blue se estremeció.

—No creo que puedas verme, me ponga donde me ponga.

—Aaah —susurró Neeve.

—¿Quién eres? —le preguntó Blue.

La llama de la vela alcanzó una altura imposible, casi hasta partirse en dos, y se arqueó hacia Blue.

—Neeve —murmuró Neeve.

Su voz había adquirido un deje taimado, de astucia y malicia, al extremo de que Blue se sintió emboscada y tuvo el impulso de mirar hacia atrás. Sin embargo, no quería apartar los ojos de la vela, porque temía que la llama la tocara si no la vigilaba.

—¿Dónde estás? —preguntó Blue.

—En el camino de los muertos —gruñó Neeve.

En ese momento, Blue vio su propio aliento condensándose en una nube de vaho. Se le puso la carne de gallina al instante. Gracias al débil resplandor de la vela, comprobó que ocurría lo mismo con el aliento de Neeve.

Visible, el aire exhalado por Neeve se extendió sobre el charco, y allí lo detuvo una fuerza invisible brotada del agua.

Incapaz de soportarlo por más tiempo, Blue se resolvió a intervenir: volcó el cuenco de una patada, tiró la vela que estaba apagada y echó tierra en el charco.

La llama de la primera vela se extinguió.

Durante unos momentos, no hubo más que oscuridad. No se oía ni un ruido, como si el árbol y el jardín se hubiesen separado del resto de Henrietta. Pese al silencio, Blue supo que no estaba sola, y eso la aterró.

«Estoy en el interior de una burbuja», se dijo, frenética. «Estoy en una fortaleza. Me rodea un escudo de cristal. Veo lo que hay fuera, pero nada puede llegar hasta mí. Soy intocable». Maura le había enseñado aquella

letanía para protegerse de presencias esotéricas agresivas. No parecían mucho en comparación con la voz que había salido de Neeve.

Aun así, no ocurrió nada. Blue se relajó y permitió que sus ojos fueran habituándose a la falta de luz. Al cabo de un poco, divisó de nuevo a Neeve, que continuaba arrodillada junto al charco.

—Neeve —susurró Blue.

No hubo respuesta. Unos instantes más tarde, Neeve alzó la barbilla y levantó las manos.

«Por favor, Neeve. Por favor, Neeve».

Blue se dispuso a salir corriendo de allí.

Pero entonces vio que las cejas de Neeve habían recuperado la expresión y también que le temblaban las manos. Suspiró aliviada.

—¿Blue? —musitó Neeve. Volvía a ser su voz—. ¡Ah! —exclamó, comprendiendo de pronto lo ocurrido—. No irás a contárselo a tu madre, ¿verdad?

Blue la miró con incredulidad.

—¡Pues claro que voy a contárselo! ¿Qué ha sido eso? ¿Qué estabas haciendo? —el corazón aún le latía aprisa; se daba cuenta de que estaba espantada.

Neeve observó las velas y el cuenco que habían formado a su alrededor la estrella de cinco puntas.

—Estaba escrutando el futuro —respondió como si tal cosa.

Blue se enfureció.

—Escrutar el futuro es lo que hacéis a diario. ¡Esto no era lo mismo!

—Estaba en el abismo que vi el otro día. Quería entrar en contacto con alguien que pudiera decirme qué es.

—Hablabas —repuso Blue con voz involuntariamente temblorosa—. Pero la voz que te salía de la garganta no era la tuya.

—Bueno —contestó Neeve, un tanto irritada—, eso es por tu culpa. Lo intensificas todo. Si supiese que ibas a venir, habría…

Se interrumpió y, ladeando la cabeza, dedicó unos segundos a examinar la vela. Se le quedó prendida en la cara una expresión reconcentrada y ausente, que reavivó en Blue el pánico que acababa de vivir.

—¿Qué es lo que habrías hecho? —inquirió Blue. Ella también estaba un poco irritada: no le parecía muy bien que Neeve la responsabilizara de lo sucedido—. Quiero que me lo expliques todo. Dijiste que estabas en el camino de los muertos. Es una línea ley, ¿no?

—Claro —respondió Neeve—. Henrietta está en una línea ley.

Aquello implicaba que Gansey tenía razón. Y también que Blue sabía perfectamente por dónde pasaba la línea ley, dado que había visto al espíritu de Gansey andando por ella hacía unos días.

—Por eso es más fácil ser médium aquí —argumentó Neeve—. Hay mucha energía.

—¿Energía como la que tengo yo? —preguntó Blue.

Neeve trazó con la mano un garabato en el aire y cogió la vela. La colocó cabeza abajo y aplastó la mecha entre dos dedos para cerciorarse de que estaba apagada.

—Sí, energía como la tuya, el alimento de todo aquello que busca fuerzas para sobrevivir.

—¿Qué viste cuando estabas…? —Blue no logró terminar la pregunta.

—¿Escrutando el futuro? —repuso Neeve—. Que hay alguien que conoce tu nombre. Y también que hay alguien que busca lo mismo que estás buscando tú.

—¡Lo que yo estoy buscando! —exclamó Blue, consternada.

No estaba buscando nada. A no ser que Neeve se estuviera refiriendo al misterioso Glendower. Blue recordó haberse sentido conectada con los chicos del cuervo, atrapada en sus reyes durmientes y sus líneas ley. Y también se acordó de su madre diciéndole que se mantuviera alejada.

—Sí, lo sabes muy bien —le aseguró Neeve—. Ah, ahora todo está mucho más claro.

Blue pensó en la llama de la vela estirándose como con hambre y en las luces agitándose en el charco de agua. Notó frío en un rincón remoto de las entrañas.

—Todavía no me has dicho qué estaba pasando o qué había en el agua.

Neeve alzó los ojos tras recoger del suelo todas sus cosas, y le arrojó a Blue una mirada pétrea e irrompible.

—No te lo he dicho porque no tengo ni idea —confesó.

Capítulo 18

Whelk se tomó la libertad de registrar la taquilla de Gansey antes de que empezaran las clases.

De las pocas que estaban en uso, se encontraba a escasa distancia de la que había utilizado Whelk en sus días de estudiante. Cuando la abrió, Whelk se vio invadido por los recuerdos y la nostalgia, pues se reconocía a sí mismo en Gansey: él también había sido uno de los estudiantes más ricos de Aglionby, también había tenido mucho éxito tanto entre sus compañeros como entre las chicas de Henrietta, y también había elegido con total libertad a qué asignaturas asistir. Su padre jamás había tenido reparos en donar dinero por aquí y por allá ni en ayudarlo a aprobar una asignatura a cuyas clases hubiese faltado durante semanas. Whelk añoraba el coche de su padre. Los policías lo conocían bien y nunca se molestaban en pararlo.

El nuevo rey de Aglionby era Gansey, pero era un rey que no sabía cómo aprovecharse de su posición.

Respondiendo al código de honor del colegio, las taquillas carecían de cerradura, de modo que Whelk podía realizar su pesquisa sin muchas complicaciones. En el interior de la taquilla de Gansey encontró varias libretas polvorientas, con buena parte de las hojas aún en blanco. Tras tomar la precaución de dejar una nota por si Gansey llegaba demasiado temprano («Hemos retirado los contenidos de la taquilla para rociarla con insecticida»), se guareció en uno de los cuartos de baño reservados para profesores.

Sentado con las piernas cruzadas sobre las baldosas, junto al lavamanos, Whelk descubrió que Richard Gansey III estaba más obsesionado por la línea ley de lo que lo había estado él en su día. El proceso de búsqueda estaba dominado por algo que parecía… frenesí.

«¿Qué le pasa a este chaval?», se preguntó Whelk y, acto seguido, se extrañó de haberse distanciado tanto de su juventud como para considerar a Gansey nada más que eso: un chaval.

Oyó un repiqueteo de tacones en el pasillo y percibió un aroma a café

colándose por debajo de la puerta: Aglionby empezaba a desperezarse. Centró su atención en la siguiente libreta.

Esta no hablaba de la línea ley. Contenía una colección de datos históricos sobre el rey galés Owen Glendower. Convencido de que el tema no tenía interés ni estaba relacionado con la línea ley, Whelk estuvo pasando páginas hasta darse cuenta de que Gansey, en cambio, sí creía que existía una relación entre los dos asuntos. Podría no ser más que un chaval dado a las fantasías, pero sabía cómo vender una historia.

Whelk se fijó en una de las anotaciones.

Quien despierte a Glendower verá cumplido un deseo. (¿Ilimitado? ¿Sobrenatural?

Algunas fuentes hablan de reciprocidad. ¿Qué quiere decir eso?).

Mientras buscaba la línea ley, Czerny nunca se había preocupado por obtener un resultado concreto. Y, en un principio, Whelk tampoco. Si la buscaban, era por el gusto de enfrentarse al misterio. Entonces, cierto día, habían encontrado un círculo de piedras con propiedades magnéticas que parecía haberse formado por causas naturales. Situados en el centro, habían derrumbado por accidente una de las piedras. El estallido de energía resultante los había tirado al suelo y había producido una imagen borrosa semejante a la silueta de una mujer.

La línea ley era un caudal de energía tumultuosa e incontrolable para la que no había explicación, como en las leyendas.

Quien controlase la línea ley no solo se haría rico, si así lo quería. Quien controlase la línea ley se convertiría en algo que nadie en Aglionby podría imaginar.

Con todo, Czerny no reparaba en aquello. Era una persona en extremo apacible y nada ambiciosa, y tal vez fuera esa la razón por la que a Whelk le gustaba tanto estar con él.

No aspiraba a ser mejor que nadie, y le bastaba con participar en las andanzas de Whelk.

Con el paso de los años, Whelk, a veces, se contentaba pensando que Czerny no había sido más que una especie de perro faldero, pero en otras ocasiones lo recordaba más bien como un amigo leal.

No acababa de decidir si había mucha diferencia entre lo uno y lo otro.

—Glendower —dijo en voz alta para probar cómo sonaba aquel nombre, y de inmediato oyó que le respondía, hueco y metálico, el eco originado en las paredes del cuarto de baño. ¿Qué deseo pediría aquel muchacho extraño y desesperado, Gansey?

Whelk se levantó y recogió las libretas. Copiarlas le llevaría tan solo unos minutos en la sala de profesores. Si alguien hacía preguntas, diría que se lo había pedido el propio Gansey.

Glendower.

Si lo encontraba, Whelk le pediría aquello que había deseado desde el principio: controlar la línea ley.

Capítulo 19

Al día siguiente, por la tarde, Blue salió descalza del 300 de Fox Way y se sentó en la acera, bajo los árboles, que a aquella hora lucían una tonalidad entre el verde y el azul.

Neeve se había pasado toda la jornada encerrada en su habitación, y Maura les había echado las cartas a unos clientes de fuera que se habían retirado a Henrietta para escribir.

En consecuencia, Blue había dispuesto de horas y horas para meditar sobre lo ocurrido con Neeve en el jardín. Había tomado una decisión, pero necesitaba a Cala.

Cuando estaba por ceder a la impaciencia, vio llegar el autobús de Cala.

—¿Tienes complejo de bolsa de basura? —le preguntó Cala apeándose del autobús, pintado con la misma tonalidad mezcla de verde y azul que parecía omnipresente aquel día.

Cala llevaba un vestido muy recatado y, para contrastar, unas aparatosas sandalias adornadas con pedrería de imitación. Tras despedirse del conductor con un gesto lánguido, se plantó resueltamente delante de Blue.

—Necesitaba preguntarte algo —le dijo Blue.

—¿Y necesitas preguntármelo junto al contenedor de basura? Sostenme esto —Cala se descolgó del brazo una de las bolsas de plástico que llevaba y se la dio a Blue.

Cala olía a jazmín y a pimiento picante, lo que implicaba que no le había ido bien en el trabajo. Blue no sabía con certeza a qué se dedicaba, pero le constaba que su empleo tenía algo que ver con Aglionby, papeleo, hablar mal ante los alumnos y, a menudo, trabajar en fin de semana. Fuera como fuese, se daba el capricho de comer burritos cada vez que le habían ido mal las cosas.

Cala echó a andar hacia la casa con paso decidido.

Blue fue tras ella como pudo, acarreando la bolsa, que pesaba como si estuviera llena de libros o de piedras.

—La casa está llena de gente.

Tan solo le prestó atención una de las cejas de Cala.

—Siempre está llena de gente.

Les faltaban unos pocos pasos para alcanzar la puerta. En el interior, todas y cada una de las habitaciones estaban ocupadas por tías, primas y madres. Además, se oía con claridad el estruendo de la música que Persephone empleaba para trabajar en su tesis. Por lo que el único lugar con algo de privacidad era el exterior.

—No sé por qué está aquí Neeve —afirmó Blue.

Cala se detuvo. Volvió la cabeza y miró a Blue.

—Pues tranquila —repuso de un modo un tanto antipático—. A mí también me gustaría saber cuál es la causa del cambio climático, pero nadie me lo explica.

Asiendo la bolsa de Cala como si fuese un rehén, Blue insistió:

—Ya no soy una niña pequeña. Vosotras solucionáis vuestras dudas con las cartas, pero yo estoy cansada de quedarme siempre al margen.

Esta vez, las dos cejas de Cala demostraron interés.

—Muy cierto —concedió—. Me empezaba a extrañar que no te rebelaras. ¿Por qué no se lo preguntas a tu madre?

—Porque estoy enfadada con ella por decirme lo que tengo que hacer.

Cala desplazó el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

—Toma otra bolsa. ¿Qué me propones?

Blue aceptó la segunda bolsa. Era de color marrón y, a juzgar por su forma, debía de contener una caja.

—Te propongo que desembuches.

Con la mano que le había quedado libre, Cala se tocó el labio con un dedo. Llevaba tanto los labios como las uñas pintados de un azul muy oscuro, el de la tinta de calamar y las sombras más recónditas.

—Lo que pasa es que no estoy segura de que sea cierto lo que nos han contado.

Aquello conmocionó un poco a Blue. La idea de mentirle a Cala, a Maura o a Persephone se le antojaba un disparate. Aunque no conocieran la verdad, detectaban la mentira a kilómetros. No obstante, no se podía negar que había una dimensión clandestina en Neeve y las actividades esotéricas en que se embarcaba cuando se creía en la intimidad.

—En teoría, vino a buscar a alguien —informó Cala.

—A mi padre —adivinó Blue.

Cala no afirmó ni negó. Se limitó a decir:

—Pero ahora que lleva un tiempo aquí, en Henrietta, creo que se dedica a otra cosa.

Se quedaron un rato mirándose en silencio, de conspiradora a conspiradora.

—Entonces, te propongo algo —resolvió Blue, intentando sin éxito alzar una ceja para imitar a Cala—. Le echaremos un vistazo a las cosas de Neeve. Tú harás lo tuyo y yo estaré a tu lado.

Cala frunció los labios. Sus percepciones psicométricas eran a menudo imprecisas, pero si Blue estaba con ella, a buen seguro que los resultados serían mucho mejores. Desde luego, había sido un espectáculo cuando había tocado el tatuaje de Ronan. Tal vez consiguieran respuestas concretas con los enseres de Neeve.

—Toma esta otra bolsa —dijo Cala, desembarazándose del último de sus bultos.

Hecha de cuero de color rojo sangre, era la bolsa más pequeña y pesaba horrores.

Mientras Blue se las apañaba para sostener las tres bolsas, Cala se cruzó de brazos y se examinó las uñas.

—Habría que lograr que estuviese fuera de su habitación durante una hora, por lo menos —calculó Cala—. Y que Maura no se enterase de nada.

Una vez, Cala había dicho que Maura no quería animales domésticos porque le llevaba demasiado tiempo vivir de acuerdo a sus principios. Maura defendía sus creencias con ardor, y una de ellas era el derecho a la privacidad.

—¿Pero lo harás?

—Hoy me enteraré de más detalles —repuso Cala—. Como sus horarios, por ejemplo.

¿Qué es eso? —volvió la cabeza hacia un coche que se había parado al final de la acera.

Tanto ella como Blue se quedaron observando el letrero que había en la

puerta del copiloto: ¡ANDI Y LAS FLORES! La conductora estuvo dos minutos revolviendo en el asiento trasero; a continuación, echó a andar por la acera llevando un ramo de flores cómicamente diminuto.

—¡Qué difícil llegar hasta aquí! —exclamó.

Cala se mordió el labio. Sentía un desprecio absoluto y furibundo por las conversaciones triviales.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con voz hosca, como si le pareciese una falta de respeto recibir un ramo de flores.

—Son para… —la mujer trató de encontrar la tarjeta que acompañaba al envío.

—¿Orla? —sugirió Blue.

Orla siempre estaba recibiendo flores de sus admiradores, de Henrietta o de fuera. Y no solo flores. Algunos le enviaban bonos para balnearios; otros, cestas de fruta. El más afortunado le había mandado un cuadro hecho por él mismo en el que la había pintado de perfil, de modo que el espectador pudiera admirar el cuello largo y esbelto, las mejillas de proporciones clásicas, las pestañas tupidas y románticas y la gigantesca nariz, rasgo físico que para nada se contaba entre los favoritos de Orla. El cuadro había vuelto por donde había venido, y su autor había sido enviado a paseo expeditivamente.

—Blue —dijo la mujer—. Son para Blue Sargent.

En un primer momento, Blue no entendió que las flores eran para ella. La mujer tuvo que ponérselas en la mano, y Cala tuvo que recuperar una de las bolsas para evitar que todo acabara en el suelo. El ramo se componía apenas de una pizca de verde ornamental alrededor de un clavel blanco. El aroma era lo mejor.

—Cuesta más el envío que el propio ramo —juzgó Cala.

Blue palpó los tallos hasta dar con una pequeña tarjeta. En ella encontró escrito el siguiente mensaje:

Espero que no sea demasiado tarde para llamarte. Adam.

Aquello le daba sentido al ramo. Hacía juego con el desgastado jersey de Adam.

—Te has puesto colorada —observó Cala con tono de reprobación,

intentando quitarle el ramo—. Desde luego, quien te las envía se ha gastado un dineral, ¿eh?

Blue rozó el clavel con la barbilla. Era tan leve que apenas notó el contacto. Aquello no se parecía a un retrato ni a una cesta de fruta, pero Blue no podía imaginarse a Adam enviándole algo que tuviese más significado. El ramo era como él: sobrio y sereno.

—Pues a mí me gusta.

Blue tuvo que hacer esfuerzos para contener la sonrisa que amenazaba con asomar en sus labios. Lo que de verdad le apetecía era abrazarse al ramo y ponerse a bailar, pero estaba fuera de lugar tanto lo uno como lo otro.

—¿Quién es? —preguntó Cala.

—Secreto. Toma tus bolsas —Blue extendió el brazo y lo inclinó de modo que las bolsas resbalaron hasta las manos de Cala.

Risueña, Cala meneó la cabeza. Blue sospechaba que, en el fondo, era una romántica incurable.

—Cala —dijo Blue—, ¿crees que debería decirles a esos chicos dónde está el camino de los muertos?

Cala se quedó mirando a Blue unos momentos. Luego repuso:

—¿Por qué crees que tengo una respuesta para esa pregunta?

—Porque eres una persona mayor —respondió Blue—. Y se supone que tienes años de experiencia.

—Lo que yo creo —afirmó Cala— es que ya tienes una decisión tomada.

Blue dejó caer la vista. Era cierto que pasaba las noches en vela por culpa del diario de Gansey y su intención de aportarle algo nuevo al mundo. También era cierto que estaba fascinada con la idea de que, a lo mejor, era posible que existiese un rey dormido cuyo corazón, pese a los siglos transcurridos, continuara latiendo.

Sin embargo, lo más importante era haberse reconocido a sí misma en la cara de la sota de copas, la imagen de aquel chico, junto a la iglesia, con los hombros salpicados por la lluvia, y una voz diciendo: «Gansey. Eso es todo».

Sabiendo que Gansey era una persona de carne y hueso y que lo que el destino le tenía reservado era la muerte, y tras descubrir que ella misma iba a

tener que jugar un papel en todo aquello, Blue, desde luego, no estaba por la labor de quedarse sin hacer nada.

—No se lo digas a mi madre —le pidió a Cala.

Eludiendo comprometerse con una respuesta concreta, Cala gruñó y empujó la puerta. Blue se quedó en los escalones. El ramo apenas tenía peso, pero para Blue significaba un cambio.

«Hoy», pensó, «es el día en que dejaré de teorizar sobre el futuro y empezaré a vivirlo».

—Blue, si llegas a conocerlo mejor… —Cala se interrumpió. Se había parado en el vano de la puerta—. Debes protegerte. No olvides que va a morir.

Capítulo 20

Mientras el ramo viajaba al 300 de Fox Way, Adam llegó a Manufacturas Monmouth en su sufrida y algo mísera bicicleta. Ronan y Noah estaban fuera, en el aparcamiento abandonado, construyendo unas rampas de madera que servirían para no se sabía qué diabólicos propósitos.

Adam intentó por dos veces que la bicicleta se quedase de pie, apoyada en la pata de cabra, pero al final tuvo que ceder y contentarse con dejarla en el suelo. Las ruedas quedaron hundidas en los hierbajos, que se metieron entre los radios.

—¿Sabéis cuándo va a llegar Gansey? —preguntó Adam.

Ronan no le respondió. Acuclillado junto al BMW, se dedicaba a medir la anchura de las ruedas con una regla de color amarillo.

—Veinticinco centímetros, Noah.

Situado junto a una pila de tablas y planchas de contrachapado, Noah preguntó:

—¿Nada más que eso? Me parece poco.

—¿Crees que te estoy mintiendo? Veinticinco centímetros, Noah —Ronan levantó la cabeza para mirar a Adam. Se había dejado crecer un poco más la barba de tres días, probablemente para burlarse de las frustraciones de Gansey relativas al vello facial. En aquellas condiciones, su aspecto era de los que invitaban a la gente a cambiarse de acera—.

Vete a saber. ¿A qué hora dijo que vendría?

—A las tres.

Ronan se puso de pie y, junto a Adam, se quedó observando las labores de Noah, que en realidad no eran otra cosa que contemplativas. Con las dos manos alzadas y separadas unos palmos, Noah contemplaba las planchas de contrachapado con la pretensión de calcular a ojo, sin herramientas, los veinticinco centímetros.

—¿Qué pretendéis hacer con todo eso? —inquirió Adam.

Ronan le dedicó una de sus sonrisas de reptil.

—Rampa. BMW. Hasta la puñetera Luna.

Típico de él. Tenía su habitación llena de juguetes caros, pero, como cualquier niño mimado, prefería divertirse en el exterior, con un par de trozos de madera.

—Por lo que estoy viendo, no creo que llegues a la Luna —comentó Adam—. Más bien, lo que vas a conseguir es cargarte la suspensión.

—Me río de tus cálculos, listillo.

Sí, claro que se reía de sus cálculos. Ronan no necesitaba calcular nada. Tenía tal capacidad para intimidar que hasta una plancha de contrachapado se plegaría a sus órdenes.

Adam se agachó junto a la bicicleta y, una vez más, trató de desplegar la pata de cabra, que se negaba a moverse.

—¿Y a ti qué te pica? —le preguntó Ronan.

—No sé si llamar a Blue o no.

Admitirlo en voz alta conllevaba el riesgo de exponerse al escarnio de Ronan, pero Adam necesitaba airearlo.

—Le ha enviado flores —terció Noah dirigéndose a Ronan.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó Adam, con más vergüenza que curiosidad.

Noah se limitó a sonreír de manera enigmática, tras lo cual, súbitamente alegre, le dio una patada a una de las tablas.

—¿La hija de la médium? —repuso Ronan—. Menuda familia. En esa casa castran a la gente. Creo que ahorrarías tiempo si le enviaras, en lugar de flores, tus partes en una bandeja.

—Eres un bestia.

—Y tú, a veces, eres igual que Gansey —replicó Ronan.

—Tú, sin embargo, no.

Noah volvió a intervenir en la conversación con una de sus carcajadas afónicas.

Ronan escupió en el suelo.

—No se me había ocurrido pensar que esa pigmea podía hacerle gracia a nuestro amigo Adam Parrish —dijo.

Estaba de broma, claro, pero Adam no tenía ganas de aguantar a Ronan y sus payasadas. Desde el día en que se había peleado con su hermano en el Nino, Ronan había recibido varios avisos en Aglionby, en los que los

profesores le informaban de las desgracias que le esperaban si sus notas no mejoraban o, mejor dicho, si ni siquiera hacía el intento de que mejorasen. Pero Ronan, ajeno a todo, se dedicaba a construir rampas.

Había gente que envidiaba a Ronan por su dinero. Pero lo que Adam le envidiaba era el tiempo. Tener los privilegios de Ronan le permitiría ir a clase y no hacer nada más, disponer de un tesoro de horas que invertir en estudiar, hacer los deberes y descansar.

Adam no se permitiría admitirlo ante nadie, y mucho menos ante Gansey, pero estaba cansado. Estaba cansado de apañárselas con el poco tiempo que le quedaba después de trabajar, cansado de hacer malabarismos con el horario para cumplir con el colegio, dormir y participar en la búsqueda de Glendower. En el fondo, creía que sus empleos eran tiempo desperdiciado: a cinco años vista, a nadie le importaría que hubiese trabajado en una fábrica de caravanas. Lo importante sería graduarse en Aglionby con notas excelentes, o encontrar a Glendower o, al menos, permanecer con vida. Ronan, en cambio, no tenía por qué preocuparse de nada.

Adam había tomado la decisión de matricularse en Aglionby hacía dos años y, en cierto modo, consideraba que el responsable había sido Ronan. Un día, Adam había recibido de su madre una tarjeta de crédito y el encargo de ir a la tienda a hacer la compra — que no era más que un tubo de dentífrico y cuatro latas de pasta precocinada— y, llegado el momento de pagar, la cajera le había dicho que la tarjeta no disponía de fondos suficientes.

Aunque no fuera culpa suya, se había sentido humillado al verse observado por la gente que hacía cola tras él, y por tener que rascarse los bolsillos en busca de efectivo, sabiendo de antemano que carecía de él. Mientras continuaba con la pantomima, en la caja de al lado, un chico con la cabeza rapada pagaba con tarjeta y se marchaba en cuestión de segundos.

Adam se había quedado de una pieza, sobre todo por su manera de desenvolverse, despreocupada y soberana: los hombros echados hacia atrás, la barbilla alta y un ademán digno de un emperador. Mientras la cajera volvía a intentarlo con la tarjeta de su madre, como si fuera un problema del lector en lugar de un problema de fondos, Adam había visto al chico salir a la calle y meterse en un coche negro y elegante, donde lo esperaban sus

amigos, vestidos con los jerséis y las corbatas de Aglionby, y tan tranquilos, joviales y campantes como él.

Con los ojos hirviendo por el bochorno y las lágrimas contenidas, Adam había tenido que dejar en la caja las latas de pasta y el dentífrico.

Nunca había deseado tanto ser otra persona.

En retrospectiva, sabía que aquel chico no tenía por qué ser Ronan, pues, por aquellos días, este aún no tenía edad suficiente para haberse sacado el permiso de conducir.

Se trataría de cualquier otro alumno de Aglionby con una cuenta bancaria solvente y un coche caro. Aunque aquello no fuese el único motivo que le había empujado a meterse en Aglionby, había sido el catalizador: la imagen de aquel chico superficial y descuidado, pero orgulloso, y la de sí mismo, empequeñecido y ninguneado delante de los clientes de la tienda.

Aún no había llegado a alcanzar el estatus de aquel chico, pero estaba cerca.

Adam miró el reloj para hacerse una idea de cuánto se estaba retrasando Gansey.

—Déjame tu teléfono —le pidió a Ronan.

Este levantó una ceja y sacó su móvil del BMW.

Adam marcó el número de la médium. Después de un par de tonos, una voz susurró desde el otro lado de la línea:

—¿Adam?

Adam dio un respingo al oír su propio nombre.

—¿Blue?

—No. Soy Persephone —la voz se apartó del auricular—. Diez dólares, Orla. Nos los habíamos apostado, ¿verdad? No, la identidad de quien llama está oculta, ¿ves? —luego, dirigiéndose a Adam, agregó—: Perdona. Es que, cuando hay dinero de por medio, me excito demasiado. Eres el de la camiseta de Coca-Cola, ¿no?

Adam tardó unos momentos en acordarse de cómo había ido vestido el día de la sesión de tarot.

—Sí.

—Maravilloso. Voy a buscar a Blue.

Se produjo una pausa incómoda durante la cual Adam oyó voces murmurando.

Abofeteó el aire para librarse de los mosquitos. Había que volver a cortar la hierba del aparcamiento. En algunas zonas, ni siquiera se distinguía el asfalto.

—Pensaba que ya no ibas a llamar —dijo Blue.

Adam se llevó una sorpresa mayúscula al oír su voz, como si no acabara de creerse que iba a hablar con ella. Ronan lo miraba con gesto burlón.

—Te dije que te llamaría.

—Gracias por las flores. Son bonitas —tras lo cual siseó—: ¡Orla, sal de aquí!

—Parece que hay mucha gente por ahí.

—Aquí siempre somos muchas. Hay ciento cuarenta y dos personas en casa y resulta que todas quieren estar en esta habitación. ¿Qué vas a hacer hoy?

Lo preguntó de un modo espontáneo, como si fuera lo más lógico del mundo que estuvieran conversando por teléfono, como si ya fueran amigos.

Aquello le facilitó las cosas a Adam.

—Explorar. ¿Te apetece venir?

Ronan abrió mucho los ojos. Ya no importaba lo que contestara Blue: ver la cara de pasmo de Ronan hacía que la llamada valiese la pena.

—¿Y qué vas a explorar?

—Montañas. ¿Qué te parecen los helicópteros?

Se hizo un silencio.

—¿Cómo? ¿Desde un punto de vista ético?

—No, como medio de transporte.

—Son más veloces que los camellos, pero menos sostenibles. ¿Qué pasa? ¿Tu menú para hoy incluye un helicóptero?

—Pues sí. Gansey quiere ir a buscar la línea ley, y suele ser más fácil encontrarla desde el aire.

—Y como no podía ser de otro modo… el nene tiene un helicóptero.

—Gansey es así.

Se produjo un nuevo silencio. Adam adivinó que Blue se lo estaba

pensando y optó por no interrumpirla.

—Está bien —dijo Blue al fin—. Me apunto. Lo que tú y yo estamos haciendo es…

¿qué es?

—No tengo ni idea —admitió Adam.

Capítulo 21

Desobedecer a Maura era fácil.

Maura Sargent no tenía mucha experiencia en disciplinar a su hija, y esta no tenía mucha experiencia en dejarse disciplinar por su madre, de modo que Blue no encontró muchos obstáculos cuando se dispuso a salir de casa para encontrarse con Adam, que la esperaba en la acera. Ni siquiera se sentía culpable; al menos, por el momento, porque tampoco tenía práctica en eso. En realidad, lo más notable de la situación era lo esperanzada que se notaba, contra todo pronóstico. Estaba saltándose todas las instrucciones que le había dado su madre: había quedado con un chico, con un chico del cuervo. Y aquello debería aterrorizarla.

Sin embargo, costaba trabajo ver a un chico del cuervo en Adam, que la saludó con las manos metidas en los bolsillos. Olía a hierba recién cortada, y sus cardenales ya habían empezado a sanar.

—Estás guapa —dijo él, echándose a caminar a su lado.

Blue no sabía si lo decía en serio. Se había puesto unas botas de trabajo de segunda mano que había encontrado en Goodwill (y que luego había modificado con hilo de bordar y una aguja resistente) y un vestido que había hecho hacía unos meses a base de superponer trozos de tela verde, unos a rayas, otros de ganchillo y otros transparentes. El atuendo de Adam era mucho más conservador. No había duda de que parecían cualquier cosa menos una pareja.

—Gracias —respondió Blue, y después, apurándose para no perder valor, preguntó—:

¿Por qué me has llamado?

Adam continuó caminando y mirándola. No era tan tímido como cabía esperar.

—¿Por qué no iba a llamarte?

—No te lo tomes mal —contestó Blue. Notó calor en las mejillas, pero la conversación ya estaba lanzada y no podía dar marcha atrás—. Supongo que creerás que a mí me fastidia, pero no es así.

—Vale.

—Resumiendo, yo no soy guapa. No encajo en el modelo que buscan los chicos de Aglionby.

—Que buscamos. Yo también voy a Aglionby —le recordó Adam.

A diferencia del resto de chicos del cuervo, Adam no aparentaba ser de Aglionby.

—Y creo que tú eres guapa —afirmó.

Blue percibió en su voz, por primera vez aquel día, el acento cantarín característico de Henrietta, con vocales largas y consonantes suaves. Oyó un pájaro cantar en un árbol cercano, y se fijó en que las zapatillas de Adam hacían ruido al rozar el pavimento. Dedicó unos momentos a meditar sobre el punto de la conversación en que se encontraban y, no contenta con las conclusiones obtenidas, reflexionó otro poco más.

—Ya, claro —dijo luego. Se sentía igual que cuando había recibido las flores: obnubilada. Era como si las palabras de Adam hubiesen formado un nudo invisible entre ellos, y comprendía que era ella la que debía, de algún modo, rebajar la tensión—. Pero gracias, de todos modos. Yo también creo que eres guapo.

Él soltó una carcajada de nerviosismo y sorpresa.

—Tengo otra pregunta —anunció Blue—. ¿Te acuerdas de lo último que le dijo mi madre a Gansey?

A Adam se le ensombreció la expresión. Sin duda, se acordaba.

—Vale —Blue tomó aire—. Mi madre dijo que no estaba por la labor de ayudar. Pero yo digo otra cosa.

Después de que Adam la hubiese llamado, Blue había esbozado un mapa en el que explicaba cómo llegar a la iglesia a la que había ido con Neeve la víspera de San Marcos.

No eran más que unas cuantas líneas que marcaban la carretera principal, unos pocos nombres de calles y, finalmente, un rectángulo en cuyo interior se leía: IGLESIA.

Le dio a Adam un trozo de papel doblado: el mapa. Después le ofreció también el diario de Gansey, que se sacó del bolso.

Adam se detuvo. Unos pasos más allá, Blue se volvió y le vio examinar

lo que tenía en las manos. Sostenía el diario con cuidado, como si fuera algo muy importante para él, o quizá como si fuera algo importante para alguien que era importante para él. Blue anhelaba ganarse su confianza y su respeto, y por lo que le leía en el rostro, tenía poco tiempo para lograrlo.

—Gansey se lo dejó en el Nino —le explicó—. Debí habérselo devuelto cuando vinisteis, pero mi madre… En fin, ya la viste. Pero no pienses mal de ella: no es normal que se comporte así. En fin, yo no sabía qué hacer. Pero lo que quería decir es lo siguiente: quiero que me incluyáis, que me incluyáis en lo que estáis haciendo. Es decir, si hay algo sobrenatural por ahí, a mí también me gustaría verlo. Y ya está.

Adam respondió con sencillez.

—¿Por qué?

Con él, la única opción posible era la verdad desnuda, sin falsedades ni adornos.

Blue estaba convencida.

—Soy la única en mi familia que no tiene dotes de vidente. Ya oíste lo que dijo mi madre: lo que hago es facilitarles las cosas a quienes sí las tienen. Así que, si la magia existe, quiero verla. Por lo menos, una vez.

—Eres igual que Gansey —valoró Adam de un modo que, sobre todo, sugería admiración—. Tan solo busca comprobar que es real.

Inclinó el papel hacia un lado y hacia el otro. Aliviada, Blue advirtió, al verle moverse de nuevo, que la tensión se había evaporado.

—Es un mapa para llegar al camino de los… a la línea ley —explicó señalando el papel de libreta—. La iglesia está en ella.

—¿De verdad?

Blue le lanzó una mirada fulminante.

—Oye, o te fías de mí o me dejas en paz. Tú eres el que me invitó a venir. ¡A explorar, nada menos!

La expresión de Adam se deshizo en una sonrisa, tan rara en él que sus facciones casi tenían que contorsionarse para acomodarla.

—No eres muy de llevar las cosas con calma, ¿no? —se burló.

Por su modo de decir aquellas palabras, Blue notó que le había causado una buena impresión, de la misma manera que Orla causaba buena impresión

entre los hombres. Y se alegró mucho, porque no estaba haciendo otro esfuerzo que ser ella misma.

—No mucho, la verdad.

—Ya —repuso él—, pues enseguida descubrirás que yo lo hago todo con bastante calma. Si eso va contigo, nos llevaremos bien.

Resultó que Blue, ya fuera a pie o en bicicleta, pasaba junto a la casa de Gansey a diario, cada vez que iba a clase o al Nino. Mientras caminaban a lo largo de la fachada del colosal almacén, Blue divisó la hiriente pintura naranja del Camaro, que estaba estacionado en el aparcamiento, y unos metros más allá, un reluciente helicóptero de color azul oscuro.

Hasta entonces no se había creído lo del helicóptero. No estaba preparada para encontrarse un helicóptero de verdad, al natural, allí posado en el aparcamiento como si tal cosa, como si fuese un coche más que alguien hubiese aparcado.

Y allí estaba Gansey una vez más, y una vez más Blue tuvo que enfrentarse al desconcierto de reconciliar el recuerdo de verlo como espíritu con la imagen que le ofrecían los ojos, que era en aquel momento la de un chico al lado de un helicóptero.

—¡Por fin! —gritó Gansey trotando hacia ellos. Llevaba los mismos zapatos ridículos con los que se había presentado a la sesión de tarot, pero esta vez los acompañaba con unos pantalones cortos con bolsillos laterales y un polo amarillo que le daba aspecto de estar listo para atender cualquier emergencia, especialmente si la emergencia tenía lugar en un club náutico. Tenía en la mano un bote de zumo de manzana ecológico.

Señaló a Blue con el zumo.

—¿Te vienes?

Tal como le había ocurrido durante la sesión de tarot, Blue se sintió intimidada por su presencia; se sintió minúscula y torpe. Procurando ocultar el acento de Henrietta, le contestó:

—¿En tu helicóptero particular, quieres decir?

Gansey se colgó del hombro una mochila de cuero. Lucía una sonrisa grácil y acogedora, como si hubiera olvidado que la madre de Blue le había negado su ayuda y lo había echado de mala manera.

—Lo dices como si estuviera mal.

El motor del helicóptero se encendió. Adam le mostró el diario a Gansey, que se quedó estupefacto. Mientras trataba de recomponerse y retomar su actitud habitual de chico del cuervo, Blue volvió a comprobar que mucho de lo que había en él no era más que pose.

—¿Dónde estaba? —gritó Gansey.

Y había que gritar. Los rotores del helicóptero hacían un ruido ensordecedor. Blue notó que el aire le golpeaba los oídos.

Adam señaló a Blue.

—Gracias —aulló Gansey.

Blue se daba cuenta de que era una respuesta automática. Gansey recurría a su poderosa cortesía cada vez que las circunstancias lo sorprendían. Por otra parte, se veía que miraba a Adam para adivinar cómo tratarla. Adam, por su parte, hizo un fugaz gesto de asentimiento, y la fachada de Gansey se resquebrajó un poco más. Blue no sabía si llegaría a librarse de ella del todo cuando estaba entre amigos. Quizá debajo de todo aquello estaba el Gansey que había visto en la iglesia.

La idea le resultó reconfortante.

El ambiente era un revoltijo de corrientes de aire, y Blue temió que el vestido fuese a salir volando.

—¿La cosa esa es segura? —preguntó.

—Segurísima —recalcó Gansey—. ¡Adam, nos estamos retrasando! Blue, si vienes, ten cuidado de que no se te levante la falda.

Dicho esto, se encorvó y se encaminó hacia el helicóptero. Azotado por el aire, su polo parecía una bandera al viento.

Blue se notó un poco nerviosa. No era miedo lo que sentía. Pero no estaba psicológicamente preparada para subirse a un artefacto volante en compañía de chicos del cuervo. Pese al estruendo y el tamaño, el helicóptero no le inspiraba la confianza suficiente para arriesgar la vida y, de pronto, Adam y Gansey se le antojaban unos desconocidos. Era más cierto que nunca: estaba desobedeciendo a su madre.

—Nunca he volado —le confesó a Adam a voz en grito.

—¿Jamás? —replicó Adam.

Blue meneó la cabeza. Se aproximó a él y situó la boca a la altura de su oído. Su cabello olía a verano y a champú barato. Sintió un hormigueo bajándole desde el ombligo hasta los pies.

—Yo volé una vez —rememoró Adam. Su aliento era una caricia suave y cálida. Blue se quedó paralizada, y lo único que se le ocurrió pensar fue lo cerca que estaba de un beso.

El peligro era mayor de lo que había supuesto—. No me gustó nada.

Corrieron los segundos. Blue necesitaba decirle que no podían besarse, ni aunque fuese su amor verdadero, pero… ¿cómo? ¿Cómo decirle algo así, si ni siquiera sabía si tenía ganas de besarla?

Blue notó que la tomaba de la mano. Tenía la palma sudada. Obviamente, lo de volar no le hacía ninguna gracia.

Gansey asistía a la escena desde la puerta del helicóptero, con una sonrisa que fue desdibujándose al ver que tenían las manos entrelazadas.

—Esto es horrible —le gritó Adam. Se había puesto colorado.

—Tranquilo —le contestó Gansey.

En la carlinga del aparato había un asiento para tres ocupantes, y otro más en la parte delantera, junto al del piloto. El interior se podría haber confundido con el habitáculo de un coche grande, de no ser por los cinturones de seguridad, que se abrochaban por cinco puntos distintos y parecían sacados de un caza estelar Ala-X. Blue prefirió no imaginar qué clase de turbulencias y sacudidas hacían necesario que los pasajeros tuviesen que ir sujetos por tantas correas.

Ronan, el chico del cuervo que era más del cuervo que el resto, se encontraba al lado de la ventanilla. No sonrió al levantar la mirada. Adam le dio un golpe amistoso en el brazo y se sentó en el medio. Blue se acomodó en el espacio que quedaba libre y encaró la ardua tarea de ponerse el cinturón de seguridad. Mientras, Gansey se asomó y le dio una palmada en el hombro a Adam, para infundirle ánimos.

Un rato después, Gansey se encaramó a la parte delantera y ocupó el asiento del copiloto. Según Blue pudo ver, lucía una sonrisa efusiva e impaciente y estaba emocionado con la excursión. La máscara cortés con la que se protegía había desaparecido por completo. Estaba feliz, y Blue, por el

solo hecho de encontrarse también en el helicóptero, compartió en secreto su excitación.

Adam se inclinó hacia ella como si fuera a decirle algo, pero luego se limitó a sacudir la cabeza y sonreír, como si Gansey fuese un chiste demasiado difícil de entender.

Gansey se volvió hacia el piloto, quien, para sorpresa de Blue, resultó ser una chica joven, con una hermosa nariz recta, el cabello recogido en un moño perfecto y unos cascos colocados en la cabeza a modo de diadema. Parecía mucho más interesada que Gansey en la recién descubierta complicidad entre Adam y Blue.

—¿Qué pasa contigo, Dick? —le preguntó a Gansey—. ¿No nos vas a presentar?

Gansey hizo una mueca.

—Blue —dijo—, esta es Helen, mi hermana.

Capítulo 22

Gansey adoraba todo lo que tuviese que ver con volar. Disfrutaba con los aeropuertos y las muchedumbres atareadas que circulaban por ellos, y también con los aviones, sus ventanillas gruesas y redondeadas y sus bandejas plegables. La sensación de ir en un avión a punto de despegar le recordaba a la aceleración del Camaro, que lo dejaba pegado al asiento al pisar el acelerador. El aullido del helicóptero en vuelo le insuflaba optimismo. Le gustaban los interruptores, los indicadores y los mandos de la cabina, y admiraba incluso el rudimentario principio tecnológico que hacía funcionar los cinturones de seguridad. Para él, uno de los mayores placeres que había en la vida era cumplir objetivos, y el mayor placer dentro de aquel placer radicaba en hacerlo de modo eficaz. Y no había nada más eficaz que fijar un rumbo y orientar la nave hacia él.

Por otro lado, a trescientos metros de altura, el panorama que ofrecía Henrietta cortaba el aliento.

Allá abajo, el paisaje era un manto de terciopelo de un verde muy intenso, y el río lo atravesaba de parte a parte, como una franja de cristal que se extendía hasta las montañas.

A medida que pasaban los minutos, Gansey empezó a intranquilizarse. Con Blue presente, comenzaba a sospechar que lo del helicóptero era demasiado. No sabía si a Blue la ayudaría saber que el aparato era de Helen y que no tenían que pagar nada por utilizarlo.

No, probablemente no la ayudaría. Decidió que lo mejor era olvidar el asunto; al fin y al cabo, había prometido no meter la pata.

—Aquí la tenemos —anunció Helen a través del sistema de comunicación. El ruido de los rotores y el motor era tal que hacía indispensable que todos llevasen cascos para poderse entender—. La novia de Gansey.

Ronan soltó un resoplido. Apenas se oyó, pero a Gansey, que conocía bien a su amigo, no le pasó inadvertido.

—Tiene que ser muy grande para verla desde aquí arriba —comentó

Blue.

—Henrietta —aclaró Helen mirando hacia la izquierda mientras hacía virar el helicóptero—. Se van a casar, pero aún no han fijado la fecha.

—Si piensas seguir avergonzándome, te tiraré al vacío y me pondré a los mandos —le dijo Gansey.

Estaba de broma, claro. Además, no tenía licencia para pilotar sin ella. Y lo cierto era que tampoco se le daba muy bien, a pesar de los cursos que había hecho. Carecía del sentido de la orientación necesario para saber si estaba ascendiendo o descendiendo, y aquello, en el aire, solía traer problemas, especialmente con los árboles. Se consolaba pensando en el Camaro, que manejaba a las mil maravillas: aparcaba en paralelo como nadie.

—¿Le vas a regalar algo a mamá por su cumpleaños? —le preguntó Helen.

—Sí —respondió él—. Yo mismo.

—El regalo que nunca se acaba —observó Helen.

—Pienso que los hijos dependientes no tenemos que hacerles regalos a nuestros padres —repuso él—. Porque eso es lo que soy, ¿verdad?

—¿Tú, dependiente? —exclamó Helen, y soltó una carcajada. Tenía risa de personaje de dibujos animados, y nunca se sabía muy bien a quién iba dirigida—. Tú te independizaste a los cuatro años. Dejaste la guardería y te convertiste de golpe en adulto con casa propia.

Gansey hizo un gesto despectivo con la mano. Su hermana era muy dada a la exageración.

—¿Por qué no me dices qué le vas a regalar tú?

—Es una sorpresa —respondió Helen con tono altanero, accionando uno de los interruptores con una uña lacada en rosa. Aquel toque de color era la única concesión a la coquetería que había en su aspecto. Su belleza era más bien de naturaleza funcional, como la de una supercomputadora: diseño elegante pero práctico, tecnología punta por todas partes y un precio prohibitivo para la mayoría de la gente.

—Algo de vajilla de cristal, me figuro.

La madre de Gansey coleccionaba platos antiguos con el mismo fervor

obsesivo con que su hijo buscaba a Glendower. Gansey no entendía qué sentido tenía acumular vajilla que no se utilizaba como tal, pero el hecho era que la colección de su madre había merecido artículos en revistas y estaba asegurada por un valor superior al patrimonio de su padre, de manera que había que admitir que otra gente sí comprendía aquella afición.

—No necesito saber tu opinión. Además, tú no le vas a regalar nada —dijo Helen con frialdad.

—¿Pero qué he dicho?

—Lo has llamado «vajilla de cristal».

—¿Y cómo quieres que lo llame? —inquirió Gansey.

—No todos los que tiene son de cristal. El que le he encontrado tampoco lo es.

—Entonces no creo que le guste.

La expresión de Helen pasó de la frialdad a la congelación. Echando chispas por los ojos, se concentró en el GPS del helicóptero. Gansey prefería no saber cuánto tiempo había invertido su hermana en buscarle un regalo a su madre. Aborrecía ver decepción en cualquiera de las dos mujeres: echaba a perder las reuniones familiares.

Como Helen seguía callada, Gansey prefirió pensar en Blue. Aunque no acababa de identificarlo, había algo en ella que le resultaba desconcertante.

Se sacó del bolsillo una hoja de menta, se la metió en la boca y contempló las calles de Henrietta, en lenta sucesión. Vistas desde el aire, las curvas parecían menos peligrosas que cuando las encaraba al volante del Camaro. Pero, en fin, ¿de qué iba lo de Blue? Adam, que siempre sospechaba de todo el mundo, no sospechaba de ella. Pero, claro, estaba colado. Otra gran novedad.

—Adam —dijo Gansey.

Como no obtuvo respuesta, volvió la cabeza hacia atrás. Adam tenía los cascos colgados del cuello y, arrimado a Blue, le indicaba una zona del paisaje. Ella cambió de posición y, al hacerlo, Gansey le vio bajo el vestido una parte del muslo. Un poco más allá, la mano de Adam se aferraba con fuerza al asiento, un indicio más del pánico que le daba volar. No había nada demasiado íntimo en la actitud de ambos, pero, con todo, Gansey se sintió

raro, como si hubiese oído algo desagradable y no recordara más que la sensación.

—¡Adam! —gritó.

Su amigo levantó la cabeza con brusquedad y, apresurado, se colocó los cascos. El sistema de comunicación reprodujo su voz.

—¿Ya habéis acabado de hablar de los platos de vuestra madre?

—Sí. ¿Adónde podemos ir? Yo, esta vez, querría volver a la iglesia en la que hice la grabación.

Adam le dio un trozo de papel arrugado.

Tras alisarlo, Gansey halló en él un mapa hecho a mano alzada.

—¿Qué es?

—Blue.

Gansey miró a Blue con fijeza, tratando de asegurarse de que no los conducía por el camino equivocado. Ella ni pestañeó. Volviendo la vista al frente, Gansey extendió el mapa sobre el cuadro de mandos.

—Llévanos, Helen.

Helen obedeció y cambió de rumbo. La iglesia a la que los dirigía Blue debía de encontrarse a unos cuarenta minutos en coche desde Henrietta, pero el trayecto en helicóptero no duró más que un cuarto de hora. Gansey la habría pasado por alto de no ser por Blue, que lo puso sobre aviso con un murmullo. Se trataba de una ruina abandonada a la maleza. Alrededor se adivinaba un viejo muro de piedra y el rastro de un segundo muro, este completamente derruido.

—¿Es esto?

—Es todo lo que queda.

Algo chasqueó en el interior de Gansey.

—¿Qué has dicho? —inquirió.

—Que es una ruina, pero…

—No —dijo Gansey—. Me refiero a las palabras precisas. Por favor.

Blue miró de reojo a Adam, que se encogió de hombros.

—No sé qué he dicho exactamente. Algo como… que es todo lo que queda.

«Es todo».

«¿Eso es todo?».

Era aquello lo que lo había tenido en guardia. Sabía que había oído la voz de Blue en otra parte. Que conocía su acento, su cadencia.

Era la voz que había quedado registrada en la grabación.

«Gansey». «¿Eso es todo?». «Sí, es todo».

—Te digo que el combustible no es infinito —le espetó Helen; no parecía ser la primera vez que se lo decía—. ¿Ahora qué hacemos?

«¿Cómo interpreto esto?». Una vez más, Gansey notó el peso de la responsabilidad, del asombro, de algo que escapaba a su entendimiento. Su impaciencia iba en aumento, pero también su temor.

—Blue, ¿por dónde pasa la línea? —preguntó Adam.

Con dos dedos apoyados en la ventanilla como si estuviera tomando medidas, Blue contestó:

—Por ahí. Hacia las montañas. ¿Ves esos dos robles de allá? La línea va desde la iglesia hasta ellos.

¿Qué significaba que fuese Blue la que había hablado con él la víspera de San Marcos?

—¿Estás segura? —cuestionó Helen, exigente, con su voz de supercomputadora—.

Solo nos queda hora y media de combustible.

Blue se indignó un poco.

—No lo diría si no estuviera segura.

Con una leve sonrisa, Helen condujo el helicóptero hacia donde se le pedía.

—Blue.

Era la voz de Ronan, que al fin había abierto la boca, y todos, incluida Helen, volvieron la cabeza para mirarlo. Gansey reconoció en él una expresión que le hizo temer lo peor.

—Tú ya conocías a Gansey, ¿no es cierto? —le dijo a Blue.

Gansey recordó a Ronan apoyado en Pig, escuchando la grabación una y otra vez.

Objeto de todas las miradas, Blue se puso a la defensiva.

—Solo por el nombre —reconoció, renuente.

Entrelazando los dedos de ambas manos, Ronan apoyó los codos en las piernas de Adam para aproximarse a Blue. Era increíble la capacidad que tenía para intimidar.

—¿Y cómo es posible que conocieras el nombre de Gansey? —inquirió.

A Blue se le enrojecieron las orejas, pero se mostró imperturbable.

—Para empezar —dijo—, apártate de mí.

—¿Y si no me da la gana?

—Ronan —mascullló Gansey.

Ronan se incorporó y apoyó la espalda en su asiento.

—A mí también me gustaría saberlo —reconoció Gansey. Tenía una sensación de ingravidez en el pecho, justo en el corazón.

Bajando la vista, Blue se toqueteó las distintas telas del vestido.

—Vale —musitó después de un rato. Enfadada, señaló a Ronan—. Pero esas no son maneras de dirigirse a alguien. Como vuelvas a hacerlo, prepárate. En fin… Gansey, te diré por qué sabía tu nombre a cambio de que tú me expliques qué es ese dibujo que tienes en el diario.

—¿Qué es esto? ¿Ahora vamos a negociar con terroristas? —ironizó Ronan.

—Oye, yo no soy una terrorista —protestó Blue—. Más bien, todo lo contrario. Yo soy la que tiene algo que os interesa, pero vosotros os estáis portando como unos imbéciles.

—No todos —observó Adam.

—Yo no me estoy portando como un imbécil —terció Gansey. Le incomodaba bastante la posibilidad de no caerle bien a Blue—. A ver, ¿qué es lo que quieres saber?

Blue alargó una mano.

—Si me das el diario, te enseñaré a qué me refiero.

Gansey obedeció. Blue rebuscó entre las páginas y, cuando dio con lo que buscaba, colocó el diario de modo que Gansey pudiera verlo. La hoja en cuestión contenía varios datos sobre un artefacto que había encontrado en Pennsylvania, además de una serie de dibujos.

—Creo que es un hombre persiguiendo un coche —dijo Gansey.

—Eso no. Esto —Blue le indicó con un dedo una zona de la hoja en

particular.

—Son líneas ley. —Extendió una mano para recuperar el diario. Por un extraño instante, tuvo la lucidez de advertir la extrema atención que Blue prestaba a todos y cada uno de sus gestos. Vio que no perdía detalle de cómo se le curvaba la mano derecha para adaptarse a la forma del diario y cómo, con la izquierda, aplicaba la presión justa para que las páginas se quedasen en la posición deseada. Hacía mucho tiempo que se conocían, el diario y él, y quería que Blue lo supiera.

«Este soy yo. El yo auténtico».

Sin embargo, prefirió no analizar demasiado la naturaleza de aquel impulso. Optó por examinar el diario. Dio con la página que buscaba en cuestión de segundos: un mapa de Estados Unidos plagado de líneas curvas.

Siguió con un dedo la trayectoria de una línea que atravesaba las ciudades de Nueva York y Washington; luego, la de otra que se extendía entre Boston y San Luis, y finalmente, la de una tercera que cruzaba Virginia y Kentucky y continuaba hacia el oeste.

Como siempre, aquello lo reconfortó y le hizo pensar en entretenimientos infantiles como descubrir tesoros o hacer dibujos.

—Estas son las tres líneas principales —explicó—. Las importantes.

—¿Importantes para qué?

—¿Cuánto has leído del diario?

—Pues… Un poco. Mucho. Casi todo.

Gansey continuó.

—Las importantes en lo que tiene que ver con Glendower. La línea que pasa por Virginia es la que conecta nuestro país con R.U. Es decir, Reino Unido.

—Gracias, pero no hace falta que me expliques qué es R.U. —repuso Blue con manifiesta exasperación—. La enseñanza pública no está tan mal.

Gansey no tenía que esforzarse mucho para ofender. Le salía espontáneamente.

—Supongo que no —concedió—. En las otras dos líneas se han registrado bastantes avistamientos de… bueno, fenómenos paranormales: poltergeists, hombres polilla y perros negros espectrales.

No tenía que andarse con comedimientos: Blue parecía tomárselo en serio.

—Mi madre dibujó lo mismo —contó—. Dibujó esas líneas. Y también Nee, otra de las mujeres que viven en casa. No saben lo que es, pero dicen que tiene importancia. Por eso quería enterarme.

—¿Y qué más? —le preguntó Ronan.

—Pues… vi el espíritu de Gansey —confesó—. Era la primera vez que veía un espíritu, porque yo no veo esas cosas. Le pregunté cómo se llamaba, y me respondió. Dijo: «Gansey.

Eso es todo». Para ser sincera, esa es, en parte, la razón de que haya venido con vosotros.

Gansey se quedó bastante satisfecho con la explicación —al fin y al cabo, Blue era la hija de una médium, y su voz se asemejaba mucho a la de la grabación—, pero la encontró parcial.

—¿Dónde lo viste? —quiso saber Ronan.

—A cielo abierto, con una de mis medio tías.

—¿Solo es tía a medias? ¿Qué le pasa en la otra mitad? —bromeó Ronan.

—Por favor, Ronan —terció Adam—. Ya basta.

Siguieron unos momentos de tensión, aumentada si cabe por el estrépito que producía el helicóptero. Gansey adivinó que estaban esperando a oír su veredicto. ¿Le parecían creíbles las respuestas de Blue? ¿Debían hacerle caso e ir adonde les decía?

¿Confiaba en ella?

La voz de la grabación era la suya. Era innegable, y Gansey sintió que no tenía alternativa. De no estar Helen presente, habría dicho: «Tienes razón, Ronan. Está empezando, está empezando algo». Y también: «Dime lo que piensas de ella, Adam.

Explícame por qué confías en ella. No dejes que vuelva a ser yo el que toma las decisiones.

No sé si tengo razón».

—Me gustaría que, de ahora en adelante, nos tratemos bien los unos a los otros —se contentó con decir—. Basta de juegos y bromas. Y no lo digo solo por Blue. Lo digo por todos.

—Yo trato bien a todo el mundo —afirmó Ronan.

—¡Lo que hay que oír! —exclamó Adam—. ¡Qué cara!

—Por mí, vale —dijo Blue.

Gansey se temía que ninguno estaba siendo del todo sincero, pero al menos los había puesto al corriente de lo que quería. A veces, con eso le bastaba.

Durante un rato, Adam, Blue y Gansey no hicieron más que mirar por las ventanillas. Debajo de ellos, todo era verde, verde y más verde; todo pintoresco y de juguete, como en una miniatura hecha a base de trozos de moqueta y árboles de algodón.

—¿Qué buscamos? —preguntó Helen.

—Lo de siempre —respondió Gansey.

—¿Qué es lo de siempre? —dijo Blue.

Con frecuencia, lo de siempre resultaban ser hectáreas y hectáreas de terreno baldío.

Aun así, Gansey armó una respuesta.

—A veces, las líneas ley tienen marcas visibles desde el aire. En Reino Unido, por ejemplo, hay líneas que se distinguen por figuras de caballos realizadas en laderas de colinas.

Hacía un tiempo, había ido con Malory en una pequeña avioneta a ver el caballo de Uffington, una representación equina de unos noventa metros de longitud labrada en roca sedimentaria. Como todo lo relacionado con las líneas ley, el caballo era cualquier cosa menos… corriente. Elegante y estilizada, su silueta resultaba sobrecogedora para quien la contemplaba, y más que representar un caballo, lo sugería.

—Háblale de Nazca —sugirió Adam.

—Ah, Nazca —murmuró Gansey.

Blue desconocía una porción considerable de la información que Gansey acumulaba, pues el diario tenía lagunas, y además, a diferencia de Ronan, Adam y Noah, no había participado en el último año de la investigación. Ante la perspectiva de compartir su experiencia con ella, a Gansey le costó contener la excitación. Le parecía que aquellas cosas ganaban en credibilidad cuando se las exponía a alguien.

—En Perú hay cientos de líneas marcadas en el suelo que forman figuras de aves, monos, personas y seres imaginarios. Tienen miles de años de antigüedad, pero solo se ven desde el aire. Desde un avión o un helicóptero. Son demasiado grandes para verlas desde el suelo. Cuando estás junto a ellas, lo único que ves es una serie de simples senderos.

—Has estado allí —dedujo Blue.

Cuando Gansey había visitado las extrañas y descomunales líneas de Nazca, había comprendido que jamás se daría por vencido en la búsqueda de Glendower.

La primera sorpresa se la había llevado con las dimensiones: las figuras ocupaban cientos y cientos de metros cuadrados de desierto. Después se había admirado de la precisión, de una perfección matemática y una simetría perfecta.

Pero lo que más huella había dejado en él era el impacto emocional, aquella comezón misteriosa e indeleble que nunca lo abandonaba y que se traducía en una resolución firme: no estaba dispuesto a dejar el mundo sin saber si las líneas tenían significado.

Aquel era el único capítulo de la búsqueda de Glendower que la gente no lograba entender.

—Gansey —dijo Adam—. ¿Qué es aquello de allí?

El helicóptero redujo la velocidad, y sus cuatro ocupantes estiraron el cuello para mirar por las ventanillas.

Se habían adentrado en las montañas, y el suelo se hallaba a escasa distancia.

Estaban rodeados por franjas ondulantes de bosque semejantes al oleaje de un océano oscuro. Y entre laderas y hondonadas, había un prado verde en cuya inclinada superficie se distinguían débilmente varias líneas entrecruzadas.

—¿Veis lo que estoy viendo? —exclamó Gansey—. Helen, para. ¡Para!

—¿Te crees que esto es una bicicleta? —protestó Helen, quien, no obstante, hizo que el helicóptero se quedase detenido en el aire.

—Mirad —dijo Adam—. Eso de ahí es un ala. Y allí hay un pico. ¿Será un pájaro?

—No —respondió Adam con voz monocorde—. No es solo un pájaro. Es un cuervo.

Poco a poco, y cada vez con mayor claridad, Gansey vio emerger de entre la hierba la forma a la que se referían: un pájaro, sí, con el cuello vuelto hacia atrás, la cola desplegada y las alas aplastadas como las páginas de un libro. Unos trazos toscos indicaban las garras.

Ronan tenía razón. Pese a que el dibujo fuese muy simple, no cabía duda de que la curvatura de la cabeza, el perfil arqueado del pico y la acumulación de plumas del cuello pertenecían a un cuervo.

A Gansey se le puso la piel de gallina.

—Aterriza —le ordenó a su hermana de inmediato.

—No puedo aterrizar en propiedad privada —respondió Helen.

Gansey miró a su hermana con ojos suplicantes. Tenía que apuntar las coordenadas que marcaba el GPS. Tenía que tomar fotografías para su archivo. Tenía que hacer bosquejos para el diario. Y, sobre todo, tenía que tocar el pájaro para convencerse de que estaba allí y era de verdad.

—Helen, dos segundos.

Su hermana lo miró con gesto astuto y condescendiente, algo que hacía tan solo unos pocos años, cuando Gansey era más joven e irritable, habría provocado una discusión.

—Si el dueño descubre el helicóptero y me denuncia, me arriesgaría a quedarme sin el permiso.

—Dos segundos. Fíjate. No hay nadie en kilómetros a la redonda. Ni un alma.

Helen no se arredró ante aquel argumento.

—Debo estar de vuelta en casa dentro de dos horas.

—Dos segundos.

Dándose por vencida, alzó las cejas, se arrellanó en el asiento y, meneando la cabeza, puso las manos en los controles del helicóptero.

—Dos segundos —previno con tono ominoso—. Si tardáis un pelo más, os quedáis aquí.

El aparato tomó tierra a unos metros del corazón del insólito cuervo.

Capítulo 23

En cuanto el helicóptero se posó, Gansey saltó de la cabina y echó a andar por entre la hierba como si él fuera el amo, con Ronan haciendo de escolta. Desde el interior del aparato, Blue le vio sacarse el teléfono del bolsillo y le oyó pronunciar el nombre de Noah y cantar las coordenadas que señalaba el GPS. Estaba lleno de fuerza y energía, como un rey en su castillo.

Blue, por otra parte, se tomó las cosas con más calma. Por diversas razones, el vuelo le había dejado las piernas hechas gelatina. No estaba segura de haber acertado al omitirle a Gansey parte de lo ocurrido la víspera de San Marcos, y temía que Ronan intentara hablar con ella de nuevo.

Aun así, supo apreciar el aroma que flotaba en medio del prado: a hierba y árboles, y también, aunque en la lejanía, a agua en abundancia. Blue pensó que sería bastante feliz viviendo allí. Situado a su lado, Adam se protegió los ojos del sol colocándose una mano a modo de visera. Él también parecía encontrarse como en casa. El marrón descolorido de su cabello se fundía con el de los bordes de la hierba seca, y estaba más guapo que nunca.

Blue revivió lo que había sentido cuando la había tomado de la mano y concluyó que tenía muchas ganas de repetirlo.

—Desde aquí apenas se ve nada —observó Adam con cierta sorpresa. Y tenía razón.

Por algún efecto de la perspectiva, Blue tampoco distinguía ya el cuervo, a pesar de haberlo visto desde el aire—. Pero, en fin, lo de volar me sigue horrorizando. Siento lo de Ronan.

—Pues a mí no me ha parecido tan mal el vuelo —comentó Blue. En realidad, exceptuando lo sucedido con Ronan, le había gustado la sensación de flotar en aquella ruidosa burbuja que podía desplazarse por el cielo en todas direcciones—. Me esperaba algo peor. El truco está en dejarse llevar, ¿no crees? Luego, ya es más agradable. En cuanto a Ronan…

—Es un pit-bull —dijo Adam.

—Pues yo conozco a algún pit-bull bastante más simpático.

Uno de los perros que Blue paseaba cada semana era un pit-bull blanco

con manchas negras que se caracterizaba por su encantadora sonrisa canina.

—Él es de los pit-bull que salen en la sección de sucesos. Gansey está intentando reeducarlo.

—Qué bondadoso.

—Sí. Se siente mejor consigo mismo haciendo esa clase de cosas.

Blue no lo dudaba.

—A veces es bastante paternalista.

Adam se miró los pies.

—No lo pretende. Pero le puede toda la sangre azul que le corre por las venas.

Estaba por decir algo más cuando lo interrumpió un alarido.

—¿ME OYES, GLENDOWER? ¡HE VENIDO A ENCONTRARTE!

Era la voz de Gansey, entusiasta y vibrante, resonando por las lomas que cercaban el prado. Adam y Blue lo encontraron con los brazos extendidos y la cabeza echada hacia atrás, en lo que parecía un sendero. En la boca de Adam se dibujó una carcajada que no llegó a brotar.

Gansey los recibió con una sonrisa irresistible, de las que salían en los folletos que las universidades empleaban para captar nuevos alumnos.

—Conchas de ostra —dijo, agachándose para recoger uno de los fragmentos que componían el sendero. La concha era de un blanco inmaculado y tenía los bordes desgastados—. El cuervo está hecho con conchas de ostra. Igual que se hacía antes en los caminos de las zonas costeras. Conchas de ostra directamente sobre la roca desnuda. ¿Qué decís, eh?

—Yo digo que son muchas conchas de ostra para venir desde el mar —juzgó Adam—.

Y también pienso que Glendower también debió de venir del mar.

Gansey señaló a Adam y dio a entender con un gesto que opinaba lo mismo que él.

Blue puso los brazos en jarras.

—Si no he entendido mal, creéis que alguien en Gales cargó el cuerpo de Glendower en un barco, lo trajo navegando hasta Virginia y lo subió hasta las montañas. Vale, ¿por qué?

—Energía —respondió Gansey. Metió una mano en su mochila y extrajo una diminuta caja de color negro parecida a una batería de coche en miniatura.

—¿Qué es eso? —inquirió Blue—. Seguro que es caro.

Gansey accionó varios interruptores en el costado del artilugio.

—Es un medidor de frecuencias electromagnéticas —explicó—. Registra niveles de energía. Hay gente que lo utiliza para buscar fantasmas. Se supone que marca valores altos si estás al lado de un espíritu. Pero también si hay una fuente de energía en las proximidades. Una línea ley, por ejemplo.

Blue frunció el ceño. Una cajita capaz de medir la magia le parecía un insulto, tanto para quien la tenía como para la propia magia.

—Y como no podía ser de otro modo, tienes un cacharro electromagnífico. Porque, claro, es la típica cosa que tiene todo el mundo.

Gansey levantó el artilugio en el aire como si estuviese llamando a los extraterrestres.

—No es nada que se salga de lo normal.

Blue adivinó que, en realidad, Gansey pensaba de sí mismo que se salía de lo normal y pretendía que ella le siguiese el juego. Optó por lo contrario.

—Seguro que no. Especialmente, en ciertos círculos.

—Me gustaría pertenecer a esos círculos —respondió Gansey, un tanto dolido, concentrándose en dos pilotos rojos que se habían encendido en el medidor—. Pero, como he dicho, energía. A las líneas ley también se las llama caminos…

—Caminos de los muertos —interrumpió Blue—. Lo sé.

—Pues ilústrame —repuso él, satisfecho y magnánimo como si Blue fuese una alumna aventajada—. Seguro que conoces el tema mejor que yo.

Hablaba con el ampuloso e insigne acento de Virginia, que hacía que Blue se sintiese torpe cada vez que tenía que abrir la boca.

—Lo que sé es que los muertos viajan en línea recta —dijo Blue—. Que, en el pasado, los cadáveres se llevaban al funeral por un camino en concreto: lo que tú llamas línea ley.

Se creía que traía muy mala suerte no llevarlos por donde iban los espíritus.

—Bien —resolvió Gansey—. De manera que sería lógico pensar que la línea fortalece o protege los cadáveres. El alma. El… ánima. El noúmeno.

—Gansey, de verdad —intervino Adam, para alivio de Blue—. ¿Cómo pretendes que alguien entienda lo que significa noúmeno?

—La esencia, Adam; lo irreductible que hace que una persona sea lo que es. Si apartasen a Glendower del camino de los muertos, la magia que lo mantiene dormido quedaría interrumpida.

—Es decir —convino Blue—, que se moriría del todo si no estuviera en la línea.

—Exacto —contestó Gansey. Los pilotos del medidor incrementaron la frecuencia de sus parpadeos, señalando el pico del cuervo y la hilera de árboles en que se hallaba Ronan.

Blue levantó los brazos para no rozarse las manos con la maleza, que en algunos lugares le llegaba por la cintura.

—¿Y por qué no dejarlo en Gales? —preguntó Blue—. ¿No era allí donde querían que se despertase y los salvase?

—Hubo un levantamiento, y él traicionó a la corona inglesa —explicó Gansey. Por su modo de iniciar la historia sin titubeos, mientras caminaba por la hierba y atendía al medidor, Blue supo que había hablado de aquello en multitud de ocasiones—. Glendower estuvo en guerra con los ingleses durante años, y fue una pugna cruenta, entre familias de la nobleza con intereses enfrentados. La resistencia galesa fracasó. Y Glendower desapareció.

Si los ingleses lo hubiesen encontrado, vivo o muerto, no le habrían dado, ni mucho menos, el trato que habrían deseado los galeses. ¿Te imaginas lo que es que te arrastre un caballo, que te cuelguen en la horca y que te descuarticen?

—¿Es tan desagradable como hablar con Ronan? —ironizó Blue.

Gansey miró de reojo a Ronan, que era una pequeña silueta medio oculta entre los árboles. Adam contuvo una risotada.

—Depende de si está sobrio —respondió Gansey.

—Hablando de Ronan, ¿qué está haciendo? —inquirió Adam.

—Pis, me temo.

—Nadie como Lynch para mancillar un paraíso como este nada más llegar.

—No mancilla nada. Está marcando territorio.

—Pues como siga así, va a tener más tierras en Virginia que tu padre.

—La verdad, ahora que lo pienso, no creo que haya utilizado un cuarto de baño en su vida.

La conversación, con aquello de llamarse por el apellido y comentar las preferencias de Ronan en cuanto a dónde hacer sus necesidades, se había vuelto demasiado masculina y grosera para el gusto de Blue; demasiado Aglionby. Decidió intervenir y reconducir el tema hacia Glendower.

—¿Y de verdad crees que se tomarían tantas molestias para ocultar su cuerpo?

—Ned Kelly —contestó Gansey.

Blue no entendió qué quería decir con aquello y se sintió un poco tonta. Quizá la educación pública no era tan de fiar.

—Gansey —exclamó Adam mirando a Blue de soslayo—, como no lo expliques, nadie va a enterarse de nada. A ver, ¿cuánta gente crees tú que conoce a Ned Kelly?

—Bueno, bueno —murmuró Gansey con inocencia, encajando la crítica de su amigo.

Sus aires de superioridad no parecían ser tales, después de todo—. Ned Kelly fue un bandolero australiano. Cuando lo apresaron, los británicos hicieron cosas horribles con su cuerpo. Creo que el jefe de policía utilizó su cabeza como pisapapeles durante un tiempo.

¡Así que piensa en lo que le harían a Glendower! Si creían en su resurrección, su cadáver debía permanecer intacto.

—¿Pero por qué traerlo hasta las montañas? —insistió Blue—. ¿Por qué no dejarlo en la costa?

Aquello le recordó algo a Gansey, quien, en lugar de contestarle, se dirigió a Adam.

—Llamé a Malory para ver si sabía algo del ritual. Dice que no cree que se pueda llevar a cabo en cualquier punto de la línea ley. Supone que hay que hacerlo en el núcleo, donde se concentre la energía. Y a mí me parece que

Glendower también podría estar en ese lugar.

Adam miró a Blue.

—¿Y qué nos dices de tus poderes?

La pregunta la cogió desprevenida.

—¿Cómo?

—En teoría, haces que los videntes perciban los fenómenos con mayor claridad — afirmó Adam—. ¿Eso no está relacionado con las energías?

De algún modo, Blue se alegró de que se acordara, pero también de que le respondiera en su lugar a Gansey, que estaba a la expectativa, ahuyentando los mosquitos que amenazaban con metérsele en los ojos.

—Sí —dijo—. Aumento el poder de aquello que necesita energía. Soy como una pila con patas.

—Eres la mesa del Starbucks en la que todo el mundo quiere sentarse — bromeó Gansey, echándose a caminar.

Blue pestañeó.

—¿Qué?

Gansey volvió la cabeza para contestar.

—La que está al lado del enchufe —situó el medidor junto al tronco del árbol y se quedó mirándolo con gran atención.

Adam sacudió la cabeza.

—Lo que quiero decir —recalcó mirando a Gansey— es que Blue podría convertir cualquier punto de la línea en un lugar apto para hacer el ritual. Espera un momento. ¿Nos vamos a meter en el bosque? ¿Y Helen?

—Todavía no han pasado los dos segundos —mintió Gansey—. Me interesa esa idea de las energías. Oye, Blue, exceptuando el caso de conversaciones sobre prostitución, ¿llegas a quedarte sin pila?

Blue hizo oídos sordos y se ahorró el tener que dar una respuesta. Se acordó de que su madre había dicho que no había por qué tenerles miedo a los muertos, y que Neeve parecía no opinar lo mismo. Fuera como fuese, estaba convencida de que la guardia de la iglesia le había dejado algún tipo de secuela cuyas consecuencias aún no se habían revelado.

—Vaya, esto sí que es interesante —exclamó Gansey. Se había quedado parado con las piernas abiertas y la mirada fija en el medidor, que había

orientado hacia abajo. Entre sus pies burbujeaba una especie de regato que, procedente de algún depósito subterráneo, encharcaba la hierba.

—Helen —repitió Adam con tono admonitorio. Ronan se reunió con ellos en aquel momento, y tanto Adam como él se quedaron mirando hacia el helicóptero.

—Digo que esto es interesante —insistió Gansey.

—Y yo digo «Helen».

—Estamos al lado.

—Se va a enfadar.

Blue advirtió que la expresión de Gansey se había ensombrecido y adivinó que aquello haría que Adam se diese por vencido.

—Luego no digas que no te he avisado —dijo Adam.

El regato fluía con lentitud colándose entre dos cerezos silvestres. Con Gansey abriendo camino, remontaron el curso del agua hacia el interior del bosque. En cuestión de segundos, la temperatura cayó varios grados, y el zumbido de insectos que se oía en el prado dejó paso al silencio y al canto ocasional de algún pájaro. Era un bosque hermoso y antiguo, con robles y fresnos de grandes dimensiones cuyas raíces sorteaban las lajas de piedra que cubrían el suelo. Salían helechos de entre las rocas, y había musgo reverdeciendo la corteza de los troncos. El propio aire olía a verdor, a fertilidad y a frescor de agua. La luz se ponía dorada al filtrarse a través de las hojas. Todo rezumaba vida.

Blue suspiró.

—Esto es precioso.

Se lo había dicho a Adam, no a Gansey, pero este le lanzó una mirada fugaz. Junto a él, Ronan guardaba un curioso silencio, y su gesto transmitía desconfianza.

—¿Qué buscamos? —preguntó Adam.

Semejante a un perro de caza, Gansey continuó avanzando, guiado por las indicaciones del medidor. El regato era cada vez más ancho y circulaba ahora sobre un lecho de guijarros, lascas y, curiosamente, algunas conchas de ostra.

—Lo que buscamos siempre.

—Helen te va a matar —pronosticó Adam.

—Si se pusiera muy nerviosa, me enviaría un sms —respondió Gansey sacándose el móvil del bolsillo—. Vaya… No hay señal.

Dado que se encontraban entre montañas, no era extraño que no hubiese cobertura, pero Gansey frenó en seco. Los demás lo imitaron y le observaron toquetear la pantalla del teléfono. Los pilotos del medidor habían dejado de parpadear y daban una luz roja constante.

—¿Alguno tiene reloj? —preguntó Gansey con un tono de voz un poco raro.

Para Blue, los fines de semana no solían ser días en los que importara saber la hora, de modo que no llevaba el suyo. Ronan, por su parte, tan solo tenía pulseras en la muñeca.

Fue Adam el que levantó la mano. Llevaba un reloj barato con la correa sucia.

—Yo —dijo—, pero creo que no funciona.

Sin mediar palabra, Gansey les mostró la pantalla del móvil. Había puesto en marcha la aplicación del reloj, y Blue tardó unos segundos en comprender que las manecillas no se movían. Durante un largo instante, los cuatro se quedaron como embobados ante aquella imagen congelada. El único segundero en marcha que Blue percibió fue el de su propio corazón.

—Será… —balbuceó Adam—, ¿será porque la línea ley afecta a las baterías?

Ronan habló con voz cortante.

—Tu reloj es automático, Adam.

—Sí —dijo Gansey—. Y además, tanto el teléfono como el medidor siguen funcionando. Lo que ocurre es que el tiempo se ha… ¿Es posible que…?

No fue necesario que dijera nada más. Todos estaban pensando lo mismo.

—Quiero seguir —anunció Gansey—. Solo un poco más.

Aguardó unos segundos para ver cómo reaccionaban. Como no hubo comentarios, volvió a ponerse en marcha trepando a un peñasco, y Ronan fue tras él. Adam, sin embargo, miró a Blue con expresión inquisitiva, como si estuviera preguntándole cómo estaba.

Estaba bien, sí, pero no mejor que antes de montarse en el helicóptero. No la asustaban las luces del medidor ni que a Adam se le hubiese parado el reloj, pero aquel día no se había levantado de la cama con idea de encontrar un lugar en el que hubiese dejado de regir el tiempo.

Alargó una mano.

Adam se la tomó sin dudarlo, como si hubiese estado esperando aquel gesto.

—Me va a dar un ataque al corazón —murmuró, de modo que solo lo oyera ella.

Sorprendentemente, lo que a Blue le extrañó no fue que los dedos de ambos quedaran entrelazados, sino el contacto de sus muñecas.

«Tengo que decirle que no podemos besarnos», pensó.

Pero todavía no. Por lo pronto, lo único que deseaba era sentir la piel de Adam pegada a la suya y el ritmo acelerado e incierto de su pulso.

Emprendieron la marcha de la mano, siguiendo los pasos de Gansey. El tamaño de los árboles iba en aumento, y algunos de ellos formaban torres y murallas de castillos almenados. Meciéndose, sus ramajes alcanzaban una altura majestuosa. Todo era muy verde. Por delante se oía un murmullo de agua.

Por un momento, Blue creyó oír música.

—¿Noah? —exclamó Gansey con voz intranquila.

Se detuvo junto a un haya y miró alrededor. Al llegar a su altura, Blue vio abrirse la ribera de una laguna de montaña de la que partía el regato que habían seguido. El agua tenía muy poca profundidad y era muy cristalina. Su transparencia era tal que daban ganas de hundir las manos en ella.

—Creo que he oído… —la voz de Gansey se apagó antes de terminar la frase. Su mirada recayó en las manos unidas de Adam y Blue. Nuevamente, su gesto fue de sorpresa.

Blue notó que Adam contraía los dedos sin pretenderlo.

Entre los dos chicos se produjo una de aquellas conversaciones mudas, pero Blue no creyó que ninguno supiera entender lo que el otro le quería decir.

Gansey se volvió hacia la laguna. Tenía en la mano el medidor, que había

dejado de emitir luz. Tras agacharse, colocó la mano que tenía libre sobre el agua. Extendió los dedos cuanto pudo, a tan solo milímetros de la superficie. Bajo su mano, el agua se revolvió y se oscureció, y Blue advirtió que el efecto se debía a un millar de peces diminutos. Al nadar, lanzaban destellos plateados y oscuros, y no abandonaban los límites de la sombra que proyectaba la mano de Gansey.

—¿Cómo es que hay peces? —preguntó Adam.

El regato no llevaba agua suficiente para permitir el paso de peces, y la laguna parecía alimentarse de la lluvia que escurría de las montañas. Y los peces no podían haber caído del cielo.

—No lo sé —contestó Gansey.

Sometidos a un movimiento perpetuo, los misteriosos peces chocaban y se empujaban entre sí. De nuevo, Blue tuvo la impresión de estar oyendo música, pero viendo que Adam no reaccionaba, supuso que la habría engañado el sonido de su respiración.

Gansey los miró; por su gesto, se notaba que estaba disfrutando con aquel lugar. Se distinguía en sus facciones algo distinto, que no tenía que ver con la satisfacción de haber encontrado la línea ley ni con el gusto de gastar bromas. Blue reconoció en ellas la extraña felicidad que procedía de amar algo sin saber por qué, una felicidad tan grande que incluso se confundía con la tristeza. Era lo que ella misma sentía al ver las estrellas.

Y así, de pronto, lo encontró más próximo que nunca al Gansey que había visto en la iglesia, y comprobó que no podía seguir mirándolo.

Soltó la mano de Adam y se acercó al haya bajo la que se encontraba Gansey. Con paso cauteloso, pasó por entre las raíces del árbol y posó una mano en el tronco, envuelto en una corteza suave y gris. Como le sucedía con el haya del jardín de su casa, el tacto fresco de aquella corteza le dio nuevos ánimos.

—Adam.

Era la voz de Ronan, y Blue oyó sus pasos circular hacia la orilla de la laguna y, después, un rumor de ramas cada vez más débil a medida que Ronan iba alejándose.

—Creo que estos peces no son de verdad —murmuró Gansey.

Blue se dio la vuelta para mirarlo, sobresaltada por lo absurdo del comentario.

Examinando el agua, Gansey inclinaba la mano hacia un lado y hacia el otro.

—Creo que están aquí porque quise que estuvieran aquí —dijo.

—Vale, lo que tú digas —contestó Blue, sarcástica.

Gansey volvió a balancear la mano, y Blue distinguió un nuevo destello de los peces.

—Cuando estábamos en la sesión de tarot —rememoró Gansey con voz titubeante—, ¿qué fue lo que dijo esa mujer, la de la melena? ¿No dijo algo así como que la clave está en la percepción…? Bueno, no en la percepción: en la intención, ¿verdad?

—Persephone. Pero hablaba de las cartas —matizó Blue—. En el tarot, debes abrirte a que alguien se te meta en la mente para descubrir lo que guardas en el pasado y en el futuro.

Pero eso no funciona con peces. ¿Cómo van a tener intención los peces?

—¿De qué color eran, justo cuando llegamos? —inquirió Gansey.

Oscuros y plateados, o eso habría dicho Blue, quien se daba cuenta de que Gansey ansiaba reconocer los signos de un fenómeno mágico inexplicable. Sin embargo, no estaba dispuesta a dejarse convencer tan fácilmente. El ángulo de la luz podía hacer que el marrón y el azul pasasen por el plateado y el negro. Aun así, Blue se colocó al lado de Gansey y, como él, se agachó junto a la orilla. Vio que, bajo la sombra de su mano, los peces eran una masa oscura e indistinta.

—Yo los estaba observando mientras me preguntaba cómo habían llegado hasta aquí, y entonces me he acordado de un tipo de trucha que vive en los arroyos más pequeños — explicó Gansey—. Creo que se llama trucha de manantial. Imaginaba que serían de esa especie, que alguien las estaría criando aquí o en otra charca de más arriba. Eso pensaba. La trucha de manantial tiene el lomo plateado y el vientre de color rojo.

—Ya —masculló Blue.

Gansey permanecía inmóvil, con la mano detenida sobre el agua.

—Bueno, pues cuando llegamos no había ningún pez de color rojo, ¿a que

no?

Como la respuesta de Blue no llegaba, la miró a los ojos. Ella meneó la cabeza. No, no había peces rojos.

Gansey retiró la mano.

Los peces huyeron en busca de refugio, pero Blue vio que todos ellos tenían una coloración plateada y roja.

No de un tono rojo apagado, sino rojo como el atardecer, rojo como la sangre. Un rojo inconfundible.

—No lo comprendo —confesó Blue. Aparte del desconcierto, la inquietaba una idea desdibujada que no acababa de saber cómo explicarse: se sentía como si hubiese caído dentro de un sueño que estaba siendo soñado por el lugar en el que se hallaban, o quizá como en un sueño que ella misma estuviese soñando.

—Yo tampoco.

Al oír una voz a su izquierda, ambos volvieron la cabeza a la vez.

—¿Quién ha hablado? ¿Adam? —preguntó Blue, atenazada por la impresión de que todo se había vuelto ambiguo y equívoco.

Oyeron la voz de Adam una segunda vez, con mayor claridad. Estaba con Ronan en el otro lado de la laguna. Tras ellos se levantaba un roble en cuyo tronco había una oquedad del tamaño de una persona. Enfrente, el agua componía la imagen reflejada de Adam y el árbol, pero con un curioso matiz de frialdad y distancia.

Adam se frotó los brazos como si tuviera frío. Junto a él, Ronan volvió la cabeza para mirar algo que Blue no pudo divisar.

—Venid —dijo Adam—. Poneos aquí. Y decidme que no me estoy volviendo loco —se le notaba mucho el acento, y Blue comprendió que debía de estar demasiado agitado para molestarse en disimularlo.

Blue se asomó a la oquedad del tronco. Era como el agujero de cualquier otro árbol: húmedo, oscuro y de paredes ásperas. Los hongos de la madera se ocupaban de ensancharlo aún más, hasta el punto de que casi ocupaba todo el ancho del tronco. Era un milagro que el árbol siguiese vivo y en pie.

—¿Estás bien? —le preguntó Gansey a Adam.

—Cierra los ojos —le ordenó su amigo, cruzado de brazos y agarrándose

los bíceps.

Respiraba con dificultad, de un modo que llevó a Blue a pensar en lo que se sentía después de una pesadilla, en aquel despertar con el corazón en un puño, los pulmones contraídos y las piernas exhaustas tras una huida que solo había tenido lugar en la imaginación—.

Primero colócate aquí, y después los cierras.

—¿Te has metido ahí? —le preguntó Gansey.

Adam meneó la cabeza.

—Lo ha descubierto él —dijo.

—Yo no pienso entrar ahí —terció Ronan con firmeza. Tal como lo había dicho, sonaba a resolución y no a cobardía, como cuando había rehusado coger una carta en la sesión de tarot.

—A mí no me importa —anunció Blue—. Dejad que lo haga yo.

Por muy extraordinario que fuera todo aquello, estaba segura de que no le iba a dar miedo introducirse en el agujero. Una vez en el interior, se dio la vuelta para mirar lo que había fuera. Le olió a humedad y a aire viciado. Hacía calor, como si el árbol tuviera la savia tibia, pero Blue intuyó que se debía al proceso de putrefacción de la madera.

Frente al tronco, Adam continuaba rodeándose el pecho con los brazos.

«¿Qué se cree que me va a pasar aquí dentro?», se preguntó Blue.

Cerró los ojos. Acto seguido, percibió el aroma de la lluvia, pero no de una lluvia que estuviese por caer, sino de un chaparrón pleno y violento, de un viento huracanado soplando a través de innumerables gotas de agua. Luego, notó que algo le tocaba la cara.

Al abrir los ojos descubrió que estaba, a la vez, dentro y fuera de su cuerpo, y que la cavidad del árbol había desaparecido. Se vio a sí misma a unos centímetros del chico del jersey de Aglionby, que estaba levemente encorvado y tenía manchas oscuras de lluvia en los hombros. Él era el que le había rozado la mejilla. Lo había hecho con el dorso de los dedos.

Se veía a sí misma sollozar. Debido a un insólito fenómeno, era capaz de sentir las lágrimas. La invadía la misma emoción enfermiza y opresiva que la había asaltado en la iglesia, un dolor tan grande que trascendía los límites de su sensibilidad. Su doble lloraba interminablemente. Las lágrimas iban

sucediéndose una a una, siguiendo siempre la misma trayectoria a través de las mejillas.

El chico del jersey de Agliony apoyó la frente en la de la imagen, y Blue percibió el tacto de su piel y un fuerte aroma a menta.

«No pasa nada», le dijo Gansey a su doble. Su voz denotaba temor. «No pasa nada».

Por incomprensible que fuese, Blue comprendió que su imagen estaba llorando porque amaba a Gansey. Supo que Gansey le había dado aquella caricia con los dedos porque era consciente de que moriría si la besaba. Y sintió las ganas irrefrenables que aquella proyección de sí misma tenía de besarlo, pese al pánico que aquello le provocaba.

Sin entender por qué, el recuerdo inmediato de haberse metido en el agujero del árbol se mezcló con otras vivencias de labios a punto de tocarse, con vivencias que la otra Blue ya había experimentado.

«Está bien. Estoy preparado…». A Gansey se le quebró la voz un tanto. «Bésame, Blue».

Turbada, Blue abrió los ojos y volvió a ver la oscuridad de las paredes internas del tronco y a captar el olor húmedo y podrido de la madera. Tenía las entrañas retorcidas por el dolor y el deseo que había sentido durante la visión. Muy mareada y avergonzada, salió del tronco y no se atrevió a dirigirle la mirada a Gansey.

—¿Y…? —preguntó Gansey.

—Yo… no sé qué decir —musitó Blue.

Había sido muy real. ¿Se trataría del futuro? ¿De un futuro alternativo, quizá? ¿O había sido tan solo una ensoñación? No le cabía en la cabeza enamorarse precisamente de Gansey, pero en la visión le había parecido no solo posible, sino también inevitable.

Mientras Gansey se introducía en el hueco, Adam la asió por el brazo y tiró de ella.

Lo hizo sin contemplaciones, pero Blue no creyó que su brusquedad fuese deliberada. Con todo, se sobresaltó, sobre todo cuando él le frotó la cara con el dorso de la mano. Había llorado de verdad.

—Quiero que sepas —le susurró Adam con furia— que yo nunca haría

eso. No era real.

Yo jamás le haría eso a él.

Adam le apretó el brazo con más fuerza y comenzó a temblar. Blue parpadeó.

Necesitó unos segundos para advertir que Adam había visto algo muy diferente a lo que había visto ella.

Sin embargo, si le preguntaba qué había visto, tendría también que darle su versión.

Entretanto, Ronan los estudiaba desde cierta distancia con gesto descarnado, como si supiese lo que había sucedido en el árbol.

Ya en el interior de la oquedad, Gansey dejó caer la cabeza y juntó las manos como si estuviera rezando. Era la viva imagen de una estatua de iglesia y se desprendía de él un aire de antigüedad, reforzado por las sombras que le borraban el color de la cara y por las ramas del árbol cerniéndose desde arriba. Se trataba de Gansey, pero también de algo más, algo que Blue había percibido en él durante la sesión de tarot: una otredad, un más allá que parecía emanar de aquel Gansey petrificado en su hornacina de madera.

Adam tenía la cara orientada hacia un lado, y Blue, al fin, supo identificar su expresión: era de vergüenza. Estaba convencido de que Gansey vería lo mismo que él, y no podía soportarlo.

Gansey abrió los ojos.

—¿Qué has visto? —le preguntó Blue.

Él echó la cabeza hacia atrás con lentitud, como si estuviera desperezándose.

—A Glendower —dijo.

Capítulo 24

Tal como Adam había pronosticado, dos segundos no bastaban para explorar la figura del cuervo, remontar el curso del regato por el bosque, observar los peces cambiando de color, descubrir un árbol que causaba alucinaciones y deshacer el camino hasta el helicóptero.

Según el reloj de Gansey, habían tardado siete minutos.

Helen estaba furiosa. Cuando Gansey le dijo que siete minutos eran un récord y que, en realidad, deberían haber sido cuarenta, se armó tal trifulca que Ronan, Adam y Blue tuvieron que quitarse los cascos para que los chillidos de los dos hermanos no los dejasen sordos. Eso, claro, les había privado del privilegio de conversar. Y fue mejor así, ya que en aquellos momentos parecían sobrar las palabras.

—Es imposible —dijo Blue cuando el helicóptero se hubo alejado del aparcamiento—.

No puedo creer que no pasara el tiempo mientras estábamos en el bosque.

—No es imposible —repuso Gansey caminando hacia el edificio de Manufacturas Monmouth. Abrió la puerta, metió la cabeza en el hueco de la escalera y gritó—: ¡Noah!

¿Estás en casa?

—Estoy de acuerdo —afirmó Adam—. Hay teorías que dicen que, en el cauce de una línea ley, el tiempo se vuelve irregular.

Era un fenómeno que se observaba con frecuencia; sobre todo, en Escocia. Según antiguas leyendas escocesas, existía el peligro de que los viajeros cayeran en trampas urdidas por las pixies, un tipo de hadas. La víctima echaba a andar por un sendero y, de pronto, sin motivo alguno que lo explicara, descubría que se había perdido: se hallaba a metros o kilómetros del lugar de partida, en un lugar al que no recordaba haber ido, y habían transcurrido minutos o incluso horas. Como si se hubiese metido por una grieta del espacio-tiempo.

En realidad, eran la energía de la línea ley y sus triquiñuelas.

—¿Y lo del árbol? —preguntó Blue—. ¿Era una alucinación? ¿Un sueño?

«Glendower. Era Glendower. Glendower, Glendower».

Gansey no dejaba de verlo. Estaba excitado, estaba atemorizado, estaba las dos cosas a un tiempo.

—No lo sé —dijo. Se sacó de un bolsillo las llaves del coche y apartó de un golpe la mano de Ronan, que pretendía arrebatárselas. Iban a tener que pasar muchas cosas antes de que Ronan tuviese su permiso para conducir el Camaro. No olvidaba lo que su amigo le había hecho a su propio coche y prefería no pensar lo que pasaría con un motor bastante más potente—. Pero pretendo averiguarlo. Venga, vámonos.

—¿Irnos? ¿Adónde? —inquirió Blue.

—A la cárcel —bromeó Gansey, viendo que Adam y Ronan empujaban a Blue hacia el Camaro. Se sentía eufórico, volando alto como una cometa—. Al dentista. A algún lugar horrible.

—Yo tengo que estar en casa a las… —Blue se interrumpió—. No sé cuándo. A alguna hora razonable.

—¿Qué hora es razonable? —replicó Adam.

Ronan soltó una carcajada.

—Vale, te prometo que te devolveremos antes de que te conviertas en calabaza — ironizó Gansey, y de pronto preguntó—: ¿De verdad te llamas Blue?

Blue le dirigió una mirada indignada.

—No es que no me guste el nombre —explicó Gansey, apurado—. Pero me parece un poco… infrecuente.

—Rarito, rarito —comentó Ronan mientras se mordisqueaba las pulseras con gesto ausente.

—Sí, por desgracia, no es un nombre nada normal. A diferencia de Gansey.

Tolerante, Gansey sonrió. Frotándose la barbilla, de la que había eliminado todo rastro de barba, dedicó unos momentos a examinar a Blue con la mirada. Apenas le llegaba a Ronan a los hombros, pero tenía tanta presencia como él.

En ese momento, viendo a todo el mundo reunido al lado de Pig, Gansey percibió que las piezas al fin encajaban, como si Blue y no la línea ley fuese

el eslabón que había echado en falta durante todos aquellos años, como si fuese ella lo que había hecho que la búsqueda de Glendower al fin arrancara. Blue debía estar allí, igual que Ronan, Adam o Noah. De hecho, desde que había comprendido, en el helicóptero, que la voz de la grabación era la de ella, sentía un gran alivio.

Por supuesto, Blue estaba a tiempo de desentenderse de todo y largarse.

«No lo hará», se dijo. «Ella también se da cuenta».

—En cuanto a nombres, siempre me ha gustado Jane —dijo.

A Blue se le agrandaron los ojos.

—¿Jane? ¿Cómo? ¡No, nada de eso! No puedes ir por ahí cambiándole el nombre a la gente.

—Blue es perfecto —repuso Gansey. No creía haberla ofendido: su expresión no se parecía en nada a la que tenía en el Nino, cuando se habían conocido, y además se le estaban poniendo coloradas las orejas. Quizá estuviese avanzando en lo de no agraviarla, aunque no se viese capaz de dejar de meterse con ella—. De hecho, el azul es mi color favorito. Aun así, me sigue haciendo gracia Jane.

—Mejor me voy a callar.

—Estás en tu derecho. —Gansey abrió la puerta del copiloto del Camaro y plegó el asiento. Obediente, Adam se instaló en la parte trasera.

Blue señaló a Gansey con un dedo.

—Sí, me voy a callar —insistió.

Pero se metió en el coche. Tras ir al BMW por su reproductor de MP3, Ronan se instaló en el asiento del copiloto y, una vez allí, estuvo manipulando a golpes la radio de Pig, que no funcionaba bien, hasta conseguir que saliera por los altavoces una música electrónica tan repelente como atronadora. Gansey rodeó el coche y abrió la puerta del lado del conductor. Pensó que debía intervenir para que Ronan se pusiese a estudiar antes de que lo echaran de Aglionby. Pero no quiso hacer nada al respecto en aquel momento. Llamó a Noah por última vez y se sentó al volante.

—Tus gustos musicales tienden a lo perverso —le espetó a Ronan.

—¿Siempre apesta así a gasolina? —gritó Blue desde el asiento trasero.

—¡Solo al encender el motor! —respondió Gansey.

—¿Y es seguro?

—Segurísimo.

—¿Adónde vamos? —gritó Adam.

—A tomar un helado. Además, Blue va a contarnos cómo supo dónde está la línea ley —dijo Gansey—. Haremos planes, decidiremos cuál es el paso siguiente y extraeremos del cerebro de Blue todos los conocimientos relativos a energía. Adam, tú vas a contarme todo lo que recuerdas sobre líneas ley y tiempo, y tú, Ronan, volverás a explicarme lo que has averiguado sobre líneas de bajo y tiempos musicales. Antes de que acabe el día, quiero que reunamos toda la información necesaria para cerciorarnos de que no nos metemos en la boca del lobo.

Pero no fue eso lo que pasó. Lo que pasó fue que llegaron al Harry, dejaron aparcado el Camaro entre un Lexus y un Audi, Gansey se hinchó a pedir helados de todos los sabores imaginables para todo el mundo, Ronan convenció al camarero de subir el volumen de la música al máximo, Blue se rio por primera vez con una broma de Gansey, y todo fueron carcajadas y alegría y sentirse los reyes de Henrietta, porque habían encontrado la línea ley y porque estaba empezando, por fin estaba empezando.

Capítulo 25

En los tres días siguientes, Gansey, animado como nunca, encargó a sus amigos varias tareas relacionadas con la búsqueda de Glendower y, para sorpresa de Adam, Blue se las arregló para participar en todas ellas. Aunque no lo mencionara, estaba claro que Blue mantenía el asunto en secreto, ya que nunca los llamaba por teléfono ni quedaba con ellos en las cercanías del 300 de Fox Way. A pesar de que no contasen con un calendario planificado ni con capacidad para predecir el futuro, todos debían obedecer en gran medida los horarios fijados por las clases, con lo que se las apañaban para llegar puntuales a sus citas de exploración.

En cualquier caso, explorar no incluyó una segunda visita al extraño bosque. En lugar de eso, se pasaron horas en el ayuntamiento, tratando de averiguar a quién pertenecía la tierra marcada por la figura del cuervo. O estudiando microfilmes en la biblioteca de Henrietta para determinar si el bosque tenía algún nombre. O conversando sobre la historia de Glendower. O trazando la línea ley en el mapa a propósito de deducir su anchura. O merodeando por los campos, mirando debajo de las rocas o haciendo círculos de piedras para medir la energía que se producía en ellas.

También comieron grandes cantidades de comida basura, procedente de pequeños supermercados; más bien, por culpa de Blue. Después de la exitosa comilona a base de helado, Blue insistió en pagarse la comida, lo que limitaba bastante sus opciones alimentarias. Reaccionaba mal cuando cualquiera de los chicos pretendía invitarla, y aún peor si el que se ofrecía era Gansey.

En una tienda, Gansey se dispuso a pagarle una bolsa de patatas fritas, y Blue se las arrebató de las manos.

—¡No quiero que me compres comida! —protestó Blue—. Si pagas tú, sería como si yo quedase… en… en…

—¿En deuda conmigo? —sugirió Gansey, solícito.

—No creas que sabes lo que voy a decir.

—Ibas a decir eso.

—Has supuesto que era lo que iba a decir. Pero no puedes andar por ahí dedicándote a suponer.

—Vale, pero ibas a decir algo así, ¿no?

Blue frunció el ceño.

—La conversación ha terminado.

Blue pagó las patatas, y poco importó que el precio supusiese un esfuerzo para ella y una minucia para Gansey. Adam se enorgulleció.

También había decidido unirse al grupo Noah, lo cual alegraba a Adam, ya que Noah y Blue hacían buenas migas. Noah era un buen barómetro para juzgar el carácter de la gente. Era tan tímido, torpe e insulso que cualquiera podía olvidarse de él o tomarle el pelo.

Sin embargo, Blue no solo se portaba bien con él, sino que además parecía disfrutar con su compañía. Por alguna razón, aquello constituía un alivio para Adam, quien se sentía bastante responsable de la inclusión de Blue en el grupo. No estaba acostumbrado a tomar decisiones sin antes dejarse aconsejar por Gansey, Ronan o Noah, y dudaba de su criterio cuando actuaba por su cuenta.

Los días transcurrían veloces mientras los cinco se atareaban por aquí y por allá, haciendo de todo excepto regresar a la laguna y el árbol. Gansey no dejaba de repetir:

«Necesitamos más información».

Adam le confesó a Blue que creía que Gansey estaba asustado.

Él, desde luego, sí lo estaba. La visión que había tenido en el árbol no le abandonaba ni un momento. Gansey muerto, o muriéndose, por su culpa. Blue mirándolo, pasmada. Ronan, con cara de sufrimiento, arrodillado junto a Gansey mascullando: «¿Por fin estás contento, Adam? ¿Era esto lo que querías?».

¿Había sido un sueño? ¿Una profecía?

Gansey le había dicho que no lo sabía.

Históricamente, pronunciar aquella frase había sido el modo más eficaz de perder el respeto de Adam. El único modo de subvertir el efecto de admitir que no se sabía algo consistía en añadir de inmediato las palabras «pero lo voy a averiguar». Adam no daba mucho tiempo para esas

averiguaciones; no más del que se daba a sí mismo. Pero Gansey nunca le había fallado. Descubrirían la naturaleza de la visión. Aunque, claro, aquella vez Adam no estaba demasiado convencido de querer conocer la verdad.

Al término de la segunda semana, los chicos se habían acostumbrado a esperar por Blue al acabar las clases para luego emprender la misión que les hubiese encomendado Gansey. A pesar de ser primavera, hacía un día frío, húmedo y gris que hacía pensar, más bien, en el otoño.

Mientras aguardaban, Ronan decidió que había llegado la hora de que Adam aprendiese a manejar el cambio de marchas. Durante unos minutos, la cosa fue bien, pues la palanca de cambios del BMW funcionaba con mucha suavidad, las instrucciones de Ronan eran breves y eficaces, y Adam lo captaba todo al vuelo y no se tomaba a mal las críticas y las correcciones.

Desde una distancia prudencial, Gansey y Noah observaban a Adam dar vueltas cada vez más veloces por el aparcamiento. De vez en cuando, alcanzaban a oírse sus voces de ánimo desde el habitáculo del BMW.

Después ocurrió lo que estaba escrito que debía ocurrir: a Adam se le caló el coche.

Y se le caló a lo grande, con toda clase de ruidos metálicos y espasmos de las ruedas.

Acomodado en el asiento del copiloto, Ronan empezó a largar una retahíla de insultos dirigidos a Adam. Fue una letanía interminable compuesta de malas palabras que iban enlazándose una tras otra. Estoico y con la cabeza hundida, Adam reflexionó que había algo musical en el modo de soltar tacos de Ronan, una precisión cuidada y amorosa en su manera de hilvanar todas y cada una de las partículas malsonantes y construir con ellas una especie de tenebroso poema blasfemo. Desde luego, era mucho peor cuando no decía palabrotas.

—Por los clavos de…, Adam —concluyó Ronan—, haz el favor de tener más cuidado.

Esto no es el Honda Civic del 71 que tiene tu madre.

Adam alzó la vista y contestó:

—El Civic no se empezó a fabricar hasta el 73.

Ronan enseñó los colmillos y preparó las garras, dispuesto a iniciar una

carnicería, pero se detuvo al oír la voz de Gansey.

—¡Jane! Menos mal que llegas. Ronan está introduciendo a Adam en el arte de la transmisión manual.

Con el pelo revuelto por la brisa, Blue introdujo la cabeza en el coche por la ventanilla del lado del conductor. Con ella, llegó al habitáculo un olor a flores silvestres, que Adam incluyó en su lista mental de cosas que la hacían atractiva.

—Parece que la cosa va muy bien. Por eso huele tanto a quemado, ¿no?

Ronan se apeó sin responder, dando un portazo.

Noah hizo acto de presencia y se colocó junto a Blue. Estaba tan contento y agradecido que parecía un perro faldero. Ya desde el principio, se había prometido hacer todo lo humanamente posible por agradar a Blue, cosa que Adam no habría tolerado con la misma facilidad tratándose de cualquier otro.

Blue dejó que Noah le acariciara el enmarañado cabello. A Adam también le habría gustado acariciárselo, pero sabía que, viniendo de él, el gesto sería entendido de un modo muy distinto.

—Vale, vámonos —anunció Gansey con gesto teatral. Abrió su diario, miró el reloj y se quedó callado, a la espera de que alguien le preguntara cuál era el destino del día.

—¿Adónde toca hoy? —preguntó Adam desde el coche.

Gansey recogió del suelo una mochila.

—Al bosque.

Blue y Adam intercambiaron una mirada perpleja.

—No hay tiempo que perder —sentenció Gansey, echando a andar hacia el Camaro.

Blue retrocedió un paso para permitir que Adam se bajase del BMW.

—¿Tú lo sabías? —le susurró.

—No tenía ni idea.

—Tengo que estar aquí dentro de tres horas —afirmó Ronan—. A Sierra le toca volver a comer.

—Esa es la razón por la que no quería que tuvieses una mascota —repuso Gansey.

Se acomodaron en el Camaro sin rechistar, acostumbrados a lo que era ya

una rutina, a pesar de que lo lógico fuera que utilizasen el BMW. Con todo, Ronan y Gansey pelearon por las llaves durante unos momentos (y ganó Gansey, como siempre). Adam, Blue y Noah se montaron, uno detrás del otro, en el diminuto asiento trasero. Noah se pegó cuanto pudo al costado del habitáculo para evitar por todos los medios rozarse con Blue.

Adam, en cambio, no se tomaba tantas molestias, ya que no había tardado mucho en advertir que a Blue no le importaba que sus piernas se tocasen.

A él tampoco, claro.

Pese a que no hubiera nada fuera de lugar, Adam notó que el corazón le latía aprisa.

El viento, bruscamente frío, había arrancado de los árboles las primeras hojas de la primavera, y estas, ya desprendidas, pululaban sin ton ni son por el aparcamiento. Entre los hilos que componían el jersey de ganchillo de Blue se distinguía su piel de gallina. Blue tiró de las camisas de Adam y Noah como queriendo utilizarlas a modo de mantas.

—Ya sé que tú también tienes siempre frío, Noah —dijo Blue.

—Sí —respondió el aludido.

Adam no estaba seguro de lo que pasaba con Blue. No sabía si se limitaba a tratarlos como si los conociera de toda la vida o si de verdad estaban haciéndose amigos.

En todo caso, le parecía que había que tener mucha seguridad para construir relaciones de aquel modo circular. Además, no dejaba de resultarle extraña la sensación que flotaba en el ambiente de que, en lo que a la búsqueda de Glendower se refería, Blue había estado con ellos, mano a mano, desde el principio.

Perfectamente consciente del contacto del cuerpo de Blue con el suyo, Adam se inclinó hacia delante para introducir la cabeza entre los dos asientos delanteros.

—Gansey —dijo—, ¿no podrías encender la calefacción?

—En cuanto arranque.

El motor emitía unos chirridos afónicos, pero no acababa de encenderse. Adam estaba tan congelado que le castañeteaban los dientes, pero al mismo tiempo no creía que la temperatura fuese de verdad tan baja. El frío que

sentía le venía de dentro.

—Acelera. Písale más —aconsejó.

—Ya estoy acelerando.

Ronan apoyó una mano en la rodilla de Gansey y la empujó hacia abajo. El motor tosió una vez más y se puso en marcha. Gansey agradeció la ayuda de Ronan con un gesto seco de la mano.

—Se te nota el pulso en el brazo —le dijo Blue a Adam al oído—. ¿Estás nervioso?

—Es solo que no sé adónde vamos —le contestó él.

Dado que iban en el Camaro y no en helicóptero, tardaron bastante más en alcanzar las coordenadas que Gansey había apuntado en el diario. Después de llegar al sitio, aparcar el coche junto a una cabaña deshabitada y cubrir a pie el resto del trayecto, encontraron que, bajo aquel cielo plomizo, el panorama que ofrecía el bosque se había transformado. El cuervo era una silueta desnuda y muerta entre la hierba, y las conchas de ostra que lo formaban parecían huesos. Los primeros árboles del bosque se antojaban mayores, como colosos entre montañas. Todo se había vuelto sombrío y desolado, pero lo más oscuro era la franja de hierba que precedía al bosque.

Adam seguía intranquilo. Comprendía que, hasta entonces, no había terminado de creerse las referencias a lo sobrenatural que Gansey usaba para explicar las líneas ley. Pero había cambiado de opinión: la magia existía de verdad, y no sabía si aquello hacía que el mundo se convirtiese en un lugar distinto al que había conocido.

Durante un largo rato, todos se quedaron en silencio, observando el bosque como si fuera un adversario. Gansey se frotaba los labios con un dedo. Con las mandíbulas agarrotadas por el frío, Blue se rodeaba el cuerpo con los brazos, e incluso Ronan tenía aspecto sombrío. El único que estaba como siempre era Noah, con los brazos caídos y los hombros encorvados.

—Me siento vigilada —musitó Blue.

—Eso es por la actividad electromagnética. A menudo, los encuentros con lo paranormal se explican por fallos eléctricos y cosas por el estilo. Si hay mucha actividad electromagnética, es normal que te sientas vigilada. Nerviosa. Confusa. Incluso que tengas náuseas. El cerebro se resiente

bastante.

Noah arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás para contemplar el mecerse de las copas de los árboles. Adam, en cambio, se dedicaba a todo lo contrario: vigilar los troncos en busca de cualquier signo de movimiento.

—Pero también le podríamos dar la vuelta al argumento —opinó Adam —. La actividad electromagnética facilita que se manifiesten los espíritus, ¿no? Si eso es cierto, que te sientas vigilado puede ser porque de verdad hay algo que te está vigilando.

—Por otra parte, el agua anula el efecto. Hace que el electromagnetismo y la energía provoquen sensaciones positivas —reflexionó Gansey.

—De ahí la chorrada de las aguas medicinales —terció Ronan, para no ser menos.

Blue se restregó los brazos.

—Vale, pero el agua está allí y no aquí. ¿Vamos o no?

El viento suspiró al chocar con los árboles. Gansey entrecerró los ojos.

—¿Estaremos invitados? —preguntó Adam.

—Creo que más nos vale que nos invitemos a nosotros mismos —opinó Noah.

Precisamente, Noah fue el primero en ponerse en marcha. Ronan refunfuñó un poco, probablemente porque no llevaba bien que Noah demostrase más valor que el resto, y fue tras él.

—Un momento —Gansey estudió su reloj—. Son las cuatro y trece. Recordadlo —dijo, echándose a caminar.

Adam sintió que el corazón iba a estallarle. Blue le ofreció una mano, y él aceptó.

«No le aplastes los dedos», se dijo.

Y allá fueron.

Bajo las ramas de los árboles, había aún menos luz que en el prado. Las sombras eran negras bajo los troncos caídos, y las cortezas parecían chocolate, carbón, ónice.

—Noah —susurró Gansey—. Noah, ¿dónde estás?

La voz de Noah surgió desde detrás.

—Aquí.

Adam se dio la vuelta sin soltar la mano de Blue, pero lo único que vio fue follaje sometido al vaivén de la brisa.

—¿Qué pasa? —inquirió Gansey.

Al devolver la vista al frente, Adam vio que Noah se encontraba un poco más allá que Gansey.

«El cerebro se resiente bastante».

—Nada.

A unos metros, la figura de Ronan, encorvada y oscura, preguntó:

—¿Adónde vamos?

«A cualquier sitio menos a ese árbol», pensó Adam. «No quiero volver a ver aquello».

Gansey examinó los alrededores en busca del regato que habían seguido.

—Al mismo lugar que la otra vez, supongo. Para experimentar como es debido hay que recrear las mismas condiciones, ¿no? Aunque esta vez el regato lleva bastante menos agua. Cuesta distinguirlo. La laguna no estaba muy lejos, ¿verdad?

Tras caminar unos minutos por el cauce del regato, se hizo patente que no conocían el paraje en el que se hallaban. Los árboles eran muy altos y delgados, y se inclinaban como si los empujase un viento fuerte. De la tierra yerma brotaban grandes peñascos, y no había rastro de la laguna o del árbol hueco.

—Hemos venido por el camino equivocado —juzgó Gansey con brusquedad, como si le echara la culpa al bosque.

—Además —dijo Blue, soltando la mano de Adam—, ¿habéis visto los árboles?

Adam necesitó unos momentos para entender a qué se refería. Las pocas hojas que pendían de las ramas tenían una tonalidad amarillenta y pálida que no se correspondía con el amarillo del otoño ni era propia de la primavera. Las demás eran de color rojo y verde, como si estuvieran en proceso de secarse. Finalmente, las que ocupaban el suelo eran marrones y naranjas y parecían afectadas por una escarcha invernal impropia de la época.

Adam se quedó estupefacto.

—Gansey —dijo—, ¿qué hora es?

Gansey giró la muñeca para consultar el reloj.

—Las cinco y veintisiete. El segundero sigue funcionando.

Habían pasado dos estaciones en poco más de una hora. Adam topó con la mirada de Blue, quien meneó la cabeza. ¿Qué podían hacer?

—¡Gansey! —gritó Noah—. ¡Aquí hay algo escrito!

Noah estaba al otro lado de un risco, junto a un bloque de piedra que le llegaba por la barbilla. La superficie estaba agrietada y rajada, y se distinguían en ella unas líneas semejantes a los dibujos que Gansey había hecho de las líneas ley. Noah señalaba con un dedo unas palabras pintadas en la parte baja de la piedra. La tinta utilizada era negra en algunas zonas y de color ciruela en otras.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó Blue.

—Latín —respondieron Adam y Ronan al unísono.

Ronan se agachó junto a la inscripción.

—¿Qué dice? —preguntó Gansey.

Los ojos de Ronan recorrieron el texto de parte a parte. En su rostro fue abriéndose paso una sonrisa de suficiencia.

—Es un chiste —dictaminó—. O un proyecto de chiste, más bien. En latín macarrónico.

—¿Un chiste? —inquirió Gansey—. ¿Sobre qué?

—No creo que te haga gracia.

Se trataba de un latín un tanto difícil, y Adam no lograba entenderlo por más que lo intentase. No obstante, distinguió algo inquietante en la caligrafía, algo que no supo identificar. Aquellos trazos…

—¿Qué pinta un chiste escrito en una roca? —preguntó, preocupado.

Con semblante serio, Ronan palpó las palabras, letra a letra. Respiraba con dificultad.

—¿Qué, Ronan? —dijo Gansey.

—Es un chiste —afirmó Ronan sin desviar la mirada de la inscripción—, pero lo he escrito yo.

Adam se dio cuenta de qué era lo que le había llamado la atención. Efectivamente, se trataba de la caligrafía de Ronan. Pero verla allí, en aquella piedra, trazada con algún tipo de pigmento artesanal y desgastada por

la intemperie, era poco menos que insólito.

—No lo entiendo —afirmó Ronan, que continuaba siguiendo con un dedo las distintas líneas que formaban las letras. Estaba desencajado.

Gansey pasó a la acción. No soportaba ver a ninguno de sus amigos en aquel estado.

Adoptando una actitud convencida y sólida, como si estuviese impartiendo clase de Historia Universal, dijo:

—Ya sabemos que la línea ley juega con el tiempo. Lo indica ahora mismo mi reloj.

El tiempo en la línea es flexible. Tú nunca has estado aquí, Ronan, pero eso no significa que no puedas venir más tarde. Dentro de unos minutos, días o años. Vendrás y dejarás un mensaje que solo tú entiendes, para reconocerte. Porque sabrás que habrás pasado por aquí para verlo.

«Bravo, Gansey», pensó Adam. Gansey había dado aquella explicación para calmar a Ronan, pero también Adam se sentía tranquilo. Había exploradores, científicos y antropólogos dedicados a estudiar aquella clase de fenómenos. Y lo que buscaban eran cosas como aquella.

—Bueno, ¿pero qué es lo que dice? —preguntó Blue.

—Arbores loqui latine —respondió Adam—. Es decir, «los árboles hablan latín».

Aquello no tenía sentido. Sería un juego de palabras. Aun así, Adam notó que se le erizaban los pelos del cuello. Todos observaron los árboles que los rodeaban, en los que se distinguían hojas de mil verdes distintos, como garras sacudidas por el viento.

—¿Y la línea de abajo? —inquirió Gansey—. La última palabra no está en latín.

—Nomine appellant —leyó Ronan—, «llámalo por el nombre» —hizo una pausa y agregó—: Cabeswater.

Capítulo 26

—Cabeswater —repitió Gansey.

Había algo mágico en aquella palabra. Cabeswater. Algo antiguo y enigmático que no procedía del Nuevo Mundo. Gansey volvió a leer la inscripción de la piedra —que comprendió con facilidad después de que Ronan la hubiese traducido— y luego, como los demás, se quedó mirando los árboles.

«¿Qué has hecho?», se preguntó. «¿Por qué has tenido que traerlos hasta aquí?».

—Yo voto por buscar agua —dijo Blue—. Para que la energía nos favorezca, como habéis dicho. Y luego… pienso que deberíamos decir algo en latín.

—Me gusta el plan —valoró Gansey, hasta tal punto imbuido en el misterio de aquel lugar que daba por buena la absurda proposición—. ¿Volvemos por donde vinimos, o seguimos adelante?

—Seguimos adelante —respondió Noah.

Dado que Noah daba su opinión en muy raras ocasiones, las veces que lo hacía no encontraba oposición. De modo que se pusieron en marcha y comenzaron a dar vueltas en busca de agua. Mientras caminaban vieron las hojas soltarse y caer, y pasar del rojo al marrón y de este al gris, hasta que llegó el punto en que los árboles se quedaron completamente desnudos. Se había formado escarcha en los rincones más sombríos.

—El invierno —observó Adam.

Desde luego, era imposible; de hecho, tan imposible como todo lo que había ocurrido hasta entonces. Gansey recordó el viaje que había hecho con Malory por el distrito de los Lagos. En él había visto tanta belleza que, en un momento dado, había perdido la capacidad de apreciarla.

Era imposible que fuese invierno. Tan imposible como todo lo demás.

Llegaron a una zona en que el terreno, salpicado de sauces, descendía suavemente hasta los meandros de un arroyo de aguas lentas y escasas. Malory le había dicho a Gansey una vez que donde había sauces, había agua.

Por lo visto, los sauces se reproducían aprovechándose de las corrientes de agua, que transportaban las semillas caídas hasta otros lugares donde les resultaba más fácil echar raíces.

—Y aquí está el agua —dijo Blue.

Gansey se dio la vuelta para mirar a sus compañeros. Sus respiraciones producían vaho, y se les notaba que estaban desabrigados. El bronceado de las pieles estaba fuera de lugar en aquel ambiente invernal y carente de color. Eran como turistas procedentes de una estación distinta. Él mismo estaba temblando, aunque no sabía si era por frío o por expectación.

—Vale —le dijo a Blue—. ¿Y qué podemos decir en latín?

Blue miró a Ronan.

—¿Podrías empezar por saludar? Sería lo más educado, ¿no?

Ronan torció el gesto: la educación no formaba parte de su estilo. Aun así, dijo:

—Salve —luego, dirigiéndose a Blue, agregó—: Significa, literalmente, «ten salud».

—Fantástico —contestó ella—. Pregunta si quieren hablar con nosotros.

A Ronan se le descompuso aún más la expresión, porque saltaba a la vista que aquello le parecía ridículo; pero, una vez más, cedió.

—¿Loquere tu nobis? —preguntó, inclinando la cabeza hacia arriba.

Se hizo el silencio. Oyeron un susurro que iba ganando intensidad, semejante a una brisa soplando entre las hojas. Claro que no quedaba ni una sola hoja en las ramas de los árboles.

—Nada —dijo Ronan—. Era de esperar.

—Calla —le ordenó Gansey. El susurro seguía creciendo, y daba la impresión de que se mezclaba en él el ronco timbre de voces distintas—. ¿Oís eso?

Todos sacudieron la cabeza. Excepto Noah.

—Yo sí —dijo Noah.

Aquello fue un alivio para Gansey.

—Pídeles que repitan lo que han dicho —le solicitó a Ronan.

Este obedeció.

Volvieron a oírse los murmullos, pero esta vez se trataba claramente de

una voz. No había duda. Lo que Gansey acababa de oír era una frase en latín. Mientras se la repetía a Ronan para que este la tradujese, lamentó no haberse esforzado más en el estudio de aquella lengua.

—Dicen que te han hablado, pero que no estabas escuchando —explicó Ronan frotándose la cabeza—. Gansey, me la estás jugando, ¿no? ¿De verdad estás oyendo esas palabras?

—¿Te piensas que el latín de Gansey da para tanto? —replicó Adam con tirantez—. La letra de esa inscripción era la tuya, Ronan, y lo que decía allí era que los árboles hablan en latín, así que asúmelo.

Los árboles murmuraron, y Gansey le reprodujo a Ronan sus palabras. Noah se ocupó de corregir un verbo que Gansey, probablemente, había oído mal.

Los ojos de Ronan se clavaron en Blue.

—Dicen que se alegran de ver a la hija de una médium.

—¡A mí! —exclamó Blue.

Los árboles formularon una respuesta, y Gansey la repitió.

—No sé lo que significa eso —repuso Ronan—. También se alegran de volver a ver a…

No entiendo esa palabra. ¿Greywaren? No parece latín.

«Ronan», susurraron los árboles. «Ronan Lynch».

—Eres tú —aclaró Gansey, maravillado—. Ronan Lynch. Acaban de pronunciar tu nombre. Se alegran de volver a verte a ti.

Ronan impidió que su expresión delatara sus emociones.

—¿Volver? —Blue se cubrió las mejillas con las manos, tan sobrecogida y excitada como Gansey—. Asombroso. ¿Los árboles? Asombroso.

—¿Por qué solo los oís Noah y tú? —le preguntó Adam a Gansey.

Con su torpe latín —el cual apenas hablaba en clase y con el que se encontraba francamente incómodo, sobre todo en circunstancias como aquellas—, Gansey dijo:

—Hic gaudemus. Gratias tibi… loquere… loqui pro nobis —se quedó mirando a Ronan y le preguntó—: ¿Cómo les pregunto por qué no oís sus voces?

—Dios, Gansey. Si prestaras más atención en… —Ronan cerró los ojos

para concentrarse—. ¿Cur non te audimus?

Gansey no necesitó que Ronan tradujese la contestación de los árboles: era muy sencilla y fue fácil entenderla.

—El camino no está activo —dijo traduciendo.

—¿La… la línea ley? —titubeó Blue, quien agregó luego, con cierto pesar—: Pero eso no explica por qué solo Noah y tú podéis oírlos.

«Si expergefacere via, erimus in debitum», murmuraron los árboles.

—Si despertáis a la línea, estarán en deuda con vosotros —tradujo Ronan.

Durante un rato, todos se quedaron callados, mirándose entre sí. Había demasiado en lo que pensar. Porque no era solo que los árboles estuvieran comunicándose con ellos.

También demostraban ser criaturas sensibles, capaces de observar sus movimientos.

¿Serían ellos los únicos en aquel extraordinario bosque, o también los demás árboles tendrían la misma capacidad? ¿Cuánto hacía que intentaban hablarles? Además, tampoco había manera de saber si tenían buenas o malas intenciones, si consideraban a los seres humanos amigos o enemigos, si tenían principios o si eran capaces de mostrar compasión.

Gansey pensó que eran como extraterrestres; extraterrestres a los que la humanidad había tratado muy mal durante mucho tiempo. «Si yo fuese un árbol», se dijo, «no tendría motivos para llamar amigo al ser humano».

Estaba pasando. La magia. Aquello era lo que llevaba tantos años buscando.

—Pregúntales si saben dónde está Glendower —le pidió a Ronan.

Adam se quedó boquiabierto. Ronan tradujo aquellas palabras sin pestañear.

Las voces tardaron unos instantes en responder y, una vez más, Gansey no necesitó traducciones.

—No —dijo Gansey. Algo en su interior había estado presionándolo hasta conseguir que hiciera aquella pregunta. Creía que al oír la respuesta, la presión se rebajaría, pero no ocurrió así. Los demás lo miraban con atención; no sabía por qué. Quizá tenía algo raro en la cara. Sí, algo le pasaba. Desvió

la mirada y dijo—: Hace mucho frío. Valde frigida. ¿Por dónde se sale de aquí? Por favor. Amabo te, ¿ubi exitum?

Los árboles volvieron a murmurar y susurrar, y Gansey advirtió que se había equivocado: era probable que se tratase de una única voz. Por otra parte, no tenía la certeza de estar oyéndola de verdad. Intuía que provenía de su interior, que solo la oía con la mente. La idea lo desconcertó e hizo que se distrajese. De hecho, Noah tuvo que recordarle lo que los árboles acababan de decir. Ronan estuvo un rato pensando antes de intentar traducirlo.

—Perdón —dijo Ronan. Estaba tan concentrado que había olvidado el enfurruñamiento característico de su pose—. No es nada fácil. Han dicho que tenemos que retroceder en el año. Retroceder por el… camino. La línea. Han dicho que volvamos por el arroyo y que giremos a la izquierda cuando veamos un gran… platanus, plátano: el árbol, supongo. Que luego encontraremos aquello que estamos buscando. Y que después podremos regresar al… presente. No sé. Me he perdido en algunas partes, pero creo que…

Lo siento.

—No te preocupes —respondió Gansey—. Lo estás haciendo muy bien —luego, bajando el tono de voz, le preguntó a Adam—: ¿Crees que deberíamos hacerles caso? Puede que no sean de fiar.

Adam frunció el entrecejo, demostrando que compartía su desconfianza. Aun así, dijo:

—No tenemos otra alternativa.

—Yo creo que deberíamos confiar en ellos —opinó Blue—. A Ronan y a mí nos conocen. Y lo que estaba escrito en la piedra no decía que no debiéramos fiarnos. ¿Qué decís?

Tenía razón. La inscripción demostraba, de por sí, que su autor era Ronan; también los invitaba a hablar con los árboles.

—Pues vamos —resolvió Gansey—. Cuidado con los resbalones —alzando la voz, agregó—: Gratias. Reveniemus.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Blue.

Adam se le adelantó.

—Que gracias. Y que volveremos.

No fue difícil seguir las indicaciones que había traducido Ronan. El arroyo había ganado anchura, y sus aguas, frías y mansas, circulaban entre la escarcha que cubría las orillas. Fueron descendiendo sin perderlo de vista, y pronto comprobaron que el aire era cada vez más cálido. Había unas cuantas hojas teñidas de rojo en las ramas, y cuando Blue señaló el enorme plátano, cuyo tronco, de corteza blanca y gris, era tan grueso que sería imposible rodearlo con los brazos, descubrieron que se encontraban en pleno verano. Las hojas estaban verdes y lozanas, y se rozaban unas con otras dando lugar a un murmullo constante. Gansey constató que ya no se oía ninguna voz.

—Antes nos saltamos el verano —observó Adam—. Pasamos directamente al otoño.

—Mosquitos mágicos —dijo Ronan, dándose una palmada en el brazo—. Este lugar es un circo.

De acuerdo con las instrucciones que les había dado la voz, doblaron a la izquierda al alcanzar el plátano. Gansey se preguntó qué sería lo que los árboles supondrían que estaban buscando. Tenía muy claro qué era lo que buscaba él.

Al cabo de un rato llegaron a un claro, y Gansey encontró respuesta para su pregunta.

Allí en medio, completamente fuera de lugar, había un coche abandonado. Un Mustang de color rojo. Un modelo reciente.

A primera vista, parecía cubierto de barro, pero resultó que en realidad estaba revestido por capas y más capas de polen y restos de hojas, las cuales se aglomeraban en las ranuras del capó, bajo el alerón, sobre el parabrisas y en las llantas. Había un árbol joven que salía de debajo del chasis y formaba un codo en el parachoques delantero. La estampa recordaba al naufragio de un barco que el paso del tiempo hubiese transformado en arrecife de coral.

Detrás del automóvil, entre la maleza que la atestaba, se adivinaba una pista de tierra. Aquella debía de ser la salida.

—Pedazo de buga —comentó Ronan, dándole una patada a una de las ruedas.

El Mustang tenía unos neumáticos muy anchos y caros, y Gansey advirtió que contaba con distintos extras: llantas deportivas, alerón, cristales tintados

y tubo de escape cromado. «El dinero recién ganado quema en el bolsillo», habría dicho su padre.

—Mirad —dijo Adam, surcando con un dedo el polvo de la ventanilla trasera. Junto a una pegatina de Blink-182, había otra con el distintivo de Aglionby.

—No me extraña —afirmó Blue.

Ronan forcejeó con la puerta del conductor y logró abrirla. Soltó una risotada.

—Acabo de encontrar un fósil de hamburguesa.

Los demás corrieron a ver el habitáculo del coche, pero no había nada de interés además de la hamburguesa a medio comer, todavía en su envoltorio.

Aquel coche era un nuevo acertijo, igual que la voz de Blue en la grabación. Gansey se lo tomó como si se lo hubieran dirigido específicamente a él.

—Abrid el maletero —sugirió.

El maletero contenía una chaqueta y, debajo de esta, un curioso artilugio hecho a base de muelles y varillas. Extrañado, Gansey lo asió por la varilla de mayor tamaño y, nada más hacerlo, vio que las demás piezas se desplegaban hasta formar un objeto que reconoció de inmediato.

—Es una vara de zahorí —dijo, y miró a Adam en busca de confirmación.

—Una coincidencia —juzgó Adam. Evidentemente, pensaba lo contrario.

Gansey se vio invadido por la misma sensación que había tenido al lado del Nino, cuando Adam le había confesado su temor de que hubiese otras personas interesadas en la línea ley. Luego, advirtió que Blue y Noah se habían ido.

—¿Dónde están Blue y Noah?

Blue salió de detrás de un tronco caído nada más oír su nombre.

—Noah está vomitando —anunció.

—¿Que está qué? —inquirió Gansey—. ¿Qué le ha pasado?

—Ahora se lo pregunto —respondió Blue—. Bueno, en cuanto termine de echar la pota.

Gansey hizo una mueca de asco.

—Me parece que Gansey prefiere la palabra «arrojar». Lo demás le suena demasiado fuerte —ironizó Ronan.

—Yo diría que, por el momento, lo que más se ajusta es «tener arcadas» —matizó Blue.

—¡Arcadas! —exclamó Ronan, sin el más leve rastro de preocupación; de aquello sí que sabía algo—. ¿Dónde está? ¡Noah! —se olvidó del Mustang y echó a correr hacia la esquina del claro de la que había venido Blue.

Blue se fijó en lo que tenía Gansey en las manos.

—¿Estaba eso en el coche? ¡Una vara de zahorí!

A Gansey no le sorprendió que supiese lo que era; al fin y al cabo, viniendo de una familia dedicada al esoterismo, no debía de ser la primera que veía.

—Estaba en el maletero.

—¡Lo que quiere decir que hay alguien más buscando la línea ley!

Situado al otro lado del Mustang, Adam pasó la mano por el polen que tapaba la carrocería. Parecía inquieto.

—Y también que ese alguien tuvo que abandonar su coche.

Tras observar los árboles de alrededor, Gansey volvió a fijarse en el coche. Oyó en la distancia las voces de Ronan y Noah.

—Es mejor que nos vayamos. Creo que necesitamos más información.

Capítulo 27

La mañana del domingo siguiente, mientras se preparaba para salir, Blue se declaró oficialmente indecisa. Los domingos eran el día que dedicaba a pasear perros; también los sábados. Sin embargo, las dos semanas previas había preferido irse por ahí con Gansey y los demás, y echaba un poco de menos a los animales que cuidaba. En realidad, el problema era que se estaba quedando sin fondos y que, para empeorar la situación todavía más, la culpabilidad que le causaba desobedecer a su madre empezaba a pesarle demasiado. Tanto era así que apenas se atrevía a mirarla cuando se sentaban a comer. Pese a todo, fallarles a los chicos del cuervo era inconcebible. Tenía que encontrar la manera de conciliar lo uno con lo otro.

Para empezar, lo que debía hacer era pasear a los perros.

Cuando se disponía a partir hacia Willow Ridge, oyó sonar el teléfono de la cocina.

Decidió ir a descolgarlo pese a tener las manos ocupadas con un vaso de zumo de manzana y los cordones de una de sus zapatillas deportivas.

—¿Hola?

—Querría hablar con Blue, por favor, si es que está.

Gansey. Era imposible confundir aquel tono tan cortés y protocolario, capaz de convertir la paja en oro. Seguro que sabía muy bien a qué se arriesgaba al llamar allí, y también que había asumido el peligro de que contestase cualquier otra persona que no fuera ella. El hecho, sin embargo, era que aquello podía haber hecho que la descubrieran, y Blue no supo cómo tomárselo.

—Blue iba a salir ahora mismo a pasear perros —dijo, deshaciéndose del zumo y del cordón mientras sostenía el auricular entre el oído y el hombro—. Y es una suerte que cogiera ella el teléfono en lugar de otras personas.

—Tenía listos pretextos para cualquier eventualidad —respondió Gansey. Era raro oír su voz a través del teléfono; de algún modo, no se correspondía con la cara que Blue recordaba—. Pero me alegro de que seas

tú. ¿Cómo te va? Perfectamente, supongo.

«No pretende ser paternalista», se recordó Blue, no por primera vez.

—Supones bien.

—Genial. Oye, Adam trabaja hoy y Ronan ha ido a la iglesia con sus hermanos, pero a mí me gustaría quedar para… ir por ahí —apresurado, añadió—: No al bosque. Pensaba que a lo mejor podíamos ir a la iglesia de tu mapa. ¿Te apetecería…?

Titubeó. ¿Gansey titubeando? Blue tardó unos instantes en comprender que le estaba preguntando si le gustaría ir con él. Y unos cuantos más en advertir que nunca habían estado los dos solos.

—Debo ir a pasear a los perros.

—Ah —contestó Gansey, desmoralizándose—. Bueno, vale.

—Pero solo tardaré una hora.

—Ah —repitió, con mucho mejor humor—. ¿Te voy a buscar dentro de una hora?

Blue lanzó una mirada furtiva hacia el cuarto de estar.

—No, no… Te espero en el aparcamiento.

—Genial —dijo de nuevo—. De primera. Será interesante. Nos vemos en una hora.

¿De primera? Gansey sin Adam: Blue no sabía si funcionaría. A pesar del cuidadoso interés que Adam había demostrado en ella, los dos amigos actuaban como uno solo, como una entidad única con dos cabezas. Ver a uno sin que estuviera presente el otro parecía… peligroso.

Sin embargo, Blue no iba a perderse la oportunidad de ir con Gansey. Tenía tantas ganas de explorar como él.

En cuanto colgó el teléfono, oyó que la estaban llamando.

—¡Bluuueee, hija, ven!

Era Maura, y el tono cantarín con que había pronunciado su nombre tenía mucho de ironía. Abatida, Blue fue hasta el cuarto de estar, en donde encontró a Maura, Cala y Persephone bebiendo lo que parecía vodka con zumo de naranja. Cuando entró, las tres mujeres levantaron los ojos para ofrecerle un trío de sonrisas indolentes. La madriguera de las leonas.

Blue miró las copas con gesto inquisitivo. La luz matutina que entraba por

las ventanas arrancaba del líquido destellos amarillos.

—Solo son las diez.

Cala alargó un brazo, rodeó con los dedos la muñeca de Blue y tiró de ella hasta sentarla en el sofá verde. Su copa estaba prácticamente vacía.

—Es domingo. ¿Qué otra cosa quieres que hagamos?

—Yo, por ejemplo, tengo que pasear perros.

Desde su posición en la silla de rayas azules, en el otro lado de la habitación, Maura le dio dos sorbos a su combinado y puso cara de repulsión.

—Ay, Persephone. Has echado demasiado vodka.

—Siempre me paso —concedió Persephone, sentada junto a la ventana en un banco de mimbre.

Blue hizo ademán de levantarse, pero su madre fue más rápida.

—Quédate con nosotras un momento, Blue —dijo con tono de amenaza velada—.

Háblanos de ayer. Y de anteayer. Y del día anterior. Y… vamos, ya que estamos, hablemos de las últimas dos semanas.

Blue se dio cuenta de que su madre estaba furiosa. Solo la había visto así en dos ocasiones, y saberse el objeto de su ira hizo que se le cayera el alma a los pies.

—Bueno, estuve… —se le quebró la voz. No tenía sentido mentir.

—No soy tu carcelera —indicó Maura—. No te voy a encerrar en tu cuarto ni a enviarte a un convento. Faltaría más. Así que deja de esconderte de una vez.

—Yo no estoy…

—Sí que estás. Soy tu madre desde que viniste al mundo y sé que sí, que estás ocultando algo. En fin, creo que Gansey y tú os lleváis muy bien, ¿no? —su impasibilidad resultaba irritante.

—Mamá.

—Ya me ha hablado Orla del coche que tiene —prosiguió Maura con voz melodiosa y artificial. El hecho de que Blue percibiera su indignación no hacía sino empeorar las cosas—. No habrás llegado con él al momento de los besos, ¿verdad?

—Mamá, eso no va a pasar jamás —recalcó Blue—. Tú ya lo conoces, ¿no?

—No sé si andar por ahí con un Camaro viejo y ruidoso es el equivalente masculino de tu costumbre de rasgar las camisetas y pegar árboles de papel en las paredes de la habitación.

—Confía en mí —le pidió Blue—. Gansey y yo estamos lejos de gustarnos. Y los árboles no son de papel. Son de lona reciclada.

—La naturaleza ya puede respirar tranquila —Maura intentó de nuevo probar su bebida; arrugando la nariz, le arrojó una mirada fulminante a Persephone, quien adoptó un gesto de mártir—. No me gusta que vayas en un coche que no tiene airbag —añadió tras una pausa, moderando el tono.

—Nuestro coche tampoco tiene airbag —objetó Blue.

Maura sacó del vaso un largo pelo de la melena de Persephone.

—Sí, pero tú siempre vas en bicicleta.

Blue se levantó. Intuyó que la pelusa verde del sofá se le había quedado adherida a las medias.

—¿Puedo irme ya? ¿Estás enfadada conmigo?

—Sí, estoy enfadada contigo. Te dije que no te acercaras a él y no has hecho caso —le recordó Maura—. Pero aún no he decidido qué voy a hacer contigo. Estoy dolida. Y he hablado con distintas personas que me han asegurado que tengo todo el derecho del mundo a estarlo. ¿Todavía se lleva castigar sin salir a las hijas desobedientes? ¿O fue una moda de los ochenta?

—Me volvería loca si me castigaras sin salir —repuso Blue, todavía bastante afectada por el mal humor de su madre—. Seguro que me rebelaría y me escaparía por la ventana haciendo una cuerda con la sábana.

Maura se frotó la cara con una mano. Se había cansado de estar disgustada.

—Hace tiempo que te rebelaste, ¿no crees? No tardaste mucho.

—Si no me prohibieras estar con ellos, no tendría que desobedecerte —afirmó Blue.

—La jovencita tiene tu ADN, Maura —comentó Cala.

Maura suspiró.

—Blue, sé que no eres tonta. Lo que pasa es que, a veces, incluso las

personas listas hacen tonterías.

—No quieras imitarlas —gruñó Cala.

—¿Persephone? —dijo Maura.

—No tengo nada que añadir —musitó Persphone; sin embargo, al cabo de un momento de reflexión, le dijo a Blue—: Si le pegas un puñetazo a alguien, no metas el pulgar debajo de los demás dedos. Sería una pena que te lo rompieras.

—Vale —repuso Blue—. Me largo.

—Por lo menos, podrías decir que lo sientes —dijo Maura—. Finge que todavía te controlo algo.

Blue no supo cómo responder. Maura contaba con toda clase de estrategias para controlarla, pero no solía recurrir al ultimátum ni al toque de queda.

—Perdón —se limitó a decir—. Debería haberte contado que iba a hacer lo que no querías que hiciera.

—No me parece suficiente explicación —juzgó Maura.

Cala volvió a asir a Blue por la muñeca y, durante unos instantes, Blue temió que percibiese los extraños sucesos que ocurrían alrededor de Gansey. Sin embargo, Cala tan solo apuró lo que le quedaba de la copa y murmuró:

—Con tanta actividad, no vayas a olvidarte de nuestra película de la noche del viernes, Blue.

—La… película… del… viernes… —tartamudeó Blue.

La expresión de Cala se endureció.

—Lo prometiste.

Durante un interminable segundo, Blue trató de recordar cuándo había quedado para ver una película con Cala el viernes por la noche, y entonces se dio cuenta: la conversación de hacía unos días, registrar la habitación de Neeve…

—Había olvidado que era esta semana —contestó.

Maura agitó su vaso, que aún estaba bastante lleno. Prefería ver a otra gente beber en lugar de beber ella.

—¿Qué película?

—También los enanos empezaron pequeños —respondió Cala de

inmediato—. Según el título alemán original, Auch Zwerge haben klein angefangen.

Maura hizo una mueca, pero Blue no supo si se debía a la película o al acento de Cala.

—Pues muy bien —dijo Maura—. Neeve y yo pensábamos salir esa noche.

Cala levantó una ceja y Persephone se tiró de un hilo de las medias.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Blue.

«¿Buscar a mi padre? ¿Ver el futuro en una laguna?».

Maura dejó de sacudir el vaso.

—Desde luego, no vamos a ver a Gansey.

Blue tenía la certeza de que su madre nunca le mentiría.

Le bastaba con no decirle nada.

Capítulo 28

—¿Por qué a la iglesia? —preguntó Blue, sentada en el asiento del copiloto del Camaro. Era la primera vez que iba delante, y desde allí se notaba mucho mejor que el coche no era más que unos cuantos miles de piezas en precaria formación.

Frente al volante, y parapetado tras unas gafas de sol de diseño, Gansey se tomó unos momentos para responder.

—No lo sé. Porque está en la línea, pero no es… Cabeswater, sea lo que sea. Tengo que pensar un poco más sobre Cabeswater antes de regresar allí.

—Porque sería como si nos estuviéramos colando en casa ajena —Blue hizo lo que pudo para no fijarse en los zapatos de Gansey: su opinión sobre él ganaba mucho si los obviaba.

—¡Exacto! —la señaló con un dedo del mismo modo que hacía con Adam cuando este exponía un argumento que le gustaba. Luego devolvió la mano a la palanca de cambios para evitar que continuara vibrando.

Blue encontraba apasionante que hubiese árboles con capacidad para pensar y hablar. Con capacidad para conocerla a ella.

—¡Tuerce aquí! —exclamó, viendo que Gansey iba a pasarse la iglesia.

Con una amplia sonrisa, Gansey giró el volante y redujo varias marchas, y el coche, obediente, entró en el camino. Justo entonces, se abrió la guantera y su contenido se desparramó por el regazo de Blue.

—¿Por qué tienes un coche así? —inquirió, sintiendo que las piernas seguían temblándole aunque Gansey acababa de apagar el motor.

—Porque es un clásico —respondió él, petulante—. Porque es único.

—Pero también es un montón de basura. No me digas que no hay clásicos únicos en los que no… —Blue enfatizó su argumento abriendo y cerrando varias veces la tapa de la guantera. Tras devolver todas las cosas al interior, cerró la tapa, que de nuevo volvió a abrirse y a vomitarlo todo.

—Sí los hay —le aseguró Gansey, con una nota de vehemencia en la voz, o quizá de ironía. Se metió en la boca una hoja de menta y salió del coche.

Blue volvió a meter en la guantera la documentación del coche y un poco

de cecina caducada, y luego se fijó en un tercer objeto que tenía sobre las piernas. Era un inyector de adrenalina, que servía para salir de un paro cardiaco en casos de reacción alérgica grave. A diferencia de la cecina, no había caducado.

—¿De quién es esto? —preguntó Blue.

En el exterior del coche, Gansey, con el medidor de frecuencias electromagnéticas en una mano, hacía estiramientos como si hubiera estado conduciendo durante horas cuando, en realidad, el trayecto no había durado más de treinta minutos. Blue se fijó en la musculatura que tenía en los brazos; seguramente, tendría algo que ver con la pegatina del equipo de remo de Aglionby que estaba en la guantera. La carretera por la que habían ido hasta allí era un río de tonalidades verdes y azuladas que serpenteaba de regreso al pueblo.

La amortiguada luz del sol había adquirido un peculiar tinte amarillento, y la humedad se palpaba en el ambiente. Además del canto de los pájaros, no había otro sonido que el lento y lejano retumbar de los truenos.

—Espero que el tiempo aguante —comentó Gansey, encaminándose a grandes zancadas hacia la iglesia en ruinas.

Gansey caminaba siempre así: a grandes zancadas. Estaba por encima del paso normal de la gente.

Tratando de seguirle, Blue vio que, como siempre, a la luz del día, la estampa de la iglesia sobrecogía aún más. Entre los restos de los muros y del tejado derrumbado, la hierba y los matorrales se estiraban hacia el cielo. No quedaba ni rastro de los bancos ni, desde luego, de la congregación. Había algo descarnado y absurdo en todo aquello: muerte sin resurrección.

Blue se vio a sí misma allí, con Neeve, hacía unas cuantas semanas. Le habría gustado saber si Neeve estaba buscando a su padre y, si era así, qué pensaba hacer con él en caso de hallarlo. Pensó en los espíritus metiéndose en la iglesia y se preguntó si Gansey…

—Tengo la sensación de que esta no es la primera vez que vengo —dijo Gansey.

A Blue no se le ocurrió qué contestar. Ya le había contado una parte de lo sucedido la víspera de San Marcos, y no estaba convencida de que debiera

decirle nada más. De hecho, ni siquiera tenía la certeza de que aquello fuera verdad. Viendo a Gansey allí, a su lado y lleno de vida, le costaba imaginarlo muerto en menos de un año. Vestía un polo de color verde azulado. Era mucho más lógico pensar que alguien con semejante aspecto moriría a los ochenta y seis, en un partido de polo.

—¿Qué marca ese cacharro tuyo? —preguntó Blue.

Gansey volvió la cabeza para mirarla. Tenía los nudillos blancos, con el hueso directamente bajo la piel. Los pilotos rojos del medidor estaban parpadeando.

—Lo mismo que en el bosque —respondió—. No registra variaciones.

Blue contempló el paisaje. Todo aquel terreno debía de ser propiedad privada, incluso el solar de la iglesia, pero la zona que estaba detrás parecía más escondida.

—Si vamos hacia allá, tendremos menos papeletas de que vengan a echarnos. Con ese polo que llevas, se nos ve a kilómetros.

—El aguamarina es un color muy bonito, y no pienso dejar que me hagas sentir mal por llevarlo —replicó Gansey, con una voz un tanto débil, observando de nuevo la iglesia.

Con el pelo revuelto, los ojos entrecerrados y una mueca de concentración, parecía más joven que nunca. Joven y también, por algún motivo, atemorizado.

«No puedo decírselo», pensó Blue. «No voy a decírselo nunca. Lo que tengo que hacer es impedir que ocurra».

Recuperando su estudiada pose de encantador de serpientes, Gansey hizo un gesto con la mano en referencia al vestido púrpura de Blue.

—Guíame, berenjena.

Blue se hizo con un palo con el que ahuyentar las serpientes que pudiesen acechar entre la hierba, y después se pusieron en marcha. El viento olía a lluvia, y los estallidos de los relámpagos hacían vibrar levemente la tierra, pero, por el momento, el tiempo aguantaba. El medidor continuaba emitiendo destellos rojos y, a veces, cuando se apartaban demasiado de la línea, naranjas.

—Gracias por venir, Jane —dijo Gansey.

Blue lo traspasó con la mirada.

—De nada, Dick.

—Eso no, por favor —imploró él.

Parecía afectado de verdad, y Blue sonrió para sus adentros. Siguieron adelante.

—Eres la única que no pierde la calma con todo esto —reflexionó él al cabo de unos momentos—. En cuanto a mí, no puedo decir que me haya acostumbrado, pero tampoco es la primera vez que tropiezo con fenómenos inusuales, y supongo que… Pero el caso es que Ronan, Adam y Noah se han quedado… como enajenados.

Blue aparentó saber lo que significaba «enajenados».

—Bueno, es mi vida. Es decir, mi madre es médium. Y todas sus amigas también lo son. Así que, para mí, esto… vale, no es lo normal, pero tampoco me sorprende. Es lo que hace mi madre, ¿entiendes? Ver lo que nadie más puede ver.

—Yo llevo años esperando esto —admitió Gansey. Algo en el timbre de su voz puso en guardia a Blue, que al oírlo hablar de nuevo, comprobó que estaba utilizando con ella el mismo tono que con Adam—. Estuve dieciocho meses intentando encontrar la línea de Henrietta.

—¿Y qué era lo que esperabas?

—No lo sé. Había leído sobre los fenómenos que producen las líneas, pero no imaginaba que fueran tan espectaculares. Por ejemplo, no me esperaba lo de los árboles.

Tampoco esperaba que los acontecimientos fueran tan rápido. Yo estaba acostumbrado a descubrir una cosa nueva cada mes y luego ir desmenuzándola poco a poco. Nada que ver con esto —hizo una pausa y sonrió de modo majestuoso y benevolente—. Y todo gracias a ti.

Tú nos has traído hasta la línea. Me entran ganas de besarte y todo.

Aunque fuera una broma, Blue se apartó de él un paso.

—¿Qué te pasa?

—¿Crees en el tarot? —le preguntó ella.

—¿A ti qué te parece? Fui a que tu madre me echara las cartas, ¿no?

—Eso no tiene nada que ver. Hay mucha gente que lo hace por divertirse.

—Yo fui porque creo. Al menos, creo en las personas que se lo toman en serio, como tu madre. Lo que pasa es que también hay mucho vidente de pacotilla, y hay que andarse con ojo. ¿Por qué lo preguntas?

Blue barrió el suelo con el palo.

—Porque mi madre lleva diciéndome desde que nací que mi amor verdadero morirá si nos damos un beso.

Gansey soltó una carcajada.

—Oye, no te rías… —Blue iba a utilizar la palabra «desgraciado», pero le pareció demasiado fuerte.

—¿No crees que es algo que se pasa de folclórico? Si sales con alguien, te quedarás ciega. Si besas a tu amor verdadero, harás que se transforme en sapo.

—¡Pero no solo lo dice ella! —protestó Blue—. Toda la gente dedicada al esoterismo que he conocido insiste en lo mismo. Además, mi madre no es así. No se anda con esa clase de tonterías. Ella no engaña.

—Perdona —dijo Gansey, advirtiendo que se estaba enfadando—. No quería meter la pata. ¿Pero cómo se supone que va a morir el pobre hombre?

Blue se encogió de hombros.

—Ya. Mejor no conocer los detalles, ¿no? Pero entonces, simplemente por precaución, ¿es posible que hayas decidido no besarte con nadie y punto? —viendo que ella asentía, agregó—: Menudo panorama, Jane. No te envidio mucho, la verdad.

Blue volvió a encogerse de hombros.

—Es algo que no suelo contarle a nadie. Y no sé por qué he tenido que contártelo a ti.

No se lo digas a Adam.

Gansey alzó las cejas todo lo que pudo.

—Ya veo. Eso es lo que pasa, ¿eh?

Blue se sonrojó al instante.

—No, no. Quiero decir… no. No. No hay nada de… porque yo no… Vamos, que prefiero tener cuidado.

Blue habría dado cualquier cosa por dar marcha atrás y borrar aquella conversación.

¿Por qué no podían hablar del tiempo o de las clases? Le ardían las mejillas.

Gansey endureció el tono.

—Si Adam llegara a morir, para mí sería bastante desastroso.

—Haré lo que pueda por evitarlo.

Se hizo un silencio incómodo.

—Pero gracias por contármelo —dijo él, después, con una voz más suave —. Es decir, por confiar en mí lo bastante para contarme algo así.

—Tú acabas de decirme lo que piensas de Ronan, Adam y Noah, lo de que se han quedado enajenados —repuso Blue, aliviada—. Y ya que hablamos de eso, lo que de verdad me gustaría saber es… ¿Por qué buscas a Glendower?

Gansey sonrió de modo forzado, y Blue temió que fuese a adoptar aquella actitud frívola y distante que mostraba en ocasiones, pero no fue así.

—Es complejo. Me cuesta resumirlo —dijo.

—Vas a un colegio de elite. Inténtalo.

—Vale. ¿Por dónde empezar…? Ya has visto el inyector de adrenalina. Es por las picaduras de abeja o de avispa. Soy alérgico. Muy alérgico.

Blue frenó en seco, alarmada. Se encontraban en un entorno tranquilo y próximo a los árboles: lo ideal para las abejas.

—¡Gansey! Estamos en el campo. ¡Las abejas viven en el campo!

Él hizo un gesto de desdén con la mano, como si estuviese impaciente por dejar el tema.

—Tú sigue dando golpes con el palo y todo irá bien.

—¿El palo? ¡Nos hemos pasado toda la semana caminando por el bosque! Me parece un…

—¿Riesgo? —sugirió Gansey—. Lo cierto es que ni siquiera el inyector de adrenalina me sirve de mucho. El médico me dijo que solo serviría para una picadura, y tampoco es que esté muy convencido. La primera vez que fui al hospital por una picadura tenía cuatro años, y la alergia no ha hecho más que empeorar. Pero es lo que hay. O me arriesgo o vivo en una burbuja.

Blue pensó en la carta de la muerte y en que su madre hubiese omitido su significado. Era posible que la carta no se refiriese a una tragedia futura, sino

a la propia existencia de Gansey, a que convivía con la muerte a diario.

Blue siguió atizando el suelo con el palo.

—Vale, sigue —dijo.

Gansey se mordió el labio y abrió un poco los dientes para liberarlo.

—Bien, pues hace siete años, resulta que estaba en una cena con mis padres. No recuerdo muy bien el motivo. Creo que el partido había nominado a uno de sus amigos.

—¿Para ir al Congreso?

El aire se sacudió por efecto de un rayo lejano.

—Sí. Bueno, no me acuerdo mucho. La memoria no siempre cuenta toda la historia.

Ronan dice que los recuerdos son como los sueños: sabes que te plantaste desnudo en mitad de la clase, pero has olvidado por qué. En fin, la cena era un aburrimiento. Había como ocho o nueve personas. Todo eran vestidos de noche, corbatas rojas y platos hechos a base de gambas. Los niños empezamos a jugar al escondite. Recuerdo que se me hizo raro ponernos a jugar al escondite, pero no había otra cosa que hacer.

Habían llegado hasta un bosquecillo donde los árboles estaban lo bastante separados para permitir que creciese hierba entre ellos. El Gansey que estaba hablando en aquel momento no se parecía en nada al Gansey que Blue había conocido hasta entonces. Su voz le llegaba hasta las entrañas.

—Hacía un calor insoportable. Era primavera, pero parecía verano. Ya sabes, las primaveras de Virginia. El cielo es como una losa. No se veía ni una sombra en el jardín, pero había un bosque al lado. Oscuro, verde y azul. Como tirarse de cabeza a un lago. Y allá fui, y era fantástico. Al cabo de cinco minutos, dejé de ver la casa por completo.

Blue dejó de dar golpes con el palo.

—¿Te perdiste?

Gansey meneó la cabeza con suavidad.

—Pisé un avispero —saltaba a la vista que estaba esforzándose para aparentar que lo que contaba no era más que una anécdota trivial, pero Blue no se dejó engañar—. Ya sabes, de esas avispas que anidan en el suelo. Imagino que las conoces muy bien. En cambio, yo, en aquella época, no tenía

ni idea de lo que era aquello. Lo primero que noté fue una especie de punzada en el pie. Creí que se me habría clavado la espina de alguna planta, pero después noté otra punzada. Pero, claro, no me dolía mucho, ¿entiendes?

Blue sintió vértigo.

—Y luego sentí otra más en la mano —explicó él—, y entonces lo entendí. Pero ya era tarde. Me miré los brazos, y los tenía cubiertos de avispas.

De algún modo, había logrado situar a Blue en aquel instante de pánico y hacer que compartiese la sensación con él.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Blue.

—Me iba a morir. Supe que me iba a morir incluso antes de encontrarme mal. Porque había tenido que ir al hospital por una sola picadura, y ahora iban a ser cientos. Las tenía en el pelo. Se me metieron hasta en los oídos, Blue.

—Tuvo que ser un horror, ¿no?

Gansey no contestó, pero Blue se lo notó en los ojos, de pronto carentes de expresión.

—¿Y qué pasó?

—Morí —dijo—. Se me paró el corazón. A las avispas no les importó demasiado.

Siguieron picándome pese a que ya estuviese muerto —hizo una pausa—. Y ahora viene lo difícil de creer —anunció.

—Lo que más me gusta —repuso Blue. La arboleda era un remanso de paz tan solo interrumpida por los ecos de la tormenta—. Perdona —musitó, un poco avergonzada—. No pretendía ser… Pero mi vida es, toda ella, «difícil de creer». Nadie cree en la profesión de mi familia. Así que no te preocupes. No me lo voy a tomar a broma.

Gansey expulsó un poco de aire entre los labios.

—Oí una voz. Alguien murmurando. Nunca olvidaré lo que dijo: «Vivirás por Glendower. Otros mueren en la línea ley cuando no debieran, conque tú vivirás cuando debieras morir».

Blue se quedó callada. La atmósfera se hizo pesada.

—Se lo conté a Helen. En su opinión, fue una alucinación —Gansey

apartó con la mano una enredadera para evitar que le rozase la cara.

La maleza se espesaba y los árboles estaban cada vez más próximos entre sí. Tal vez había llegado el momento de que diesen la vuelta.

—Pero no fue una alucinación —recalcó Gansey con un tono de voz muy serio y convencido.

Aquel era el mismo Gansey que había escrito el diario. Blue se descubrió como poseída por su relato: porque era mágico, porque era real.

—¿Y eso basta para que dediques tu vida a buscar a Glendower? —le preguntó.

—Una vez que Arturo supo de la existencia del grial, ¿cómo no iba a buscarlo? — replicó él.

Famélicos, los truenos volvieron a hacerse oír como el rugido de una bestia invisible.

—No me parece un motivo suficiente.

Sin siquiera mirarla, Gansey respondió con voz trémula:

—Lo necesito, Blue.

En ese momento, los pilotos del medidor se apagaron.

Para Blue fue un alivio, porque aquello significaba que estaban en terreno seguro.

Pero también era una decepción, porque implicaba que no seguiría profundizando en el Gansey auténtico.

—¿Nos hemos salido de la línea? —preguntó.

Retrocedieron varios metros, pero el medidor continuó apagado.

—¿Se habrá quedado sin batería? —aventuró Blue.

—No sé cómo comprobarlo —contestó Gansey, apagando y encendiendo el aparato.

Blue alargó una mano hacia el medidor y, en el mismo instante en que lo asió, los pilotos volvieron a encenderse, con una luz roja y constante. Los orientó hacia uno y otro lado. A la izquierda se ponían naranjas. Y a la derecha, rojos.

Blue y Gansey se miraron.

—Te lo devuelvo —dijo Blue.

Sin embargo, el medidor volvió a apagarse en cuanto entró en contacto

con las manos de Gansey. Al oír de nuevo un trueno, Blue sintió que algo se ponía a temblar al unísono en su interior, pero la sensación no cesó cuando volvió a hacerse el silencio.

—Tiene que haber una explicación lógica —observó Gansey, en referencia al comportamiento del medidor—. Pero tras una semana de pruebas, todavía no se me ha ocurrido.

A Blue, en cambio, sí se le ocurría: era ella misma la que hacía que aquella clase de fenómenos se manifestaran con mayor fuerza. Pero desconocía qué era lo que estaba amplificando en aquel momento.

Bramó otra vez la tormenta, zarandeando el aire. El sol se había ocultado por completo. Lo único que se distinguía era el verdor oscuro que los rodeaba.

—¿Adónde estaremos yendo? —preguntó Gansey.

Dejándose guiar por la luz roja del medidor, Blue avanzó con paso cauteloso por entre los árboles. El aparato volvió a apagarse al cabo de unos pocos metros. Ya no importaba que cambiara de manos ni que este o aquel interruptor estuviese activado: no consiguieron que se encendiera de nuevo.

Se quedaron los dos con las cabezas inclinadas sobre el aparato, sin decir palabra.

—¿Y ahora qué? —dijo Blue.

La mirada de Gansey se quedó fija en el suelo, más allá del medidor.

—Retrocede —musitó—. Hay un…

—Oh, no —murmuró Blue, dando pasos hacia atrás—. No, no…

Enmudeció. Habían dado con algo que se parecía espantosamente al hueso de un brazo humano. Gansey se agachó y retiró la maleza que lo tapaba. Y lo que quedó al descubierto fue un segundo brazo, con un mugriento reloj de pulsera todavía envolviéndole la muñeca. Era irreal: un esqueleto en el bosque.

«No puede ser».

—No, por favor —susurró Blue—. No lo toques. Lo digo por las huellas dactilares.

Pero el cadáver se encontraba en tal estado que ya no hacía falta preocuparse por las huellas dactilares. La carne se había descompuesto hacía

mucho tiempo, y tan solo se conservaba la osamenta y apenas unos cuantos jirones de lo que había sido la ropa. Gansey se ocupó de ir apartando las hojas y plantas que lo cercaban para verlo mejor. Estaba tendido con una pierna doblada y los brazos extendidos. El paso del tiempo se había llevado algunos elementos y había preservado otros: el reloj seguía allí, pero la mano, no. No había camisa, pero sí una corbata, amoldada al perfil ondulado de la caja torácica. Aunque sucio, el cuero de los zapatos se encontraba en buen estado, y también los calcetines, que, sin embargo, no contenían más que huesos.

La calavera tenía una mejilla aplastada. Blue supuso que la causa de la muerte debía de haber sido aquella.

—Gansey —murmuró—. Es un chico. Un chico de Aglionby.

Señaló el tórax del esqueleto. Entre dos de las costillas, arrugado, había un escudo bordado con fibras sintéticas que había aguantado las inclemencias de la intemperie: la insignia de Aglionby.

Gansey y Blue se quedaron mirándose durante unos segundos. El resplandor de los relámpagos les iluminaba de vez en cuando los rostros. De súbito, Blue tomó conciencia de la calavera que modelaba las facciones de Gansey, angulosas y escuálidas como las de la carta de la muerte.

—Tenemos que avisar a la policía —dijo Blue.

—Espera —respondió Gansey. Tras rebuscar unos segundos, encontró una cartera bajo una de las caderas. El cuero del que estaba hecha se encontraba raído y manchado, pero era resistente y había aguantado bien. Gansey la abrió y observó las franjas de distintos colores de las tarjetas almacenadas en el interior. Se fijó en que una de ellas era un permiso de conducir y lo extrajo.

Blue le oyó jadear de un modo brusco.

En la fotografía del permiso de conducir aparecía la cara de Noah.

Capítulo 29

A las ocho de la tarde, Gansey llamó a la fábrica de caravanas para hablar con Adam.

—Voy a recogerte —le dijo, y colgó.

No le explicó por qué, pero era la primera vez que le pedía que se fuese con él en horario de trabajo, de manera que debía de ser algo importante.

Un rato más tarde, Adam salió y vio el Camaro parado en el aparcamiento, con el motor ronroneando. Se subió.

—Te lo explico en cuanto lleguemos —le dijo Gansey.

Engranó la marcha y pisó el acelerador de tal modo que las ruedas traseras derraparon sobre el asfalto antes de propulsar el coche hacia delante. A juzgar por la expresión de Gansey, Adam supuso que le había ocurrido algo a Ronan. Era lo que Ronan llevaba tanto tiempo pidiendo a gritos. Sin embargo, no fueron al hospital, sino al aparcamiento de Manufacturas Monmouth. Una vez allí, se apearon y subieron por la escalera hasta el segundo piso. Gansey abrió la puerta de un fuerte empujón, que la hizo batir contra la pared.

—¡Noah! —gritó.

Sumida en tinieblas, la estancia se extendía hasta el infinito. El perfil de la maqueta de Henrietta se plasmaba contra el resplandor tenue que iluminaba las ventanas.

Desgañitándose inútilmente, el despertador de Gansey marcaba una hora que había pasado hacía tiempo.

Adam palpó la pared infructuosamente en busca del interruptor de la luz.

—¡Noah! —gritó Gansey de nuevo—. Tenemos que hablar.

La puerta del cuarto de Ronan se abrió dejando a la vista un rectángulo de luz.

Ocupó el vano la silueta de Ronan, que, con una mano protectora y amorosa, sostenía al cuervo pegándoselo contra el pecho. Se quitó de los oídos unos aparatosos cascos y se los colgó del cuello.

—Tío, qué tarde llegas. ¡Parrish! ¿No deberías estar trabajando?

Estaba claro que Ronan sabía tanto como Adam. En cierto modo, era un alivio.

—Sí, debería —repuso Adam, dando al fin con el interruptor de la luz. En cuanto lo activó, la estancia se convirtió en un mundo de penumbra, poblado por sombras que vagaban por los rincones.

—¿Dónde está Noah? —inquirió Gansey mientras desenchufaba el despertador para hacerlo callar.

Ronan se tomó un tiempo para clasificar el estado de ánimo de Gansey.

—Ha salido.

—No —replicó Gansey con énfasis—, nada de eso. ¡Noah!

Se situó en el centro de la sala y, desde allí, dio vueltas sobre sí mismo para observar todas las esquinas, vigas y otros lugares en los que nadie en su sano juicio esperaría encontrar una persona. Dubitativo, Adam asistía a la escena desde la puerta. No entendía que la ausencia de Noah provocara semejante reacción. Noah, que nunca decía esta boca es mía y pasaba inadvertido durante horas.

Gansey se quedó quieto y miró a Adam.

—Adam —dijo—, ¿cómo se apellida Noah?

Adam pensó que tenía que saberlo por fuerza, pero el caso es que la respuesta se le escapaba. Se sintió como si hubiese olvidado el camino a Aglionby, o la dirección de su casa, o el número de teléfono de Manufacturas Monmouth.

—No lo sé —admitió al fin.

Gansey lo señaló con un dedo como si lo estuviese apuntando con un arma.

—Pues Czerny. Serni. Cherni. Como se pronuncie. Noah Czerny —levantó la barbilla y gritó—: Sé que estás aquí, Noah.

—Tío —murmuró Ronan—, estás pirado.

—Abre esa puerta —le ordenó Gansey—. Está ahí dentro.

Encogiéndose de hombros, Ronan se deslizó hasta la puerta del cuarto de Noah y giró el pomo. La puerta se abrió y quedó a la vista una parte de la cama de Noah, tan pulcra y ordenada como siempre.

—La celda de monasterio habitual —observó Ronan—. Tan insulsa como

un psiquiátrico. ¿Qué quieres que busque? ¿Drogas? ¿Tías? ¿Pistolas?

—Dime en qué asignaturas coincides con Noah —dijo Gansey.

—En ninguna —masculló Ronan.

—Igual que yo —repuso Gansey. Miró a Adam, y este sacudió la cabeza —. Igual que Adam. ¿Cómo es posible? —no hubo contestación—. Por otra parte, ¿qué come? ¿Le habéis visto comer alguna vez?

—Me da un poco igual —replicó Ronan. Acarició la cabeza de Sierra con un dedo, y el cuervo levantó el pico.

Una situación extraña de una jornada extraña. Si hubiese sucedido el día anterior, Adam se habría quedado anonadado al presenciar aquel alarde de delicadeza y cariño por parte de Ronan.

Gansey los ametralló con una batería de preguntas.

—¿Paga el alquiler? ¿Cuándo se mudó aquí? ¿Os dais cuenta?

Ronan meneó la cabeza.

—Tío, se te está yendo la pinza. ¿Qué problema hay?

—Me he pasado la tarde en la comisaría —explicó Gansey—. Fui con Blue a la iglesia…

Unos celos profundos e inexplicables se abalanzaron sobre Adam, quien, atónito, vio que se le abría en las entrañas una herida tan dolorosa como inesperada.

Gansey prosiguió.

—No me miréis así. Ocurrió lo siguiente: encontramos un cadáver. Mejor dicho, un esqueleto. ¿A que no adivináis de quién era?

Los ojos de Ronan eran como dos agujas clavadas en Gansey.

Adam tuvo la sensación de estar reviviendo una pesadilla que ya había soñado.

De pronto, oyeron cerrarse la puerta principal. Se dieron la vuelta para mirar hacia allí, pero descubrieron que no había otro movimiento que el de las esquinas de los mapas colgados de la pared, agitadas por el aire.

Los tres observaron las sutiles ondulaciones de los mapas mientras resonaba aún el ruido que había hecho la puerta al chocar con el marco.

Todo quedó en suspenso. A Adam se le puso la piel de gallina.

—Mío —dijo Noah.

Se dieron la vuelta a la vez.

Noah había aparecido frente a la puerta de su cuarto.

Estaba pálido como la cera, y tenía los ojos envueltos en sombras y desdibujados, como siempre le ocurría después del anochecer. La cara era un borrón, como si estuviera manchada de tierra o de sangre, o como si no fuese más que el hueco provocado por un colapso de los huesos faciales.

—No estabas en tu cuarto —le dijo Ronan, con todos los músculos en tensión—. Acabo de mirar en él.

—Os lo dije —afirmó Noah—. Os lo dije a todos.

Adam se vio en la necesidad de cerrar los ojos durante unos instantes.

Poco a poco, Gansey fue haciéndose de nuevo con el control de la situación. Lo que le pedía a la vida eran datos, cosas que apuntar en su diario, cosas que verificar y subrayar, por muy inverosímiles que fuesen. Adam intuyó que había querido que lo acompañara hasta allí sin saber lo que se iban a encontrar. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a ser posible que alguien previese…?

—Está muerto —dijo Gansey cruzándose de brazos—. Estás muerto, ¿verdad?

—Os lo dije —insistió Noah con voz lastimera.

Adam lo estudió con la mirada. En comparación con los demás, le faltaba corporeidad. Era asombroso que no se hubiesen dado cuenta. Era absurdo que no hubiesen caído en que ignoraban su apellido, sus orígenes o las clases a las que iba o dejaba de ir. Y luego estaban sus manos siempre frías, su habitación siempre impecable y aquella especie de vaguedad que siempre le velaba la expresión de la cara. Estaba muerto, y había sido así desde el primer día.

Adam sintió que la realidad era un puente que cedía bajo sus pasos.

—Mierda, tío —murmuró Ronan, ansioso—. Mira que te has pasado noches dándome el coñazo porque te despierto, y ahora resulta que no necesitas dormir.

—¿Cómo moriste? —le preguntó Adam con un hilo de voz.

Noah desvió la mirada.

—No —dijo Gansey, tenaz—. La pregunta no es esa. La pregunta es:

¿quién te mató?

En la cara de Noah se abrió paso aquella expresión de retraimiento que le sobrevenía cuando lo incomodaba algo: la barbilla virada hacia un lado, los ojos enmascarados e insustanciales. A Adam no le cupo duda: estaba tan muerto como él vivo.

—Si me lo cuentas —argumentó Gansey—, encontraré el modo de que la policía lo investigue.

Con la expresión oscurecida y la mirada tan vacía como la de una calavera, Noah ocultó el rostro un poco más. ¿Era un ser humano aquello que estaban mirando? ¿O tan solo algo que se le parecía?

Adam quiso decir: «Gansey, no lo presiones».

Sierra empezó a graznar. Frenética y estridente, su voz segó el aire. Fue como si en el mundo no quedara más que el sonido de aquel grito enajenado. Parecía imposible que de un cuerpo tan pequeño pudiese brotar un sonido tan potente.

Noah levantó la cabeza, y su mirada volvió a ser la de siempre. Estaba asustado.

Ronan acarició a Sierra hasta lograr que se calmara y guardase silencio.

—No quiero hablar —dijo Noah.

Tenía los hombros a la altura de las orejas, y su aspecto era el de siempre. Aquel era el Noah de todos los días, cuya pertenencia al grupo nadie se habría atrevido a cuestionar.

Como si estuviera vivo.

—Está bien —dijo Gansey—. Vale. ¿Qué te apetecería hacer?

—Me apetecería… —Noah dejó la frase en el aire, como era habitual en él, y fue retirándose poco a poco hacia su cuarto.

Adam se preguntó si aquella reacción era la que había tenido Noah cuando estaba vivo y debía enfrentarse a una conversación, o si, por el contrario, era una consecuencia de su condición de muerto.

Como de común acuerdo, Adam y Ronan se quedaron mirando a Gansey. No daba la impresión de que hubiese mucho que hacer o decir. El mismo Ronan parecía aplacado, sin su mordacidad característica. También él había decidido, por lo visto, que mientras no se aclarara la situación, prefería no

correr el riesgo de sondear a Noah para comprobar hasta qué punto era un ser de otro mundo.

—¿Noah? —dijo Gansey volviendo la cabeza.

En la puerta del cuarto de Noah no había nadie.

Ronan se acercó y entró. La habitación estaba vacía, como antes, y todo se encontraba en su lugar: la cama hecha, las cosas en orden.

Adam contuvo el aliento. La cabeza le daba vueltas sin cesar, repleta de hipótesis no siempre alentadoras. Se sintió como un sonámbulo. El mundo se le hacía un laberinto de irrealidad por el que debía avanzar a tientas.

Ronan soltó una ráfaga de juramentos larga, constante y hedionda, sin detenerse a recuperar el aliento.

Gansey se tocó el labio con un pulgar.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Hay un espectro entre nosotros —contestó Adam.

Capítulo 30

La noticia de la muerte de Noah provocó en Blue una angustia inusitada. Por la conversación con la polícia se deducía que nunca se había contado entre los vivos, al menos desde que ella lo conocía. Aun así, acusaba mucho su perdida. Para empezar, la presencia de Noah en Monmouth se transformó después de que hallaran su cuerpo. Ya no se presentaba como un individuo completo: Gansey podía oír su voz en el aparcamiento, Blue había creído divisar su sombra en la acera, yendo hacia Monmouth, y Ronan, de vez en cuando, le achacaba arañazos en la piel.

Siempre había sido un fantasma, pero ahora se comportaba como tal.

—Quizá es porque su cuerpo ya no está en la línea ley —había teorizado Adam.

Blue no dejaba de pensar en la calavera aplastada que había visto, y en las arcadas que le habían dado a Noah tras topar con el Mustang. Noah no había llegado a vomitar.

Estando muerto, no podía.

Lo que Blue quería era atrapar a quien lo hubiese matado y asegurarse de que el culpable pasara el resto de sus días en la cárcel.

Absorbida por la desgracia de Noah, a punto estuvo de olvidar que había quedado con Cala en que, el viernes, registrarían la habitación de Neeve. Cala debía de haberse olido su despiste, pues le dejó una nota muy llamativa en la nevera, para que la viese antes de ir a clase: BLUE, NO OLVIDES QUE ESTA NOCHE TENEMOS PELÍCULA. Blue despegó la nota de la puerta de la nevera y se la guardó en el bolsillo trasero.

—Blue —dijo Neeve.

Sobresaltada, Blue dio un salto y se giró en una sola maniobra. Neeve se encontraba en la mesa de la cocina, frente a una taza de té, y tenía un libro en las manos. Vestía una blusa de color crema, a juego con las cortinas que colgaban detrás.

—¡No te había visto! —exclamó Blue. La nota delatora le quemó en el bolsillo.

Neeve sonrió y dejó el libro sobre la mesa con el lomo hacia arriba.

—Esta semana, apenas he coincidido contigo.

—Es que… he estado… con amigos —balbuceó Blue, haciendo lo posible por actuar con naturalidad.

—Ya me han hablado de Gansey —afirmó Neeve—. Le he dicho a tu madre que no me parece bien intentar separaros. Es evidente que estabais destinados a encontraros.

—Ah. Vale. Pues gracias.

—Te noto agitada —señaló Neeve. Alzó una de sus hermosas manos y dio unos golpecitos en la silla que estaba al lado—. ¿Quieres que veamos qué ocurre? ¿Qué tal si me dejas leerte?

—Ah, gracias, pero ahora no puedo: tengo que ir a clase —pretextó Blue. No supo si Neeve le había hecho la oferta por amabilidad o si ya conocía de antemano lo que había planeado con Cala y pretendía comprobarlo. De un modo u otro, Blue no tenía ningunas ganas de dejarse escrutar por Neeve. Recogió sus cosas, se encaminó hacia la puerta y, sin volverse, se despidió sacudiendo la mano distraídamente.

No bien hubo dado unos cuantos pasos más, oyó de nuevo la voz de Neeve.

—Estás buscando un dios. ¿No se te ha ocurrido pensar que también hay un diablo?

Blue se quedó parada. Volvió la cabeza, pero no fue capaz de enfrentarse a los ojos de Neeve.

—No te preocupes. No he estado hurgando en tu destino —explicó Neeve —. Lo que te pasa es lo bastante obvio para que pueda percibirlo mientras me dedico a otras cosas.

Al fin, Blue se decidió a mirarla. La expresión calmada de Neeve no había variado.

Rodeaba con las manos la taza de té.

—Tengo mucha mano para los números —dijo Neeve—. En realidad, fueron lo primero. Venían a mí como por ensalmo. Números de teléfono. Esos son los más fáciles. Y la muerte es lo segundo más fácil. Si alguien la toca, lo noto de inmediato.

Blue se aferró a las correas de la mochila. Su madre y sus amigas eran raras, desde luego, pero sabían que lo eran. Si decían cosas raras, eran conscientes de ello. Neeve, en cambio, carecía de aquel filtro.

—Llevaba muerto mucho tiempo —admitió al fin.

Neeve se encogió de hombros.

—Y habrá más muertes antes de que termine eso en lo que estás metida.

Incapaz de pronunciar palabra, Blue meneó la cabeza lentamente.

—Lo único que pretendo es avisarte —recalcó Neeve—. En donde hay un dios, hay una legión de diablos.

Capítulo 31

Por primera vez en su vida, Adam no se tomó con alegría que le hubiesen dado el día libre en Aglionby. Aquel viernes era una jornada sin clases, que los profesores aprovechaban para corregir y hacer papeleo. Gansey había accedido de mala gana a ir a casa de su familia para celebrar con retraso el cumpleaños de su madre, y Ronan mataba el tiempo bebiendo en su cuarto. Adam, por su parte, estaba estudiando en la mesa de Gansey.

Sabía que en la escuela pública era día lectivo, pero esperaba que Blue fuera a visitarlo al acabar las clases.

La casa de Manufacturas Monmouth resultaba agobiante cuando no había nadie más en la estancia principal. En parte, Adam habría querido que Ronan saliese de su habitación para hacerle compañía, pero se daba cuenta de que, a su callada y terca manera, estaba muy afligido por Noah. De modo que Adam continuó en la mesa de Gansey, haciendo unos deberes de latín, y no le pasó inadvertido que la luz que entraba por las ventanas no iluminaba el suelo con la misma intensidad de siempre. Le pareció que las sombras se aferraban a los tablones. Captó el aroma de la planta de menta que Gansey tenía en la mesa, pero también, por debajo, el olor de Noah: una mezcla característica de desodorante, jabón y sudor.

—Noah —dijo Adam observando la estancia—, ¿estás aquí o te has ido con Gansey?

No hubo respuesta.

Miró los deberes. Los verbos latinos se le antojaron absurdos, como si procedieran de un idioma inventado.

—¿Hay modo de arreglarlo, Noah? ¿Podemos hacer que vuelvas a ser como antes?

Adam dio un respingo al oír un ruido muy próximo. Al cabo de unos momentos, comprobó que la menta se había caído de la mesa. Al chocar con el suelo, la maceta se había partido en dos y había derramado parte de la tierra que contenía.

—Eso no va a servir de mucho —dijo Adam intentando, pese al

nerviosismo, mantener la calma.

En cualquier caso, no se le ocurría nada que pudiera servir de algo. Tras encontrar el esqueleto de Noah, Gansey había llamado a la policía para recabar información, pero solo había podido averiguar que Noah había sido dado por desaparecido hacía siete años. Como siempre, Adam había recomendado discreción y, esta vez, Gansey le había hecho caso y le había ocultado a la policía el hallazgo del Mustang. Aquel coche conduciría a los detectives a Cabeswater, y eso era demasiado complicado e involucraba a demasiada gente.

Adam oyó que llamaban a la puerta. Creyendo que era Noah, no se movió. Los golpes continuaron, y luego sonó la voz de Declan.

—¡Gansey!

Suspirando, Adam se levantó de la silla, colocó la planta de nuevo en la mesa y fue a abrir la puerta. Declan esperaba en el rellano, pero no vestía el uniforme de Aglionby ni el traje de becario de Políticas, sino unos vaqueros negros, eso sí, perfectamente planchados, que hacían que pareciera una persona distinta. Se diría, incluso, que había rejuvenecido.

—Declan. Hola.

—¿Dónde está Gansey? —inquirió Declan.

—No está aquí.

—Vamos, hombre.

A Adam no le gustaba que lo tomaran por mentiroso. Por lo general, conseguía lo que quería limpiamente.

—Está en el cumpleaños de su madre.

—¿Dónde está mi hermano?

—Tampoco está.

—Ahora sí que me estás mintiendo.

Adam se encogió de hombros.

—Claro. Te estoy mintiendo.

Declan quiso pasar, pero Adam atravesó el brazo y se lo impidió.

—Ahora es un muy mal momento. Además, Gansey dice que no conviene que os juntéis sin estar él presente. Y yo estoy de acuerdo.

Declan no se dio por vencido y le empujó el brazo con el pecho. Adam

tenía una idea fija en la cabeza: no le iba a permitir hablar con Ronan en aquel momento. Ronan había bebido y Declan venía de mal humor. Sin Gansey, iba a producirse una pelea. Y había que evitarlo a toda costa.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que nos peguemos? —preguntó Adam, obligándose a conservar la tranquilidad—. Creía que el que recurre a eso era Ronan.

El comentario funcionó mejor de lo que Adam había previsto: Declan retrocedió de inmediato. Se llevó una mano al bolsillo trasero y extrajo un sobre doblado. Adam distinguió el escudo de Aglionby en el remite.

—Lo han echado —dijo Declan dándole el sobre—. Gansey me prometió que conseguiría que sus notas mejoraran. Pero no ha sido así. Confié en él y me falló. Cuando vuelva, infórmale de que han puesto a mi hermano de patitas en la calle.

Aquello era más de lo que Adam estaba dispuesto a aguantar.

—No, no —dijo. Deseó que Ronan lo estuviera oyendo—. El único responsable es Ronan. No sé por qué ni a ti ni a él os entra en la cabeza. Ya es hora de que Ronan tome las riendas de su vida. Mientras no lo haga, estáis perdiendo el tiempo.

Por muy acertado que fuese, no había argumento con el que Adam Parrish, con su acento de Henrietta, lograra convencer a alguien como Declan.

Adam volvió a doblar el sobre. Gansey iba a tomárselo muy mal. Por unos instantes, Adam consideró la posibilidad de ocultar la carta hasta el último momento, pero comprendió que no iba a ser capaz.

—Me aseguraré de que tu hermano lea esto.

—Se va de aquí —dijo Declan—. Recuérdaselo a Gansey. Si no hay Aglionby, no hay Monmouth.

«Entonces está perdido», pensó Adam, pues no podía imaginarse a Ronan viviendo bajo el mismo techo que su hermano. De hecho, no podía imaginarse a Ronan compartiendo techo con nadie que no fuese Gansey, y punto. Aun así, dijo:

—Se lo diré.

Declan bajó la escalera y, momentos más tarde, Adam oyó su coche

abandonar el aparcamiento.

Adam abrió el sobre y se tomó un rato para leer la carta. Suspirando, regresó a la mesa y levantó el auricular del teléfono que se encontraba junto a la maceta rota de la menta. Marcó el número de memoria.

—¿Gansey?

Unas horas más tarde, Gansey empezó a hartarse de la fiesta de cumpleaños de su madre. La llamada de Adam había echado a perder el poco buen humor que le quedaba y, para colmo de males, Helen y su madre se habían enzarzado, siempre en términos muy correctos, en una discusión cuyo asunto principal, que ninguna de las dos estaba dispuesta a admitir, consistía en que el plato que Helen había escogido como regalo no era de cristal.

Mientras se desarrollaban los argumentos y contraargumentos, Gansey se metió las manos en los bolsillos y se fue al garaje de su padre.

Por lo general, la casa familiar —una gran mansión de piedra caliza de los Cotswolds situada a las afueras de la ciudad de Washington— le inspiraba una especie de comodidad nostálgica, pero aquel día, Gansey no tenía paciencia para apreciarla. No dejaba de pensar en el esqueleto de Noah, las malas notas de Ronan y los árboles que hablaban en latín.

Y en Glendower.

Glendower yacente, ataviado con su bella armadura y envuelto en las sombras de su tumba. Así era la visión que Gansey había tenido en el árbol. En ella, se había atrevido a tocar la polvorienta superficie de la armadura, a palpar la punta de la lanza que descansaba junto al durmiente y a limpiar de polvo la copa a la que aún se agarraba su mano derecha.

Luego, se había acercado al yelmo y había colocado las manos sobre él. Aquel era el momento que estaba esperando: el despertar.

La visión había terminado entonces.

Gansey siempre se había sentido dividido en dos: estaba el Gansey soberano, capaz de controlar cualquier situación y de hablar con cualquiera, y después estaba el Gansey más frágil, nervioso e inseguro, siempre impaciente y dominado por anhelos fantasiosos. Aquel segundo Gansey, a su pesar, estaba ocupando demasiado espacio.

Tecleó la clave (la fecha de nacimiento de Helen) que abría la puerta del

garaje.

Espacioso como una casa, el garaje estaba hecho de piedra y madera y albergaba, bajo los arcos que sostenían el techo, varios miles de caballos de potencia que dormitaban en sus correspondientes motores.

Como su hijo, Dick Gansey II adoraba los coches antiguos, pero, a diferencia de este, todos sus automóviles habían sido devueltos a su resplandor original gracias al arduo trabajo de equipos de restauración, expertos cuyos miembros sabían hasta de cocina francesa y se codeaban con los más selectos coleccionistas del mundo del motor. La mayoría de los modelos procedían de Europa, y los había, por ejemplo, con el volante a la derecha o con el manual de mantenimiento en lenguas extranjeras. Pero lo más importante era que, de una u otra manera, todos tenían fama: habían sido propiedad de algún personaje famoso, habían participado en una película o habían estado involucrados en algún accidente célebre.

Gansey se sentó en un Peugeot de color vainilla en el que, por lo que sabía, podían haber viajado Lindberg, Hitler o Marilyn Monroe. Tras encontrar una posición cómoda en el asiento y apoyar los pies en los pedales, revisó las tarjetas que tenía en la cartera hasta encontrar la del orientador del colegio, el señor Pinter, y lo llamó por teléfono. Mientras oía sonar los tonos, se preparó para poner en marcha la versión de sí mismo más convincente y persuasiva.

—¿Señor Pinter? Lamento molestarle —dijo Gansey. Extendió las tarjetas sobre el salpicadero. El interior del coche le recordaba mucho, por la forma y el color, al robot de cocina de sus padres: el propio cambio de marchas podría pasar por un trozo de merengue—.

Soy Richard Gansey.

—Señor Gansey —dijo Pinter, tomándose su tiempo para ir pronunciando las sílabas de cada palabra. Gansey supuso que, de paso, aprovechaba para intentar ponerle cara.

Pinter era un hombre enérgico y recto. Gansey lo tenía por «muy tradicional», mientras que Ronan lo consideraba una «moraleja humana».

—Llamo por Ronan Lynch.

—Comprendo —Pinter no necesitó ni un segundo para identificar aquel

nombre—. Lo cierto es que no debo hablar de las circunstancias de su inminente expulsión…

—Con el debido respeto, señor Pinter —interrumpió Gansey, consciente de la paradoja que suponía interrumpir con aquella fórmula—, creo que no conoce al detalle nuestras circunstancias.

Mientras se rascaba la nuca con una tarjeta de crédito, describió el delicado estado emocional de Ronan, sus penosas noches de insomnio, lo positivo y constructivo que era el ambiente en Manufacturas Monmouth y todos los esfuerzos que habían hecho para que Ronan se encontrara lo más a gusto posible. Terminó su discurso afirmando lo convencido que estaba de que Ronan Lynch tenía por delante un futuro brillante toda vez que lograran detener la hemorragia que su padre, Niall Lynch, le había provocado en lo más profundo de su identidad.

—Dudo que ese futuro brillante que usted le adjudica al señor Lynch se corresponda con los valores que inculcamos en Aglionby —respondió Pinter.

—Señor Pinter —replicó Gansey, accionando la manivela para bajar la ventanilla del coche mientras buscaba un argumento lo bastante convincente —, Aglionby es una institución en la que se mezclan alumnos de todas las extracciones. Precisamente ese es el motivo por el que mis padres quisieron que me matriculara ahí y no en otro centro.

En realidad, la decisión había sido el resultado de cuatro horas de búsqueda en Google y una conversación por teléfono con su padre, pero Pinter no necesitaba saberlo.

—Señor Gansey, encuentro encomiable su preocupación por su ami…

—Mi hermano —puntualizó Gansey—. Lo cierto es que lo considero un hermano. Mis propios padres lo tratan como a un hijo más. En todos los sentidos de la palabra: en lo emocional, en lo práctico, en lo físico…

Pinter se quedó callado.

—La última vez que estuvo de visita, mi padre me dijo que la biblioteca de Aglionby tenía algunas lagunas en la sección de Historia Marítima —dijo Gansey. Introdujo la tarjeta de crédito en los conductos de ventilación del coche para ver hasta dónde llegaba y estuvo a punto de perderla—. De hecho, comentó que haría falta una inversión de unos treinta mil dólares para

resolver las deficiencias.

El tono de Pinter se volvió grave.

—Me parece que no entiende por qué el señor Lynch ha llegado a este extremo en Aglionby. Hace caso omiso de las normativas del colegio y trata a los profesores con un desprecio intolerable. Hasta ahora, hemos sido permisivos en razón de su complicada situación personal, pero parece que no se da cuenta de que formar parte de la Academia Aglionby es un privilegio y no una obligación. Su expulsión se hará efectiva el próximo lunes.

Gansey se echó hacia delante y apoyó la cabeza en el volante. «Ronan, Ronan, ¿por qué…?».

—Ya sé que lo ha estropeado todo. Y también que hace tiempo que deberían haberlo expulsado del colegio. Solo pido que me den hasta fin de curso. Sé que puedo hacer que supere los exámenes finales.

—No asiste a ninguna asignatura, señor Gansey.

—Le prometo que aprobará los exámenes finales.

Se hizo el silencio. Gansey oyó de fondo el rumor de un televisor encendido.

—Tendría que aprobar todos los exámenes finales y comportarse de manera intachable, o de lo contrario será expulsado de inmediato —concedió Pinter al fin—. Esta es su última oportunidad.

Gansey se incorporó, conteniendo el aliento.

—Le estoy muy agradecido.

—Por otra parte, no olvidaré el interés de su padre en nuestra sección de Historia Marítima. Espero recibir noticias.

Y Ronan que creía que no tenía nada que aprender de Pinter. Gansey sonrió a pesar de que la situación no le hiciera ni pizca de gracia.

—Los barcos siempre han sido un asunto importante en nuestra familia. Gracias por su tiempo, señor Pinter.

—Disfrute del fin de semana, señor Gansey —contestó Pinter.

Gansey colgó y lanzó el teléfono al salpicadero. Cerró los ojos y masculló un juramento. Ya había logrado que Ronan pasase los exámenes parciales. Seguro que podía volver hacerlo. Tenía que hacerlo.

El Peugeot se sacudió: alguien se había instalado en el asiento del

copiloto. A Gansey se le cortó la respiración. ¿Sería Noah?

Resultó que no.

—¿Te estás dejando seducir por esta belleza francesa? —le preguntó su padre—. Nada que ver con el trasto que conduces, ¿verdad?

Gansey abrió los ojos. Su padre estaba palpando el salpicadero en busca del más leve rastro de polvo. Lo miraba de reojo como si eso fuera suficiente para determinar su salud física y mental.

—Es bonito —dijo Gansey—. Pero no va conmigo.

—Me asombra que hayas conseguido llegar hasta aquí en ese cacharro —afirmó su padre—. ¿Por qué no te vuelves en el Suburban?

—El Camaro funciona perfectamente.

—Huele a gasolina.

Gansey se imaginó a su padre junto al garaje, inspeccionando el Camaro con las manos cruzadas detrás de la espalda, atento a cualquier indicio de pérdidas de aceite y arañazos en la pintura.

—Está estupendo, papá. Un primor.

—Lo dudo —contestó su padre, risueño pese a todo.

Así era Richard Gansey II. «Una persona encantadora, tu padre», le decía la gente a Gansey. «Siempre sonriente. Pase lo que pase, siempre con buena cara. Y no le faltan peculiaridades». Aquella última apreciación se debía a la costumbre de su padre de coleccionar antigüedades, husmear por todos los rincones y llevar un diario en el que apuntaba los sucesos ocurridos el catorce de abril de todos los años desde el principio de la historia.

—¿Se te ocurre por qué tu hermana se ha gastado tres mil dólares en ese horrendo plato de bronce? ¿Estará enfadada con tu madre? ¿Será una especie de inocentada?

—Creía que a mamá iba a gustarle.

—No es de cristal.

Gansey se encogió de hombros.

—Se lo dije.

La conversación quedó interrumpida unos momentos.

—¿Te apetece arrancarlo? —preguntó su padre.

A Gansey ni le iba ni le venía, pero puso la mano en la llave de contacto

y la accionó. El motor arrancó de inmediato, obediente; en comparación, el Camaro era harina de otro costal.

—Puerta cuatro, abrir —dijo su padre, y la puerta que tenían delante empezó a abrirse automáticamente. Viendo el gesto de pasmo de Gansey, explicó—: He instalado un sistema de reconocimiento de voz. El único problema es que, a veces, las puertas se abren si hay alguien gritando en las cercanías. Lo cual no es lo más conveniente desde el punto de vista de la seguridad, claro, pero lo voy a solucionar. De hecho, hace unas semanas intentaron entrar en casa. Pero no consiguieron pasar de la valla de entrada. Ahí tengo otro sistema de alarma instalado.

Cuando la puerta del garaje terminó de alzarse, quedó a la vista el morro del Camaro, que les bloqueaba el paso. Pig ofrecía una estampa estilizada, desafiante y brusca que contrastaba con la modestia sonriente del Peugeot. Gansey se enorgulleció. Comprar aquel coche había sido la mejor decisión de su vida.

—Nunca conseguiré acostumbrarme a esa cosa —comentó su padre sin malicia observando el Camaro.

Una vez, Gansey le había oído decirle a su madre: «¿Por qué estrambótica razón tiene que andar por ahí con ese coche?». Ella le había contestado: «Vamos, lo sabes muy bien». Se dijo que tenía que buscar una oportunidad para sacarle el tema a su madre y enterarse de cuál era la razón, según ella, que lo había llevado a adquirir el Camaro. A pesar de que le resultase incómodo analizar las motivaciones que lo habían ligado a Pig, intuía que tenían algo que ver con cómo se sentía a los mandos de aquel Peugeot antiguo y maravillosamente restaurado. Para él, los coches eran una manifestación del carácter de quien los conducía, y no soportaría ofrecer la misma imagen que las piezas de colección aparcadas en el garaje. Desde luego, sabía que tenía una gran semejanza física con su padre.

Pero, respecto su manera de ser, prefería con mucho parecerse al Camaro. Es decir, a Adam.

—¿Cómo van esos estudios? —le preguntó su padre.

—Genial.

—¿Cuál es tu asignatura favorita?

—Historia Universal.

—¿Buen profesor?

—Bastante aceptable.

—¿Y qué me cuentas de ese amigo tuyo, el de la beca? ¿Le cuesta más que en la escuela pública?

Gansey movió el retrovisor izquierdo para que reflejase el techo.

—Adam lo lleva bien.

—Debe de ser bastante inteligente.

—Es un genio —recalcó Gansey con convencimiento.

—¿Y el irlandés?

Después de la conversación con Pinter, Gansey no se veía con fuerzas para pintar de rosa la situación de Ronan. En circunstancias así, lamentaba ser hijo en lugar de padre.

—Ronan es como es —afirmó—. Se le hace difícil salir adelante sin su padre.

Richard Gansey II no hizo mención a Noah, y Gansey se dio cuenta de que, por lo que recordaba, jamás le había preguntado por él. De hecho, no se acordaba de ninguna ocasión en que hubiese hablado de Noah con su familia. No sabía si la policía llamaría a sus padres para informarlos de que habían encontrado el cadáver. Suponía que si todavía no lo habían hecho, lo más probable era que la llamada no llegase a producirse. Lo que sí había hecho la policía era darles a Blue y a él la tarjeta de un terapeuta. De poco valdría. La ayuda que necesitaban era de otra clase.

—¿Y en qué estado se encuentra tu investigación sobre la línea ley?

Gansey meditó antes de responder.

—He hecho algunos descubrimientos inesperados. Henrietta tiene mucho potencial.

—Entonces, por lo que veo, estás bastante bien, ¿no? Tu hermana dijo que te veía un poco melancólico.

—¿Melancólico? Helen es tonta.

Su padre hizo chasquear la lengua.

—Dick, esa no es manera de hablar. Di lo que piensas, pero sé educado.

Gansey apagó el motor y miró de soslayo a su padre.

—Lo que pienso es que le compró a mamá un plato de bronce como regalo de cumpleaños.

—Mmm… —ese sonido implicaba que su padre le daba la razón—. En fin, lo que quiero es que seas feliz y que hagas muchas cosas.

—Ya —respondió Gansey, recogiendo el móvil del salpicadero. Sin embargo, en lo que estaba pensando era en cómo introducir tres meses de apuntes en el cerebro de Ronan, cómo devolver a Noah a su estado original, cómo convencer a Adam de que se marchase de la casa de sus padres sin que ello implicara abandonar Henrietta, y qué broma gastarle a Blue la próxima vez que se viesen—. No te preocupes. No me faltan cosas que hacer.

Capítulo 32

Al terminar las clases, Blue llamó a la puerta de Manufacturas Monmouth. Le abrió Ronan.

—No estabais fuera —dijo, un tanto avergonzada. A pesar de conocerlos desde hacía semanas, todavía no había estado en su casa, y el mero hecho de encontrarse en la escalera la hacía sentirse como una entrometida—. Pensé que a lo mejor os habíais ido.

—Gansey está en casa de sus padres —respondió Ronan. El aliento le olía a cerveza—.

Y el puñetero Noah es un fiambre. Está Parrish, eso sí.

—Ronan, déjala pasar —dijo Adam, situándose tras su amigo—. Hola, Blue. Es la primera vez que subes, ¿no?

—Sí. Igual no debería…

—Qué va. Entra…

Tras varios titubeos, se cerró la puerta y Blue se encontró en el interior, bajo la mirada escrutadora de Adam y Ronan, que esperaban su reacción.

Blue observó el panorama. Parecía el domicilio de un inventor chalado, de un investigador obsesionado o de un explorador caótico; conociendo a Gansey, podían ser las tres cosas a la vez.

—¿Qué hay en el piso de abajo?

—Polvo —contestó Ronan apartando con el pie, disimuladamente, unos vaqueros sucios con calzoncillo incluido que estaban en el suelo—. Y cemento. Y más polvo. Y mugre.

—Has olvidado el polvo —bromeó Adam dirigiéndose hacia dos puertas situadas en el fondo de la estancia.

Durante unos momentos, tanto Ronan como Adam se quedaron mirándolo todo como si también para ellos fuese la primera vez. Teñida de rojo por la luz que penetraba por los ventanales, la extensa sala era bonita y estaba atestada. A Blue le recordó al diario de Gansey.

Por primera vez en varios días, se acordó de la visión que había tenido, en que él le tocaba la cara con los dedos.

«Blue, bésame».

Inspiró aire y se dio unos segundos para poner las ideas en orden.

—Tengo que darle de comer a Sierra —anunció Ronan.

Blue no entendía nada. Ronan se metió en una pequeña oficina y cerró la puerta. Se oyó una especie de graznido sobre el que Adam no hizo comentarios.

—Como ves, no tenemos planes para hoy —dijo Adam—. ¿Te apetece quedarte un rato?

Blue buscó un sofá con la mirada. Los sofás ayudaban a pasar el rato. Vio, sin embargo, una cama deshecha en el centro de la sala, un sillón de cuero muy lujoso (con relucientes tachuelas de latón para sujetar la piel) que miraba hacia los ventanales y una mesa plagada de papeles. Nada de sofá.

—¿Noah…?

Adam meneó la cabeza.

Blue suspiró. Quizá Adam tenía razón respecto a lo del cuerpo de Noah. Quizá, al alejarlo de la línea ley, le había arrebatado la energía.

—¿Está aquí? —preguntó.

—Me parece que sí, pero no estoy seguro.

—Noah, si quieres, puedes utilizarme —dijo Blue mirando al vacío—. Usa mi energía si la necesitas.

Adam adoptó una expresión enigmática.

—Eres muy valiente.

Blue no estaba de acuerdo: si su madre tuviera que fiarse de su valor, no la llevaría a la guardia de la iglesia.

—Me gusta ser útil. ¿Y qué me cuentas? ¿Tú también vives aquí?

Adam sacudió la cabeza mientras contemplaba las vistas de Henrietta a través de los ventanales.

—Eso querría Gansey. Le gusta tenerlo todo a mano —comentó con cierta amargura; luego agregó—: Perdona, no pretendía criticarlo. Tiene buena intención. Lo que pasa es que… bueno, es la casa de Gansey. Todo lo que ves es suyo. Yo necesito sentirme un igual, y no podría si viviera aquí.

—¿Dónde vives, entonces?

El gesto de Adam se tornó adusto.

—En un lugar hecho para marcharse.

—Menuda manera de esquivar la pregunta.

—Ni siquiera es una casa propiamente dicha.

—¿Tan terrible sería que vivieras aquí? —Blue admiró la altura del techo. Olía a polvo, pero de un modo agradable, como en una biblioteca o un museo.

—Pues sí —repuso Adam—. Cuando pueda permitírmelo, viviré en un sitio que sea mío.

—Y por eso vas a Aglionby, ¿no? ¿Para poder permitírtelo?

Adam la miró a los ojos.

—Sí, por eso voy a Aglionby.

—A pesar de que no tengas dinero.

Adam titubeó.

—Adam, a mí esas cosas no me importan —afirmó Blue, con ánimo de abordar temas que intuía sensibles—. Sé que a otra gente sí, pero no es mi caso.

Él torció un poco el gesto e inclinó levemente la cabeza para asentir.

—Sí, a pesar de que no tengo dinero.

—Pues ya que estamos con confesiones… —respondió Blue—, yo tampoco soy rica.

Adam soltó una sonora carcajada, y Blue descubrió, no sin algo de temor, que la alegraba oír aquella explosión de risa de la que incluso él mismo se sorprendía.

—En fin —dijo él—. Ven por aquí. Hay algo que creo que te gustará.

Haciendo crujir el suelo a cada paso, rodearon la mesa para llegar a los ventanales, en el costado opuesto. Una vez allí, Blue vio tanta altura que tuvo vértigo: los gigantescos ventanales de la vieja fábrica nacían a la altura del suelo, y la primera planta resultó ser mucho más alta que la de su casa. Acuclillado, Adam empezó a rebuscar en unas cajas de cartón acumuladas junto a los cristales.

Al cabo de unos instantes, separó del ventanal una de las cajas y le indicó a Blue que se sentase a su lado. Ella obedeció. Adam buscó una postura cómoda y terminó por dejar la rodilla pegada a la de Blue. No la miraba,

pero, por su actitud, se le notaba que estaba muy al tanto de su presencia. Blue tragó saliva.

—Estas son cosas que Gansey ha ido encontrando —explicó Adam—. Si están aquí es porque no las aceptarían en un museo o porque no se puede demostrar su antigüedad, aunque hay algunas de las que, simplemente, Gansey no ha querido desprenderse.

—¿Te refieres a lo que hay en esta caja? —preguntó Blue.

—En todas las cajas. Esta es la de lo hallado en Virginia —Adam inclinó la caja, y lo que contenía se desparramó por el suelo, incluyendo una buena cantidad de tierra.

—Lo de Virginia, ¿eh? ¿Y qué hay en las demás?

La sonrisa de Adam tenía un deje infantil.

—Cosas de Gales, Perú, Australia, Montana y lugares por el estilo.

Blue escogió un palo con una bifurcación en uno de los extremos.

—¿Esto es otra vara de zahorí? —Aunque nunca hubiera utilizado una, Blue sabía que algunos especialistas en lo esotérico las empleaban para concentrarse e intuir el paradero de objetos perdidos, cadáveres o incluso naufragios. Eran la versión rudimentaria del medidor de frecuencias electromagnéticas de Gansey.

—Supongo. A lo mejor no es más que un palo —Adam le enseñó una moneda romana antigua que Blue empleó para rascar la pátina de polvo petrificado que se le había quedado pegada a una pequeña figura con forma de perro. Se trataba de una talla en piedra y le faltaba una de las patas; en la zona fracturada se veía que la piedra tenía un color más claro que la capa que la envolvía.

—Diría que tiene hambre —comentó Blue. Aquel perro de piedra la hizo pensar en el cuervo que habían visto en las montañas, de cabeza echada hacia atrás y cuerpo alargado.

Adam cogió una piedra perforada por el centro y, situándola frente a su cara de modo que le tapara las últimas marcas de los moratones, miró a Blue a través del agujero.

Blue se hizo con una piedra similar y lo imitó. Se fijó en que el sol de la tarde coloreaba de rojo el costado de la cara de Adam.

—Fue agua lo que agujereó estas piedras —explicó Adam—. Agua de mar. Pero Gansey las encontró en las montañas. Si no me equivoco, cree que están relacionadas con otras piedras parecidas que se trajo de Inglaterra.

Adam siguió observándola a través de la piedra, que sujetaba a modo de monóculo.

Blue vio que la nuez le subía y le bajaba por la garganta y que, de pronto, alargaba una mano y le tocaba la cara.

—Eres muy guapa —musitó.

—Será por la piedra —repuso ella, sintiéndose enrojecer; le había rozado la comisura de los labios—. Pero gracias.

Con suma cautela, Adam dejó la piedra entre ellos, sobre los tablones del suelo.

Luego, enredó los dedos en uno de los mechones que le colgaban a Blue a la altura de las mejillas.

—Mi madre siempre dice que hay que disfrutar de los cumplidos porque son gratis — dijo con acusada seriedad—. Espero que lo estés disfrutando, Blue.

Blue se toqueteó el dobladillo del vestido, pero no desvió la mirada.

—No sé cómo responder cuando dices cosas así.

—Podrías pedirme que las siga diciendo.

Blue se debatió entre el deseo de animarlo a continuar y el temor a las implicaciones que eso tenía.

—Me gusta que digas cosas así.

—¿Pero? —inquirió Adam.

—No hay peros.

—Sí que los hay. Se te nota.

Blue estudió su rostro, frágil y extraño a causa de los moratones. Resultaba sencillo tomar a Adam por tímido o inseguro, como Noah, pero, en opinión de Blue, sería un error.

Sencillamente, tenía un carácter tranquilo. No era que tuviese problemas para comunicarse, sino que prefería observar.

Sin embargo, saber aquellas cosas sobre él no ayudaba a Blue a resolver sus dudas respecto a avisarlo o no del peligro que supondría que se besaran.

Había sido mucho más fácil decírselo a Gansey, porque con él no parecía que importase tanto. Por nada del mundo querría asustar a Adam soltándole no se sabía qué cosas sobre el amor verdadero, cuando hacía tan poco que se conocían. Pero si permanecía callada, se arriesgaba a que se atreviese a robarle un beso, lo cual les traería muchos problemas a ambos.

—Me gusta que digas cosas así, pero… me da miedo que se te ocurra besarme — admitió Blue. Se arrepintió al instante y, como vio que Adam no decía nada, agregó rápidamente—: Nos acabamos de conocer. Y yo… yo… aún soy muy joven.

No se había atrevido a revelarle la profecía e ignoraba qué voz interna la había empujado a presentar semejante excusa: «Aún soy muy joven». Estaba espantada.

—Me parece muy… —Adam trató de encontrar la palabra exacta—. Sensato.

Eso mismo había dicho Neeve de ella hacía unas semanas, al llegar. Por lo visto, era muy sensata. Lo encontró descorazonador. Había hecho muchos esfuerzos para favorecer los aspectos más extravagantes de su personalidad, pero a la hora de la verdad, resultaba que se quedaba en sensata.

Tanto Adam como Blue alzaron los ojos al oír unos pasos que atravesaban la estancia en su dirección. Era Ronan, que traía algo en las manos. Se inclinó con cuidado y se sentó junto a Adam con los brazos cruzados; a continuación, suspiró pesadamente como si hubiese participado en la conversación y estuviese ya harto de ella. Su irrupción implicaba que el tema de los besos había acabado. Para Blue, fue tanto un alivio como una decepción.

—¿Te apetece conocer a Sierra? —le preguntó Ronan.

Ese fue el momento en que Blue descubrió que lo que Ronan llevaba era un ser vivo. Durante unos segundos, no pudo sino regodearse en la ironía de que un chico del cuervo tuviese precisamente un cuervo. Al verla ensimismada, Ronan dio por supuesto que la respuesta a la pregunta era que no.

—Eh, espera —le dijo Blue al ver que escondía de nuevo el animal—. Sí que quiero tocarlo.

En realidad, no las tenía todas consigo, porque el cuervo tenía un aspecto bastante delicado. Pero se obligó. Una vez más, comprendió que intentaba congraciarse con Ronan por la sola razón de que era una persona con la que parecía muy difícil congraciarse, pero se consoló pensando que, al fin y al cabo, tan solo se trataba de tener un pájaro en el regazo.

Cauteloso, Ronan le colocó el cuervo en las manos. Blue advirtió lo liviano que era y percibió que tenía las plumas húmedas por el sudor de las manos de Ronan. La criatura echó la cabeza hacia atrás y, entreabriendo el pico, escrutó a Blue y a Adam.

—¿Cómo se llama? —preguntó Blue. Tenerlo entre las manos le provocaba una mezcla de repugnancia y cariño. Era una criatura endeble y diminuta, y se le notaba al tacto la aceleración del pulso.

—Sierra —informó Adam bruscamente.

El cuervo abrió el pico del todo y lanzó miradas desesperadas a un lado y a otro.

—Creo que quiere volver contigo —dijo Blue, atenta a las reacciones del animal.

Ronan se lo quitó de las manos y le acarició las plumas del cuello.

—Con esa bestezuela, pareces el malo de la película —opinó Adam.

A Ronan le cruzó la cara una sonrisa, y Blue distinguió en su gesto que estaba de mejor humor que nunca, como si aquel cuervo fuese su corazoncito y al fin se hubiese atrevido a mostrarlo.

Se abrió una puerta en el otro lado de la estancia. Adam y Blue se miraron. Ronan agachó un poco la cabeza, como si creyera que alguien estaba a punto de golpeársela.

Nadie dijo nada cuando Noah se sentó en el hueco que había entre Ronan y Blue. A Blue le pareció que estaba como siempre, con los hombros encorvados y las manos sometidas a constantes movimientos motivados por puro nerviosismo. La cara, como las otras veces, lucía aquel curioso borrón, que sin duda marcaba el lugar en que había recibido el golpe mortal. Blue consideró que cuanto más lo observaba, mayor era la certeza de que lo que estaba viendo era, a la vez, el cadáver y la persona viva. Y lo que conectaba lo uno con otro era el borrón.

Adam fue el primero en animarse a hablar.

—Noah —dijo levantando una mano cerrada.

Tras un titubeo inicial, Noah accedió a chocar los puños con él. Después se rascó la nuca.

—Me siento mejor —anunció, como refiriéndose a una enfermedad que estuviese remitiendo.

Los objetos de la caja continuaban diseminados por el suelo, y se puso a toquetearlos. Tras revolver un poco, se hizo con lo que parecía un trozo de hueso tallado que debía de pertenecer a una pieza de mayor tamaño. Lo único que quedaba del dibujo original eran una hoja de acanto y, quizá, unas letras. Noah se lo colocó en el cuello a modo de amuleto. Evitó cruzar la mirada con nadie, pero tocó la rodilla de Blue con la suya.

—Quiero que sepáis —dijo presionándose la nuez con el trozo de hueso como si tuviera que exprimirla para lograr que le salieran las palabras— que era… más… yo… cuando estaba vivo.

Adam se mordió el labio, incapaz de responder. Sin embargo, Blue creyó entender qué quería decir. Tal como estaba, se parecía tanto a la cara sonriente que figuraba en el permiso de conducir que había encontrado Gansey como una fotocopia al original. Desde luego, Blue no lograba imaginárselo conduciendo aquel Mustang trucado.

—Estás bien como estás —dijo Blue—. Te he echado de menos.

Con una sonrisa demacrada, Noah extendió una mano y acarició el pelo de Blue, como solía. Ella apenas pudo notar la presión de sus dedos.

—Oye, colega —dijo Ronan—. Mira que me dabas el coñazo con lo de que no voy a clase. Pero el que nunca iba a clase eras tú.

—Pero tú ibas a clase, ¿verdad, Noah? —repuso Blue, recordando la insignia de Aglionby que había visto en el esqueleto—. Fuiste alumno de Aglionby.

—Lo soy —matizó Noah.

—Lo fuiste —recalcó Ronan—. Ahora ya no vas a clase.

—Tú tampoco —replicó Noah.

—Sí, Ronan también será un exalumno —terció Adam.

—¡Ya vale! —exclamó Blue levantando las manos. Se sentía atacada por

un frío repentino, seguramente porque Noah estaba sirviéndose de su energía. Y lo último que quería era quedarse sin fuerzas como le había sucedido en la iglesia—. La policía ha dicho que te dieron por desaparecido hace siete años. ¿Es así?

Noah pestañeó con expresión de alarma.

—Yo no… no puedo…

Blue le tendió una mano.

—Agárrala —dijo—. Cuando estoy con mi madre en una sesión y ella necesita concentrarse, siempre me toma de la mano. Quizá te ayude.

Noah obedeció a regañadientes. Cuando notó el contacto con sus dedos, Blue percibió que estaban congelados, congelados y también vacíos como una carcasa sin pulso.

«Por favor, Noah, no te mueras de verdad».

Noah suspiró.

—Caramba —musitó.

Le había cambiado la voz. Sonaba más próxima al Noah que Blue había conocido, el que formaba parte de la singular familia de Manufacturas Monmouth. Blue supo que no era la única que se había dado cuenta: Adam y Ronan intercambiaban miradas de complicidad.

Observó a Noah hinchar y deshinchar el pecho e ir pausando el ritmo de la respiración. Hasta entonces le había pasado inadvertido que respirase.

Noah cerró los ojos. Sin soltar el trozo de hueso, apoyó la mano sobre los zapatos.

—Me estoy acordando de mis notas, de la fecha en que me las pusieron… hace siete años.

Siete años. La policía había acertado. Estaban hablando con un chico que llevaba muerto siete años.

—El mismo año en que a Gansey le picaron las avispas —musitó Adam. Variando el tono, añadió—: «Vivirás por Glendower. Otros mueren en la línea ley cuando no debieran, conque tú vivirás cuando debieras morir».

—Coincidencias —comentó Ronan, simplemente por llevar la contraria.

Noah se mantuvo con los ojos cerrados.

—Yo fui a hacer algo en la línea ley. No consigo acordarme de lo que me

dijo él que debía hacer.

—Venga, inténtalo —lo animó Adam.

Noah asintió, pero no abrió los ojos. A Blue se le estaba durmiendo el brazo entero.

—Sí, ya sé. A mí me daba igual. Era cosa suya, y yo lo acompañaba por pasar el rato.

No sabía lo que se proponía…

—El ritual del que habla Gansey —le dijo Adam a Ronan—. Ya lo había intentado alguien antes. Se supone que hay que ofrecerle un sacrificio a la línea ley, y el sacrificado fuiste tú, Noah, ¿verdad? Alguien te asesinó por eso.

—Mi cara —murmuró Noah, inclinando la cabeza para protegerse la mejilla con el hombro—. He olvidado cuándo dejé de estar vivo.

Blue se estremeció. La luz que bañaba la estancia tenía el tono de la primavera, pero ella sentía que el invierno se le estaba apoderando hasta de los huesos.

—Pero no salió bien —dijo Ronan.

—Estuve a punto de despertar a Cabeswater —susurró Noah—. Nos faltó muy poco. Y menos mal. Porque me alegro de que él no lo descubriera. No lo sabe. No sabe dónde está.

Blue sintió escalofríos. No solo por el frío que le transmitía la mano de Noah, sino también por el espantoso relato. Deseó que su madre y las demás mujeres de la casa no tuvieran que pasar por cosas así durante las sesiones.

«¿Le darán la mano a los muertos?».

Siempre había creído que la muerte era algo permanente e inmutable, o que al menos era lo contrario de la vida. Pero Noah no encajaba en ninguna de aquellas categorías.

—Bueno, ya basta de andarse por las ramas —farfulló Ronan—. ¿Quién fue, Noah?

A Noah le temblaron las manos.

—En serio, tío. Suéltalo ya. No te estoy pidiendo que me ayudes a estudiar. Lo que te pido que me digas es quién te machacó la cabeza.

Ronan hablaba con ira, y aquello lo honraba, pero daba la impresión de

que, en cierto modo, también culpaba al propio Noah de lo que había pasado.

—Éramos amigos —respondió Noah, humillado.

—Un amigo no asesina —masculló Adam con repentina ferocidad.

—No lo entendéis —murmuró Noah. Blue tuvo miedo de que desapareciese. Hablaban de algo que Noah había mantenido en secreto durante siete años y, aun así, le costaba confesarlo—. Estaba disgustado. Lo había perdido todo. Si no hubiera estado tan agitado, no creo que hubiese… Porque no pretendía… Éramos tan amigos como… ¿Vosotros le tendríais miedo a Gansey?

Adam y Ronan no respondieron, ni falta que hacía. Gansey les inspiraba una confianza a prueba de bomba. Aun así, Blue no dejó de notar cierto cariz de culpabilidad en la expresión de Adam. Se le notaba que seguía preocupado por la visión que había tenido, y que eso, de algún modo, involucraba a Gansey.

—Venga, Noah. Un nombre —insistió Ronan, incisivo—. ¿Quién te mató?

Noah levantó la cabeza y fue abriendo los ojos. Luego, retiró la mano que hasta entonces había estado en contacto con la de Blue y la dejó reposar sobre el regazo. Todo se quedó como detenido. El cuervo se había ocultado bajo las manos protectoras de Ronan.

—Ya lo sabéis —dijo Noah.

Capítulo 33

Había anochecido cuando Gansey salió de casa de sus padres. Se le juntaba en las entrañas aquella sensación de insatisfacción e intranquilidad que solía acompañarlo tras visitar a su familia. Tenía que ver con la certeza de que aquella casa ya no era su hogar y también con la percepción de que sus padres no habían cambiado y él sí.

Mientras conducía, bajó la ventanilla y sacó una mano para sentir la brisa. La radio había vuelto a estropearse, y la única música era la del motor: el Camaro hacía aún más ruido por la noche.

La conversación con Pinter se repetía en su cabeza una y otra vez. Soborno. A eso había hecho falta llegar. Se daba cuenta de que lo que lo carcomía por dentro no era otra cosa que la vergüenza. No importaba cuánto se empeñara en remediarlo: siempre acababa comportándose como quien era.

Sin embargo, ¿de qué otro modo iba a lograr que Ronan siguiese en Aglionby y en Monmouth? Repasó los argumentos que le expondría a Ronan en cuanto tuviera oportunidad, pero ninguno de ellos le sonó lo bastante persuasivo teniendo en cuenta el carácter de quien los recibiría. ¿Por qué le costaba tanto a Ronan ir a clase? ¿Cómo era posible que le resultase tan difícil superar tan solo un curso más?

Todavía le quedaba media hora de viaje para llegar a Henrietta. En una población diminuta que se limitaba, por lo visto, a una estación de servicio y unas cuantas farolas, frenó el coche a la altura de un semáforo que se había puesto en rojo para dar paso al inexistente tráfico de una carretera transversal.

Lo único que Ronan debía hacer consistía en ir a clase, estudiar un poco y aprobar los exámenes. Después de eso, accedería al dinero que le guardaba Declan y sería libre de hacer lo que le diera la gana.

Gansey le echó un vistazo al teléfono. No había señal. Quería hablar con Adam.

El aire que entraba por la ventanilla perfumó el habitáculo con un aroma a hojas y agua, a secretos y a vida. Por encima de todo, Gansey deseaba

dedicarle más tiempo a Cabeswater, pero las clases le iban a robar muchas horas durante la semana —tras la charla con Pinter, ni Ronan ni él podían faltar— y, además, después tendría que asegurarse de que Ronan estudiase. El mundo era una ventana abierta llamándolo a gritos, Noah lo necesitaba y Glendower parecía más cercano que nunca, pero en lugar de dar el salto y aprovechar la oportunidad, Gansey tenía que hacer de niñera. Jodido Ronan.

El semáforo se puso en verde. Gansey le dio tal pisotón al acelerador que las ruedas chirriaron y echaron humo. Pig salió catapultado hacia delante. Jodido Ronan. Gansey fue engranando marchas cada vez más largas, cada vez más aprisa, aprisa. El motor se desgañitaba y elevaba el caudal de potencia. Jodido Ronan. La aguja del velocímetro rotó hasta situarse en el rojo.

Gansey alcanzó el límite de velocidad. El coche daba mucho más. El motor funcionaba bien con aquel ambiente fresco. Era un mecanismo eficaz y simple, y Gansey tuvo unas ganas irrefrenables de exprimirlo a tope.

Se tomó unos momentos. Se permitió un suspiro lento y profundo.

Si fuese como Ronan, seguiría acelerando hasta el final. Ronan era así: sin límites, sin miedos, sin restricciones. Si fuese como Ronan, aplastaría el acelerador hasta que se lo impidiera la propia carretera, o un árbol, o un policía. Al día siguiente, se saltaría las clases e iría al bosque. Le diría a Ronan que la expulsión era problema suyo y que se las apañara como pudiese.

Pero Gansey no era así.

El Camaro dio una sacudida. Gansey levantó el pie del acelerador y estudió los distintos indicadores, pobremente iluminados, pero no vio nada que se saliera de lo normal.

Sin embargo, una segunda sacudida le indicó que la fiesta se había acabado.

Antes de que el motor se calara, tal como había ocurrido el día de San Marcos, tuvo apenas tiempo de encontrar una carretera abandonada más o menos llana por la que desviarse. Mientras dejaba que la inercia continuase empujando el coche, probó a accionar la llave de contacto, pero fue en vano.

Así las cosas, soltó el peor juramento que se le ocurrió, se bajó del coche y abrió el capó. Adam le había enseñado lo básico: a reemplazar una bujía o

a cambiar el aceite. Si encontrase una correa fuera de sitio o un manguito roto sobresaliendo de las tripas del Camaro, se habría sentido capaz de emprender la reparación. Pero, tal como estaba, el motor constituía un enigma.

Se sacó el teléfono del bolsillo trasero y comprobó que había una señal muy débil, insuficiente para hacer una llamada. Dio varias vueltas al coche sosteniendo el teléfono por encima de la cabeza, al estilo Estatua de la Libertad. Pero nada.

Un tanto amargado, recordó que su padre le había sugerido que se llevase el Suburban.

No sabía a cuánta distancia estaba de la estación de servicio por la que había pasado, pero calculó que se encontraba más lejos que Henrietta. Si se ponía a caminar hacia el pueblo, quizá el teléfono no tardaría mucho en recuperar la cobertura. Por otra parte, tal vez fuera mejor quedarse donde estaba. A veces, cuando Pig dejaba de funcionar, volvía a arrancar al cabo del rato, cuando el motor se había enfriado.

Aun así, Gansey se sentía demasiado nervioso para estarse quieto.

Mientras cerraba el coche, vio unos faros que se aproximaban. Tras volver la cabeza para evitar que lo deslumbraran, oyó una puerta de coche que se abría y unos pies que crujían al pisar la gravilla de la carretera.

A primera vista, la figura que se le acercaba le resultó desconocida: parecía un enano en lugar de un hombre. Pero al cabo de unos momentos lo reconoció.

—¿Whelk? —exclamó.

Barrington Whelk llevaba una cazadora oscura y zapatillas deportivas, y había algo extraño e intenso en las sobredimensionadas facciones que le componían el rostro. Tenía aspecto de querer hacer una pregunta y no ser capaz de encontrar las palabras para formularla.

Desde luego, no se interesó por lo que hacía Gansey allí ni por la avería del Camaro.

En lugar de eso, se lamió los labios y dijo:

—Quiero tu diario. Y también me tendrás que dar tu teléfono.

Gansey creyó que había oído mal.

—¿Cómo?

Whelk extrajo del bolsillo de la cazadora una pequeña pistola, tan real que Gansey tuvo que pestañear para dar crédito a lo que estaba viendo.

—Quiero el diario que llevas a clase. Y el teléfono. Ahora.

Resultaba bastante difícil pensar con claridad delante de una pistola. Y más aún pasar del Barrington Whelk medio raro del que bromear con Ronan y Adam a un Barrington Whelk que le estaba apuntando con un arma.

—Vale —dijo Gansey—. Está bien.

No había mucho que decir. Valoraba su vida bastante más que cualquiera de sus posesiones, exceptuando, quizá, el Camaro, en el que, por lo demás, Whelk no parecía tener mucho interés. Gansey le entregó el teléfono.

—El diario está en el coche —informó.

—Ve a buscarlo —Whelk le apuntó a la cabeza con el cañón de la pistola.

Gansey abrió el coche.

Lo último que recordaba de Whelk era que les había devuelto corregidos unos ejercicios de latín, sobre la cuarta declinación.

—Ni se te ocurra intentar huir en ese coche —avisó Whelk.

A Gansey no se le había ocurrido que si el Camaro estuviese en condiciones, habría podido escaparse.

—También quiero saber qué has estado haciendo esta semana —dijo Whelk.

—¿Perdón? —repuso Gansey, cortés. Estaba buscando el diario en el asiento trasero, y el ruido que hacían los papeles no le había permitido entender lo que había dicho Whelk.

—No te pases de listo —le espetó Whelk—. La policía llamó al colegio. No me lo podía creer. Después de siete años. Van a llover las preguntas. Si tienen mi nombre, van a tardar dos segundos en encontrar muchas de las respuestas. Y todo por tu culpa. Siete años, y ahora resulta que estoy… jodido. Gracias a ti.

Al salir del Camaro con el diario en las manos, Gansey alcanzó a comprender lo que Whelk estaba diciendo: Noah. Aquel hombre había asesinado a Noah.

Empezó a sentir algo en las entrañas. No era miedo. Era una especie de tirantez como de puente colgante que estuviese a punto de romperse bajo el peso. Sospechaba que toda su vida dependía de aquel momento.

—Whelk…

—Dime qué has estado haciendo.

—Fui a las montañas, cerca de Nethers —respondió Gansey con voz remota. Era la verdad. No tenía mucho sentido mentir. Había apuntado las coordenadas en el diario que estaba a punto de entregar.

—¿Qué viste? ¿Has encontrado a Glendower?

Gansey se quedó perplejo. De algún modo, creía que lo que ocurría se debía a otro motivo, a algo con más lógica, pero acababa de oír el nombre de Glendower.

—No —dijo—. Vimos un cuervo dibujado en el suelo.

Whelk alargó una mano para que le diera el diario. Gansey tragó saliva.

—Whelk —insistió—, ¿de verdad es este el único camino?

Se oyó un chasquido inconfundible. Era el mismo sonido que Gansey había oído en infinidad de películas y videojuegos de acción. Era la primera vez que lo oía en directo, pero sabía perfectamente que procedía de una pistola que acababa de ser montada.

Whelk le puso el cañón del arma en la frente.

—Hay otro camino —murmuró—. Es este.

Gansey tuvo la misma sensación de distanciamiento que al ver la avispa en Manufacturas Monmouth. Por un lado, captaba la realidad: el metal del arma presionándole la piel, frío como el hielo; por otro, la posibilidad: el dedo de Whelk apretando el gatillo, la bala perforándole el cráneo, morir en lugar de regresar a Henrietta.

El diario le pesaba en las manos. No lo necesitaba. Guardaba en la memoria todo lo que había en sus páginas.

Pero también era su vida. Iba a desprenderse del resultado de muchos meses de esfuerzo.

«Empezaré un diario nuevo».

—Si me lo hubieses pedido —dijo Gansey—, te lo habría contado todo yo mismo.

Todo lo que está escrito en el diario. No hay nada que sea secreto.

La pistola vibró.

—No puedo creer que te molestes en decir una cosa así con una pistola en la cabeza — murmuró Whelk.

—Resulta que es la verdad —contestó Gansey, dejando que le quitase el diario de las manos.

—Me das asco —masculló Whelk, apretándose el diario contra el pecho —. Te crees que eres invencible. ¿Pues sabes qué? Te equivocas, igual que me equivoqué yo.

Al oír aquellas palabras, Gansey supo que Whelk iba a matarlo. Que alguien tan lleno de odio y amargura solo podía disparar.

La cara de Whelk se tensó.

Gansey creyó que el tiempo se había detenido y que lo único que quedaba era el espacio entre una respiración y la siguiente.

Siete meses atrás, Ronan le había explicado cómo lanzar un gancho de boxeo.

«Pega con todo el cuerpo, no solo con el puño».

«Elige en dónde quieres golpear».

«Pon el codo a noventa grados».

«No pienses en lo que te va a doler».

«Gansey. Te lo estoy diciendo: no pienses en lo que te va a doler».

Y atacó.

Olvidó casi todas las recomendaciones de Ronan, pero se acordó de elegir en dónde quería golpear; eso y algo de suerte le permitieron acertarle a la pistola y hacer que cayera al suelo.

Whelk pegó un alarido.

Ambos se arrojaron hacia el arma. Gansey tropezó y, no bien hubo recuperado el equilibrio, lanzó un puño hacia delante, a ciegas. Notó que chocaba con algo; primero, con el brazo de Whelk, y después, con un objeto más pequeño y pesado. La pistola resbaló por la gravilla hacia las ruedas traseras del Camaro, y Gansey corrió a situarse en el costado opuesto del coche, adonde no llegaba el haz de los faros del automóvil de Whelk. La única idea que le ocupaba la cabeza era ponerse a cubierto y quedarse

agazapado en la sombra.

Reinó el silencio. Haciendo lo posible por no jadear, Gansey pegó la mejilla a la carrocería de Pig, todavía caliente. Le dolía la mano con que había golpeado el arma.

«No respires».

Del otro lado del coche, Whelk no dejaba de soltar maldiciones. La gravilla crujió cuando se agachó junto al Camaro. No encontraba el arma. Maldijo una vez más.

En la distancia, se oyó el rumor de un motor. Un coche que se aproximaba. Alguien que podía presenciar lo que estaba ocurriendo, e incluso intervenir.

Durante unos momentos, Whelk no hizo ruido, y luego, de pronto, echó a correr, y el eco de sus pisadas fue debilitándose. Se había ido a su coche.

Gansey bajó la cabeza y oteó por debajo del chasis de Pig, que crujía al irse enfriando. Divisó la silueta del arma entre las ruedas traseras, recortada sobre la claridad procedente de los faros del coche de Whelk.

No supo si Whelk iba a huir o si quizá había ido en busca de una linterna. Pero decidió retirarse un poco más, hundirse unos pasos en la oscuridad. Y se quedó allí, tendido en la hierba y muy quieto, con el pulso retumbándole en los oídos.

El coche de Whelk salió a la carretera y aceleró hacia Henrietta.

El otro coche pasó y siguió adelante en la misma dirección, ajeno a todo.

Gansey permaneció acostado durante un largo rato, oyendo el zumbido de los insectos y los ruidos metálicos que hacía el Camaro a medida que el motor perdía temperatura. El dolor de la mano iba en aumento. Había sido una suerte desarmar a Whelk.

Pero se había hecho bastante daño.

Y el diario. Se sintió como desnudo: le habían arrebatado a la fuerza la crónica en la que figuraban sus anhelos más profundos.

En cuanto tuvo la certeza de que Whelk no iba a volver, Gansey se puso de pie y rodeó el Camaro. Se arrodilló junto a las ruedas, introdujo el brazo entre el chasis y el suelo y lo estiró cuanto pudo, hasta que tocó el metal de la pistola con las yemas de los dedos.

Tras hacerse con ella, con extrema cautela, devolvió el percutor a la posición de seguridad.

Le pareció oír de nuevo lo que había dicho Blue al encontrar el cuerpo de Noah: «¡Huellas dactilares!».

Con la sensación de encontrarse en un sueño, Gansey abrió la puerta del coche y dejó el arma en el asiento del copiloto. No reconocía nada: ni la noche, ni el coche, ni la persona que lo había conducido hasta allí.

Cerrando los ojos, hizo girar el contacto.

Pig estuvo tosiendo unos segundos, pero el motor acabó por arrancar.

Gansey abrió los ojos. Nada de lo que veía era igual a como lo recordaba.

Encendió los faros y se incorporó a la carretera. Dio varios acelerones para probar el motor. Parecía que funcionaba bien.

Quería llegar cuanto antes a Henrietta. Whelk había matado a Noah y se sabía descubierto. Fuera lo que fuese lo que pensaba hacer, ya no tenía nada que perder.

Capítulo 34

A Blue nunca le había gustado el desván, ni siquiera antes de que Neeve se hubiese instalado en él. Abuhardillado y desigual, el techo era perfecto para golpearse la cabeza, y en los tablones del suelo había bordes afilados y zonas ásperas, nada recomendables para los pies descalzos. El verano caldeaba aquel espacio hasta convertirlo en un horno. Y además, allí arriba no había más que polvo y avispas. Maura era muy estricta en su hábito de no acumular trastos, y todo lo que ya no servía iba a parar a los vecinos o a organizaciones benéficas. De modo que visitar el desván no tenía mucho aliciente.

Hasta aquel momento.

Al hacerse tarde, Blue se había despedido de Ronan, Adam y Noah, dejándoles hablando de cómo demostrar la culpabilidad de su profesor de Latín, por si hacía falta poner a la policía sobre la pista correcta. Al poco de llegar a casa, la había llamado Adam para contarle que Noah había desaparecido tras su marcha.

Blue no podía negarlo. Estaba claro que era la mesa del Starbucks en la que todo el mundo quería sentarse.

—Creo que tenemos una hora —dijo Cala mientras Blue abría la puerta del desván—.

Volverán a las once. Déjame pasar a mí primero. No vaya a ser que…

Blue levantó una ceja.

—¿Qué te crees que vamos a encontrar ahí arriba?

—No lo sé.

—¿Hurones?

—No seas ridícula.

—¿Magos?

Cala sorteó a Blue y empezó a subir por la escalera. La única bombilla que había en el desván no daba luz suficiente para alumbrar los escalones.

—Eso es más probable. Ah, qué olor.

—Los hurones.

Desde más arriba en la escalera, Cala le endosó a Blue una mirada que esta tomó por más peligrosa que cualquier cosa que pudieran hallar en el desván. En todo caso, Cala tenía razón. El aire que flotaba alrededor era pestilente. Blue no sabía identificar de qué se trataba exactamente, pero le olía como a cebollas podridas, o a pies.

—Huele a sulfuro —dijo Blue—. O a muerto.

Conociendo a Neeve, podía tratarse de cualquiera de las dos cosas.

—Huele a asafétida —puntualizó Cala con gravedad.

—¿Y eso qué es?

—Pues un condimento estupendo que añadirle al curry. Y también un ingrediente muy útil en brujería.

Blue decidió respirar por la boca. Costaba imaginar que algo que olía a pies de muerto pudiese emplearse para hacer un plato tan delicioso.

—¿Y de qué crees que se trata en este caso?

Cala estaba ya en lo alto de la escalera.

—De curry, desde luego, no.

Tras remontar el último escalón, Blue vio que Neeve había reformado el desván hasta dejarlo irreconocible. Había un colchón cubierto de alfombrillas dispuesto en el suelo.

Alrededor se alineaba una colección de velas de diferentes alturas, cuencos negros y vasos con agua colocados en grupos. Algunos de ellos estaban unidos por cinta adhesiva de color claro pegada en los tablones de madera. Junto a sus pies, Blue halló un tallo de planta medio quemado en un plato manchado de ceniza. Bajo una de las estrechas claraboyas, dos espejos de cuerpo entero se miraban entre sí, reflejándose el uno al otro hasta el infinito.

Además, hacía frío. Y no debería ser así tras el caluroso día.

—No toques nada —dijo Cala.

El comentario era gracioso, teniendo en cuenta el objetivo de la visita.

Pero Blue hizo caso. Se desplazó hasta el centro de la estancia y reparó en una pequeña estatuilla de una mujer que tenía ojos en el vientre. El panorama daba repelús.

—Debe de haber hecho mucho curry —ironizó Blue.

Se oyó un crujido en la escalera, y Cala y Blue dieron un respingo.

—¿Os importa que suba? —preguntó Persephone.

Puesto que ya había subido, la pregunta era ociosa. Ataviada con un vestido de punto que le había hecho Blue, las miraba desde la entrada de la escalera. Llevaba el cabello recogido en una coleta muy prieta, y eso era síntoma de que estaba allí para ensuciarse las manos.

—¡Persephone! —tronó Cala, quien, superado el susto, parecía enfadada por la intromisión—. Deberías hacer algo más de ruido cuando entras en una habitación en la que hay gente.

—Pisé el escalón que cruje —replicó Persephone—. Maura dijo que volvería a medianoche, así que daos prisa.

—¿Lo sabe? —preguntaron Blue y Cala al unísono.

Persephone se agachó para observar una máscara de cuero con un pico largo y afilado.

—Espero que no creyerais que se tragó lo de esa película de enanos.

Cala y Blue intercambiaron una mirada de inquietud. Blue reflexionó sobre las consecuencias de aquello: Neeve intrigaba a Maura tanto como a ellas.

—Antes de nada —dijo Blue—, ¿podríais explicarme qué razón dio Neeve para venir a Henrietta?

Cala dio una vuelta por la estancia frotándose las manos como si quisiera calentárselas o estuviera decidiendo qué objeto examinar primero.

—Sencillo —afirmó—. Tu madre la hizo venir para buscar a tu padre.

—Eso no es cierto —repuso Persephone—. Maura me contó que fue Neeve la que se ofreció. Le aseguró que se veía capaz de encontrarlo.

—¿Le aseguró? ¿Y cómo es que estaba tan segura? —inquirió Cala.

—A mí me ayudaría que me explicarais… —Blue tuvo que callarse al ver que Cala seguía hablando.

—Me parece muy raro que estuviese en condiciones de asegurar nada —Cala se hizo con una de las velas—. No lo entiendo.

—¡La que no entiende nada aquí soy yo! —protestó Blue, cruzándose de brazos.

Cala se pasó la vela de una mano a la otra.

—Resumiendo mucho: tu padre entró en escena hace dieciocho años, hizo que tu madre cayera rendida a sus pies, le regaló un año de relación insulsa, la dejó embarazada y, después de que tú nacieras, se largó. Tenía su atractivo y no le faltaba astucia. Diría que era chusma de campamento de caravanas con ficha policial incluida.

—¡Cala! —exclamó Persephone.

—No me importa —afirmó Blue. ¿Por qué iba a importarle el pasado de un desconocido?—. Lo único que quiero es saber la verdad.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan sensata? —se quejó Persephone sacudiendo la cabeza.

Blue se encogió de hombros.

—¿Qué te dice esa vela? —le preguntó a Cala.

Cala se llevó la vela a la altura de los ojos y la miró con fijeza.

—Ha sido utilizada en un procedimiento esotérico. Para localizar objetos, como me figuraba.

Mientras Cala hurgaba por aquí y por allá, Blue dedicó un rato a digerir lo que acababan de contarle de su padre y concluyó, extrañada, que pese a todo le tenía cariño.

También le hacía gracia que fuese guapo.

—Oí —dijo— que mi madre le decía a Neeve que lo único que había hecho era buscar el nombre de mi padre en internet.

—Eso me parece más normal —comentó Cala—. Se trata tan solo de curiosidad. No hay nada más.

—Bueno —murmuró Persephone—, yo no estaría tan segura.

Blue aguzó el oído, interesada.

—Espera un momento —dijo—. ¿Insinúas que mi madre sigue enamorada de…? ¿Tiene nombre?

—Cielito —contestó Cala.

Persephone se rio, probablemente por la insensibilidad con que Maura solía afrontar los temas amorosos.

—Me niego a creer que mi madre haya llamado «cielito» a un hombre —opinó Blue.

—Pues lo hizo. Y también «mi amor» —Cala tomó entre las manos un

cuenco. Tenía restos resecos en el fondo, como de alguna sustancia que se hubiese evaporado. Pudin, quizá. O sangre—. Por no hablar de «ángel mío».

—Te lo estás inventando —Blue estaba avergonzada.

Un tanto colorada por el esfuerzo de contener la risa, Persephone meneó la cabeza.

Al hacerlo, se le escaparon de la coleta varios mechones de pelo que le dieron aspecto de haber salido de un tornado.

—Siento decirte que no —le aseguró.

—¿Pero cómo iba a llamarle así a…?

Cala se volvió hacia Blue con las cejas hechas un arco apuntado y le espetó:

—Usa tu imaginación.

Aquello fue demasiado para Persephone, que se deshizo en risotadas.

Blue no supo dónde meterse.

—Lo que tú digas —masculló.

Sin embargo, su seriedad no hizo sino acabar con los últimos restos de autocontrol que les quedaban a Persephone y Cala, quienes, entre carcajada y carcajada, continuaron enumerando los acaramelados apelativos que, por lo visto, se le había ocurrido utilizar a Maura para referirse, hacía dieciocho años, al que sería el padre de su hija.

—Por favor —dijo Blue con severidad—. Solo nos quedan cuarenta y cinco minutos.

Cala, toca eso —señaló los espejos. De entre todo lo que había en el desván, los espejos eran lo más inquietante, razón de más para probar con ellos.

Ahogando la risa, Cala se aproximó a los espejos. Causaba desconcierto verlos situados de aquel modo inútil, el uno frente al otro, muy próximos.

—No te metas entre ellos —le aconsejó Persephone.

—No soy tonta —replicó Cala.

—¿Por qué no debe colocarse en medio? —preguntó Blue.

—Vete a saber qué está haciendo Neeve con esos espejos. Desde luego, yo no querría que mi alma apareciese encerrada en una botella en no sé qué dimensión —Cala asió el borde del espejo que tenía más cerca, cuidando de

no aparecer reflejada en el opuesto.

Ceñuda, alargó una mano hacia Blue. Esta, obediente, se acercó y permitió que se le agarrase al hombro.

Transcurrieron unos instantes durante los que no se oyó nada más que los insectos que revoloteaban del otro lado de la ventana.

—Nuestra Neeve es bastante ambiciosa —gruñó Cala, estrujando tanto el hombro de Blue como el borde del espejo—. Creo que no le es suficiente con la fama que tiene. Que no le llega con salir en televisión.

—Ahórrate el sarcasmo y cuéntanos lo que ves —dijo Persephone.

—La veo con esa máscara negra de ahí puesta, situada entre estos espejos. Pero debo de estar viéndola en un momento distinto, porque los espejos son cuatro. Hay dos más grandes detrás de estos. Neeve se refleja en todos ellos, siempre con la máscara, pero su aspecto va variando. En uno de los espejos está más delgada. En otro lleva un vestido negro. Y en otro tiene algo raro en la piel. No sé muy bien qué son… Posibilidades, tal vez —Cala hizo una pausa. Blue se estremeció al considerar la perspectiva de cuatro manifestaciones simultáneas de Neeve—. Tráeme la máscara. Tú no, Blue; tú quédate aquí.

¿Podrías, Persephone?

Con movimientos precavidos, Persephone fue por la máscara y se la dio. Cala estuvo un rato absorta, palpándola con dedos cuyas yemas se ponían blancas por la presión.

—Estaba decepcionada cuando compró esta máscara —dijo luego—. Había tenido malas críticas, creo… por un libro o por el programa de televisión. No, no es eso. Lo que ocurrió fue que había leído unas cifras relativas a la venta de un libro o al número de espectadores del programa, y eran unas cifras decepcionantes. Las estoy viendo ahora mismo. Neeve las estaba reproduciendo en su cabeza cuando compró la máscara. Se estaba comparando con Leila Polotsky.

—¿Quién es esa? —preguntó Blue.

—Una vidente bastante más famosa que Neeve —respondió Cala.

—No creía que pudieran existir videntes aún más famosas —juzgó Blue. Un programa de televisión y cuatro libros publicados se le antojaba más fama

de la que cabía esperar para una vidente en un mundo de escépticos.

—Pues créetelo —le contestó Cala—. Pregúntale a Persephone.

—Yo, de eso, no quiero saber nada —dijo Persephone.

Blue no supo si hablaba de la fama o de negarse a darle una explicación sobre el asunto. Cala prosiguió.

—El caso es que la buena de Neeve desea fervientemente viajar por el mundo y que en todas partes se le reconozca el mérito. Y esta máscara es lo que la ayuda a vislumbrarlo.

—¿Y cómo explica eso que esté aquí? —inquirió Blue.

—Todavía no lo sé. Necesito otra cosa suya, algo mejor —Cala soltó el espejo y dejó la máscara colgada en una percha de la pared.

Se desperdigaron por la habitación. Blue topó con una especie de manojo hecho a partir de tres palos atados con una cinta roja, y una máscara del mismo color cuyas formas copiaban las de la máscara negra. Junto a la ventana halló el origen de la pestilencia: un pequeño saco de tela cosido, con algo en el interior.

Se lo mostró a Cala, que, tras estudiarlo durante unos instantes, dijo con tono despectivo:

—La asfétida. Es un amuleto de protección. Lo haría por algún sueño que la habrá asustado.

Persephone se agachó y colocó las manos sobre uno de los cuencos. Su modo de mantener las palmas hacia abajo con los dedos inmóviles hizo que Blue se acordara de Gansey en Cabeswater, haciendo algo semejante a la orilla de la laguna.

—Percibo mucha incertidumbre —dictaminó Persephone—. Quizá nos estemos complicando la vida, pero puede ser tan sencillo como esto: Neeve vino a ayudar a Maura y se ha dejado llevar un poco por Henrietta.

—¿Lo dices por el camino de los muertos? —preguntó Blue—. El otro día la sorprendí haciendo un ritual nocturno, y me dijo que el camino de los muertos hace que aquí resulte más fácil la clarividencia.

Resoplando, Cala inspeccionó los enseres que estaban al lado del colchón.

—Más fácil, pero también más difícil —matizó Persephone—. Hay

mucha energía, y la sensación es como tenerte a ti al lado todo el tiempo. Pero también hay mucha algarabía, como con esos chicos amigos tuyos.

«¡Los chicos!», pensó Blue enfurruñándose, ilusionándose y volviéndose a enfurruñar.

—Cala, ¿algo que contar por ahí? —preguntó Persephone.

—Hace once meses —respondió Cala—, un hombre llamó a Neeve para pedirle que lo acompañara a Henrietta, Virginia, con todos los gastos pagados. Una vez que llegara, Neeve debía usar todos los medios a su alcance para localizar una línea ley y un nudo energético que, según creía él, estaba en la zona. Ella le respondió que no le interesaba, pero más adelante valoró la posibilidad de investigarlo por su cuenta. Supuso que Maura le permitiría quedarse en su casa si a cambio le ofrecía ayuda para encontrar a su antigua pareja.

Persephone y Blue se quedaron pasmadas.

—¡Increíble! —exclamó Blue.

Cala se dio la vuelta. Tenía en la mano una pequeña libreta, que sacudió varias veces.

—Esto es la agenda de Neeve.

—Gajes de la tecnología —dijo Persephone con un suspiro—. Creo que estoy oyendo un coche. Vuelvo enseguida.

Mientras Persephone descendía por la escalera con el mismo sigilo con que había subido, Blue se arrimó a Cala y apoyó la barbilla en su hombro para echarle un vistazo a la libreta.

—¿Dónde has leído todo eso?

Cala pasó las páginas de la agenda y fue mostrándole notas sobre horarios, plazos de entrega de textos y fechas de citas. Luego, volvió a la página en la que figuraba una breve descripción de la conversación con el hombre. Lo que estaba escrito se correspondía con el relato de Cala, con una sola excepción importante. Neeve había apuntado también el nombre del hombre y su número de teléfono.

A Blue se le agarrotaron todos los músculos del cuerpo.

Conocía muy bien el nombre del tipo que había llamado a Neeve hacía meses:

Barrington Whelk.

La escalera volvió a crujir. Persephone carraspeó de modo teatral.

—¿No puedes llegar de un modo menos siniestro? —protestó Cala, volviéndose.

Persephone se agarró las manos.

—Tengo dos malas noticias —anunció mirando a Blue—. En primer lugar, tus chicos del cuervo están aquí, y creo que uno de ellos se ha roto el dedo tras golpear una pistola.

Los escalones gimieron una vez más anunciando la llegada de otra persona. Blue y Cala quedaron consternadas al ver a Neeve aparecer junto a Persephone con aquella mirada suya eterna e inquebrantable.

—En segundo lugar —continuó diciendo Persephone—, Neeve y Maura han llegado temprano.

Capítulo 35

La cocina estaba abarrotada. De por sí no era muy grande, pero con tres chicos, cinco mujeres y Blue, daba la impresión de que el suelo no bastaba para tantos pares de pies. Gentil, Adam ayudaba a Persephone a preparar té para todos, si bien no dejaba de hacer preguntas como «¿Dónde están las tazas?», «¿Y las cucharillas?» o «¿El azúcar está por aquí?». Ronan contribuía cuanto podía a su nerviosismo ocupando, con sus constantes paseos, el espacio de tres personas. Orla bajó para participar en el charloteo, pero se quedó mirando a Ronan con tanto arrobamiento que Cala tuvo que pedirle a gritos que se marchara de allí para dejar sitio.

Neeve y Gansey se sentaron a la mesa. Según Blue pudo comprobar, Adam y Ronan estaban como siempre, pero Gansey tenía una expresión distinta en la mirada. Blue invirtió unos instantes en identificar de qué se trataba y terminó por concluir que se le habían aclarado un poco los ojos y se le había estirado la piel que los rodeaba.

Tenía el brazo extendido sobre la mesa. Llevaba una férula en el dedo pulgar.

—¿Alguien podría hacer el favor de quitarme de la muñeca la pulsera del hospital? — preguntó con una espontaneidad que transmitía, a la vez, desenvoltura e impaciencia—. Me siento como un inválido. Por favor.

Ofreciéndole unas tijeras, Persephone comentó:

—Blue, te dije que no metieras el pulgar bajo los demás dedos cuando fueras a golpear a alguien con el puño.

—Sí, me lo dijiste a mí, pero no a él —replicó Blue.

—Veamos —dijo Maura desde la puerta, palpándose la frente con los dedos—. Es obvio que aquí están pasando muchas cosas a la vez —observó a Gansey—. A ti han tratado de matarte —miró después a Ronan y Adam—. Vosotros dos decís que un amigo vuestro fue asesinado por esa misma persona —aludió con los ojos a Persephone, Cala y Blue—.

Vosotras tres decís que Neeve recibió una llamada del hombre que asesinó al uno y lo intentó con el otro —finalmente, se dirigió a Neeve—. Y

tú dices que no has vuelto a tener contacto con él desde que te llamó.

Pese a que Maura los había mencionado a todos, las miradas recayeron en Neeve.

—Y tú permites que revuelvan mis cosas —repuso esta.

Blue supuso que su madre se deshincharía ante aquella acusación, pero no fue así.

—Está claro que con razón —aseveró Maura—. No puedo creer que no me hayas contado la verdad. Si lo que querías era curiosear por el camino de los muertos, ¿por qué no me lo pediste? ¿Por qué pensaste que te iba a decir que no? Pero tú, nada de eso. Preferiste convencerme de que me ibas a ayudar a…

Hizo una pausa y se quedó mirando a Blue, que terminó la frase.

—A encontrar a Cielito, sí.

—Dios —musitó Maura—. Cala, la responsable de esto eres tú, ¿verdad?

—No —contestó Blue. Con mucho esfuerzo, obvió que Adam y los demás estaban allí e hizo acopio de valor para decir lo que quería decir—. Me parece que yo también tengo motivos para enfadarme. ¿Por qué no me dijiste que nunca os tratasteis demasiado y que me tuvisteis sin casaros? ¿A qué viene tanto secreto?

—Yo nunca he dicho que no nos tratáramos demasiado —respondió Maura con voz hueca.

A Blue no le gustó la expresión de su cara. Había tocado un punto sensible. Optó por hablarle sin mirarla.

—¿Por qué supusiste que no me hacía falta conocer la verdad? Me da igual si mi padre era un caradura al que llamabas Cielito. Nada de eso puede ya afectarme.

—Imagino que no se llamaría Cielito —le murmuró Gansey a Adam.

Neeve volvió a hacerse oír, como siempre, con tono meloso.

—Creo que estamos simplificando demasiado las cosas. Sí dediqué tiempo a buscar al padre de Blue. Ahora bien, no era lo único que buscaba.

—Entonces, ¿por qué tanto secretismo? —barbotó Cala.

Neeve observó con expresión enfática el pulgar roto de Gansey.

—Lo que ha ido saliendo a la luz entraña riesgos. Vosotras también sentís

la necesidad de mantener ciertas cosas en secreto, porque, de lo contrario, habríais compartido con Blue todo lo que sabéis.

—Blue no es vidente —objetó Maura, cortante—. La mayoría de lo que nos hemos reservado solo tiene relevancia para quien practica las artes adivinatorias o contacta con los espíritus del camino de los muertos.

—A mí tampoco me habéis contado lo que sabéis —dijo Gansey, ceñudo, examinándose el pulgar.

De pronto, Blue cayó en la cuenta de lo que le extrañaba en su aspecto: llevaba puestas unas gafas de montura de alambre, tan fino y sutil que pasaban inadvertidas. Con ellas parecía mayor y más serio, o quizá no fuese más que la gravedad del momento. En todo caso, Blue jamás admitiría que prefería aquel Gansey al Gansey impetuoso y rebosante de magnetismo.

—En la sesión de tarot —siguió explicando Gansey—, cuando pregunté por la línea ley, me ocultasteis la información que teníais.

En ese momento, Maura sí se deshinchó un poco.

—No sabía lo que pensabas hacer con esa información. Por lo demás, ¿dónde está ese hombre? Barrington, ¿no? ¿Se llama así de verdad?

—Barrington Whelk —corearon Adam y Ronan, mirándose con ironía.

—La policía me dijo en el hospital que lo están buscando. La de Henrietta y la estatal —afirmó Gansey—. Pero, según me contaron, no está en su domicilio. Al parecer, ha hecho las maletas.

—Que se ha dado el piro, vamos —tradujo Ronan.

—¿Crees que todavía va a por ti? —le preguntó Maura a Gansey.

Este meneó la cabeza.

—No creo que yo, precisamente, le importe mucho. No lo tenía planeado. Quería el diario. Busca a Glendower.

—Pero no sabe dónde está, ¿no?

—Eso no lo sabe nadie —respondió Gansey—. Conozco a una autoridad en la materia…

—lo interrumpió una risita de Ronan motivada por la expresión «autoridad en la materia»—, en Inglaterra, que me habló del ritual que Whelk hizo con Noah. Es probable que Whelk vuelva a intentarlo en otro lugar, como en Cabeswater.

—Deberíamos adelantarnos y activar nosotros ese lugar —dijo Neeve.

Todos la miraron. Ella permaneció imperturbable, con las manos cruzadas y en reposo, hecha un mar de tranquilidad.

—¿Cómo? —exclamó Cala—. Por lo que he oído, haría falta matar a alguien.

Neeve ladeó la cabeza.

—No necesariamente. Un sacrificio no tiene por qué implicar muerte.

Gansey parecía dudoso.

—Aunque eso fuese cierto, Cabeswater es un lugar muy extraño. Si lo despertáramos, ¿qué ocurriría con el resto de la línea ley?

—No estoy segura. Lo que sí puedo asegurarte es que va a producirse el despertar — adujo Neeve—. No me hace falta el cuenco de videncia para saberlo —miró a Persephone—.

¿Estás de acuerdo?

Persephone levantó su taza y se la colocó frente a los labios.

—Sí, yo también veo lo mismo. El despertar tendrá lugar en cuestión de días.

—Y supongo que no queremos que lo provoque Whelk —afirmó Neeve —. El camino de los muertos será favorable a quien lo despierte. Tanto para el sacrificado como para el ejecutor del sacrificio.

—¿Favorable como con Noah? —inquirió Blue—. No veo dónde está el favor en su caso.

—Por lo que he entendido, Noah goza de una existencia corpórea en la casa de estos chicos —repuso Neeve—. Eso es bastante mejor suerte que la que suelen correr los espíritus.

Yo lo considero un privilegio.

Meditabundo, Gansey se palpó el labio inferior con un dedo.

—No lo veo claro. Noah también está atado a la línea ley, ¿no es cierto? En cuanto retiraron su cuerpo de la línea, su manifestación se debilitó mucho. Con lo cual, si alguno de nosotros hiciese el ritual, ¿quedaría ligado a la línea del mismo modo, aunque el sacrificio no implicara la muerte? Para mí son demasiadas incógnitas. Pienso que es más práctico impedir que Whelk vuelva a intentar el ritual. Podríamos, por ejemplo, decirle a la policía dónde

está Cabeswater.

—¡NO! —exclamaron a la vez Neeve y Maura. Neeve, además, enfatizó su negativa dando un salto con la silla.

—Estuvisteis en Cabeswater, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—¿Y no sentisteis su fuerza? ¿De verdad querríais echarla a perder? ¿Os parecería bien que aquello se llenara de curiosos? ¿Creéis que seguiría igual si se convirtiera en un centro turístico? Es un lugar… sagrado.

—Yo no quiero —replicó Gansey— ni enviar a la policía a Cabeswater ni activar la línea ley. Lo que yo quiero es saber más de Cabeswater y, después, encontrar a Glendower.

—¿Y Whelk? —preguntó Maura.

—No lo sé —concedió Gansey—. Preferiría no tener que volver a vérmelas con él.

Un deje de exasperación se hizo patente en los rostros que miraban a Gansey.

—Muy bien, pero no creo que Whelk vaya a quedarse de brazos cruzados solo porque tú no quieres vértelas con él.

—Hablo de lo que me gustaría —respondió Gansey—, no de lo que me parece más probable.

Estaba siendo un ingenuo y lo sabía.

Aun así, prosiguió.

—Voy a regresar a Cabeswater. Whelk se llevó mi diario, pero no permitiré que también se lleve a Glendower. No voy a dejar de buscar solo porque él también esté buscando. Y pienso arreglar lo de Noah. De algún modo.

Blue miró a su madre, que, con los brazos cruzados, se limitaba a observar. Dijo:

—Cuenta conmigo.

Capítulo 36

—A partir de aquí, me lavo las manos —dijo Ronan pisando el freno—. Hogar, cutre hogar.

Vista de noche, la vivienda prefabricada de los Parrish era poco más que un deprimente cubo gris con dos ventanas iluminadas. En una de ellas —la de la cocina— se descorrieron las cortinas, y una figura se asomó para mirar.

Aparte del propio Ronan, en el BMW solo iba Adam. Gansey había ido a llevar el Camaro a Monmouth, tras hacer por su cuenta el trayecto entre el hospital y Fox Way. Aun así, las cosas habían ido bien: Adam y Ronan no habían discutido, y no era probable que fueran a hacerlo después de los vertiginosos acontecimientos de la jornada.

Adam extendió un brazo hacia el asiento trasero para recuperar su bolso de ciclista.

Aquel bolso era lo único que había aceptado de Gansey, y solo porque su amigo había logrado convencerlo de que ya no lo necesitaba.

—Gracias por traerme.

Una segunda figura se asomó a la ventana de la cocina, seguramente su padre. A Adam le dio un vuelco el estómago. Apretó la correa del bolso entre los dedos, pero no se bajó.

—Tío, no tienes por qué quedarte aquí tirado —le dijo Ronan.

Adam no hizo comentarios. No tenía sentido.

—¿No deberías estar estudiando? —prefirió preguntar.

Ronan no se dejaba intimidar por ese tipo de cortes: los había inventado él.

Iluminada por la luz del salpicadero, la cara se le torció en una sonrisa despiadada.

—Sí, Parrish. Eso creo.

Aun así, Adam no se decidió a apearse. No le gustaba la agitación que leía en la silueta de su padre. Sin embargo, no convenía permanecer mucho más tiempo en el coche; especialmente en aquel coche, que olía a Aglionby por los cuatro costados.

—¿Crees que detendrán a Whelk antes de mañana? —preguntó Ronan—. Si lo hicieran, ya no tendría que leer los textos.

—En caso de que aparezca por clase, creo que esos textos van a ser la menor de sus preocupaciones —respondió Adam.

La conversación se quedó en suspenso unos segundos.

—Yo debería ir a darle de comer al cuervo —anunció Ronan, que, no obstante, se quedó mirando la palanca de cambios como ensimismado. Añadió—: No puedo quitarme de la cabeza lo que habría pasado si Whelk le hubiese pegado un tiro a Gansey.

Adam no se había permitido reflexionar sobre eso. Cada vez que el pensamiento amenazaba con escorarse hacia aquel lado, le mordía las entrañas una sensación oscura e incisiva. Le costaba acordarse de cómo era la vida en Aglionby antes de que llegara Gansey. Le venían a la memoria recuerdos de dificultades y soledad, de noches en las escaleras del porche, lágrimas en los ojos y desánimo. De aquello hacía poco más de un año, pero había madurado desde entonces.

—Pero no lo hizo.

—Ya —dijo Ronan.

—Menos mal que le enseñaste a lanzar ese gancho.

—Yo no le enseñé a romperse el dedo.

—Gansey es así. Solo aprende lo justo.

—El muy patán —murmuró Ronan, recuperando la pose acostumbrada.

Adam asintió, templando los nervios para afrontar lo que tenía por delante.

—Nos vemos mañana. Gracias de nuevo.

Mientras toqueteaba el volante, Ronan paseó la mirada por la casa hasta fijarla en las tinieblas del campo de al lado. Se sentía frustrado, pero costaba mucho deducir si era por Whelk o por un motivo completamente diferente.

—Para lo que quieras, colega. Nos vemos.

Suspirando, Adam se apeó. Dio un golpecito en el techo del BMW, que empezó a deslizarse lentamente. Las estrellas del cielo eran claras y agudas.

Cuando encaró los escalones del porche, la puerta de la casa se abrió y la luz del interior le trazó una franja de claridad. En el vano vio a su padre, que

asía el pomo con una mano y lo escudriñaba con la mirada.

—Hola, papá —dijo Adam.

—Ni «hola, papá» ni hostias —masculló su padre. Estaba que echaba chispas. Olía a tabaco pese a no fumar—. Llegas a las tantas. Mentimos y luego nos escaqueamos, ¿no es eso?

—¿Cómo? —preguntó Adam, precavido.

—Hoy tu madre encontró algo en tu cuarto. ¿Te imaginas qué?

Adam notó que le fallaban las rodillas. Hacía lo que podía por ocultarle a su padre la vida que llevaba en Aglionby, y se le ocurrían varios aspectos de su día a día que no iban a hacerle ni pizca de gracia. Lo peor era no saber en qué había sido descubierto. No tuvo fuerzas para despegar la mirada del suelo. Robert Parrish lo agarró por el cuello de la camiseta y lo obligó a levantar la barbilla.

—Mírame cuando te hablo. Era un cheque. De la fábrica de caravanas.

Ah.

«Piensa algo, Adam. Rápido. ¿Qué dices?».

—No entiendo por qué te enfadas —musitó Adam, tratando de que no se le quebrara la voz. Sabía que no tenía escapatoria si era cuestión de dinero.

Su padre se le acercó hasta quedarse a unos milímetros de su cara, para que sintiera sus palabras además de oírlas.

—¡Tú a mí no me mientes! —gritó.

A pesar de haber adivinado lo que ocurriría, Adam no tuvo tiempo de levantar el brazo para protegerse.

Cuando la mano de su padre se estrelló contra su mejilla, notó el sonido y no tanto el dolor: un chasquido como de un martillo golpeando un clavo en la distancia. Procuró no perder el equilibrio, pero el pie se le resbaló por el borde del escalón, y su padre no hizo nada para impedir que se precipitase.

Su cabeza se estrelló contra la barandilla, y vio un estallido de luz. En una fracción de segundo, asistió a una explosión de colores que se fundieron al blanco.

Le asió el cráneo un latigazo de dolor.

De pronto se descubrió en el suelo, junto a los escalones, sin saber cómo había llegado hasta allí desde la barandilla. Tenía polvo en la cara, polvo en

la boca. Tuvo que concentrarse para que el cuerpo le obedeciese, para que los pulmones volvieran a funcionar y los ojos se le abriesen.

—Venga ya —murmuró su padre con hastío—. Levanta. Menuda escena.

Despacio, Adam apoyó las rodillas y las manos en el suelo. Echó la espalda hacia atrás y se quedó arrodillado, con un zumbido ensordeciéndole los oídos. Esperó unos momentos. El zumbido era cada vez más agudo.

Con el rabillo del ojo, distinguió en el camino el haz de los faros del BMW de Ronan.

«No te metas, Ronan».

—¡A mí no me la juegas! —gruñó su padre—. Esta conversación no va acabar porque te tires al suelo. Sé que estás haciendo teatro, Adam. No soy tan tonto. ¡No puedo creer que estés gastando tanto dinero en esa mierda de colegio! ¿Y las facturas de la electricidad? ¿Y las del teléfono? ¿No te has enterado de lo que nos cuesta pagar?

Su padre estaba lejos de saciarse. Adam se lo notaba en el modo de descender por los escalones y en la postura tensa del cuerpo. Se protegió el torso con los codos y agachó la cabeza, deseando que al menos dejaran de zumbarle los oídos. Lo que tenía que hacer era ponerse en el lugar de su padre y deducir qué palabras hacía falta pronunciar para aplacar su cólera.

Pero no lograba pensar. Su mente era un torbellino de polvo y latidos de un corazón desbocado. Tenía un taladro en el oído izquierdo. Le quemaba tanto que parecía que se le hubiese puesto incandescente.

—Has mentido —ladró su padre—. Nos dijiste que no tenías que pagar nada para ir a ese colegio. Nunca me contaste que estás ganando… —se interrumpió para sacarse del bolsillo de la camisa un papel arrugado— ¡dieciocho mil cuatrocientos veintitrés dólares al año!

Adam murmuró una respuesta, casi sin voz.

—¿Qué has dicho? —su padre volvió a echársele encima.

Lo asió por la camiseta y lo levantó prácticamente en vilo, como si fuese un perro.

Adam apenas podía mantenerse en pie. El suelo oscilaba y las piernas no acababan de sostenerlo. Haciendo un esfuerzo, trató de construir una frase. Algo en su interior se había roto en mil pedazos.

—Beca parcial —susurró—. Parcial.

Su padre berreó algo que Adam no entendió. Por aquel costado ya no oía nada más que un estruendo constante.

—No te hagas el listo —bufó su padre. Y luego, inexplicablemente, volvió y cabeza y gritó—: ¿Y tú qué coño pintas aquí?

—Pinto esto —farfulló Ronan Lynch asestándole un puñetazo en la cara a Robert Parrish.

El BMW esperaba más allá, con la puerta del conductor abierta. Los faros iluminaban nubes de polvo.

«Ronan», pensó Adam, incapaz de articular palabra. Sin nadie que lo sostuviese, iba a desplomarse de un momento a otro.

El padre de Adam empujó a Ronan hacia la casa, zarandeándolo. Sin embargo, Ronan reaccionó con rapidez y plantó ambos pies en el suelo con firmeza para impulsar la rodilla y hundirla en las tripas de su atacante. Pese a acusar el golpe y quedarse doblado por la cintura, Robert Parrish lanzó una mano hacia la cabeza de Ronan, en la que no encontró pelo al que agarrarse. Poco le importó. Le dio un testarazo en plena cara.

Con el oído derecho, que era el único que le quedaba, Adam oyó que su madre gritaba que pararan. Tenía en la mano un teléfono que blandía como si creyera que con él iba a conseguir detener a Ronan. Desgraciadamente para ella, no disponía del número de la única persona en el mundo capaz de hacer que Ronan entrara en razón.

—Ronan —dijo Adam recuperando la voz. Se extrañó de su tono, que le sonó como si tuviera la garganta rellena de algodón. Dio un paso al frente y se derrumbó definitivamente.

«Arriba, Adam». Estaba a cuatro patas. El cielo y el suelo iban turnándose en su campo de visión. Se sintió descoyuntado. Le era imposible levantarse. Solo podía mirar. Mirar a su amigo y a su padre partiéndose el alma.

Era una pelea cruenta. Ronan cayó y Robert Parrish se dispuso a darle una patada en la cabeza. Ronan le desvió el pie con los brazos, y Robert Parrish se arrojó sobre él para separárselos. Como una víbora en el acto de morder, la mano de Ronan se agarró a la ropa de Robert Parrish y lo tiró al

suelo.

Adam veía una sucesión de instantáneas desparejas: su padre y Ronan rodando por la tierra, arrastrándose, atizándose el uno al otro. Entonces, de pronto, distinguió unos resplandores rojos y azules parpadeando en los muros de la casa. La policía.

Su madre continuaba desgañitándose.

Todo era ruido, confusión. Adam necesitaba ponerse de pie, dar unos pasos, pensar con claridad; luego detendría a Adam antes de que ocurriese algo espantoso.

—Oiga —había un agente de policía arrodillado a su lado. Olía a enebro de tal modo que Adam creyó que iba a asfixiarse—. ¿Se encuentra bien?

Con la ayuda del policía, Adam alcanzó a levantarse. A unos pocos metros, un segundo agente tiró de Ronan para separarlo de Robert Parrish.

—Estoy bien —murmuró Adam.

El policía le soltó el brazo, pero volvió a agarrárselo al instante.

—No, usted no está bien. ¿Ha bebido?

Respondió Ronan, que debía de haber oído la pregunta, con toda clase de tacos e insultos, y las palabras «paliza tras paliza».

Adam no veía con claridad. Era como si tuviese delante de los ojos una cortinilla que no dejaba de abrirse y cerrarse. Distinguió apenas la silueta de Ronan.

—¿Lo vais a esposar? —preguntó, incrédulo.

«No puedo creer que vayan a detenerlo por mi culpa».

—¿Ha bebido? —insistió el policía.

—No —contestó Adam. Aún no se tenía en pie; el suelo se le escapaba hacia los lados cada vez que movía la cabeza. Entendió que creyeran que estaba borracho. Debía recomponerse. Había tocado el rostro de Blue hacía tan solo unas horas; en aquel momento, había creído que todo era posible. Tenía que sacar fuerzas de aquella sensación, pero ya no se reconocía en ella —. No puedo…

—No puede ¿qué?

«No puedo oír nada por el oído izquierdo», pensó Adam.

Su madre lo espiaba desde el porche con los párpados entornados. Adam

ya la había visto otras veces en aquellas situaciones y adivinó lo que estaba pensando: «No se lo cuentes, Adam. Di que te has caído. Además, en el fondo, tú eres quien tiene la culpa, ¿no te parece? Lo arreglaremos en familia».

Si Adam delatara a su padre, todo se vendría abajo. Su madre jamás se lo perdonaría. Ya no podría volver nunca a aquella casa.

Uno de los policías sujetó a Ronan por la nuca y le obligó a meterse en el coche patrulla.

A pesar de haberse quedado sordo del oído izquierdo, Adam distinguió con claridad la voz de Ronan.

—Tranquilo, tío. ¿Te crees que es la primera vez que me subo a uno de estos?

Adam no podía irse a vivir con Gansey. Había invertido demasiado esfuerzo en cerciorarse de que, al marcharse de casa, no dependería de nadie. Ni de Robert Parrish ni de Richard Gansey.

Dependería de sí mismo. O eso o nada.

Se tocó la oreja izquierda. La tenía caliente y muy dolorida, y le resultó raro notar el contacto del dedo sin oír el roce de la piel. El zumbido había cesado por completo, reemplazado por un silencio total.

«No te marchas de aquí por orgullo, ¿no?», le había dicho Gansey.

—Ronan me estaba defendiendo —explicó Adam, con la boca reseca por el polvo. El policía lo miró con atención—. De mi padre. Él es el que ha hecho… todo esto. Mi cara y mi…

Su madre lo observaba de hito en hito.

Adam cerró los ojos. No estaba como para decir lo que había que decir si su madre estaba delante. Se sintió caer. Creyó que el suelo se inclinaba, que la cabeza se le venía abajo. El daño que le había hecho su padre había afectado a algo esencial en su interior.

Y al fin fue capaz de decirlo.

—Quiero… quiero denunciar.

Capítulo 37

Whelk añoraba la comida a que daba derecho ser rico.

De estudiante, cuando regresaba de sus clases en Aglionby, solía esperarle la cena que había preparado Carrie, la cocinera. La habían contratado sus padres, que no querían saber nada de hornos ni fogones, y hacía la cena una vez cada dos días. Cariñosa aunque temible, adoraba picar cosas con los cuchillos. Y hacía un guacamole exquisito.

Pero la situación de Whelk era ahora muy distinta. Estaba sentado en la acera, junto a una gasolinera cerrada, calmando el hambre con la primera hamburguesa que había probado en siete años. Había aparcado el coche un poco más allá, en un rincón oscuro, y se había instalado allí para comer a la luz de las farolas.

Mientras masticaba, aprovechó para meditar el plan, que consistía en dormir en el asiento trasero del coche y pensar un plan nuevo por la mañana. No confiaba demasiado en sus opciones y estaba desanimado. Además, se daba cuenta de que quizá debería haber secuestrado a Gansey, pese a que un secuestro implicase más complicaciones y no se viera con fuerzas para llevar a alguien metido en el maletero. En realidad, no se veía con fuerzas para nada. Se había limitado a aprovechar que a Gansey se le había estropeado el coche. Si se hubiese parado a pensar en aquel momento, habría secuestrado a Gansey para, más adelante, llevarlo al núcleo de la línea ley y efectuar allí el ritual.

Por otra parte, Gansey era un blanco muy poco viable: su desaparición daría pie a un dispositivo de búsqueda de proporciones históricas. De poder elegir, Whelk se habría decantado por Parrish. Nadie iba a echar de menos a un chaval que, aunque buen estudiante, llevaba escrita en la frente su condición de nacido en una caravana.

Whelk le dio otro mordisco a la hamburguesa, ya fría y correosa. El bocado no contribuyó a mejorar su humor.

Empezó a sonar el teléfono de una cabina próxima. No había reparado en ella. Creía que los móviles habían acabado con los teléfonos públicos hacía

años. Le echó un vistazo al único coche que estaba aparcado en la zona además del suyo, por si acaso había alguien con pinta de estar esperando una llamada. Pero advirtió que el vehículo en cuestión estaba vacío y que, además, tenía una rueda deshinchada, prueba de que llevaba allí bastante tiempo.

Presa de la ansiedad, dejó que el teléfono continuase sonando un rato. Nadie acudió a descolgarlo. Cuando el aparato dejó de hacer ruido, Whelk se tranquilizó bastante, aunque no lo suficiente para permanecer allí. Envolvió la hamburguesa que le quedaba y se levantó.

Volvió a oír el teléfono.

Instigado por aquel sonido, fue hasta el cubo de basura que estaba junto a la tienda de la gasolinera («¡Pasa, estamos abiertos!», rezaba el cartel de la puerta), regresó a la acera a recoger una patata frita que se le había caído y caminó hasta el rincón en que había dejado el coche.

Whelk no era dado a la filantropía, pero se le ocurrió ponerse en la piel de quien llamaba. Supuso que debía de ser algo importante. Se desplazó hasta la cabina, en la que seguía sonando el teléfono —con un tono pasado de moda que, según apreció, no se usaba en los móviles—, y levantó el auricular.

—¿Hola?

—Whelk —dijo Neeve con tono cálido—. Espero que estés disfrutando de la noche.

Whelk se apoyó en uno de los cristales de la cabina.

—¿Cómo sabes que estaba aquí?

—Tengo facilidad para los números, y tú no eres difícil de encontrar. Además, tengo pelo tuyo —la voz de Neeve era tan agradable que sobrecogía. Whelk no conocía a ninguna persona que hablase como una centralita automática.

—¿Por qué has llamado?

—Me alegro de que lo preguntes —respondió Neeve—. Llamo por la propuesta que me hiciste hace unos días.

—Hace unos días me dijiste que no estabas interesada en ayudarme —replicó Whelk.

Que aquella mujer tuviese pelo suyo le había dejado perplejo. Se la imaginó parsimoniosa y delicada, curioseando por su apartamento, y la imagen no le resultó agradable. Le dio la espalda a la estación de servicio y escudriñó la noche. Quizá estuviera por allí cerca, tras haberlo seguido, lo que explicaba cómo había sabido adónde llamarlo. Pero no. Aquella mujer sí tenía los poderes que prometía.

—Sí, necesitabas mi ayuda —dijo Neeve—. He cambiado de opinión.

Capítulo 38

—Hola, Parrish —dijo Gansey.

El Camaro estaba aparcado a la sombra de la marquesina del hospital. Mientras esperaba a Adam, Gansey había visto abrirse y cerrarse las puertas de cristal varias veces, sin que nadie entrara o saliese. Sentado al volante, observó a Adam acomodarse en el asiento del pasajero. Le extrañó no distinguir ninguna secuela visible; por lo general, volvía de los encontronazos con su padre con arañazos o cardenales, pero esta vez solo tenía una oreja enrojecida.

—Me han dicho que no tienes seguro —dijo Gansey. También le habían dicho que, con toda probabilidad, Adam no volvería a oír por el oído izquierdo. Era lo más difícil de asumir: que tuviese un daño permanente y, a la vez, invisible. Supuso que estaría por contestarle que ya se las apañaría para agenciarse el dinero. Sin embargo, Adam se limitó a juguetear con la pulsera de identificación que le habían puesto en la muñeca—. Me he ocupado de todo —añadió Gansey con cautela.

Llegados a ese punto, Adam siempre tenía algo que decir. Siempre se enfadaba.

Siempre soltaba algo como: «No, no pienso aceptar tu puñetero dinero, Gansey. A mí no me vas a comprar». Pero lo único que hacía era darle vueltas y más vueltas a la pulsera.

—Has ganado —afirmó Adam al fin. Se atusó el alborotado cabello. Parecía exhausto—. Llévame a casa para recoger mis cosas.

Gansey retiró la mano del contacto. Ya no estaba tan seguro de querer arrancar de inmediato.

—Yo no he ganado nada. ¿Crees que quería que pasase lo que ha pasado?

—Sí —respondió Adam sin mirarlo—. Sí, lo creo.

El dolor y la ira empezaron a revolverse en el interior de Gansey.

—No fastidies.

Adam continuó toqueteando la pulsera.

—Y, cómo no, me recordarás que ya me lo habías dicho. Dirás que si te

hubiese hecho caso, nada de esto habría ocurrido.

—¿Por qué estás tan convencido de lo que voy a decir? No es el fin del mundo, Adam.

—Sí. Es el fin del mundo.

Una ambulancia con las luces de emergencia apagadas se detuvo entre el Camaro y las puertas del hospital. Los enfermeros que viajaban en la cabina se bajaron y corrieron a la parte posterior para abrir las puertas. Gansey notó una masa al rojo vivo bajo el esternón.

—¿Irte de la casa de tus padres es el fin del mundo?

—Sabes muy bien que no es esto lo que yo quería —aseveró Adam.

—Te comportas como si fuera culpa mía.

—¿Ahora me vas a decir que no te alegras de que haya llegado este momento?

Gansey no quería mentir. Era cierto que quería que Adam saliera de una vez de aquella casa. Pero por nada del mundo habría deseado que se fuese así, tan dolido, por una pelea y no por una decisión meditada y soberana. Por nada del mundo habría deseado ver la expresión que estaba viendo en aquellos instantes en los ojos de Adam.

—No, Adam —dijo—. No me alegro.

—Sí, ya —repuso Adam—. Si hace siglos que me insistes en que me mude a tu casa.

Gansey aborrecía levantar la voz (su madre solía decir: «La gente se pone a gritar porque no tiene el vocabulario suficiente para susurrar»), pero, por mucho que lo intentó, no logró evitarlo.

—Pero no de este modo. Además, por lo menos tienes un lugar adonde ir. Y en cuanto a lo del fin del mundo… ¿Qué problema tienes, Adam? ¿De verdad te repugna tanto mi casa? ¿Por qué siempre te saca de quicio que sea obsequioso contigo? Todo te lo tomas como si fuera caridad. Pues óyeme bien: estoy harto de tus principios.

—Y yo estoy hasta las narices de tus aires de superioridad, Gansey —replicó Adam—.

Intentas que me sienta como un imbécil con tus palabras elevadas. Obsequioso… ¡Y un carajo! Y no finjas que no es así.

—Es mi manera de hablar. Lamento que tu padre nunca te enseñara el significado de la palabra «obsequioso». Estaba demasiado ocupado golpeándote la cabeza contra la pared de la caravana mientras tú te disculpabas por estar vivo.

La respiración se les cortó a los dos.

Gansey supo que había ido demasiado lejos. Demasiado lejos, demasiado tarde, demasiado…

Adam abrió la puerta con brusquedad.

—Que te den, Gansey. Vete a la mierda —murmuró, furioso.

Gansey cerró los ojos.

Adam le dio un empujón a la puerta y, al ver que no se había quedado cerrada, volvió a empujarla. Gansey prefirió no abrir los ojos. No quería ver a Adam. No quería ver si había gente observando a un chaval montándole un número a un petimetre con jersey de Aglionby y Camaro de color naranja chillón. Sintió odio: por el uniforme del cuervo, por el coche llamativo, por todas las palabras rimbombantes que sus padres empleaban, por el abominable padre de Adam, por la permisiva madre de Adam y, sobre todo, por el sonido de las últimas palabras de Adam, que se le repetían en la cabeza sin cesar.

No podía soportarlo. No podía.

Al final, resultaba que no era nadie para Adam, que no era nadie para Ronan. Adam le había recriminado su modo de comportarse, y Ronan desperdiciaba las segundas oportunidades que le daba. Al final, no era más que un niñato con muchos juguetes y un agujero en el pecho que, año tras año, iba deshaciéndole el corazón.

La gente siempre lo abandonaba. Pero él, sin embargo, no parecía capaz de abandonar a nadie.

Abrió los ojos. La ambulancia continuaba en su lugar, pero Adam se había ido.

Tardó unos segundos en divisarlo. Estaba a unos cien metros, alejándose por el aparcamiento. Arrancó y dio la vuelta con el propósito de ir hasta allí, pero para entonces Adam ya había llegado hasta la impoluta carretera de cuatro carriles que pasaba junto al hospital. Pese al tráfico, Gansey frenó a la

altura de Adam, obligando a los coches que iban detrás a maniobrar para sortearlo. Algunos le pitaron.

—¿Qué haces? —gritó—. ¿Adónde piensas ir?

Por supuesto que Adam sabía que estaba allí: era imposible pasar por alto el estruendo del Camaro. Aun así, siguió caminando como si nada.

—Adam —insistió Gansey—. Al menos, dime que no vas a volver allí.

Silencio.

—Si no quieres venir a Monmouth, vale —perseveró Gansey—. Pero déjame que te lleve adonde quieras ir.

«Por favor, sube al coche».

Adam se detuvo. Con una serie de movimientos espasmódicos, se montó en el coche y, tras varios intentos frustrados, alcanzó a cerrar la puerta. Gansey se reincorporó al carril sin decir nada. Tenía un batallón de palabras en la garganta pugnando por salir, pero permaneció callado.

Finalmente, fue Adam el que rompió el silencio, eso sí, sin dirigirle la mirada.

—No importa que lo digas de una manera o de otra. Lo que cuenta, en el fondo, es lo que quieres. Todas tus cosas en un mismo lugar, bajo un mismo techo. Todo lo que te pertenece, reunido en donde puedas verlo…

Se interrumpió. Hundió la cabeza en las manos. Se revolvió el cabello con los dedos, una y otra vez, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Tomó aire bruscamente, a punto de echarse a llorar.

Gansey repasó las cien maneras que se le ocurrían de decirle a Adam que todo iría bien, que era lo mejor, que lo tenía por un tipo hecho y derecho desde que lo conocía, que había días en que admiraba su autenticidad y deseaba ser como él. Sin embargo, las palabras se habían vuelto un arma de doble filo, y Gansey no confiaba en su capacidad para utilizarlas sin hacer daño.

De modo que no hablaron. Fueron hasta el parque de casas prefabricadas a recoger las cosas y, cuando se alejaron de allí, Adam no se volvió para mirar a su madre, que contempló su marcha desde la ventana de la cocina.

Capítulo 39

Cuando llegó a Manufacturas Monmouth aquella tarde, Blue creyó que no había nadie. Faltaban los dos coches en el aparcamiento y el lugar transmitía sensación de abandono y desconsuelo. Trató de imaginarse que era Gansey, que estaba contemplando por primera vez la fábrica y decidiendo si era un buen sitio para vivir, pero no fue capaz.

Como tampoco era capaz de figurarse conduciendo el Camaro o considerando a Ronan una compañía deseable. Sin embargo, de algún modo, aquello funcionaba, pues adoraba la casa, empezaba a apreciar a Ronan, y en cuanto al coche…

En fin, del coche podía prescindir.

Blue llamó a la puerta de fuera.

—¡Noah! ¿Estás ahí?

—Estoy aquí.

Blue no se inquietó al advertir que la voz de Noah no procedía del otro lado de la puerta, sino que le llegaba por la espalda. Al darse la vuelta, lo primero que vio fueron sus piernas, y después, poco a poco, el resto del cuerpo. Era imposible comprobar que de verdad estaba allí, o si alguna vez había llegado a estar en ninguna parte: costaba bastante sacar conclusiones precisas sobre la existencia de Noah.

Le permitió que le tocara el cabello con aquellos dedos gélidos.

—No lo tienes tan de punta como otras veces —dijo con tristeza.

—No he dormido mucho. Tengo que dormir para que se me ponga de punta. Me alegro de verte.

Noah cruzó los brazos, los descruzó, se metió las manos en los bolsillos y volvió a sacarlas.

—Solo estoy normal contigo. Es decir, normal como antes de que encontraran mi cadáver. Aun así, era mucho mejor cuando…

—No creo que fueras tan distinto cuando estabas vivo —respondió Blue. Con todo, seguía costándole reconocer a Noah en aquel Mustang rojo que habían visto en el bosque.

—Creo que entonces era peor —observó Noah con voz cautelosa.

Si la conversación continuaba por aquellos derroteros, Blue temía que su manifestación volviera a debilitarse, de modo que decidió cambiar de tema.

—¿Dónde están los demás?

—Gansey está ayudando a Adam con la mudanza —explicó Noah—. Ronan ha ido a la biblioteca.

—¡Mudanza! ¿Va a vivir aquí? Creía que… Espera, dices que Ronan ha ido ¿adónde?

Entre pausas, suspiros y miradas que se perdían en la distancia, Noah describió los sucesos de los días anteriores y dijo, para terminar:

—Si hubiesen detenido a Ronan por pegarle al padre de Adam, habría sido imposible evitar que lo echaran de Aglionby. Ni por asomo iban a pasar por alto un cargo de agresión.

Pero, claro, Adam puso una denuncia, y eso libró a Ronan de responsabilidades. Lo cual también implica que Adam se viene a vivir aquí, porque ahora su padre lo odia.

—Qué horror —dijo Blue—. Noah, qué horror. No sabía lo del padre de Adam.

—Adam no quiere que se hable de él.

«Un lugar pensado para marcharse». Así se había referido Adam a su hogar. Pero entonces Blue recordó los cardenales y una serie de comentarios misteriosos que habían circulado en aquel momento, todos ellos —ahora lo entendía— referencias veladas a lo que tenía Adam en casa. La conclusión la contrarió: no se había hecho lo bastante amiga de Adam para merecer que le hablara de aquello. Pero el desagrado pasó enseguida, sustituido por la evidencia de que Adam se había quedado sin familia. ¿Qué haría ella en su lugar?

—Bueno, a lo que iba: ¿qué hace Ronan en la biblioteca?

—Hincar los codos —contestó Noah—. Tiene examen el lunes.

Aquella era la mejor noticia sobre el comportamiento de Ronan que Blue había oído.

El teléfono sonó en ese momento en el piso de arriba.

—¡Tienes que responder! —exclamó Noah—. ¡Rápido!

Blue había convivido lo suficiente con las mujeres del 300 de Fox Way para no poner en duda la intuición de Noah. Corriendo tras él para no quedarse atrás, subió por la escalera hasta llegar a la puerta del segundo piso. Estaba cerrada. Agitado como nunca, Noah efectuó una serie de maniobras incomprensibles.

—Podría abrirla si… —farfulló.

«Si tuvieras más energía», pensó Blue, y al punto le tocó el hombro. Vivificado al instante, Noah se apoyó en el pomo, desatrancó la cerradura y empujó la puerta. Blue salió disparada hacia el teléfono.

—¿Sí? —dijo por el auricular. El aparato era uno de esos viejos teléfonos con disco de marcar, muy en sintonía con el gusto de Gansey por las rarezas poco útiles. Conociéndolo, seguro que había contratado una línea de telefonía fija solo por darse el capricho de tener aquel teléfono en la mesa.

—Ah, hola —dijo una voz desconocida desde el otro lado de la línea. Blue captó el acento al instante—. ¿Está por ahí Richard Gansey?

—No —respondió Blue—. Pero puedo dejarle un mensaje.

Blue pensó que aquel, precisamente, había sido hasta entonces su papel en la vida.

Noah la apremió con un dedo helado.

—Dile quién eres.

—Colaboro con Gansey —explicó Blue—. En la investigación sobre la línea ley.

—¡Ah! —repuso la voz—. Bueno, bueno. Pues me alegro mucho de conocerte. ¿Me has dicho ya cómo te llamas? Yo soy Roger Malory.

Pronunciaba la erre de una manera que hacía difícil comprender sus palabras.

—Blue. Me llamo Blue Sargent.

—¿Blues, has dicho?

—Blue.

—¿Bluf?

Blue suspiró.

—Jane.

—¡Ah, vale, Jane! Por un momento me ha parecido que decías «blue». Encantado, Jane. Me temo que traigo malas noticias para Gansey. ¿Me harías el favor de decirle que intenté llevar a cabo el ritual con un compañero, un amigo de Surrey del que ya le he hablado, un hombre por lo demás encantador al que, desgraciadamente, le huele el aliento a rayos…? En fin, dile que lo intenté y que la cosa pinta en bastos. Mi amigo está bien, y los médicos dicen que la piel le sanará en cuestión de semanas: los injertos, por lo visto, están evolucionando espléndidamente.

—Un momento —pidió Blue. Se hizo con una de las hojas de papel usadas que había sobre la mesa de Gansey. Había unos cálculos apuntados en ella, pero se figuró que no importaba, ya que también contenía el dibujo de un hombre siendo atacado por un gato—.

Voy a escribirlo. Hablas del ritual para activar la línea ley, ¿verdad? ¿Qué ha pasado exactamente?

—Es difícil de explicar, Jane. Baste decir que las líneas ley tienen mucha más fuerza de lo que Gansey y yo suponíamos. Será cosa de magia o de ciencia, váyase a saber; pero el hecho es que son pura energía. Mi amigo, el pobre, fue desollado vivo. Creí que no iba a contarlo, porque sangró lo que no te imaginas. Claro que, ahora que lo pienso, cuando le hables a Gansey del asunto, omite esa parte. El chico tiene no sé qué obsesión con la muerte, y no querría que se preocupara.

Blue no sabía que Gansey tuviese no sé qué obsesión con la muerte, pero accedió a no hablarle de aquel punto.

—Pero todavía no has dicho qué fue lo que hicisteis —insistió Blue.

—Conque no, ¿eh?

—Pues no. Nos convendría saberlo para evitar accidentes.

Malory se rio, aunque dio la impresión de que estaba sorbiendo la espuma de un chocolate caliente.

—No te falta razón. Todo tenía mucha lógica y, para serte sincero, respondía a una idea de Gansey de ya hace tiempo. Preparamos un círculo con piedras que, según nos consta, demuestran una alta actividad… a efectos radiestésicos, desde luego. Jane, ignoro hasta qué punto conoces estos asuntos, pero es muy reconfortante dar con una chica que colabora con el

gremio, porque, por si no estás al corriente, en este negocio nuestro no se ve más que a hombres, y por eso me agrada tanto enterarme de que una joven como tú…

—Sí —coincidió Blue—. Es genial. Me lo paso muy bien. Estábamos con el círculo de piedras.

—En efecto, sí. Colocamos las piedras en círculo en lo que esperábamos que fuese el centro de la línea ley, y estuvimos jugando con las posiciones hasta que nuestros instrumentos marcaron un pico de energía en el medio. Diría que fue como posicionar un prisma para concentrar un haz de luz.

—Y entonces a tu amigo le pasó eso en la piel, ¿no?

—Aproximadamente, sí. Estaba él efectuando una lectura en el medio de las piedras cuando dijo algo que, lamento tener que admitir, ya no recuerdo con exactitud, especialmente por el sofoco de lo que ocurrió después, pero el caso es que hizo un comentario humorístico, una broma o algo por el estilo, porque ya sabrás cómo se las gasta la gente joven y, de hecho, también el mismo Gansey, que es bastante proclive a esas trivialidades…

Blue no las tenía todas consigo respecto a que Gansey de verdad fuese dado a las trivialidades, pero se prometió que se ocuparía de comprobarlo en cuanto pudiese.

—Y, en fin —siguió diciendo Malory—, dijo algo sobre dejarse la piel, que lo iban a despellejar o un disparate similar. Y hete aquí que esta clase de fenómenos se toman las cosas bastante al pie de la letra. No acabo de entender cómo es que sus palabras provocaron semejante reacción, y diría que no llegamos a activar la línea, al menos de la manera adecuada, pero así son las cosas. Una decepción, la verdad.

—Sí, pero tu amigo ha vivido para contarla —contestó Blue.

—Si te refieres a la historia, quien la está contando soy yo —replicó Malory.

Blue supuso que se trataba de un chiste. Se rio y no se sintió mal por hacerlo.

Después, le dio las gracias a Malory, intercambió con él unas pocas frases de circunstancias y colgó.

—¿Noah? —exclamó, viendo que Noah no estaba por ninguna parte. No

hubo respuesta, pero oyó en el exterior ruido de puertas de coche cerrándose y un rumor de voces.

Repasó mentalmente una de las frases que había dicho Malory: «Mi amigo, el pobre, fue desollado vivo». Aunque no tuviese no se sabía qué obsesión con la muerte, Blue se quedó horrorizada con la imagen que aquellas palabras le provocaron en la mente.

Momentos más tarde, oyó el sonido de la puerta de abajo al cerrarse y pasos subiendo por la escalera.

El primero en entrar fue Gansey, que no esperaba encontrar a nadie y no se había tomado la molestia de esconder el desasosiego que le descomponía las facciones. En cuanto vio a Blue, se sacó de donde pudo una sonrisa cordial.

En realidad, una sonrisa tan convincente que a Blue le costó creer que, hacía tan solo un instante, había visto en él una expresión completamente distinta. Se le escapaba la razón por la que un chico con una vida tan llena de facilidades había tenido que aprender a parapetarse tras una fachada de felicidad tan lograda y tan falsa.

—Jane —dijo Gansey con lo que Blue creyó que era, pese a que el gesto apuntase en la dirección opuesta, una nota de tristeza en la voz—. Siento que no hubiera nadie cuando llegaste.

La voz de Noah, como un susurro helado, se manifestó en el oído de Blue: «Se han peleado».

Luego, entraron Ronan y Adam. El primero cargaba con una bolsa de deporte y una mochila, y el segundo traía una caja de cereales de la que asomaba un Transformer.

—Bonito Transformer —comentó Blue—. Es el que se convierte en un coche de policía, ¿no?

Adam miró a Blue sin sonreír, casi como si no la viera. Tardó en responder un poco más de lo necesario.

—Sí.

Todavía con el equipaje encima, Ronan atravesó la estancia hacia el cuarto de Noah.

—Ja, ja, ja —sus carcajadas sonaron al compás de sus pasos. Era la

clase de risa de quien se sabía el único con ganas de reír.

—Ha llamado ese hombre —anunció Blue mostrando el trozo de papel en el que había anotado el nombre de Malory. Tal como lo había escrito, parecía un diálogo del gato del dibujo.

—Malory —musitó Gansey sin el entusiasmo habitual, observando a Adam ir tras Ronan con la caja. Tan solo miró a Blue cuando se cerró la puerta de la habitación de Noah.

Dio la impresión de que se habían quedado solos en un desierto, como si el resto del mundo se hubiese retirado—. ¿Qué quería?

—Probó el ritual en la línea ley. Salió mal. Su amigo resultó herido.

—¿Herido?

—Sí, herido. Grave. Por la energía —respondió Blue.

Gansey se descalzó. Uno de los zapatos fue a parar a la maqueta de Henrietta, y el otro golpeó una de las patas de la mesa y cayó al suelo.

—Fantástico —susurró Gansey.

—No estás de muy buen humor, ¿verdad? —observó Blue.

—Yo qué sé.

—¿Por qué os habéis peleado Adam y tú?

Gansey miró de reojo la puerta del cuarto de Noah.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó con fatiga, tirándose en la cama deshecha.

—¿A ti qué te parece? —replicó Blue. Se habría dado cuenta de todos modos, aunque Noah no le hubiese dicho nada.

Con la cara enterrada en las sábanas, Gansey murmuró algo y agitó una mano en el aire. Blue se acuclilló al lado de la cama y apoyó las manos en el colchón.

—¿Qué has dicho? ¿Qué tal si me hablas a mí y no a la almohada?

Gansey no volvió la cabeza, de modo que su voz continuó sonando amortiguada.

—Mis palabras destruyen lo que tocan, y no dispongo de herramientas para desarmarlas. ¿Te puedes creer que estoy vivo porque Noah está muerto? Qué sacrificio tan estupendo. Qué contribución para el mundo tan maravillosa, la mía —su mano volvió a revolotear. Blue supuso que Gansey

pretendía darle a entender que bromeaba—. Sí, ya sé que me estoy compadeciendo de mí mismo. Olvídame. ¿Así que Malory cree que no es buena idea activar la línea ley? Pues maravilloso. Disfruto muchísimo cuando las cosas se quedan estancadas.

—Sí, te estás compadeciendo de ti mismo.

Pero a Blue no le molestaba. Jamás había estado con el Gansey auténtico tanto tiempo seguido. Eso sí, habría preferido que no fuese el dolor lo que motivaba su apertura.

—Ya casi he terminado. Enseguida te dejo en paz.

—Te prefiero así.

Por alguna razón, admitir aquello hizo que a Blue empezaran a arderle las mejillas.

Se consoló pensando que era una suerte que nadie, ni Gansey ni los demás, la estuviera mirando.

—Aplastados y en pedazos —dijo Gansey—. Las chicas los prefieren así. ¿Pero Malory dijo que su amigo estaba herido grave?

—Sí.

—Bueno, pues entonces, punto y final —se puso de espaldas en el colchón—. No vale la pena el riesgo.

—Pensaba que necesitabas encontrar a Glendower.

—Y así es —afirmó Gansey—. Pero ellos no.

—Entonces, ¿lo harás tú solo?

—No, eso no puede ser. Ojalá la línea señalara con flechas gigantes el lugar donde está Glendower. En fin, me figuro que volveré a lo de antes, con calma y buena letra. En cuanto al amigo de Malory, ¿qué le pasó exactamente?

Blue chasqueó la lengua como queriendo desentenderse de la pregunta. Recordaba muy bien la petición que le había hecho Malory de ahorrarle a Gansey los detalles.

—Blue, por favor, ¿qué ocurrió con el amigo de Malory? —Gansey la miraba sin pestañear, con insistencia.

—Dijo algo sobre dejarse la piel y, entonces, por lo visto, se quedó sin piel. Malory no quería que te lo contara.

Gansey apretó los labios.

—Eso es porque todavía se acuerda de… Da igual. ¿Que se quedó sin piel? Vaya desastre.

—¿Dónde está el desastre? —preguntó Adam aproximándose.

Observando las posturas de Blue y Gansey, Ronan comentó:

—Blue, si escupes, le caerá justo en el ojo.

Gansey rodó hasta situarse en el costado opuesto de la cama, desde donde le lanzó a Adam una mirada fugaz.

—Blue dice que Malory intentó activar la línea ley y que el amigo que iba con él resultó herido de gravedad. De manera que no vamos a hacer el ritual. Por lo menos, de momento.

—A mí no me importa el riesgo —dijo Adam.

—A mí tampoco —murmuró Ronan lamiéndose los dientes.

—Tú crees que no tienes nada que perder —le dijo Gansey a Adam; luego, miró a Ronan y añadió—: Y a ti te da igual morirte. En otras palabras: no sois de fiar.

—Y tú no tienes nada que ganar, Gansey —aseveró Blue—. Tampoco eres de fiar. Aun así, creo que estoy de acuerdo. Porque, vamos, teniendo en cuenta cómo ha quedado el amigo de Malory…

—Gracias, Jane, por aportar la voz de la sensatez —repuso Gansey—. Ronan, no me mires así. ¿Desde cuándo estamos tan convencidos de que el único modo de encontrar a Glendower consiste en activar la línea ley?

—No tenemos tiempo de descubrir otra manera de hacerlo —juzgó Adam —. Si Whelk activase la línea, la ventaja sería suya. Además, habla latín y podría comunicarse con los árboles. Si encuentra a Glendower, se hará con su favor y se librará de afrontar las consecuencias de haber asesinado a Noah. Punto final: el malo gana.

Con un ademán en el que no quedaba ni rastro de vulnerabilidad, Gansey se incorporó y se sentó en el borde del colchón.

—No es una buena idea, Adam. Si se te ocurre un modo de hacerlo que no implique heridos, cuenta conmigo. Hasta entonces, lo mejor es esperar.

—No tenemos tiempo —insistió Adam—. Persephone dijo que la línea se activaría en cuestión de días.

Gansey se levantó.

—Adam, hay alguien en Inglaterra que se ha quedado sin piel por hacer el tonto con la línea ley. Y nosotros ya nos hemos hecho una idea de lo que pasa en Cabeswater. Esto no es un juego. Es muy real y muy peligroso. Y no vamos a andar por ahí dando palos de ciego.

Clavó la mirada en Adam durante largo rato. Blue distinguió en Adam una expresión que no supo interpretar e intuyó que no lo conocía tan bien como creía.

Se acordó de la interpretación que había hecho su madre de la carta de tarot que le había dado, el dos de espadas. Deprimida, pensó: «Mi madre no suele equivocarse».

—A veces —musitó Adam—, no sé cómo aguantas ser como eres.

Capítulo 40

Barrington Whelk no estaba contento con Neeve. Para empezar, desde que se había subido al coche, no había hecho más que comer humus con galletas saladas, y la combinación del olor a ajo con el ruido que hacía al masticar le parecía insoportable. Que, por añadidura, hubiese llenado de migas el asiento era una de las cosas que más lo habían irritado en una semana ya de por sí bastante irritante. Y para poner la guinda, lo primero que había hecho tras saludar había sido aplicarle una descarga paralizante con una pistola eléctrica y atarlo en el asiento trasero de su propio coche.

«No bastaba con tener que contentarme con este cacharro rodante», pensó Whelk.

«Ahora resulta que voy a morir en él».

Neeve no le había dicho que fuese a matarlo, pero Whelk llevaba cuarenta minutos viendo poco más que el suelo del coche, en donde había un cuenco de arcilla, ancho y chato, que contenía una colección de velas, tijeras y cuchillos. Los cuchillos eran bastante siniestros y amenazadores, pero no suponían una prueba irrefutable de que fuese a producirse un asesinato. Sí lo eran, en cambio, los guantes de goma que se había enfundado Neeve y el otro par que aguardaba en el cuenco.

Por lo demás, Whelk no sabía a ciencia cierta que se estuviesen dirigiendo a la línea ley, pero teniendo en cuenta el rato que Neeve había dedicado a estudiar el diario antes de arrancar, imaginaba que aquel era el destino más probable. Pese a que las predicciones dramáticas no fuesen lo suyo, intuía que la suerte que lo esperaba era la misma que había corrido Czerny hacía siete años.

Es decir, una muerte ritual. Un sacrificio en virtud del cual su sangre empaparía la tierra hasta alcanzar la profundidad de la línea ley. Frotándose las muñecas pese a tenerlas amarradas, se volvió hacia Neeve, que manejaba el volante con una mano y las galletas saladas y el humus con la otra. No contenta con eso, había tenido la desfachatez de poner en la radio un disco para meditar, compuesto a base de ruidos recogidos en la naturaleza.

Para entrar en la onda del ritual, se suponía.

Whelk advertía que morir en la línea ley implicaba, de algún modo, que se cerrase el círculo que se había iniciado hacía mucho.

Sin embargo, los círculos le importaban un comino. Lo que le importaba era que lo hubiesen secuestrado en su propio coche; que lo tratasen de aquel modo, sin el menor respeto. También le importaba dormir por la noche. Le importaban las lenguas muertas, que uno podía aprender con la confianza de saber que no cambiarían. Y le importaba el guacamole de la cocinera que había trabajado, hacía tanto, en la casa de sus padres.

Pero había algo todavía más importante que lo anterior: las ataduras no estaban bien apretadas.

Capítulo 41

Tras salir de Manufacturas Monmouth, Blue volvió a su casa y se retiró al jardín, en donde, cobijada por el tronco del haya, se propuso hacer los deberes que tenía pendientes.

Sin embargo, enseguida se hizo patente que le estaba dedicando mucho menos tiempo a hallar el valor de x que a hallar el de Noah, Gansey o Adam. Cuando ya se había convencido de dejarlo, vio llegar a Adam, que dio un paso hacia la sombra verdosa que proyectaba el árbol.

—Persephone me ha dicho que estabas aquí —se quedó allí parado, al borde de la sombra.

Blue pensó en decirle que lamentaba lo ocurrido con su padre, pero cambió de idea y lo invitó a aproximarse con un gesto de la mano. Adam resopló ruidosamente para que ella lo oyera. Sin pronunciar palabra, se sentó a su lado y, tapándose la cara con los brazos, apoyó la cabeza en su regazo.

Pasmada, Blue tardó en reaccionar. Lo único que hizo fue mirar hacia la casa para cerciorarse de que no había nadie presenciando la escena. Se sentía como si se le hubiese acercado un animal salvaje: tenía miedo de asustarlo y, al tiempo, la halagaba que confiase en ella. Tras pasar unos momentos observándole la nuca, se atrevió a acariciarle unas pocas hebras de cabello. El contacto y el olor a polvo y a aceite que desprendían hizo que el pecho le vibrara.

—Tienes el pelo del mismo color que la tierra seca —dijo.

—Que es de donde vengo.

—Tiene gracia —observó Blue—. El mío también debería ser así.

Adam se encogió de hombros y aguardó unos instantes.

—A veces temo que Gansey nunca llegue a entenderme —afirmó.

Blue le acarició con un dedo el nacimiento de la oreja. Era peligroso y emocionante, y aún lo habría sido mucho más si él la estuviese mirando.

—Solo lo voy a decir una vez, Adam, así que presta atención —dijo Blue —. Creo que eres increíblemente valiente.

Él permaneció en silencio durante un momento interminable. Se oyó el

rumor de un coche que atravesaba el vecindario. El viento se sacudía entre las hojas del haya y las volteaba de un modo que anunciaba lluvia.

Adam habló sin levantar la cabeza.

—Blue, en este instante me gustaría besarte, por muy joven que seas.

Los dedos de Blue se quedaron paralizados.

—No quiero hacerte daño —dijo.

Adam se enderezó. En sus facciones no se leía más que desolación.

—Ya me han hecho todo el daño que podían hacerme.

Blue comprendió que lo que le ocurría no tenía que ver con las ganas de besarla, y eso hizo que se le pusieran las mejillas en llamas. Había que evitar los besos, pero sobre todo había que evitar que llegasen así.

—Puede ser bastante peor, Adam.

Él tragó saliva y volvió la cabeza hacia el otro lado. Tenía las manos en el regazo, lacias. «Si yo fuese cualquier otra persona», pensó Blue, «mi primer beso llegaría ahora mismo». Se preguntó qué se sentiría al besar a un chico tan desamparado y excitado.

Los ojos de Adam brincaban tras la estela que dejaba la luz en sus constantes juegos con las hojas.

—Ya no recuerdo cómo me recomendó tu madre que afrontase mis problemas — dijo—. Aquello de la opción que no debía tomar.

Blue suspiró. Era eso lo que había de fondo, y ella siempre lo había sabido aunque él lo ignorase.

—Busca una opción propia —dijo—. Y trae una libreta la próxima vez.

—No recuerdo que dijera nada sobre una libreta.

—Porque te lo estoy diciendo yo. La próxima vez que vayas a que te echen las cartas, toma notas. Así podrás comparar lo que te digan con lo que pase y sabrás si has ido a una buena médium.

Adam la miró al fin, pero Blue no supo si la estaba mirando de verdad.

—Pero, por esta vez, te ahorraré las molestias —afirmó Blue, ladeando la cabeza al verle levantarse. Sus dedos y su piel añoraban al chico del que había ido de la mano hacía unos días, pero aquel chico no parecía ser la misma persona que estaba en aquel momento frente a ella—. Mi madre es una médium excelente.

Metiéndose las manos en los bolsillos, Adam se frotó el hombro con la barbilla.

—O sea, que debo hacerle caso, ¿no?

—No, debes hacerme caso a mí.

Adam reaccionó con una sonrisa tan débil que a punto estuvo de deshacérsele en los labios.

—¿Y qué es lo que me recomiendas?

De pronto, Blue descubrió que tenía miedo de él.

—Que sigas siendo valiente.

Había sangre por todas partes.

«¿Por fin estás contento, Adam?», le preguntaba Ronan, gruñendo, arrodillado junto a Gansey, que estaba convulsionándose en el suelo. Pero lo peor era la mueca de espanto en el rostro de Blue. Todo aquello era culpa suya, y así se lo daba a entender Ronan, enloquecido de dolor. «¿Era esto lo que querías?».

Al abrir los ojos tras la pesadilla y notar la adrenalina todavía hirviéndole por todos los rincones del cuerpo, Adam no supo dónde estaba. Creyó que levitaba. El espacio que lo rodeaba estaba como desquiciado: había demasiada luz, demasiado vacío por encima, demasiado silencio.

Entonces recordó que se encontraba en la habitación de Noah, aquel claustro de paredes ensimismadas y techos lejanos. Lo invadió una nueva oleada de desolación, cuya naturaleza identificó más allá de toda duda: añoranza del hogar. Durante incontables minutos, permaneció allí tendido, discutiendo consigo mismo. La lógica le decía que no había nada que echar en falta, que estaba padeciendo los efectos del síndrome de Estocolmo, el cual le hacía identificarse con sus maltratadores y considerar que era él quien tenía la culpa de las palizas que le daba su padre.

Objetivamente era una víctima, y lo sabía. Y sabía también que el daño era mucho más profundo que los moratones con los que debía presentarse en clase de vez en cuando.

Sí, era muy capaz de diseccionar hasta la última de sus reacciones, dudar de todas y cada una de sus emociones, e incluso llegar a preguntarse si también él maltrataría a un hijo suyo.

Aun así, allí acostado entre las sombras de la noche, la idea que más se le repetía era otra: «Mi madre nunca volverá a dirigirme la palabra. Me he quedado sin casa».

También le rondaban por la mente Glendower y la línea ley. Parecían más próximos que nunca, pero también el peligro y la muerte que llevaban aparejados. Whelk andaba suelto y había invertido más tiempo en la búsqueda que Gansey. Desde luego, si le dejaban hacer, alcanzaría la meta antes que ellos.

«Tenemos que activar la línea ley».

La cabeza de Adam era un carrusel de imágenes: la última vez que su padre le había pegado, Gansey y Pig arrimándose a la acera para ponerse a su altura, el doble de Ronan en la caja registradora el día que había decidido matricularse en Aglionby, el primer puñetazo que Ronan había estrellado en la cara de su padre… Había demasiados anhelos, demasiados deseos que pugnaban por auparse sobre el resto, demasiada desesperación. No tener que trabajar tantas horas, ir a una buena universidad, aprender a anudarse la corbata, no seguir con hambre después de comerse el bocadillo que se llevaba al trabajo, comprarse el Audi que Gansey y él habían visto una vez después de clase, demostrarle a su padre que él también sabía pegar, hacerse con un apartamento con encimeras de granito y un televisor más grande que la mesa de Gansey, ser de algún sitio, volver al hogar, al hogar, al hogar…

Si despertaban el poder de la línea ley y encontraban a Glendower, aquellos sueños no se desvanecerían. No todos, al menos.

Pero detrás de todo aquello siempre encontraba la imagen de Gansey en el suelo, herido, y también la cara que se le había quedado después de que discutiera con él, hacía unas horas. Desde luego, Adam jamás permitiría que le pasara algo a Gansey.

Pero tampoco permitiría que Whelk se saliese con la suya y les arrebatase aquello a lo que habían dedicado tantos esfuerzos. ¡Esperar! Gansey siempre podía permitirse esperar. Pero él no.

Estaba decidido. Se levantó y, moviéndose con sigilo, metió sus cosas en la bolsa de ciclista. No era sencillo saber qué iba a necesitar. En todo caso, sacó la pistola de debajo de la cama y estuvo examinando durante un rato su

oscura y siniestra silueta. Gansey se la había visto durante la mudanza.

—¿Qué es eso? —le había preguntado, horrorizado.

—Ya sabes lo que es —le había contestado Adam.

Era la pistola de su padre, la materialización del riesgo que existía de que su padre acabara con la vida de su madre. Adam se la había llevado, por si acaso.

El arma había sumido a Gansey en un profundo estado de ansiedad que, según creía Adam, debía de estar relacionado con lo que le había hecho Whelk.

—No la quiero aquí.

—No puedo venderla —había respondido Adam—. Lo he pensado, pero sería ilegal.

Está registrada a su nombre.

—Bueno, pero seguro que hay otras maneras de que te deshagas de ella. Entiérrala.

—¿Para que un día la encuentre algún chaval?

—No la quiero aquí.

—Está bien. Me desharé de ella —le había prometido Adam—. Ya veremos cómo. Pero lo que no podía hacer era dejarla allí.

Adam no quería llevársela aquella noche.

Sin embargo, había un sacrificio que hacer, y quizá la necesitara.

Comprobó que tenía el seguro puesto y la echó al interior de la bolsa. Se levantó y, cuando iba ya de camino a la puerta, oyó un ruido que le dejó paralizado. Tenía delante a Noah, que le miraba con ojos huecos, la mejilla hundida y la boca entreabierta.

Cuando no estaba Blue para prestarle su energía, ni Gansey para devolverle su humanidad, ni Ronan para acogerlo en el grupo, Noah espantaba.

—No lo eches a perder —susurró Noah.

—No lo pretendo —respondió Adam, colgándose la bolsa del hombro. Notó de inmediato el peso extra del arma. «He comprobado que tiene el seguro puesto, ¿no? Sí, sé que lo he hecho».

Al levantar la vista, vio que Noah ya no estaba. Atravesó la zona de aire

gélido y sombrío que había ocupado la aparición y abrió la puerta. Gansey estaba ovillado en su cama con los cascos puestos y los ojos cerrados. Por el oído sano, Adam captó el débil sonido de la música que su amigo utilizaba para combatir la soledad y conciliar el sueño.

«No le estoy traicionando», se dijo Adam. «Esto sigue siendo cosa de los dos. Eso sí, cuando vuelva, seremos iguales».

Su amigo no se movía, y Adam salió. En cuanto estuvo en el exterior, lo único que oyó fue el silbido que el viento nocturno producía al atravesar los árboles de Henrietta.

Capítulo 42

Gansey se despertó bañado por la luna llena.

Pero cuando se desperezó y pestañeó varias veces, advirtió que no se trataba de la luna. Eran las escasas farolas encendidas de Henrietta, que proyectaban un tenue resplandor púrpura en una nube baja, y las gotas de lluvia que perlaban el cristal de los ventanales.

No había luna. Sin embargo, supo que le había despertado algo semejante a una luz.

Creyó oír, débil y distante, la voz de Noah. El vello de sus brazos se erizó poco a poco.

—No te he entendido —susurró—. Perdona. ¿Podrías decirlo más alto, Noah?

Notó hormigueos en la nuca. Frente a los labios se le formó una diminuta nube de condensación.

—Adam —oyó decir a la voz de Noah.

Gansey se levantó de un salto, pero ya era demasiado tarde. Adam no estaba en el antiguo cuarto de Noah. Sus cosas se encontraban en desorden. Había hecho las maletas y se había largado. Pero no… Su ropa aún se hallaba allí. Pensaba volver.

—Ronan, despierta —dijo Gansey abriendo la puerta de la habitación de Ronan. Sin esperar a oír una respuesta, corrió a la escalera y bajó hasta el descansillo, desde cuya rota ventana se veía la zona del aparcamiento. Llovía, y la fina cortina de agua creaba halos alrededor de las luces de las casas. Por alguna razón, Gansey sabía lo que iba a encontrarse, pero, con todo, no dejó de sobresaltarse: el Camaro había volado del aparcamiento. A Adam le habría resultado más fácil hacerle un puente al BMW de Ronan y llevárselo. Tenía que ser el rugido del motor de Pig lo que había despertado a Gansey; lo de la luz no había sido más que el recuerdo de la última vez que se le había interrumpido el sueño.

—Gansey, tío. ¿Qué? —exclamó Ronan rascándose la cabeza, asomado al hueco de la escalera.

Gansey no quería decirlo. Si lo decía en voz alta, lo haría realidad y lo transformaría en algo que ya había sucedido, que Adam había hecho. No le dolería tanto si fuera Ronan, porque de él había que esperar cosas así. Pero se trataba de Adam. Adam.

«Yo se lo dije, ¿no? Le dije que debíamos esperar. Y él tuvo que entenderme».

Gansey intentó enfocar la situación desde varias perspectivas, pero por mucho que la pintara de una manera o de otra, el resultado era el mismo: dolor. Estaba desolado.

—¿Qué es lo que pasa? —el tono de voz de Ronan había cambiado.

—Adam se ha ido a activar la línea ley.

Capítulo 43

A poco más de un kilómetro, en el 300 de Fox Way, Blue alzó la mirada al oír un golpe en su cuarto.

—¿Estás dormida? —preguntó Maura.

—Sí —dijo Blue.

Maura entró sin molestarse en pedir permiso.

—He visto que tenías la luz encendida —explicó, y con un suspiro, blanda como un verso pronunciado en la penumbra, se sentó en la cama de Blue. Durante unos minutos que se hicieron eternos, permaneció en silencio, contentándose con mirar las lecturas que Blue tenía sobre la caja que hacía de mesita de noche. No era extraño que no hablasen: que Blue recordara, hacía mucho que su madre había adoptado la costumbre de entrar en su cuarto al caer la noche con el propósito de que ambas leyeran juntas, cada una en un costado de la cama. Sin embargo, aquel viejo colchón de dos plazas ya no parecía tan espacioso como cuando Blue era niña, y resultaba imposible que se tumbaran las dos en él sin que se molestasen con las rodillas o con los codos.

Tras un rato examinando los libros de Blue, Maura dejó las manos en el regazo y contempló la pequeña habitación. La lámpara que descansaba sobre la caja proyectaba un suave resplandor verdoso. Blue había pegado en la pared opuesta a la cama árboles de lona con hojas hechas a base de trozos de papel, y había cubierto la puerta del armario de flores secas. La mayoría tenían buen aspecto, pero también las había ajadas. Del ventilador del techo colgaban plumas de colores y cordones anudados. Los dieciséis años de vida de Blue habían transcurrido entre aquellas paredes, y se notaba.

—Creo que lo mejor es que te pida perdón —dijo Maura al fin.

Blue dejó de leer el libro de Literatura de Estados Unidos con el que había estado peleándose.

—¿Por qué?

—Pues por no ser franca contigo, imagino. Mira, es muy difícil ser madre. Yo creo que la culpa la tiene Papá Noel. Dedicas tanto esfuerzo y

tiempo a asegurarte de que tu hija crea que es real, que llega un momento en que ya no sabes cómo parar.

—Mamá, cuando os pillé a Cala y a ti envolviendo mis regalos, tenía como seis años.

—Era una metáfora, Blue.

Blue le dio una palmada al libro de Literatura.

—Las metáforas están para explicar algo por medio de un ejemplo. No veo lo que explica tu metáfora.

—A ver, Blue: ¿sabes de lo que estoy hablando o no?

—Creo que pretendes disculparte por no haberme contado nada de Cielito.

Maura lanzó una mirada amenazadora hacia la puerta, como si creyera que Cala esperaba del otro lado.

—Me gustaría que no lo llamases así.

—Si hubieses sido tú la que me habló de él, ahora no lo estaría llamando como lo llama Cala.

—Vale.

—¿Cuál era su verdadero nombre?

Su madre se recostó en el colchón. Estaba cruzada, de modo que tuvo que doblar las piernas para evitar que se le quedaran los pies colgando. Blue, a su vez, se vio obligada a retirar las suyas para que no se las aplastara.

—Artemus.

—No me extraña que prefirieras Cielito —dijo Blue. Sin darle tiempo a su madre para responder, añadió—: Espera… Artemus es un nombre romano, ¿verdad? ¿No está en latín?

—Sí. Y a mí me parece un nombre bonito. No lo comparto contigo para que lo critiques.

—Seguro que no —respondió Blue. No se imaginaba qué clase de coincidencia había hecho que el latín cobrara, de pronto, tanta importancia en su vida. Las opiniones de Gansey habían hecho mella en su criterio, porque las coincidencias ya no le parecían tan fortuitas.

—Está bien —concedió Maura—. Pero mira, lo que sé es lo siguiente: el asunto de tu padre tiene que ver con Cabeswater o la línea ley. Mucho antes

de que nacieras, Cala, Persephone y yo andábamos metidas en cosas con las que no conviene jugar…

—¿Drogas?

—Rituales. ¿Por qué? ¿Has probado las drogas?

—No. Pero los rituales, a lo mejor, sí.

—Las drogas son menos peligrosas.

—No me interesan. Ya sabes los efectos que tienen… ¿Dónde está la gracia?

Cuéntame más.

Tamborileando con los dedos en el estómago, Maura alzó la mirada. Justo encima, en el techo, Blue había copiado un poema que su madre debía de estar intentando leer.

—Tu padre apareció después de uno de los rituales. Creo que estaba atrapado en Cabeswater y que nosotras lo liberamos.

—¿No se lo preguntaste?

—La nuestra no era… esa clase de relación.

—Prefiero no saber qué clase de relación teníais, si no hablabais.

—Claro que hablábamos. Era una buena persona —recalcó Maura—. Muy comprensivo y atento. Estaba preocupado por la gente. Pensaba que debíamos cuidar mejor el mundo en que vivimos y que teníamos que preocuparnos más por las consecuencias que nuestros actos tendrán en el futuro. Me encantaba esa parte de él. No era pose: era su forma de ser.

—¿Por qué me hablas de eso? —preguntó Blue, un tanto inquieta al ver el temblor que sacudía levemente los labios de su madre.

—Me has dicho que querías que te hablara de él. Además, lo hago porque te pareces mucho a él. Le habría gustado mucho ver tu habitación y todas esas chorraditas que has puesto en las paredes.

—Chorraditas… Gracias —replicó Blue—. Pero ¿por qué se marchó?

No bien hubo hecho la pregunta, se dio cuenta de que quizá estaba siendo demasiado brusca.

—No se marchó —aseguró Maura—. Desapareció. Justo después de que tú nacieras.

—Yo a eso lo llamo marcharse.

—No creo que lo hiciera a propósito. Bueno, en realidad, al principio lo creí. Pero ahora que he reflexionado más y conozco Henrietta en profundidad, pienso que… eres una niña muy extraña. No conozco a nadie más con el don de mejorar las capacidades perceptivas de los videntes. Sospecho que posiblemente coincidió que, cuando naciste, hicimos un ritual. Dicho de otro modo, que tu nacimiento formó parte del final de un ritual.

Quizá fuese eso lo que hizo que tu padre volviese por donde había venido.

—¡Me estás echando la culpa a mí! —protestó Blue.

—No seas ridícula —repuso Maura incorporándose. El pelo se le había quedado aplastado—. Eras solo un bebé. ¿Cómo iba a ser culpa tuya? Aun así, creo que tal vez fue esa la razón. Y por eso le pedí a Neeve que viniera a buscarlo. Quería que supieses por qué la llamé.

—¿De verdad la conoces?

Maura meneó la cabeza.

—Pfff. No nos criamos juntas, pero hemos ido coincidiendo a lo largo de los años, dos días aquí y tres días allá. Nunca hemos sido amigas, y mucho menos auténticas hermanas. Sin embargo, su reputación… Nunca imaginé que todo iba a enrarecerse tanto.

Sonaron unos pasos lentos en el pasillo, y se abrió la puerta de la habitación. Era Persephone. Maura suspiró y bajó la vista como si la hubiera estado esperando.

—No quiero interrumpir —dijo Persephone—. Pero dentro de tres minutos, o de siete, los chicos del cuervo amigos de Blue aparcarán frente a la casa y tratarán de encontrar la manera de convencer a Blue de que se escape con ellos.

Maura se rascó la piel de entre las cejas.

—Lo sé.

A Blue se le aceleró el pulso.

—Menudo nivel de detalle, ¿no?

Persephone y su madre intercambiaron una mirada fugaz.

—Ese es otro aspecto en el que no he sido franca —dijo Maura—. A veces, Persephone, Cala y yo podemos ser muy concretas.

—Solo a veces —puntualizó Persephone, que luego, con un tono de voz más sombrío, agregó—: Aunque, últimamente, cada vez con más frecuencia.

—Las cosas están cambiando —valoró Maura.

En la puerta apareció otra silueta: Cala.

—Aparte, Neeve todavía no ha vuelto —anunció—. Y también ha saboteado el coche.

No arranca.

En el exterior se oyó el ruido de un motor al ralentí. Blue escudriñó con la mirada a su madre.

En lugar de responderle, Maura se quedó observando a Cala y Persephone.

—Decidme que no nos estamos equivocando.

Persephone contestó con la suavidad acostumbrada.

—Sabes muy bien que no podemos asegurarlo, Maura.

Maura se levantó.

—Ve con ellos, Blue. Nosotras nos ocuparemos de Neeve. Espero que entiendas lo mucho que está en juego.

—Me hago una idea —afirmó Blue.

Capítulo 44

Había árboles y árboles, y después estaban los árboles por la noche. En la oscuridad, los árboles se volvían criaturas animadas, incoloras y amorfas. Cuando llegó a Cabeswater, Adam tuvo la impresión de que el lugar había cobrado vida. El viento que empujaba las hojas era como el resuello de un pulmón respirando, y el siseo de la lluvia era como un suspiro contenido. El aire olía a tierra mojada.

Adam enfocó el haz de su linterna hacia la línea de árboles. Absorbida por el chaparrón primaveral, la luz apenas penetró en la espesura.

«Ojalá fuera de día», pensó Adam.

No le tenía fobia a las tinieblas. Las fobias eran miedos irracionales, y Adam sospechaba que tener miedo en Cabeswater después de que se hubiese puesto el sol era lo más racional del mundo. «Por lo menos», se dijo, «si Whelk está aquí y tiene una linterna, me será fácil dar con él».

Era un parco consuelo, pero Adam ya no iba a dar marcha atrás. Incapaz de librarse de la sensación de estar siendo observado, volvió a mirar hacia atrás y, luego, cruzó el invisible y burbujeante arroyo para internarse en el bosque.

Y se hizo la luz.

Bajó la cabeza, cerró los ojos con fuerza y se protegió la cara con la linterna. Los párpados se le enrojecieron por efecto de la claridad. Los abrió despacio, con cautela.

Alrededor, el bosque relucía bajo un sol de mediodía. Del follaje caían rayos de luz dorada que moteaban las exiguas aguas del arroyo. Las hojas desplegaban con violencia sus colores: amarillo, pardo, rosa. El manto de musgo de los troncos era naranja oscuro.

Adam se miró las manos y advirtió que tenía la piel bronceada. El aire que le acariciaba el cuerpo era como un abrazo tangible, hecho de un millón de partículas titilantes.

No quedaba ni rastro de la noche, y tampoco se veía a nadie entre los árboles.

Cantó un pájaro, el primero que Adam creía haber oído en aquel lugar. Fueron cuatro o cinco notas lentas y claras, como el sonido de los cuernos de caza en otoño.

«Lejos, lejos, lejos». Aquella era la llamada de la agridulce belleza de Cabeswater, a la vez sobrecogedora y triste.

«Este lugar no debería existir», se dijo Adam, pero un instante después se descubrió sosteniendo la idea contraria. Se había hecho de día en Cabeswater justo en el momento en que Adam había deseado que no fuese de noche, del mismo modo que los peces de la laguna habían mudado de tonalidad después de que Gansey hubiese querido verlos de color rojo. Cabeswater se tomaba las cosas al pie de la letra, como Ronan. Adam se dio cuenta de que era mejor no plantearse su existencia, por lo que pudiera ocurrir.

Debía tener más cuidado con lo que pensaba.

Tras apagar la linterna y guardársela en la bolsa, Adam avanzó a lo largo del regato que habían seguido la primera vez. El agua de la lluvia había aumentado el caudal, de modo que resultaba más sencillo remontar el curso ladera arriba, entre humedales de hierba aplastada, hasta su nacimiento.

Por delante, Adam distinguió un reflejo de troncos cimbreando con parsimonia y el relumbrón de la luz del mediodía centelleando en la misteriosa laguna que habían descubierto. Ya casi estaba allí.

Dio un traspié. Había tropezado con algo inesperado.

«¿Qué es eso?».

En el suelo había un cuenco grande y poco profundo, de un feo y relampagueante color púrpura. Extrañaba encontrarse allí en medio un objeto como aquel.

Perplejo, Adam levantó los ojos para divisar, a tan solo unos metros, un nuevo cuenco, igualmente llamativo, entre los rosas y amarillos de la hojarasca que alfombraba el suelo. Era idéntico al que tenía a los pies, pero contenía un líquido oscuro.

Una vez más, Adam se quedó pasmado por el contraste entre aquel objeto, a todas luces hecho por manos humanas, y la naturaleza agreste que lo rodeaba.

Y aún se sorprendió más al advertir que la superficie del líquido era como un espejo: no flotaba en ella ni el más leve signo de polvo, hojas o insectos. No había duda de que el líquido había sido vertido allí hacía muy poco tiempo.

Lo que implicaba que…

Adam se vio invadido por un torrente de adrenalina y, un instante más tarde, oyó una voz.

Atado en el asiento trasero del coche, Whelk sopesaba cuál sería el mejor momento para pasar a la acción. El hecho era que Neeve, obviamente, tenía un plan, pero él, en cambio, no podía decir lo mismo. Por otra parte, le parecía improbable que quisiera matarlo antes de hacer todos los preparativos necesarios para el ritual. Así que Whelk se dejó llevar en su propio coche, que apestaba a ajo y estaba lleno de migas, hasta el lindero del bosque.

Neeve no tuvo valor para seguir conduciendo más allá de donde terminaba el asfalto —cosa que él agradeció en silencio— y aparcó en una pequeña rotonda de gravilla para hacer a pie el resto del camino. Aunque todavía no hubiese oscurecido, Whelk no dejaba de tropezar con los montículos que formaba la hierba al apelmazarse.

—Lo siento —dijo Neeve—. En Google Maps no vi un lugar más cercano para dejar el coche.

Whelk, asqueado con todo lo que tuviese que ver con Neeve, ya fuesen sus manos blandas y rechonchas o su falda vaporosa y arrugada, respondió de un modo bastante exasperado.

—¿Por qué te molestas en disculparte? —exclamó—. ¿Olvidas que vas a matarme?

Neeve arrugó el gesto.

—No querría que lo interpretaras de ese modo. Lo que pretendo hacer contigo es un sacrificio. Y siendo el objeto de un sacrificio, deberías considerarte afortunado, ya que pasarás a formar parte de una bonita y larga tradición. Además, te lo mereces. Es lo justo.

—Si me matas —respondió Whelk—, supongo que, más adelante, alguien debería matarte también a ti para igualar las cosas, ¿verdad? ¿No crees que

eso también sería lo justo?

Volvió a tropezar con la hierba, pero esta vez Neeve no se disculpó ni hizo comentario alguno. Se limitó a mirarlo con ojos insondables, vastos y agotadores.

—Barrington, por un instante tengo que admitir que me arrepentí un poco por haberte escogido a ti. Los remordimientos me duraron lo que tardé en usar la pistola paralizante.

Desde luego, resultaba difícil mantener una conversación civilizada cuando una de las partes se había servido de una pistola paralizante, así que ambos optaron por permanecer en silencio. Para Whelk, era extraño encontrarse de nuevo en el mismo bosque en que había visto a Czerny con vida por última vez. Habría dicho que el bosque no era más que bosque, que daba igual que regresara allí o que dejara de hacerlo, y que además lo de Czerny había sucedido a una hora distinta. Sin embargo, algo en el ambiente le hizo retrotraerse a aquel día y oír de nuevo la tristeza y la incredulidad implícitas en los últimos estertores de Czerny.

La cabeza se le llenó de susurros y murmullos, como ascuas de un fuego que se reavivaba, pero Whelk no hizo caso.

Añoraba su antigua vida. Lo echaba de menos todo: el descuido, las estrambóticas fiestas navideñas en casa, el pedal del acelerador bajo el pie y el hecho de que el tiempo libre fuese un regalo y no una ocasión para deprimirse. Echaba de menos faltar a clase, asistir a clase y haber hecho una pintada en el cartel de Henrietta de la I-64 tras cogerse una tremenda borrachera en su cumpleaños.

Echaba de menos a Czerny.

No se había permitido pensarlo ni una sola vez durante esos siete años. Había preferido convencerse de la inutilidad de Czerny, de que su muerte, en realidad, había sido la salida más práctica.

Con todo, no había olvidado el ruido que había hecho Czerny al recibir el primer golpe.

A Neeve no le hizo falta indicarle que debía estar callado mientras preparaba el ritual. Mientras ella iba señalando los cinco vértices de la estrella con una vela apagada, una vela encendida, un cuenco vacío, un

cuenco lleno y tres huesos dispuestos en forma de triángulo, Whelk permaneció sentado con la barbilla apoyada en las rodillas y las manos atadas a la espalda, mientras deseaba ser capaz de llorar; cualquier cosa con tal de sacarse de dentro el peso que lo aplastaba.

Neeve lo miró de reojo y supuso que su abatimiento se debía a la inminencia de la muerte.

—Oh —exclamó con voz cantarina—, no te pongas así. No va a dolerte demasiado — tras reflexionar unos instantes, agregó—: Al menos, no va a dolerte durante demasiado tiempo.

—¿Cómo piensas matarme? ¿En qué consiste el ritual?

Neeve frunció el entrecejo.

—Me cuesta responderte. Es como preguntarle a un pintor por qué escoge unos colores y no otros. La clave está en cómo te sientes.

—Está bien —contestó Whelk—. ¿Cómo te estás sintiendo?

Neeve contempló su obra mientras se tocaba el labio con una uña primorosamente lacada en malva.

—He hecho una estrella de cinco puntas. Se trata de una figura muy rotunda, y a mí se me da bien trabajar con ella. Hay gente que la encuentra demasiado compleja o demasiado limitada, pero a mí me va. He encendido una de las velas para que irradie energía y he dejado la otra apagada para que la reciba. El cuenco lleno está para reflejar el otro mundo y el vacío está para llenarse de él. Los huesos pertenecen a las patas de unos cuervos que maté. Los he colocado así para que el camino de los muertos reconozca el tipo de encantamiento que me propongo llevar a cabo. Y finalmente, pretendo que te desangres en el centro de la estrella mientras yo invoco a la línea para despertar su poder —tras examinar el gesto de Whelk, añadió—: Quizá introduzca alguna variación sobre la marcha.

Conviene ser flexibles con estas cosas. Debo decirte, Barrington, que eres de los pocos que se interesan en la mecánica de mi trabajo.

—Me interesa mucho —le aseguró él—. A veces, lo más interesante está en el procedimiento.

Aprovechando que Neeve se había dado la vuelta para recoger del suelo los cuchillos, Whelk se deshizo de las ligaduras de las muñecas. Luego,

levantó del suelo una rama caída y le golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas.

Supuso que no la había matado, porque la rama no pesaba demasiado, pero sí le había infligido el daño suficiente para que cayese de rodillas, fulminada.

Viendo que sacudía la cabeza y gemía un poco, Whelk le asestó un nuevo golpe para curarse en salud. Acto seguido, la ató sirviéndose del mismo cordel que había empleado ella con él —puso, eso sí, especial cuidado en los nudos— y la arrastró hasta el centro de la estrella.

Y entonces levantó los ojos y divisó a Adam Parrish.

Era la primera vez que Blue sentía verdadero peligro por encontrarse en Cabeswater, un peligro que procedía de su innata capacidad para vigorizar los fenómenos esotéricos. La noche se le antojó cargada cuando llegaron al bosque, y vio que el chaparrón había dado paso a una llovizna intermitente. La combinación de lo uno y lo otro la inquietó y le hizo observar con atención a Gansey. Sus hombros apenas estaban húmedos y, además, no llevaba puesto el uniforme de Aglionby. Sin embargo, cuando Blue lo había visto durante la guardia de la iglesia, llevaba el jersey del cuervo y tenía los hombros bastante más mojados. Blue confió en que su relación con él no hubiese modificado tanto el futuro como para que muriese aquella noche. Confió también en que estaba destinada a conocerlo y a relacionarse con él, dado que se suponía que le causaría la muerte o se enamoraría de él.

Por último, confió en que Persephone no les habría permitido ir a Cabeswater si presintiera que aquella era la noche en que Gansey moriría.

Precedidos por los haces de las linternas, encontraron a Pig aparcado cerca del Mustang de Noah. Había varias series de huellas que iban del coche al bosque, como si a Adam le hubiese costado decidir qué camino escoger.

Al ver el Camaro, la cara de Gansey, hasta entonces lúgubre, se volvió desangelada.

Echaron a andar hacia los árboles sin decir palabra.

Una vez en el lindero, Blue creyó percibir en el ambiente que estaban por entrar en un lugar en el que todo era posible. Y en cuanto dejaron atrás los

primeros troncos, una súbita luz de mediodía iluminó todo lo que los rodeaba.

Pese a haberse preparado para lo más increíble, Blue se quedó sin aliento.

—¿En qué estará pensando Adam? —murmuró Gansey sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Cómo se le ocurre…? —dejó la pregunta en el aire.

Ante ellos se hallaba el Mustang de Noah, que, bajo la luz dorada, ofrecía una imagen bastante más surrealista que la primera vez que lo habían visto. El sol formaba cortinas de luz que atravesaban el follaje y plasmaban franjas sobre el polen que cubría la carrocería.

Situada frente al coche, Blue llamó la atención de Gansey y Ronan, que fueron hacia allí. Los tres se quedaron observando el parabrisas. Alguien había escrito algo en él con el dedo, usando unas letras grandes y redondas: ASESINADO.

—¿Noah? —preguntó Blue mirando al vacío—. Noah, ¿estás con nosotros? ¿Lo has escrito tú?

—Oh —musitó Gansey.

Lo había hecho con apenas un hilo de voz y, en lugar de preguntarle a qué se refería, Blue y Ronan siguieron la dirección de su mirada hasta reparar en la ventanilla del conductor. En ella, una mano invisible estaba trazando una nueva inscripción en el polvo acumulado. Blue supuso que era Noah, pero le pareció extraño no distinguir ni siquiera una leve manifestación de su cuerpo. Y aún era peor ver cómo iban apareciendo las letras espontáneamente. Le hacía pensar en el Noah apenas humano, con los ojos huecos y la mejilla hundida. Pese a la tibieza del aire, tuvo frío.

«Es Noah», pensó. «Me está quitando energía. Es eso lo que estoy sintiendo».

En la ventanilla tomó forma una nueva palabra.

ASESINADO.

Empezó a surgir otra, casi solapándose con la anterior.

ASESINADO.

Y más y más palabras.

ASESINADO.

ASESINADO.
ASESINADO.
Pronto se acumularon tantas palabras que se fundieron unas con otras y el cristal quedó limpio, hasta no ser más que la ventanilla de un coche abandonado en cuyo asiento yacía el resto petrificado de lo que había sido una hamburguesa.
—Noah —dijo Gansey—, lo siento muchísimo.
—Yo también —susurró Blue enjugándose una lágrima.
Ronan dio un paso al frente, se inclinó sobre el capó del coche y posó un dedo en el parabrisas. Mientras lo observaban escribió:
NO OLVIDAMOS.
Blue oyó en su cabeza la voz de Cala con tal claridad que creyó que los demás también la estaban oyendo: «Tu padre murió por culpa de un secreto. Y tú conocías ese secreto».
Sin hacer ningún comentario, Ronan hundió las manos en los bolsillos y se encaminó hacia la espesura.
Glacial e impaciente, la voz de Noah reverberó en los oídos de Blue, que, no obstante, no llegó a comprender sus palabras. Le pidió que lo repitiese, pero lo único que obtuvo por respuesta fue silencio. Esperó en vano unos segundos más. Adam tenía razón:
Noah estaba debilitándose.
Dado que Ronan les llevaba un poco de ventaja, Gansey empezó a impacientarse.
Blue lo entendió perfectamente. Era importante que no se perdieran de vista en un lugar como Cabeswater.
—Excelsior —dijo Gansey sombríamente.
—¿Y eso qué significa? —preguntó Blue.
Gansey giró la cabeza para mirarla. Una vez más, volvía a parecerse al chico que Blue había visto en la iglesia.
—Adelante y arriba.

Capítulo 45

—Por todos los santos —masculló Whelk a ver a Adam junto al cuenco que acababa de volcar.

Whelk tenía en la mano un cuchillo grande y rotundo. Desaliñado y sin afeitar, tenía toda la pinta de ser un chico de Aglionby al que le hubiera sentado mal el fin de semana.

—¿Por qué? —inquirió con evidente exasperación.

Adam no había visto a su profesor de Latín desde antes de saber que era el asesino de Noah, y se quedó asombrado por el torbellino de emociones que le inspiró encontrarse con él. Sobre todo, al advertir que se repetía el ritual y que se repetía el sacrificio. En aquel contexto, le costó un poco situar la cara de Neeve: sí, aquella tarde en el 300 de Fox Way.

Lo estaba observando desde el centro de una estrella de cinco puntas. No parecía todo lo aterrada que debería estar, teniendo en cuenta que se encontraba atada y que la rodeaba un signo diabólico.

A Adam se le ocurrieron varias cosas distintas que decir, pero cuando se decidió a hablar, lo que le salió fue algo inesperado.

—¿Por qué Noah? —preguntó—. ¿Por qué no alguien horrible?

Whelk cerró los ojos durante un segundo.

—No pienso discutirlo contigo. ¿Qué haces aquí?

Estaba claro que no sabía cómo encajar la presencia de Adam. Lo cual tenía su lógica, ya que tampoco el propio Adam sabía cómo encajar la presencia de Whelk. En todo caso, Adam comprendió que lo único que tenía que hacer consistía en evitar que Whelk activara la línea ley. Todo lo demás (neutralizar a Whelk, salvar a Neeve o vengar a Noah) podía esperar. De pronto recordó que había guardado en la bolsa la pistola de su padre, y se le ocurrió que podía usarla para obligar a Whelk a hacer algo… Pero ¿qué exactamente? En las películas, todo era muy sencillo: ganaba quien tuviese el arma. Sin embargo, en la vida real, le faltaban manos para encañonar a Whelk y atarlo al mismo tiempo; de hecho, ni siquiera tenía con qué atarlo. Whelk no se iba a dejar. Claro que Adam podía utilizar el cordel anudado a

las muñecas de Neeve para…

Adam sacó la pistola de la bolsa. Al empuñarla, notó su peso y su malignidad.

—He venido para evitar que vuelva a pasar lo mismo. Desátala.

—¡Por todos los santos! —repitió Whelk.

Se plantó junto a Neeve de un salto y le puso el cuchillo en la mejilla. Apretó las mandíbulas levemente.

—O bajas la pistola o le rebano la cara. Mejor aún, lánzala hacia aquí. Y asegúrate de que tenga el seguro puesto, no vaya a ser que se dispare y nuestra amiga muera de un balazo.

Adam intuyó vagamente que si Gansey estuviera en su lugar, lograría resolver la situación por medio de la palabra. Hincharía pecho, se exhibiría y dejaría a Whelk a la altura del betún. Pero él no era Gansey.

—No quiero que muera nadie —dijo—. Voy a lanzar la pistola lejos, donde ni tú ni yo podamos alcanzarla.

—Entonces le cortaré la cara.

Neeve no se inmutó.

—Si lo haces, echarás a perder el ritual —indicó—. ¿No estabas prestando atención?

Creí que te interesaban los procedimientos.

Al mirarla a los ojos, Adam adivinaba algo profundamente desconcertante. Era como si, por un segundo, viese en ellos a Maura, Persephone y Cala.

—Está bien —dijo Whelk—. Tira la pistola. Pero no te acerques — dirigiéndose a Neeve, añadió—: ¿Cómo que echaría a perder el ritual? ¿Pretendes engañarme con un farol?

—Deshazte de la pistola —le dijo Neeve a Adam—. A mí no me importa.

Adam arrojó el arma a unos matorrales. Le sentó mal, pero prefería eso a tenerla en la mano.

—Barrington, el ritual no daría resultado porque es necesario hacer un sacrificio — explicó Neeve.

—Tú ibas a matarme —repuso Whelk—. ¿Piensas que me voy a creer

que no valdría que yo te mate a ti?

—Deberías —replicó Neeve, que aun así siguió mirando a Adam. Este no podía librarse de la sensación de estar viendo algo muy particular en su cara: una máscara de tinieblas, dos espejos enfrentados, el rostro de Persephone—. Hace falta un sacrificio personal. Que me mates no serviría. No significo nada para ti.

—Yo tampoco significo nada para ti —arguyó Whelk.

—Pero matar, sí —puntualizó Neeve—. Nunca he matado a nadie. Si te matara, estaría entregando mi inocencia. Y eso es un gran sacrificio.

Al hablar, Adam se sorprendió del desdén que había tomado su voz.

—Y tú, en cambio, ya has matado, de modo que no tienes nada que entregar.

Whelk empezó a maldecir en voz baja, como si estuviera solo. De lo alto caían con lentitud hojas redondeadas y amarillentas. Adam no perdía de vista los ojos de Neeve, que continuaban clavados en él. No había duda de que aquellos ojos venían de otro lugar. Eran un lago tenebroso en donde todo se reflejaba, una voz tan profunda como el centro de la Tierra, un par de discos de obsidiana, otro mundo.

—¡Whelk!

«¡Gansey!».

Precedido por su voz, Gansey salió de detrás del árbol hueco en el que habían tenido las visiones. Tras él aparecieron Ronan y Blue. El corazón de Adam se volvió una mezcla de pájaro y piedra: había en él alivio, pero también culpa.

—Whelk —repitió Gansey. A pesar de las gafas y del cabello húmedo y despeinado, estaba espléndido, como solo podía estarlo Richard Gansey III: despedía brillo y fuerza. No miró a Adam—. La policía está de camino. Te recomiendo que te alejes de esa mujer para no empeorar más las cosas.

Whelk se dispuso a contestar, pero cambió de opinión en el último momento. Sin embargo, las miradas recayeron en el cuchillo que tenía en la mano y, sobre todo, en el espacio que había quedado libre por debajo.

Neeve no estaba.

No estaba en la estrella, no estaba en el árbol de tronco hueco, no estaba

en la laguna; por supuesto que no. Era imposible que se escabullera sin que nadie la viese. De hecho, no se había movido. Lo que había hecho era desaparecer.

Durante unos momentos, nadie hizo un solo movimiento. Todos se quedaron paralizados por la incertidumbre.

Whelk se lanzó hacia delante. Adam tardó una fracción de segundo en darse cuenta de que pretendía hacerse con el arma.

Ronan se arrojó contra Whelk, pero este, que ya había levantado la pistola del suelo, le dio un culatazo en la mandíbula. Ronan salió despedido hacia atrás.

Whelk apuntó a Gansey.

—¡Basta! —gritó Blue.

No había tiempo.

Adam saltó hacia la estrella.

Aterrizó en el centro y descubrió que apenas se oía nada desde allí. La voz de Blue le sonó amortiguada, como si estuviera chillando debajo del agua. El aire se había detenido.

Era como si el tiempo se hubiese transformado en algo lento y apenas existente. La única sensación que reconocía era la de la electricidad: el cosquilleo apenas perceptible de una tormenta inminente.

Neeve había dicho que la clave no estaba en matar, sino en el sacrificio. Era obvio que aquello dejaba a Whelk fuera de juego.

Pero Adam sabía muy bien lo que significaba sacrificarse; por lo que le parecía, lo sabía mucho mejor que Whelk o que Neeve. Sabía que no consistía en matar a alguien ni en colocar unos huesos de pájaro en el suelo.

Lo cierto era que Adam llevaba mucho tiempo haciendo sacrificios, y tenía muy claro cuál era el más difícil.

O a su manera, o nada.

No tenía miedo.

Ser Adam Parrish era complicado. Ser aquella maravilla de músculos y órganos, conexiones sinápticas y terminaciones nerviosas: un milagro de resortes y engranajes. Ser Adam Parrish era sobrevivir. Sin embargo, lo que él consideraba más importante se resumía en una idea: la libertad para

decidir, para ser dueño y señor de sí mismo.

En el fondo, eso era lo que contaba.

Lo que había contado desde el principio.

Lo que significaba ser Adam.

Arrodillándose en el centro de la estrella, hundió los dedos en la tierra, blanda y musgosa.

—Me sacrifico —dijo.

—¡Adam, no! ¡No! —aulló Gansey con voz agonizante.

O a su manera, o nada.

«Seré tus manos», pensó Adam. «Seré tus ojos».

Se produjo un estruendo. Un estallido.

Y el suelo comenzó a sacudirse.

Capítulo 46

Blue cayó en los brazos de Ronan, que, todavía agachado y recuperándose del golpe que le había dado Whelk, empezaba a levantarse. Alrededor, las enormes lajas de piedra de entre los árboles se quebraban como el agua, y la laguna se zarandeaba y rebosaba por las orillas. Inundaba el ambiente un sonido como de tren lanzado a toda máquina, y Blue no dejaba de repetirse: «No me puede pasar nada. Nunca me ha pasado nada».

Los árboles se embestían entre sí como si ya no estuviesen sujetos por las raíces.

Llovían furiosamente las hojas y las ramas arrancadas.

—¡Un terremoto! —gritó Gansey levantando un brazo mientras, con el otro, se abrazaba a un tronco. Tenía el cabello lleno de polvo y tierra.

—¡Mira lo que has hecho, tarado! —le gritó Ronan a Adam, que permanecía impasible en el centro de la estrella, con ojos reconcentrados e inciertos.

«¿Cuándo acabará esto?», se preguntó Blue.

Un terremoto era algo tan traumático, tan fuera de lugar, que cabía imaginar que el mundo se había partido por la mitad y que ya nunca volvería a recuperarse.

Mientras el suelo vibraba y gemía, Whelk logró ponerse de pie, aún con la pistola en la mano. El arma irradiaba una oscuridad y una fealdad mucho más acusadas que antes, procedentes de un mundo en el que la muerte era injusta e instantánea.

Whelk consiguió mantener el equilibrio. Los temblores estaban moderándose y, aun así, el bosque entero seguía balanceándose como una atracción de feria.

—¿Cómo ibas a saber tú qué hacer con un poder así? —le espetó Whelk a Adam—.

Qué desperdicio. Qué puñetero desperdicio.

Whelk centró el cañón del arma en Adam y, sin más ceremonias, apretó el gatillo.

Todo se detuvo. Las hojas aún se estremecieron y el agua abofeteó un poco más las orillas de la laguna, pero el suelo dejó de moverse.

Blue chilló.

Todas las miradas habían virado hacia Adam, que seguía de pie en el centro de la estrella. Las facciones se le habían solidificado en un gesto de perplejidad. Se miró los brazos y el pecho. No había herida.

Whelk le había disparado y, al mismo tiempo, Adam no había recibido el balazo; de algún modo, las dos acciones se habían fundido en una sola.

Gansey miró a Adam con expresión devastada. Y en ese momento, Blue supo que había tenido lugar un cambio irreparable, una alteración definitiva. Quizá no en el mundo, pero sí en Cabeswater. Y si no era en Cabeswater, en Adam.

—¿Por qué? —le preguntó Gansey a Adam—. ¿Tan mal me he portado?

—Tú nunca has sido la razón —contestó Adam.

—Pero Adam, ¿qué has hecho? —gritó Blue.

—Lo que había que hacer —afirmó Adam.

A unos metros, Whelk ahogó un grito de impotencia. Derrotado como un niño, tiró la pistola al suelo, incapaz de entender por qué la bala no había herido a Adam.

—Debes devolvérmela —le dijo Adam, un tanto agitado—. Cabeswater no quiere que la tengas. Si no me la das, te la arrebatará.

De pronto, los árboles empezaron a sisear como si la brisa soplara a través de sus ramas, y Blue advirtió unos momentos más tarde a qué se debía aquel sonido: eran las voces. Los árboles estaban hablando, y ahora también ella podía oírlos.

—¡A cubierto! —gritó Ronan.

Surgió un fragor que creció hasta convertirse en un ruido muy preciso y vasto: una presencia descomunal avanzaba a través de los árboles, arrancando las ramas y aplastando la maleza.

—¡Se acerca algo! —chilló Blue.

Se agarró a la ropa de Ronan y de Gansey. Tiró de ellos para conducirlos hacia el árbol de las visiones, que se encontraba a unos pasos. Se guarecieron en el agujero del tronco, y desde allí pudieron contemplar lo que

se les aproximaba: una formidable y ondulante manada de bestias de cuernos blancos y lomos centelleantes como nieve helada, colmando el aire de bufidos y aullidos. Rabiosas y desbocadas, marchaban formando un frente y, cuando alzaron las cabezas, Blue vio que eran extrañamente sinuosas, como el cuervo de la ladera o la figura del perro. Con pasos atronadores que hacían que la tierra temblase de nuevo, fueron situándose en círculo alrededor de la estrella.

Ronan masculló una palabrota y Gansey se apretó contra la cálida madera del árbol, escondiendo la cabeza para no ver lo que ocurría.

El árbol los transportó a una visión.

En ella, la noche reflejaba figuras angulosas en la superficie mojada y humeante del asfalto, junto a un semáforo que pasaba del verde al rojo. El Camaro estaba detenido en la acera, con Blue al volante y un olor a gasolina que lo empapaba todo. En el lado del pasajero se vislumbraba el cuello de una camisa blanca: Gansey, que se inclinaba sobre el cambio de marchas y palpaba con los dedos el cuello expuesto de Blue. Su aliento era una caricia cálida.

«Gansey», decía ella con tono de advertencia, sintiéndose a la vez inestable y en peligro.

«Me gustaría que fuera así», murmuraba Gansey, casi acariciándole la piel con las palabras. «Me gustaría creer que soy capaz».

Blue cerraba los ojos.

«Quizá no pase nada si te beso», insistía Gansey. «Tal vez seas tú la que no debe…».

La visión se evaporó. Blue notó que algo tiraba de ella hacia atrás. Solo tuvo tiempo de ver a Gansey que, con ojos desencajados, la empujaba para salir del árbol.

Capítulo 47

Gansey solo se permitió un confuso instante de aquella visión, de aquel verse, de algún modo, tocando el rostro de Blue, y después apartó a Blue y salió del árbol. Como fuera, necesitaba saber qué le había pasado a Adam, si bien un presagio funesto le presionaba el pecho, como si ya supiera qué iba a encontrarse.

Adam se encontraba en el centro de la estrella, con los brazos relajados, indemne.

Sujetaba la pistola con una mano. Un poco más allá yacía Whelk, sin vida. Su cuerpo estaba cubierto de hojas, como si llevara allí años en lugar de minutos. No había tanta sangre como cabría esperar, pero no había duda de que estaba destrozado. Hecho un guiñapo.

Adam se limitaba a observarlo. Tenía el pelo revuelto por detrás. Aquello era lo único que había cambiado en su aspecto.

—Adam —susurró Gansey—, ¿qué has hecho para recuperar el arma?

—Los árboles —dijo Adam. Su voz procedía de una lejanía pavorosa, y Gansey intuyó que su amigo, el verdadero, el que conocía, estaba oculto en algún rincón de la persona que había hablado.

—¿Los árboles? ¡Dios! ¡Le has disparado!

—Claro que no —contestó Adam, dejando la pistola en el suelo con cautela—. Solo la he utilizado para impedir que entrase aquí.

El horror iba acrecentándose en el fuero interno de Gansey.

—¿Has dejado que lo pisotearan?

—Mató a Noah —repuso Adam—. Se lo merecía.

—No —Gansey se cubrió la cara con las manos. Allí había un cadáver, un cuerpo del que la vida había huido en un abrir y cerrar de ojos. Ni Adam ni él tenían edad siquiera para comprarse una bebida alcohólica. No estaban en condiciones de decidir sobre la vida y la muerte.

—¿Preferirías que dejase entrar aquí a un asesino? —inquirió Adam.

Gansey no habría sabido cómo empezar a describir el espanto que lo invadía, que se renovaba cada vez que pensaba en él.

—Estaba vivo —dijo, impotente—. La semana pasada nos enseñó cuatro verbos irregulares. Y tú acabas de matarlo.

—Deja de hablar así. Yo no he hecho nada. ¡Deja de decirme lo que está bien y lo que está mal! —gritó Adam, cuya expresión, sin embargo, revelaba tanto abatimiento como el que sentía Gansey—. La línea ley está activa. Podemos encontrar a Glendower, y todo será como debe ser.

—Tenemos que llamar a la policía. Tenemos que…

—No tenemos que hacer nada. Dejaremos que Whelk se pudra, como él hizo con Noah.

Asqueado, Gansey desvió la mirada.

—¿Y la justicia?

—La justicia es eso, Gansey. Nada más y nada menos. Como este lugar. Aquí todo es justo.

Gansey jamás podría darle la razón. Lo que decía se le antojó el anverso de la verdad. Por mucho que se lo plantease, lo único que veía era un hombre joven muerto cuyo cadáver le recordaba al deteriorado esqueleto de Noah. Y luego estaba Adam, que parecía el mismo y no lo era: tenía algo distinto en la mirada y en la línea de la boca.

Gansey sintió un primer mordisco de nostalgia.

Blue y Ronan salieron del árbol y se reunieron con ellos. Blue se tapó la boca al ver a Whelk. Ronan tenía una inflamación a la altura de la sien.

—Está muerto —dijo Gansey con sencillez.

—Creo que deberíamos salir de aquí —afirmó Blue—. Terremotos, estampidas… Yo ya no sé ni cómo estoy, pero todo esto es…

—Sí —contestó Gansey—. Tenemos que irnos. Ya tomaremos una decisión sobre Whelk más tarde.

«Esperad».

Todos oyeron la voz. En su propio idioma. Ninguno se movió, obedeciendo inconscientemente lo que les había pedido la voz.

«Joven. Scimus quid quaeritis» (Joven. Sabemos lo que buscas).

A pesar de que los árboles pudieran estar refiriéndose a cualquiera de ellos, Gansey intuyó que aquellas palabras eran para él.

—¿Qué es lo que busco? —preguntó.

La respuesta llegó en forma de una retahíla de frases en latín ligadas unas a otras.

Gansey se cruzó de brazos y cerró los puños. Esperó a que Ronan hiciese la traducción.

—Han dicho que se rumorea que hay un rey enterrado en algún punto de la vía de los espíritus —dijo Ronan. Miró a Gansey y añadió—: Creen que tú lo buscas.

Capítulo 48

Hacía un día precioso cuando enterraron a Noah. Era principios de junio. La policía había tardado semanas en examinar las pruebas, así que el funeral se celebró a final de curso. Entre la muerte de Whelk y la despedida de los restos de Noah, habían sucedido muchas cosas. Gansey había recuperado su diario, hasta entonces custodiado por la policía, y había abandonado el equipo de remo. Ronan había conseguido superar los exámenes finales, lo que causó gran regocijo en Aglionby, pero no había tenido tanto éxito a la hora de reparar la cerradura de la casa de Manufacturas Monmouth. Adam, quizá ayudado por Ronan, se había mudado a una habitación propiedad de la parroquia de Saint Agnes, poniendo tierra de por medio. Blue había recibido el final de curso con alegría, pues suponía libertad para explorar la línea ley. En Henrietta se produjeron hasta nueve cortes en el suministro eléctrico, y otros tantos en las líneas telefónicas. Maura, Persephone y Cala sacaron del desván las cosas de Neeve. Le confesaron a Blue que no sabían bien qué consecuencias había tenido que cambiaran de posición los espejos.

—Queríamos detenerla —admitió Persephone—. Pero creo que la hemos hecho desaparecer. Supongo que reaparecerá en algún momento.

Poco a poco, sus vidas fueron recuperando el equilibrio, pero ya nunca volverían a la normalidad. La línea ley estaba activa, y Noah se había disipado por completo. La magia existía y Glendower también, y estaba empezando algo nuevo.

—Jane, no te enfades, pero esto es un funeral —le dijo Gansey a Blue al verla acercarse atravesando el campo.

Tanto Ronan como él vestían de traje negro, impecables como padrinos de boda.

Blue, que carecía de ropa negra presentable, había improvisado algo cosiendo trozos de cinta negra en una camiseta verde que había convertido en vestido hacía unos meses.

—¡Lo he hecho lo mejor que he podido! —murmuró, furiosa.

—Como si a Noah le importara —comentó Ronan.

—¿Has traído algo para después? —preguntó Gansey.

—No soy tonta. ¿Dónde está Adam?

—Trabajando —respondió Gansey—. Vendrá luego.

Los restos de Noah se enterraron en una parcela que la familia Czerny poseía en un remoto cementerio del valle. Recién cavada, su tumba se hallaba cerca del borde del inclinado terreno, junto a una loma rocosa. Había una lona ocultando el montón de tierra.

La familia de Noah estaba al lado del agujero. El hombre y las dos niñas lloraban, pero la mujer contemplaba los árboles sin sollozar. Aun así, a Blue no le hacía falta ser vidente para darse cuenta del dolor de aquella mujer, el dolor y el orgullo.

La voz de Noah, fría y apenas perceptible, le susurró en el oído:

—Por favor, diles algo.

En lugar de contestar, Blue volvió la cabeza hacia el costado del que creía que procedía la voz. Casi podía sentir la presencia de Noah, de pie junto a ella, respirando en su cuello y agarrándola de un brazo.

—Sabes que no puedo hacerlo —susurró.

—Tienes que hacerlo.

—Me tomarían por loca. ¿De qué serviría eso? Además, ¿qué les digo?

La voz de Noah era muy débil, pero también muy desesperada, al punto de que Blue notó perfectamente su aflicción.

—Por favor.

Blue cerró los ojos.

—Dile que me perdone por haberme bebido la botella de licor que le regalaron por su cumpleaños —susurró Noah.

«¡Por favor, Noah!».

—¿Qué haces? —Gansey alargó una mano y la sujetó por el brazo al tiempo que ella se disponía a avanzar hacia la tumba.

—¡Humillarme! —exclamó sacudiéndose la mano de Gansey.

Mientras se acercaba a la familia de Noah, ensayó mentalmente distintas estrategias para que no se creyeran que había perdido la cabeza, pero ninguna la convenció. Por su madre, se hacía una idea bastante precisa de cómo terminaría todo aquello. «Noah, porque eres tú, que si no…». Miró a la mujer

orgullosa y triste. Iba maquillada de un modo impecable y se había rizado las puntas del cabello. En ella todo estaba en su lugar, con el color adecuado y bajo control. El suyo era un dolor profundo, que no se asomaba a la expresión de los ojos. Pero Blue no se dejó engañar.

—¿Señora Czerny?

Volvieron la cabeza los dos padres de Noah. Pudorosa, Blue se tapó con la mano los trozos de cinta negra.

—Me llamo Blue Sargent. Quería decirles que lamento su pérdida. Por otro lado, mi madre es vidente. Tengo un mensaje de su hijo.

La cara de la madre de Noah se oscureció al instante.

—No hay ningún mensaje —dijo, calmada, meneando la cabeza.

—No nos hagas esto —pidió el padre de Noah. Hacía esfuerzos por no perder la compostura, y Blue se arrepintió de haber invadido su intimidad en un momento tan delicado—. Aléjate, por favor.

«Díselo», le susurró Noah a Blue.

Blue tomó aire.

—Quiere disculparse con usted por haberse bebido la botella de licor que le regalaron en su cumpleaños —le dijo a la mujer.

Se hizo el silencio. El padre de Noah y sus hermanas miraron a Blue sin dar crédito.

Él abrió la boca para hablar, pero decidió callarse al ver que su mujer rompía a llorar.

Ninguno prestó atención a Blue, que optó por alejarse.

Lo desenterraron al rato. En la entrada del camino de acceso, Ronan esperaba junto al BMW, que tenía una puerta abierta y actuaba, a la vez, de barricada y de puesto de vigilancia. Adam manejaba la retroexcavadora que Gansey había alquilado para la ocasión.

Y el propio Gansey introdujo los huesos de Noah en una bolsa de deporte mientras Blue alumbraba la operación con una linterna para asegurarse de que no quedaba nada atrás. Por último, Adam volvió a cubrir de tierra el ataúd y a dejar el lugar como estaba.

Mareados y sin aliento, corrieron hacia el BMW.

—Ya llegará el día en que esto salga a la luz. Se te acabó lo de

presentarte a las elecciones —le dijo Ronan a Gansey.

—Calla y conduce, Lynch.

A sugerencia de Blue, volvieron a enterrar a Noah junto a la iglesia en ruinas.

—Aquí nadie lo molestará —observó Blue—. Además, así estará en la línea ley. Y también en tierra sagrada.

—Pues espero que le guste —comentó Ronan—. Me ha dado un tirón.

—¿Haciendo qué? —farfulló Gansey—. Lo único que has hecho es vigilar.

—Abriendo el capó del coche.

En cuanto el esqueleto de Noah estuvo bajo tierra, se quedaron un rato en silencio entre los muros de la iglesia. Blue se fijó en Gansey, quien, con las manos en los bolsillos, examinaba el lugar en el que descansaba Noah. A Blue le pareció que había visto a su espíritu en aquel mismo sitio hacía una eternidad, o quizá solo un segundo.

«Gansey. Eso es todo».

Blue se prometió que jamás provocaría su muerte.

—¿Podemos irnos ya? Este lugar me pone los pelos de punta.

Todos se dieron la vuelta al instante, eufóricos. Encorvado como era su costumbre, Noah se encontraba bajo uno de los arcos de la iglesia. Su figura parecía más corpórea que nunca; al menos, a primera vista. Con expresión atemorizada, miraba de reojo las paredes derruidas.

—¡Noah! —gritó Gansey, feliz.

Blue corrió a abrazarlo. Noah se alarmó, pero enseguida se relajó y le acarició el cabello.

—Czerny —dijo Ronan, para ver cómo sonaba el apellido.

—No —replicó Noah, ceñido por uno de los brazos de Blue—. Hablo en serio. Este lugar me horroriza. ¿Nos vamos de una vez?

En la cara de Gansey se dibujó una sonrisa de alivio.

—Sí, vámonos.

—Pero no pienso comer pizza —avisó Noah, saliendo de la iglesia al lado de Blue.

Ronan, que permanecía en las ruinas, los miró por encima del hombro. A

la luz de las linternas, el tatuaje que le asomaba por el cuello parecía una garra, un dedo o un pétalo de una flor de lis. Estaba tan afilado como su sonrisa.

—Supongo que ha llegado la hora de contároslo —dijo—. Sierra nació en mis sueños.

Agradecimientos

Llegados a este punto, siempre me da la impresión de estar dándole las gracias a los sospechosos habituales, pero lo cierto es que se las merecen. A todos los de Scholastic, y en especial a David Levithan, mi editor, por su paciencia durante la larga gestación de la novela. A Dick y Elli, por creer en mí a todas horas. A Rachel C., Tracy y Stacy, por su entusiasmo ilimitado, que no se resiente ni ante las ideas más estrambóticas que les propongo. A Becky, por la copa que no bebí pero Gansey sí. Cacao.

En especial, a la gente de Scholastic UK, concretamente a Alyx, Alex, Hannah y Catherine, por lo mucho que se esforzaron en ponerme al día sobre líneas ley.

A Laura Rennert, mi agente, que me deja hacer con las tijeras, y a mis incansables compañeras de crítica, Tessa Muerte en la Zanja Gratton y Brenna Esto es Interesante Yovanoff.

También, a toda la gente que leyó por mí: Jackson Pearce, que brilla con una luz especial; Carrie, que ciertamente prepara un guacamole muy rico; Kate, la primera y última lectora; mi padre, por las peligrosas pistolas, y mi madre, por los ciclolitos. Asimismo, a Natalie, que no leyó pero que me dio una música espantosa que me ayudó muchísimo.

Y, como siempre, a Ed, mi marido, quien hace de la magia una realidad.



MAGGIE STIEFVATER, nació en Virginia, Estados Unidos, en 1.981. Es escritora, ilustradora y además toca varios instrumentos musicales. Está casada y tiene dos hijos.

Es una autora de literatura para jóvenes adultos. Su libro más conocido a nivel internacional es *Temblor*, aunque tiene publicada también una serie de libros, *A gathering of faerie*.